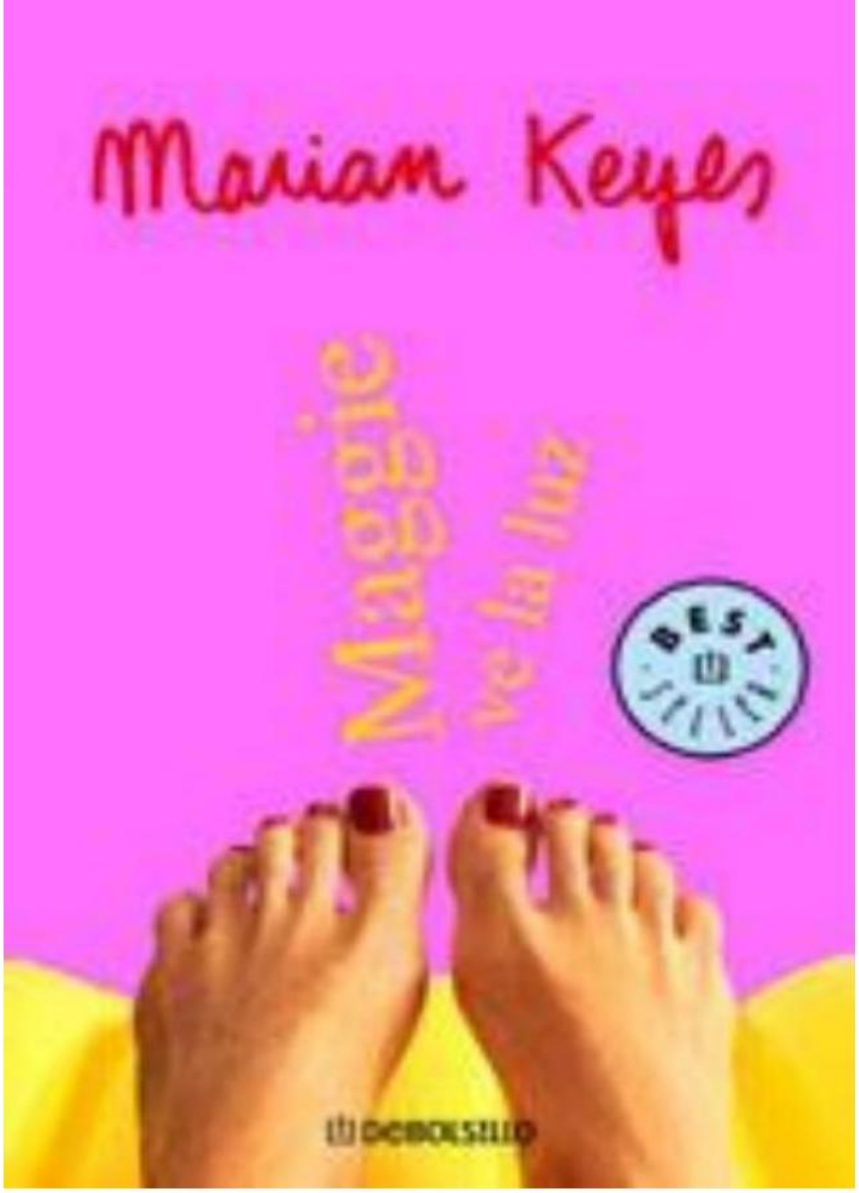


OceanofPDF.com

Marian Keyes

MAGGIE VE LA LUZ

Libro digital creado por Betatron
http://todoebooks.blogspot.com

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Epílogo
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Prólogo

«En breves momentos aterrizaremos en el aeropuerto internacional de Los Ángeles. Por favor, asegúrese de que su asiento está en posición vertical, que pesa menos de cuarenta y cinco kilos y que tiene una dentadura perfecta.»

Capítulo 1

Yo siempre había llevado una vida bastante intachable. Antes de dejar a mi marido y huir a Hollywood, apenas había roto un plato (por lo menos ninguno del que se hubiera enterado mucha gente). Por tanto, cuando de pronto todo se desintegró como papel mojado, no pude librarme de la sospecha de que estaba cantado desde hacía tiempo. Tanta vida impecable era, sencillamente, antinatural.

Por supuesto, no desperté una mañana y decidí abandonar alegremente el país, dejando a mi pobre marido preguntándose qué era ese sobre que había en su almohada. Estoy exagerando para que parezca más dramático de lo que en realidad fue, lo cual me sorprende porque nunca he tenido debilidad por el drama. Y, ya puestos, tampoco por palabras como «debilidad».

El caso es que desde el asunto de los conejos, y yo diría que incluso antes, la situación con Garv se había vuelto incómoda y extraña. Luego sufrimos un par de lo que optamos por llamar «reveses». No obstante, en lugar de fortalecer nuestro matrimonio —como solía suceder a los afortunados protagonistas de las revistas femeninas de mi madre—, nuestra marca particular de reveses tuvo exactamente el efecto anunciado: lo volvieron todo del revés. Se aposentaron entre Garv y yo y nos distanciaron. Aunque nunca lo dijo, sé que Garv me echaba la culpa.

Y no se lo recriminé, porque yo también me culpaba.

En realidad se llama Paul Garvan, pero cuando le conocí éramos unos adolescentes y entonces nadie llamaba a nadie por su nombre. Micko, Macker, Toolser y Pedazo de Capullo eran algunos de los apelativos por los que conocíamos a nuestros colegas. Él era Garv, siempre le

conocí por ese nombre, y solo le llamo Paul cuando estoy muy cabreada con él. Mi nombre es Margaret, pero Garv me llama Maggie salvo cuando le cojo el coche y se lo rayo con la columna del aparcamiento (algo que sucede con más frecuencia de lo que imaginas).

Yo tenía veinticuatro años y él veinticinco cuando nos casamos. Había sido mi primer novio, como mi pobre madre no se harta de contar a la gente. Cree que con eso demuestra que yo era una buena chica que no iba por ahí acostándose con todo bicho viviente. (Siendo la única de sus cinco hijas que no lo hacía, ¿cómo iba a culparla por alardear de mi sospechosa virtud?) Lo que mi madre se olvida convenientemente de mencionar es que Garv fue mi primer novio, pero no el único.

En fin.

Llevábamos nueve años casados y no sé decir exactamente cuándo empecé a pensar en el fin de nuestra relación. No porque lo deseara, sino porque creía que si imaginaba lo peor en cierto modo garantizaba que no ocurriera. Sin embargo, garantizó todo lo contrario.

El final llegó con una brusquedad apabullante. De la noche a la mañana mi matrimonio pasó de ser una realidad viviente —aunque yo estuviera haciendo cosas extrañas, como beberme las lentillas— a dejar de existir. Me pilló totalmente desprevenida, pues siempre pensé que era preciso pasar por un período de lanzamiento de platos e intercambio de insultos antes de agitar la bandera blanca. En mi caso todo se vino abajo sin cruzar una sola palabra, y yo, sencillamente no estaba preparada.

Dios sabe, no obstante, que debería haberlo estado. Unos días antes me había despertado por la noche muy inquieta. Me ocurría a menudo, generalmente por culpa del trabajo y el dinero. Ya sabes, lo de siempre: mucho de lo primero y poco de lo segundo. Pero últimamente —o quizá desde hacía tiempo— estaba preocupada por Garv y por mí.

¿Mejorarían algún día las cosas? ¿Habían mejorado ya y no era capaz de verlo?

La mayoría de las noches no llegaba a ninguna conclusión y caía de nuevo en un sueño intranquilo. Pero esta vez me asaltó una desagradable visión. Como en una radiografía, contemplé la rutina diaria, el lenguaje íntimo y el pasado compartido, y pude penetrar en mí y en Garv, en todo lo que había sucedido en los últimos tiempos. Todo se me mostró sin tapujos y me asaltó un pensamiento claro y espantoso: Tenemos un grave problema.

Eso me dejó literalmente helada. Se me erizó el vello y entre mis costillas se instaló un escalofrío. Aterrorizada, traté de animarme pensando en el montón de trabajo que me esperaba al día siguiente, pero fue inútil. Luego, a fin de asustarme, me recordé que mis padres se estaban haciendo mayores y que me tocaría cuidar de ellos.

Al rato volví a dormirme, me rasqué el brazo derecho hasta levantarme la piel, rechiné los dientes con deleite, desperté con la sensación familiar de una boca bañada en arenilla y seguí tirando como siempre.

Iba a recordar que «Tenemos un grave problema» cuando quedó claro que así era.

La noche en cuestión habíamos quedado para salir a cenar con Elaine y Liam, unos amigos de Garv. Y quién sabe, si el nuevo televisor extraplano de Liam no se hubiera desprendido de la pared para caerle en el pie y romperle el dedo pulgar, obligándonos de ese modo a salir a cenar en lugar de quedarnos en casa, quizá Garv y yo no nos habríamos separado.

El caso es que yo había rezado para que Elaine y Liam cancelaran la cena. Las probabilidades eran muchas: las últimas tres veces que habíamos quedado no habían cuajado. La primera vez Garv y yo anulamos la cita porque debían traernos la mesa de la cocina. (No, claro que no

llegó.) La segunda vez, Elaine —que es un pez gordo en pensiones— tenía que ir en coche a Sligo para despedir a un montón de gente. («El nuevo Jag llegó justo a tiempo.») La tercera vez ideé una excusa que Garv apoyó con una rapidez sospechosa. Hoy les tocaba a ellos.

No es que Liam y Elaine no me cayeran bien. Bueno, lo cierto es que no me caían bien. Como he dicho, ella es un pez gordo en pensiones y él corredor de bolsa. Son guapos, les sale el dinero por las orejas y tratan mal a los camareros. Son de esa clase de personas que parece que siempre anden comprándose coches y yéndose de vacaciones.

Todos los amigos de Garv eran encantadores, con la clara excepción de Liam. El problema era que Garv era de esos tipos que se empeñaban en ver solo lo bueno de las personas, o por lo menos de la mayoría de ellas. En teoría es una gran cualidad, y yo no tenía inconveniente en que él viera lo bueno de las personas que me caían bien, pero cuando insistía en hacer lo mismo con la gente que no me gustaba, ya no me hacía tanta gracia. Él y Liam se habían hecho amigos en el instituto, cuando Liam era un muchacho mucho más simpático que ahora, y aunque para complacerle Garv había intentado desprenderse del afecto que le tenía, no lo había conseguido.

No obstante, hasta Garv admitía que Elaine era insoportable. *Hablabamuydeprisa. Disparabapreguntascomounaametralladora. ¿Quétaleltrabajo? ¿Cuándopiensanascenderte?* Su encantador dinamismo me provocaba una parálisis tartamuda. Para cuando conseguía chapurrear una respuesta, ella ya había perdido el interés y pasaba a otro tema.

Pero aunque Liam y Elaine me hubieran caído bien, aquella noche en concreto yo no tenía ganas de salir. Poner buena cara y fingir buen humor es mucho más difícil cuando tienes público delante. Además, en casa me

esperaba un montón de aterradores sobres marrones que requerían mí atención (más dos series de televisión impacientes por atender mis necesidades y un sofá irresistible que me llamaba a gritos). El tiempo era demasiado valioso para perder toda una noche divirtiéndome fuera de casa.

Yo «trabajaba» en un bufete de abogados que tenía muchos tratos con Estados Unidos. Su especialidad era concretamente el derecho de espectáculos. (Después de casarnos, Garv, por ser un chico excelente, fue destinado cinco años a la sede que tenía su compañía en Chicago. Yo trabajé para uno de los grandes bufetes de abogados de la ciudad, de modo que cuando tres años atrás regresamos a Irlanda, juré que conocía en profundidad el derecho de espectáculos estadounidense. Lo malo era que aunque había asistido a clases nocturnas y obtenido algunos diplomas en Chicago, no era una abogada en toda regla. Eso significaba que recibía un montón de trabajo, casi todo el abuso y una parte mínima de la pasta. En realidad, hacía de intérprete. Una cláusula que significaba una cosa en Irlanda podía significar otra en Estados Unidos, por lo que me dedicaba a traducir los contratos estadounidenses al derecho irlandés y redactaba convenios que fueran válidos en ambas jurisdicciones.)

Vivía presa de un miedo leve pero constante. A veces soñaba que me había dejado una cláusula esencial y que mi bufete era demandado por cuatro trillones de dólares, dinero que deducían de mi salario a razón de siete libras y media por semana, obligándome con ello a trabajar allí el resto de la eternidad para poder devolverlo. Otras veces soñaba que estaba sentada en la oficina y de pronto me daba cuenta de que estaba desnuda pero necesitaba levantarme para utilizar la fotocopiadora.

El caso es que el día que el globo estalló yo estaba de trabajo hasta las cejas, tanto que mi nuevo programa de fitness se fue al garete. Últimamente había caído en la cuenta de que morderme las uñas era el único ejercicio que hacía en todo el día, así que ideé un astuto plan: en lugar de pedir a Sandra, mi ayudante, que viniera a recoger las cintas del dictáfono, andaría los veinte metros que me separaban de su despacho y se las entregaría en mano. Pero ese día en concreto no disponía de tiempo para caprichos. Estaba a punto de fracasar un acuerdo con un estudio de cine y si no terminaba el contrato esa misma semana, el actor abandonaría el proyecto.

(Sé que por un breve instante mi trabajo te ha parecido fascinante. Créeme, era tan fascinante como una úlcera. Ni siquiera las esporádicas comidas en restaurantes caros lo eran. Nunca conseguía relajarme, pues el cliente siempre hacía alguna pregunta que exigía una respuesta larga y detallada justo cuando acababa de llevarme el tenedor a la boca.)

El guionista —mi cliente— estaba ansioso por cerrar el trato para así recibir sus honorarios y alimentar a su familia (y para que su padre pudiera finalmente estar orgulloso de él, pero me estoy yendo por las ramas). Los abogados de Estados Unidos habían empezado a trabajar a las tres de la madrugada, hora estadounidense, para intentar llegar a un acuerdo, y el día fue un ir y venir de e-mails y llamadas telefónicas. Al final del día pusimos el punto a la última *i* y cruzamos la última *t*, y aunque estaba molida, me sentía ligera y contenta.

Entonces recordé que habíamos quedado con Liam y Elaine y una nube pasó por encima de mi cabeza. No es tan horrible, me dije para consolarme, al menos cenaré bien. A Liam y Elaine les encantaban los restaurantes selectos. Pero estaba exhausta. ¡Ojalá nos tocara a nosotros cancelar la cita!

Justo cuando había perdido toda esperanza, sonó el teléfono.

—Liam se ha roto un dedo del pie —dijo Garv—. Se le cayó encima el televisor extraplano que acaban de comprarse. —Liam y Elaine tenían todos los artículos no perecederos conocidos por el hombre, e insisto en lo de hombre. Yo, mujer, con un móvil y un rizador de pelo estoy más que satisfecha. Pero Garv, como buen hombre, se pirraba por lo digital y lo Bang & Olufsen—. Por tanto, se aplaza la cena.

—¡Bien! —exclamé. Luego recuperé el decoro—. No lo digo por él ni por su dedo, pero he tenido un día agotador y...

—No te preocupes —me interrumpió Garv—, a mí tampoco me apetecía. Estaba a punto de llamarles para contarles que nuestra casa se había incendiado.

—Genial. Bueno, nos vemos en el rancho.

—¿Qué hacemos con la cena? ¿Quieres que compre algo?

—No, ya la compraste ayer. Hoy me toca a mí.

Me hallaba apagando aparatos como una posesa cuando una voz me preguntó:

—¿Te marchas, Maggie?

Era Frances, mi jefa, y aunque el «¿ya?» fue mudo, yo lo oí.

—Sí —contesté para evitar malentendidos—. Me marcho. —Educada pero firme, procurando mantener mi voz propensa-al-tembleque libre de indicios que delataran mis temores.

—¿Está listo el contrato para la reunión de mañana por la mañana?

—Sí—respondí. Era mentira. Frances se refería a otro contrato, uno que ni siquiera había comenzado. No tenía sentido contarle que me había pasado el día rematando frenéticamente un gran acuerdo. Ella era una superarribista camino de convertirse en socia y había

hecho del trabajo férreo un arte. Raras veces salía del despacho y, según la opinión popular (no es que ella fuera precisamente popular), dormía debajo del escritorio y se aseaba en los lavabos del personal, como una mendiga.

—¿Puedo echarle un vistazo?

—Todavía no lo he pulido del todo —repuse con tirantez —. Preferiría terminarlo antes de enseñártelo.

Francés me clavó una mirada suspicaz demasiado larga.

—Lo quiero en mi despacho antes de las nueve y media.

—Claro.

El buen humor generado por la cancelación de la cena se había desvanecido. Mientras Frances regresaba a su despacho martilleando el suelo con sus tacones, contemplé el ordenador que acababa de apagar. ¿Debía quedarme a trabajar un par de horas en el contrato? No podía. Estaba vacía. De entusiasmo, de ética laboral, de todo. Vendría al despacho temprano por la mañana.

Apenas había comido. A la hora del almuerzo, en lugar de tomarme un descanso había buscado en el cajón de mi mesa media barra de Mars que recordaba vagamente haber dejado allí unos días antes. Para mi deleite, la encontré. Le arranqué la pelusa y los clips, y debo confesar que estaba deliciosa.

Así pues, cuando salí del trabajo estaba hambrienta, y sabía que no había nada en casa. La comida representaba un problema para Garv y para mí. Sobrevivíamos como la mayoría de la gente que conocíamos, con comida para microondas, comida para llevar y comida de restaurante. De vez en cuando —por lo menos antes de que las cosas entre nosotros se torcieran—, tras hacer limpieza de nuestras preocupaciones ordinarias, dedicábamos un rato a preocuparnos de nuestro bajo consumo de vitaminas. Entonces nos decidíamos a adoptar hábitos más sanos y comprábamos un frasco de multivitaminas que dejábamos arrinconado al segundo día. O nos entraba la locura en el

supermercado y nuestros brazos escorbúticos llenaban el carro de cabezas de brécol, zanahorias de un naranja sospechoso y suficientes manzanas para alimentar a una familia de ocho durante una semana.

«Nuestra salud es nuestra riqueza», decíamos con alegría, porque parecía que el simple hecho de comprar alimentos crudos ya tuviera, de por sí, un efecto positivo. El verdadero problema surgía cuando se hacía evidente que teníamos que comérnoslos.

Llegado ese momento, los acontecimientos parecían conspirar para echar por tierra nuestros planes culinarios: cuando no teníamos que trabajar hasta tarde, teníamos que asistir a una cena de cumpleaños. Nos pasábamos la semana tratando en vano de no pensar en toda la fruta y la verdura fresca que suplicaban a voces nuestra atención.

Entrar en la cocina nos resultaba casi insoportable. Imágenes de coliflores y uvas flotaban en un rincón de nuestra conciencia, impidiendo que nos sintiéramos en paz con nosotros mismos. Poco a poco, día a día, a medida que los alimentos se iban estropeando los tirábamos a escondidas, sin confesar al otro lo que estábamos haciendo. Y cuando el último kiwi rebotaba en el cubo de la basura, finalmente el nubarrón se diluía y podíamos relajarnos de nuevo.

Siempre preferiré una pizza congelada, es mucho menos estresante. Y es justamente lo que compré para la cena de esa noche. Entré corriendo en el supermercado y eché en la cesta un par de piezas y cereales para el desayuno.

Fue entonces cuando el destino intervino.

Puedo pasar sin chocolate varias semanas seguidas. Vale, varios días. Pero en cuanto le pego un mordisco quiero más, y ese mediodía la barra de Mars había despertado a la bestia. Por eso cuando vi las cajas de trufas artesanas en la sección de congelados decida en un ataque de «qué diablos», comprarme una.

A saber qué habría ocurrido si no la hubiera comprado. ¿Es posible que algo tan benigno como una caja de trufas alterara por completo el rumbo de mi vida?

Garv ya estaba en casa y nos saludamos con cierto recelo. No habíamos previsto pasar la noche solos. Habíamos contado con Liam y Elaine para diluir el ambiente enrarecido entre nosotros.

—Acabo de hablar con Donna —dijo—. Te llamará mañana al trabajo.

—¿Qué ha pasado ahora? —Donna tenía una vida amorosa complicada y, en calidad de una de sus mejores amigas, era mi deber aconsejarla. Aun así, también le gustaba hablar con Garv para obtener lo que denominaba el «punto de vista masculino», y Garv le daba consejos tan sabios que Donna lo había rebautizado como doctor Amor.

—Robbie quiere que deje de afeitarse las axilas. Lo encuentra muy sexy, pero Donna tiene miedo de parecer un gorila.

—¿Qué le aconsejaste?

—Que no hay nada malo en que las mujeres tengan pelo…

—Bien dicho.

—… pero que si no quiere, debe decirle a Robbie que ella dejará de afeitarse las axilas el día que él lleve bragas. Lo que es bueno para uno ha de serlo para el otro y todo eso.

—Eres un genio.

—Gracias.

Garv se quitó la corbata, la arrojó sobre el respaldo de una silla y se mesó el pelo para sacudirse los últimos vestigios de su ser laboral. En la oficina llevaba el cabello peinado hacia atrás, pero fuera del trabajo dejaba que el flequillo le cayera sobre la frente. Algunos hombres son tan guapos que en el momento de conocerlos sientes como sí te

dieran con un mazo en la cabeza. Garv no es uno de ellos. Él, más bien, es de esa clase de hombre que ves diariamente durante veinte años y de repente una mañana te despiertas pensando: Caray, qué agraciado. ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta antes?

Su atractivo más evidente era la estatura. Pero como yo también soy alta, nunca iba por ahí diciendo «¡Oooh, mira cómo me pasa!». No obstante, con él podía llevar tacones, lo cual era de agradecer. Mi hermana Claire había tenido un marido de la misma estatura que ella y debía ir siempre plana para no violentarle. Y mi hermana adora los tacones.

Luego el marido tuvo un lío y la dejó. Supongo que no hay mal que por bien no venga.

—¿Qué tal el trabajo? —me preguntó Garv.

—Fatal. ¿Y tú?

—También. Gocé de diez agradables minutos libres entre las cuatro y cuarto y las cuatro y veinticinco, cuando estuve en la salida de incendios fingiendo que todavía fumaba.

Garv es actuario, lo que le convierte en blanco fácil a la hora de acusarle de aburrido, y en el momento de conocerle es posible confundir su tranquilidad por sosería. En mi opinión, considerar el hecho de devorar números como sinónimo de aburrido es un error; uno de los hombres más aburridos que he conocido en mi vida era aquel estúpido novelista que Donna tenía por novio. Salimos una noche a cenar y nos soltó un ROLLO insufrible. Se embarcó en un monólogo acerca de otros escritores sobrepagados, cabrones de oropel, y después empezó a interrogarme sobre cómo me había sentido con respecto a esto y aquello, explorando e indagando con la intimidad de un ginecólogo. «¿Cómo te sentiste? ¿Triste? ¿Puedes especificar un poco más? ¿Te partió el corazón? Ahora empezamos a progresar.» Luego se ocultaba en el servicio de caballeros y yo sabía que estaba escribiendo en una libreta todo lo que le había contado, para utilizarlo en su novela.

—No tienes por qué envidiar el televisor extraplano de Liam —dije a Garv, feliz de fingir que su desánimo se debía al hecho de que su amigo tuviera más artículos imperecederos que él—. ¿Dices que le atacó? Quizá deberían sacrificarlo.

—¡Ja! —Garv se encogió de hombros como suele hacer cuando tiene envidia—. No lo envidio.

(Tan dispuesto a hablar de los problemas de Donna, habrás reparado, no obstante, en su renuencia a hablar de sus propios sentimientos, aunque solo tengan que ver con un televisor.)

—¿Tienes idea de lo que ha pagado por él? —dejó escapar.

Por supuesto que la tenía. Cada vez que iba al centro con Garv teníamos que pasar por la sección de electrónica de Brown Thomas y detenernos delante del susodicho televisor para admirar sus doce mil libras de esplendor. Aunque Garv tenía un buen sueldo, no ganaba ni de lejos la cifra telefónica de Liam. Y entre la hipoteca, el gasto de mantener dos coches, la adicción de Garv a los CD y mi adicción a los bolsos y las cremas faciales, el presupuesto no daba para televisores extraplanos.

—Anímate. Es probable que el televisor se rompiera al caer de la pared. Además, podrás permitirte uno muy pronto.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. En cuanto terminemos de amueblar la casa.

Eso pareció dar resultado. Con el ánimo algo más alto, Garv me ayudó a vaciar las bolsas. Fue entonces cuando ocurrió.

Extrajo mi caja de trufas «qué diablos» y, con un destello en los ojos, exclamó:

—¡Eh, mira, otra vez esas trufas! ¡Parece que nos sigan!

Miré a Garv, miré la caja y mire de nuevo a Garv. No tenía la menor idea de qué estaba hablando.

—Ya sabes —insistió maliciosamente—. Las mismas que tomamos cuando...

Se interrumpió en seco. Arrugué la frente y le miré intrigada. Él también me miró y sucedieron varias cosas al mismo tiempo. El brillo travieso de sus ojos desapareció para ser reemplazado por el miedo. Pánico, diría yo. Y antes de que los pensamientos hubieran adquirido algún orden en mi conciencia, lo supe. Garv estaba hablando de otra persona, de un momento íntimo compartido con una mujer que no era yo. Y de un momento reciente.

Sentí que caía, que seguiría cayendo el resto de mi vida. Entonces me obligué a detenerme y supe algo más: supe que era incapaz de soportarlo. No podía soportar ver cómo la espiral descendente de mi matrimonio arrastraba a otras personas hacia su vórtice.

Inmóviles, la mirada clavada en el otro, le supliqué en silencio que dijera algo que lo explicara, que lo hiciera desaparecer. Garv, sin embargo, tenía el rostro paralizado por el miedo, el mismo miedo que sentía yo.

—Yo... —farfulló, pero la voz se le quebró.

El dolor me horadó la muela y, como si estuviera soñando, me descubrí saliendo de la habitación.

Garv no me siguió. Se quedó en la cocina. No oí ningún movimiento y supuse que seguía donde le había dejado, lo que interpreté como un reconocimiento de su culpa. Todavía inmersa en mi pesadilla, cogí el mando a distancia y encendí la tele, esperando despertar pronto.

Capítulo 2

No cruzamos una palabra en toda la noche. Quizá debí exigirle detalles: ¿quién era ella?, ¿desde cuándo? Pero ese no era mi estilo y después de todo lo que habíamos pasado últimamente no me quedaban fuerzas para luchar.

Ojalá me pareciera más a mis hermanas, unas artistas a la hora de expresar su dolor, expertas en dar portazos, aplastar teléfonos, lanzar objetos contra las paredes y gritar. El mundo entero tenía que enterarse de su rabia-decepción-hombre traidor-ratón de chocolate que faltaba en la nevera. Pero yo había nacido sin el gen de la diva, de modo que cuando la adversidad me alcanzaba, generalmente la guardaba en mi interior, donde le daba vueltas y más vueltas tratando de comprenderla. Mi desgracia era como esos pelos que crecen hacia dentro y se hacen un ovillo cada vez más grande bajo la piel. Sin embargo, todo lo que entra tiene que salir, y mi dolor salía invariablemente en forma de eczema en mi brazo derecho. Barómetro infalible de mi estado emocional, esa noche me picaba tanto que me rasqué hasta hacerme sangre.

Me acosté antes que Garv y, para mi sorpresa, conseguí conciliar el sueño. ¿La conmoción, quizá? Transcurrido un tiempo indeterminado desperté y permanecí tumbada, mirando fijamente el manto de oscuridad. Debían de ser las cuatro de la madrugada. Las cuatro de la madrugada es el momento más desapacible del ser humano, cuando tenemos más bajo el ánimo. Es el momento en que la gente enferma muere. El momento en que la gente torturada se derrumba.

Tenía la boca pastosa y me dolía la mandíbula. Mis dientes habían estado rechinando otra vez. No me extrañaba que la muela siguiera reclamando mi atención en un último y desesperado grito de auxilio antes de que acabara de hacerla papilla.

Con una mueca de dolor, hice frente a la desagradable revelación: Garv y la mujer de las trufas. ¿Estaba realmente liado con ella?

Presa de dolor, acepté que probablemente lo estaba. Había indicios. Visto con objetividad, debía concluir que decididamente lo estaba. No obstante, ¿no parece siempre diferente cuando es tu propia vida la que está en el punto de mira?

Había temido tanto que ocurriera algo así que casi me había preparado para ello. Sin embargo, ahora que parecía una realidad, me daba cuenta de que en absoluto estaba preparada.

A Garv se le había iluminado el rostro al ver «sus» trufas... Había sido espantoso presenciarlo. Sin duda ocultaba algo, pero me resultaba demasiado doloroso aceptarlo y opté una vez más por la incredulidad. Si me estuviera engañando con otra, me habría dado cuenta, ¿o no?

Lo lógico habría sido preguntárselo directamente y poner fin a mis conjeturas, pero seguro que mentía como un cosaco. O peor aún, seguro que me decía la verdad. Sin venir a cuento, me asaltaron frases de una película de serie B. «¿La verdad?—Acompañada de un labio arrugado—. ¡No podrías SOPORTARLA!»

Mi cabeza seguía dando vueltas. ¿Sería una compañera de trabajo? ¿Era posible que yo la hubiera conocido en la fiesta de Navidad de su empresa? Hurgué entre los recuerdos de aquella noche en busca de una mirada sospechosa o un comentario con segundas, pero solo recordaba a Garv bailando el *horá* con Jessica Benson, una colega. ¿Podía ser ella? Aunque había estado muy simpática conmigo. Por otro lado, si yo me estuviera acostando con el marido de otra, probablemente también me haría la simpática...

Además de las mujeres con las que Garv trabajaba, estaban las novias y esposas de sus amigos y también mis

amigas. Me avergonzaba pensarlo siquiera, pero no podía evitarlo. De pronto ya no me fiaba de nadie y sospechaba de todos.

¿Y Donna? Ella y Garv se reían como locos y, para colmo, ella le llamaba doctor Amor. Sintiendo un escalofrío, recordé haber leído en algún lugar que los apodos eran una prueba irrefutable de que entre dos personas había tomate.

Con un leve suspiro descarté a Donna. Era una de mis mejores amigas. Me resultaba imposible creer que pudiera hacerme algo así. Además, por razones que solo ella conocía, estaba loca por Robbie, el excéntrico. A menos que fuera un pretexto, claro.

Lo que realmente me convenció de que Garv no estaba liado con Donna era el hecho de que esta le había hablado de sus callos. De hecho, se había quitado la bota y el calcetín y le había plantado el pie en las narices para que viera lo asquerosos que eran, y si tienes una aventura apasionada con alguien no haces esas cosas. Ofreces misterio, sujetadores incómodos y piernas afeitadas las veinticuatro horas del día.

¿Y mi amiga Sinead? Garv era un encanto con ella. Pero apenas hacía tres meses que Sinead había puesto a Dave, su novio, de patitas en la calle. Seguro que estaba demasiado frágil para enrollarse con el marido de su amiga, e incluso para que un hombre normal se le insinuara. A menos que para Garv el atractivo de Sinead residiera en su fragilidad. Pero ¿acaso no tenía suficiente con la mía? ¿Por qué salir a buscar platos rotos cuando en casa tenía un montón de añicos?

De pronto advertí que Garv también estaba despierto. Lo delató su falsa respiración profunda. Eso significaba que podíamos hablar, solo que en realidad no podíamos. Lo habíamos intentado durante meses.

No oí la inspiración que antecede a la palabra, por eso me sobresalté cuando la voz de Garv alteró el negro silencio.

—Lo siento.

Lo siento. No podría haberme dicho nada peor. Las palabras flotaron tenazmente en la oscuridad, resonando en mi cabeza una y otra vez, cada vez más distantes, hasta que me pregunté si las había imaginado. Pasaron unos minutos. Sin ofrecer una respuesta, le di la espalda y, para mi sorpresa, volví a dormirme.

Esa mañana nos despertamos tarde. Tenía sangre fresca debajo de las uñas de tanto rascarme el brazo. El eczema había regresado con todo su ímpetu y, si esto seguía así, tendría que volver a dormir con guantes. Pero ¿iba a seguir así? Volví a sentir que caía.

Me entretuve con duchas y cafés y cuando Garv dijo «Maggie» y trató de detener mi incesante ajetreo, le evité y, sin mirarle a los ojos, repuse: «Llego tarde».

Salí de casa llevándome a cuestas la sensación de vacío de las cuatro de la madrugada.

Pese a haber evitado a Garv, llegué tarde al trabajo. El contrato no estaba en la mesa de Francés a las nueve y media. Mi jefa suspiró «Oh, Maggie» con un tono que indicaba no-estoy-enfadada-contigo-sino-decepcionada. Ese tono tenía como objetivo llegar a donde no llega una bronca y hacerte sentir avergonzada. No obstante, agradecí que no me gritara, una reacción, me temo, muy diferente de la que Frances esperaba.

Me sentía confusa y al mismo tiempo curiosamente tranquila, como si hubiese esperado una catástrofe y me produjera un extraño alivio que finalmente se hubiera cumplido. Puesto que ignoraba cómo comportarme en esta clase de situaciones, decidí imitar a mis colegas y sumergirme de lleno en el trabajo. ¿No era extraño que después de tan espantosa conmoción siguiera funcionando con normalidad? Fue entonces cuando me percaté de que

no paraba de boicotear el doble clic de mi ratón porque la mano me temblaba.

Logré concentrarme durante unos segundos en una cláusula del contrato, si bien en ningún momento me abandonó la sensación de que algo iba realmente mal. A lo largo de los años, como todas las parejas, Garv y yo habíamos tenido nuestras peleas, pero ni con la más encarnizada de ellas me había sentido así. La peor de nuestras riñas comenzó con un forcejeo sobre el color de una falda y desembocó en un amargo empate con acusaciones de daltonismo y susceptibilidad.

(Garv: ¿Que tiene de malo que sea marrón?

Yo: ¡Todo, pero no es marrón, es morada, jodido daltónico!

Garv: Oye, no es más que una falda. Solo he dicho que me sorprendía que la compraras marrón.

Yo: ¡Pero es que no es marrón! ¡Es MORADA!

Garv: Estás sacando las cosas de quicio.

Yo: En ABSOLUTO. Jamás me compraría una falda marrón. No me conoces lo más mínimo.)

En aquel momento pensé que nunca se lo perdonaría. Me equivocaba. Pero esta vez era diferente, de eso estaba espantosamente segura.

A la hora de comer, por mucho que lo intenté, no conseguí ingresarme en la montaña de trabajo urgente acumulado en mi mesa, así que fui a la calle Grafton en busca de consuelo, que se tradujo, una vez más, en gastar dinero. Sin una pizca de entusiasmo compré una vela aromática y una imitación barata, entre comillas, de un bolso Gucci. Pero ni una cosa ni otra consiguieron llenar el vacío. Luego me detuve a comprar calmantes para la muela, y una mujer con bata blanca y cara anaranjada se interpuso en mi camino para decirme que si compraba dos productos de Clarins —siendo uno de tratamiento facial—, me obsequiaban con un regalo. Desganada, me encogí de hombros y dije:

—Vale.

La mujer no daba crédito a su buena suerte, y cuando me aconsejó los productos más caros —sueros en frascos diminutos—, volví a encogerme de hombros y dije:

—De acuerdo.

Me gustaba la idea del regalo, la encontraba sumamente reconfortante, pero cuando lo abrí en el despacho me pareció mucho menos atractivo de lo que insinuaba la fotografía: una sombra de ojos de un color muy raro, un mini-mini-mini tubo de maquillaje, cuatro gotas de crema para los ojos y un dedo de perfume avinagrado.

Después de la decepción llegó el remordimiento, que fue creciendo a medida que se alargaba la tarde. Tenía que dejar de gastar dinero. Así pues, en cuanto llegó el momento razonable de marcharme, regresé a la calle Grafton para tratar de devolver el bolso —no podía devolver los productos Clarins porque ya había abierto el regalo—, pero se negaron a reembolsarme el dinero y me dieron un vale. Y antes de llegar al coche mi mirada se posó en unas chanclas de flores amarillas y, como si el cuerpo me abandonara, me descubrí en el interior de la zapatería tendiendo mi tarjeta de crédito.

Esa noche fui a una fiesta del trabajo e hice algo que no acostumbro hacer en las fiestas del trabajo: me emborraché. Y la pillé de verdad, tanto que en uno de mis innumerables regresos del lavabo tropecé con Stuart Keating y le embestí. Stuart trabajaba en otro departamento y siempre había sido amable conmigo. Todavía recuerdo su cara de sorpresa cuando me abalancé sobre él. Luego nos besamos, pero apenas unos instantes antes de obligarme a desembragar. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—¡Lo siento! —exclamé y, horrorizada conmigo misma, regrese a la fiesta, recogí mí chaqueta y me marché sin

despedirme de nadie. Frances me observaba desde el fondo de la sala. Su expresión era indescifrable.

Cuando llegué a casa, Garv me estaba esperando con los nervios de punta, como un padre inquieto. Intentó hablar conmigo, pero mascullé con voz gangosa que necesitaba dormir y corrí a la habitación, mientras él me pisaba los talones. Dejé la ropa en cualquier sitio y trepé hasta la cama.

—Bebe un poco de agua —dijo Garv, y oí el ruido de un vaso al tocar la mesita de noche.

Pasé del vaso y de él, pero justo antes de sumergirme en el piadoso olvido del sueño recordé que no me había quitado las lentillas. Demasiado cansada y borracha para ir hasta el cuarto de baño, las dejé caer en el oportuno vaso, prometiéndome que por la mañana las limpiaría con la solución. Mas al llegar la mañana, de seca tenía la lengua encolada al paladar. Alargué instintivamente una mano hacia el vaso y bebí el agua de un trago. Solo cuando la última gota descendía por mi garganta me acordé de las lentillas. Me las había bebido. Otra vez. La tercera en seis semanas. Eran de las desechables, pero aun así...

Al día siguiente, para seguir con mí buena racha, perdí el trabajo.

No fue exactamente un despido, pero no me renovaron el contrato. Era de seis meses y dado que desde mi regreso a Dublín ya me lo habían renovado cinco veces, pensé que se trataba de una mera formalidad.

—Cuando empezaste a trabajar aquí —dijo Frances—, nos tenías muy impresionados. Eras trabajadora y responsable.

Asentí con la cabeza. Esa era yo, cuando tenía un buen día.

—Pero desde hace seis meses tu nivel de trabajo y dedicación ha bajado en picado, llegas tarde, te vas pronto...

Yo escuchaba con cierto asombro. En realidad siempre había sabido que las cosas no iban bien, pero creía que me las había ingeniado para mostrar al mundo una imagen de normalidad.

—... has estado distraída y te has tomado diez días de baja por enfermedad.

Podría haber saltado de la silla y echado un discurso sobre las razones por las que había estado distraída y dónde había pasado los diez días de baja. No obstante, permanecí sentada con el rostro impasible. Eso era asunto mío y de nadie más. Paradójicamente, pensé que Frances debería haber notado que algo me ocurría y haber sido más tolerante conmigo. Sospecho que he tenido momentos más lúcidos.

—Queremos gente que se interese por su trabajo.

Abrí la boca para replicar que yo me interesaba, pero entonces comprendí, asombrada, que en el fondo me traía sin cuidado.

—... y muy a mi pesar debo comunicarte que nos es imposible renovarte el contrato.

Hacía muchos años que nadie me despedía. De hecho, la última vez tenía diecisiete años y estaba haciendo de canguro para unos vecinos. Había metido furtivamente a mi novio en la casa después de acostar a los niños porque una casa sin adultos era una tentación demasiado grande. Pero el horrible niño, de nombre Damián, me vio sacar a mi novio de la casa. Nunca lo olvidaré, en lo alto de la escalera, con aquella expresión tan malvada. Los padres no volvieron a solicitar mis servicios. (Francamente, casi me alegré.)

Desde entonces nadie había vuelto a despedirme. Yo era una buena trabajadora, no tanto como para ganar el premio al mejor empleado del mes, pero sí razonablemente responsable y productiva.

—¿Quieres que me vaya? —pregunté débilmente.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ahora sería un buen momento.

Por extraño que parezca, fue la pérdida de mi trabajo lo que finalmente me decidió a dejar a Garv. No entiendo muy bien por qué, pues lo cierto es que no resulta fácil dejar a alguien, por lo menos en la vida real. En la ficción todo parece más sencillo: si no ves claro vuestro futuro juntos, lo lógico es largarse. Así de sencillo. O si él tiene un lío, serías una idiota si te quedaras.

Sin embargo, en la vida real sorprende lo mucho que las cosas conspiran para mantenernos juntos. Pensamos vale, está claro que ya no nos hacemos felices el uno al otro, pero me llevo tan bien con su hermana y él cae tan bien a mis amigos que nuestras vidas están demasiado entretejidas para poder escapar. Y además, esta es nuestra casa. ¿Y ves esos lupinos del jardín? Los planté yo. (Bueno, plantarlos, lo que se dice plantarlos, no. Lo hizo un viejo muy raro llamado Michael, pero yo fui el cerebro de la operación.)

Dejar a alguien es una odisea. No solo estaba despidiéndome de una persona, sino de toda una vida.

La conmoción de perder el trabajo me convenció de que todo lo demás se estaba desmoronando. Una vez abierta la puerta a un desastre, las posibilidades de que se produjeran otros parecían infinitas, y pensaba que no tenía más remedio que aceptar la vida tal como venía. ¿Que he perdido un trabajo? ¿Por qué no ir a por todas y perder también un matrimonio? El nuestro había recibido tantos golpes durante los últimos meses que, en cualquier caso, ya solo quedaba de él el nombre.

Cuando Garv regresó del trabajo, yo estaba en el dormitorio volcada en un intento patético de hacer las maletas. No entiendo cómo hay gente que consigue escapar furtivamente a medianoche. La mayoría de las personas (si son como yo) acumulan demasiadas cosas.

Garv me miró y tuve la impresión de estar soñando.

Parecía sorprendido. O quizá no.

—¿Que haces?

Era mí entrada para la dramática despedida que la gente pronuncia en la ficción. ¡Te dejo! Lo nuestro ha TERMINADO.

En lugar de eso, bajé la cabeza y dije entre dientes:

—Creo que es mejor que me vaya. Hemos hecho lo posible y...

—Ya. —Garv tragó saliva—. Ya. —Entonces asintió con la cabeza y eso fue lo peor, su resignación. Por lo visto estaba de acuerdo conmigo.

—He perdido el trabajo.

—Cielos. ¿Cómo ha sido?

—He estado distraída y me he tomado demasiados días de baja.

—Qué cabrones.

—Lo sé. —Suspiré—. El caso es que no creo que pueda con la hipoteca de este mes, así que te lo daré de mi cuenta de Cosas Bonitas para Señoritas.

—Olvídalo. Yo me haré cargo.

Entonces se hizo el silencio y quedó claro que la hipoteca era lo único de lo que pensaba hacerse cargo.

Quizá debería haberme enfadado con él y la mujer trufa. Quizá debería haberle despreciado por no prometerme ardientemente que no me dejaría ir, que lo nuestro tenía solución.

Pero lo cierto era que, en aquel momento, quería marcharme.

Capítulo 3

Disfuncional. Así me gustaría describir a mi familia, los Walsh. En realidad no me gustaría describir así a mi familia. Me gustaría describir a mi familia como el prototipo para el clan Brady. Me gustaría describir a mi familia como los Walton de *Los Walton*. Pero, por desgracia, disfuncional es lo mejor que puedo decir de ella.

Tengo cuatro hermanas y la certeza de que las cuatro viven bajo el lema: Cuantos Más Dramones Mejor. (Ahí va un ejemplo. Claire fue abandonada por su marido el día que había dado a luz a su primer hijo; Rachel es una adicta —rehabilitada—; Anna no tiene los pies en la tierra; y Helen, la menor, en fin, a Helen es difícil describirla...) A mí, sin embargo, nunca me ha gustado el caos y no alcanzaba a comprender por qué era tan distinta de ellas. En mis momentos de soledad imaginaba que era adoptada, pero nunca acababa de creérmelo del todo porque, por mi aspecto, estaba claro que era una de ellas.

Mis hermanas y yo llegamos en dos versiones; el modelo A y el modelo B. Las A son altas y de aspecto sano, y si nadie las controla tienen tendencia a la robustez. Yo soy una A de los pies a la cabeza. Mi hermana mayor, Claire, y la que va detrás de mí, Rachel, también lo son.

Las B, por el contrario, son una monada. Menudas, de larga melena oscura, ojos verdes y rasgados y piernas esbeltas, mis dos hermanas menores, Anna y Helen, constituyen una muestra inequívoca del género. Aunque Anna es casi tres años mayor que Helen, parecen casi gemelas. A veces hasta mi madre las confunde, si bien, ahora que lo pienso, probablemente se deba a su resistencia a utilizar gafas. Para facilitar las cosas, Anna —una neohippy— viste como si hubiera estado revolviendo el baúl de los disfraces, mientras que Helen es la que tiene el aire de psicosis.

Las del modelo A son altas y fuertes. No necesariamente gordas. No necesariamente. De hecho, las A han tenido épocas de esbeltez; cuando están sumidas en la anorexia, algo no tan improbable. Ha ocurrido, aunque por desgracia no a mí. Yo nunca he sufrido trastornos alimenticios. Al parecer, y según Helen, me faltaba imaginación.

Pese a no sufrir trastornos alimenticios, sospechaba que padecía una clase de bulimia: la bulimia consumista. Tenía la sensación de que me pasaba los días comprando cosas e intentando devolverlas. Esa tendencia había provocado recientemente una acalorada discusión en mi familia. Helen se estaba lamentando de lo difícil que era sobrevivir con un sueldo de maquilladora cuando de repente me miró y dijo con tono acusador:

—Tú eres prudente con el dinero.

Aquello era constante: se referían a mí como la chica de vida irreprochable y deportista —pese a no haber practicado deporte desde mi regreso de Chicago—, conservando una visión caducada desde hacía años e incluso décadas. Mis padres estaban encantados con esa imagen color sepia, pero mis hermanas menores —aunque con cariño— se burlaban de mí. Casi siempre les seguía la corriente, pero ese día me negué —con cariño, naturalmente— a que me describieran como un auténtico muermo.

—¿A qué te refieres con eso de que soy prudente con el dinero?

—Que no gastas más de lo que tienes, que antes de comprar algo te lo piensas dos veces, esas cosas —respondió mordazmente Helen—. Ni debes ni te deben, ja, ja, ja.

—Yo no soy prudente con el dinero —objeté.

—¡Sí lo eres! —exclamaron al unísono mis padres y Helen, los primeros con admiración, la segunda con desprecio.

—No lo es —intervino Garv.

—Gracias —dije, volviéndome un momento hacia él.

—¡Sí lo eres! Apuesto lo que quieras a que tienes un montón de pasta guardada en una lata de galletas debajo de la cama —dijo Helen.

—Maggie no guardaría el dinero en una lata de galletas —me defendió papá—. Las latas de galletas no dan intereses. Ella tiene sus ahorros en una cuenta a un alto interés.

—¿Qué ahorros? ¡Yo no tengo ahorros!

—Pero tienes un plan de pensiones, ¿no? —preguntó papá con preocupación.

—Eso es diferente. No son ahorros y no te lo dan hasta que cumples los sesenta. Y me paso el día comprando cosas que no necesito.

—Y que luego devuelves.

—Pero no siempre me reembolsan el dinero. A veces me dan vales, que es lo mismo que gastarse el dinero. —El volumen de mi voz iba en aumento—. Y a veces hasta me caducan.

—¡No! —exclamó mamá, atónita.

—Seguro que cada mes liquidas tu tarjeta de crédito —insistió Helcn.

—NO liquido mi tarjeta de crédito cada mes. —Asombrados por mi inesperada vehemencia, todos me miraron—. ¡Solo ALGUNOS MESES!

—Claro.

Sabía que era un poco extraño tener una discusión como esa. Sabía que las personas discutían sobre dinero, pero generalmente porque las acusaban de gastar demasiado y ellas aseguraban que no. Yo estaba tan alterada que finalmente mamá ordenó a Helen que me pidiera perdón. Luego me susurró:

—No tiene nada de malo ahorrar.

Entonces Garv me obligó a marcharme, furioso porque mi familia me hubiera hecho enfadar. (¿Recuerdas que Garv

siempre ve el lado bueno de las personas? Pues con mi familia hace una excepción.)

En el coche, de vuelta a casa, dije acongojada:

—Sé que todo es relativo y que tengo poco en común con ellas, pero soy una neurótica, ¿verdad? No soy una chica enteramente anodina y bien adaptada, ¿verdad?

—Por supuesto que eres una neurótica —respondió enérgicamente Garv—. ¡No les hagas caso!

Si me explayo con mi familia de este modo no es para dar colorido a la historia. Lo hago porque estoy a punto de volver a vivir con ella.

Podría haberme instalado en casa de Donna, pero esta acababa de conseguir que Robbie, el imbécil de su novio, se fuera a vivir con ella y no creo que hubiera apreciado la presencia de una tercera persona. Podría habérselo pedido a Sinead, si no fuera porque Dave acababa de largarla y actualmente estaba más desamparada que yo. Y finalmente podría haber probado con Emily, mi mejor amiga, que tiene un montón de espacio. El único problema es que vive en Los Ángeles.

Así pues, humildemente no me quedaba más remedio que regresar al redil familiar. Pero primero tenía que explicarles por que, y me entraban temblores solo de pensarlo.

Aunque nunca es fácil desilusionar a unos padres, en mi caso todavía lo es menos. Yo soy la que se casó con su primer novio, y mis padres siempre han estado orgullosos de mí por haber marcado casi todas las casillas de la lista: matrimonio, casa, coche, trabajo, plan de pensiones y salud mental.

«Nunca nos has dado motivos de preocupación —solían decir—. La única de todas tus hermanas.» Luego lanzaban una mirada lúgubre a la hija que estuviera haciéndoles sufrir en ese momento. Ahora, después de haberlas evitado todos estos años, me había llegado el turno de tales miradas.

Me detuve frente al portal. Necesitaba un momento. Un momento repleto de un deseo feroz de huir, abandonar el país, evitar enfrentarme a mi atroz fracaso. Dando un suspiro, metí la llave en la cerradura. No podía huir. Soy una chica responsable y concienzuda. En una familia donde varias ovejas negras compiten por el primer puesto, ser la única oveja blanca no es ningún chollo.

Del salón llegaba ruido y deduje que todos los domiciliados en la casa —mamá, papá, Helen y Anna— se hallaban presentes. Helen, a los veinticinco años, seguía viviendo en casa debido a su relación inconstante con el trabajo remunerado. Ha cambiado muchas veces de carrera. Pasó dos o tres años en la universidad y, tras un período en el paro, intentó convertirse en azafata de vuelo, pero no logró ser lo bastante amable. («Deje de llamar al puto timbre, ya le oí la primera vez» fue, creo, el comentario que puso fin a su carrera de altos vuelos.) Más paro. Luego hizo un curso carísimo de maquilladora, pero había confiado en trabajar en el teatro y el cine y terminó haciendo una boda tras otra, en su mayoría de las hijas de los amigos de mis padres. Helen no apreciaba los esfuerzos de mamá por conseguirle trabajo y un día, muy indignada, mamá me dijo que Helen le había jurado que si tenía que maquillar a otra enana de seis años con diadema de flores le arrancaría los ojos con el lápiz (no estaba claro si se refería a los de mamá o a los de la niña).

El problema de Helen es que carga con una inteligencia alta unida a un margen de concentración estrecho y todavía ha de encontrar su verdadera vocación.

No como Anna, que todavía ha de encontrar una vocación, verdadera o falsa. Ha rechazado todo estímulo para estudiar una carrera y va tirando sirviendo mesas y echando el tarot, pero nunca durante mucho tiempo seguido. Probablemente su currículo sea tan largo como *Guerra y paz.*

Antes de que ella y su novio Shane rompieran, ambos llevaban una existencia al día, despreocupada. Pertenecían a esa clase de personas que salen de casa a comprar un Kit Kat y luego te enteras de que están en Estambul trabajando en una curtiduría.

Su lema era «Dios proveerá», y si Dios no proveía, lo haría el subsidio de desempleo.

Yo había envidiado esa existencia desenfadada. Mentira. En realidad, la habría detestado. Habría detestado la inseguridad, el ignorar si iba a tener para comer, para la crema exfoliante, esas cosas.

Lo que le pasa a Anna es que puede ser tremendamente perceptiva y, por otra parte, un desastre en las cuestiones prácticas de la vida (como acordarse de vestirse antes de salir de casa). Durante una época creímos que su aire dulce y ausente se debía a su afición por las drogas, pero ya hacía cuatro años que había abandonado ese hábito, casi al mismo tiempo que Rachel. Y aunque quizá sea algo más lúcida que antes, tampoco pondría la mano en el fuego.

Anna había regresado a casa de mis padres unos meses antes que yo, después de romper con Shane, pero no había recibido la misma clase de quejas que yo esperaba recibir. En primer lugar, porque no estaba casada y, en segundo lugar, porque mis padres esperaban de ella que fuera una irresponsable.

Abrí lentamente la puerta del salón. Estaban apretujados en el sofá viendo *¿Quiere ser millonario?* y dejando verdes a los participantes.

—Cualquier idiota lo sabría —espetó Helen a la pantalla.

—¿Cuál es la respuesta? —preguntó Anna.

—No lo sé. Pero yo no tengo que saberlo. No estoy a punto de perder noventa y tres mil libras. Eso, llama a tu amigo... De lo que te va a servir como sea tan burro como tú.

¿Por qué tenían que estar todos? ¿Por qué no podía estar solo Anna, por ejemplo? Podría habérselo contado a ella para luego escurrirme en mi habitación como una cobarde, dejando que ella diera la noticia al resto.

En ese momento mamá reparó en mí.

—¡Margaret! —Llevo años diciéndole que mi nombre es Maggie, pero se niega a aceptarlo—. Entra y siéntate. Tómate un helado. —Propinó un codazo a papá—. Tráele un helado.

—¿Chocolate? ¿Fresa, o...? —Papá hizo una pausa antes de anunciar triunfalmente el plato principal—. ¿Uno con M&M's? ¡Son nuevos!

La casa de mis padres siempre está provista de un maravilloso surtido de dulces. No obstante, a diferencia de la mayoría de los hogares, este surtido no existe como complemento de los alimentos habituales, sino en lugar de ellos. No porque a mi madre no le gustara cocinar platos, sino porque a nosotros no nos gustaba comérnoslos. En algún momento de principios de los ochenta mamá abandonó por completo la cocina.

«¿Para qué si vosotros, panda de desagradecidos, nunca os coméis lo que preparo?»

«Yo sí», baló papá.

Pero no la convenció. En mi casa empezó a entrar comida precocinada y eso me entristecía. Siempre había soñado con una familia a la italiana reunida cada noche alrededor de la mesa de pino para cenar, pasando bandejas y cuencos rebosantes de comida casera mientras la fornida *mamma* les miraba radiante desde el fogón.

No obstante, el abastecimiento constante de helado no era nada despreciable. Acepté un cucurucho (de M&M's, por supuesto), le quité el envoltorio y vi el final del programa. Tampoco tenía otra opción, pues no habría conseguido que me hicieran caso hasta que terminara. Además, me convenía retrasar el instante en que tuviera que decir «Garv y yo nos hemos separado». Temía que el

hecho de pronunciarlo en voz alta significara que había sucedido de verdad.

Finalmente llegó el momento.

Suspiré y sofoqué las náuseas.

—Tengo algo que deciros.

—¡Estupendo! —Mamá adoptó la expresión de voy-a-ser-abuela-otra-vez.

—Garv y yo nos hemos separado.

—¡Oh, vaya! —Mi padre desapareció prestamente detrás del periódico.

Anna se abalanzó sobre mí —hasta Helen parecía sorprendida—, pero mi pobre madre... Se diría que un ladrillo volador le había dado en la cabeza. Estaba atónita, pasmada, conmocionada.

—Dentro de un minuto me dirás que es una broma —susurró.

—No lo haré —repuse con firmeza. Odiaba hacerle esto, sobre todo porque era la segunda de sus hijas que fracasaba en su matrimonio, pero no debía engañarla. Peor era la falsa esperanza que la ausencia de esperanza.

—Pero... —farfulló, luchando por respirar—, pero tú siempre has sido la buena. Di algo —instó irritada a mi padre.

Vacilante, papá asomó la cabeza por encima del periódico. Tenía los ojos como petrificados.

—*La tentación vive arriba* —susurró.

—*Los caballeros las prefieren rubias* —replicó Helen, y dio un codazo a Anna.

—*Vidas rebeldes.*

—Te estás retratando —respondió sarcásticamente Helen, y miró el muro de periódico frunciendo los labios—. ¿Lo ves, papá? Todos podemos mencionar las películas de Marilyn Monroe, pero ¿de qué nos sirve?

—En realidad llevó nueve años casada y no siete como el tipo de *La tentación vive arriba* —dije al periódico. La intención de papá era buena.

—Qué disgusto —gimió mamá.

—Teniendo en cuenta lo mal que Garv os cae a todos, pensé que os alegraríais.

—Lo sé, pero... —Mamá enseguida recuperó el dominio de sí misma—. No digas tonterías, no nos cae mal a todos.

A todos salvo a Claire, que había llegado a conocerlo mejor cuando, de adolescente, se lió con el hermano mayor de Garv (también conocido como Garv). Ella siempre pensó que mi Garv era un encanto, sobre todo desde que le arregló el aparato de música (aunque no te gustaría oírla hablar del Garv mayor).

Pese a la aprobación de Claire, mi Garv se había ganado —bien que no por su culpa— la fama de tacaño.

Dicho alegato asomó su fea cabeza la primera noche que invité oficialmente a Garv a salir con mi familia. Llevábamos tiempo tonteando, pero me había dado cuenta de que con él iba en serio y de que había llegado la hora de que conociera a los míos. Con espíritu de celebración, fuimos a Phelan's, el pub local, y el acontecimiento más destacado es que Garv no pagó su ronda.

No Pagar Tu Ronda es un pecado mortal en mi familia, que siempre está compitiendo por superar en generosidad y jovialidad a los demás. A veces, en su lucha por ser el primero en llegar a la barra, casi llegan a las manos.

Aquella noche en cuestión Garv deseaba invitar a mi familia, pero estaba nervioso y era demasiado educado para imponerse por la fuerza. En cuanto el vaso de alguien bajaba por debajo de la mitad, saltaba del taburete, se metía la mano en el bolsillo y preguntaba: «¿Lo mismo?». Pero en cada ocasión la mesa rugía como el parquet de la bolsa y todos gritaban que se sentara y se guardara el dinero, que nos estaba insultando. Hasta yo me sumé a las voces, arrastrada por el calor del momento. Agobiado por la lluvia de insistencias, Garv volvía a sentarse a regañadientes en el taburete.

El balance neto de la noche fue que papá pagó una ronda, Rachel pagó una ronda, yo pagué una ronda, Anna pagó una ronda, papá pagó entonces otra ronda y Garv se ganó la reputación de tacaño.

Estaba aún candente ese error judicial cuando se produjo el incidente del polo. Una historia que comienza felizmente y termina en tragedia. Un sábado por la tarde Garv y yo estábamos paseando por el centro, entrando y saliendo de las tiendas de ropa con escaso entusiasmo. Como Garv acababa de comprarse un coche íbamos justos de dinero y buscábamos gangas. Gratis, a ser posible. Por pura casualidad encontramos un polo en el fondo de una mesa de saldos. Para nuestra sorpresa, el polo carecía de las características que normalmente asociarías a las prendas de una mesa de saldos, como tres mangas, el cuello cosido y manchas indelebles de color bilioso. De hecho, era perfecto: la talla ideal, el precio ideal y un color celeste que hacía que sus ojos grises parecieran azules.

Fue al llegar a casa cuando reparamos en el pequeño logotipo encima del bolsillo, la silueta diminuta de un hombre blandiendo un palo de golf que, con la euforia de haber encontrado una prenda con solo dos mangas, no habíamos visto. Como es lógico nos quedamos consternados, pero decidimos que el logo era tan pequeño que apenas se veía. Además, éramos demasiado pobres para permitir que Garv no se lo pusiera. Así que se lo puso, y lo primero que oigo después es que Garv lleva los mismos polos que papá. Luego empezó a correr el rumor de que jugaba al golf, lo cual no solo era mentira, sino muy, muy injusto.

Garv no era tonto y se daba cuenta de la antipatía que le tenía mi familia. En realidad, era difícil no darse cuenta si cada vez que aparecía en casa Helen bramaba: «¡Por todos los santos, no le dejéis entrar!».

Aunque él nunca respondía a tal exceso de mala educación con mala educación, tampoco se lanzó a una

ofensiva para tratar de ganarse a mi familia, lo cual le habría resultado fácil, pues era dulce y amable la mayor parte del tiempo. En cambio, se convirtió en mi protector frente a mi familia, que interpretó dicha actitud como reserva e incluso hostilidad pura y dura. Y respondió a su vez con reserva u hostilidad pura y dura. La cosa nunca fue fácil, sobre todo en las fechas navideñas.

—Tú y Garv estáis pasando por un bache —dijo valientemente mamá.

Meneé tristemente la cabeza. ¿Acaso pensaba que no se me había ocurrido? ¿Acaso pensaba que no me había aferrado a esa idea, que no había confiado en que solo fuera eso?

—¿Estaba...? —Era evidente que mi padre intentaba formular una pregunta delicada—. ¿Estaba metiendo la mecha donde no debía?

—No. —O quizá sí, pero ese no era el motivo. Tan solo era un síntoma del problema.

—Las cosas no han sido fáciles para vosotros —se lanzó de nuevo mi madre—. Habéis tenido dos...

—Reveses —me apresuré a puntualizar antes de que utilizara otra palabra.

—Reveses. Tal vez necesitáis unas vacaciones.

—Ya tuvimos unas vacaciones, ¿recuerdas? Y fueron un desastre. Nos hicieron más mal que bien.

—¿Por qué no buscáis asesoramiento?

—¿Asesoramiento? ¿Garv? —De haber tenido fuerzas para reírme, lo habría hecho—. Si no me habla ni a mí, dudo que le hable a un desconocido.

—Pero os queréis —dijo mamá con desesperación.

—Pero somos infelices.

—El amor lo puede todo —insistió mamá, como si yo tuviera cinco años.

—No. Es. Cierto —deletreé con un atisbo de histeria en la voz—. ¿Crees que haría algo tan terrible como dejarle si fuera tan fácil?

Eso la sumió en un silencio de esa-no-es-forma-de-hablar-a-tu-madre.

—¿Entonces no piensas contarnos qué está pasando? —preguntó Helen.

—Ya lo sabéis todo. —Vale, no todo, pero la mujer trufa no era la causa, solo el resultado final.

Helen puso los ojos en blanco en un gesto de desdén.

—Es lo mismo que lo de tu examen de conducir.

Debería haber imaginado que alguien lo sacaría a relucir. El resentimiento seguía latente.

Cuando tenía veintiún años me apunté a clases de conducir, hice el examen y aprobé. Solo entonces se lo conté a los miembros de mí familia, quienes, en lugar de alegrarse por mí, se ofendieron. Se sintieron excluidos, estafados y privados de un drama, y no podían comprender que no les hubiera implicado en él.

«Podría haberte dado una medalla de san Cristóbal para el examen», protestó mamá.

«No la necesitaba. Aprobé sin ella.»

«Podría haberte llevado a practicar con mi coche —se lamentó papá—. Maurice Kilfeather lleva a Angela.»

«Podríamos haberte despedido desde el centro de pruebas», dijo Claire.

Que era exactamente lo que había querido evitar. Examinarme de conducir era algo que había querido hacer sola. Pensaba que no era asunto de nadie salvo mío. Y si me empeñara en ser franca, tendría que reconocer la cuestión del fracaso: si hubiese suspendido el examen, me lo habrían recordado toda la vida.

Papá finalmente habló.

—¿Qué tal el trabajo?

Capítulo 4

Temía mi primera noche sin Garv (y todas las noches subsiguientes). Estaba convencida de que no podría dormir. ¿No era eso lo que le pasa a la gente que sufre? Mis temores, no obstante, eran infundados**.** Dormí como un tronco y desperté en una cama y una habitación que no reconocía. ¿Dónde estoy? Por un momento mi curiosidad fue casi agradable, hasta que la realidad se me echó encima.

Ese fue uno de los días más descoyuntados de mi vida. Sin un trabajo al que acudir, pasé la mayor parte del tiempo en mi cuarto para no tropezar con mamá. Aunque ella no paraba de repetirme que solo era un bache y que muy pronto volvería con Garv, mi popularidad se hallaba en su punto más bajo.

Helen, por su parte, me trataba como un fenómeno extraño y antes de ir a trabajar pasó por mi habitación para atormentarme. Anna también entró, dispuesta a protegerme.

—Vaya, sigues aquí —se maravilló Helen tras irrumpir en la habitación—. De modo que le has dejado de verdad. Debes de estar muy enferma, Maggie. Tú no haces esa clase de cosas.

Recordé una conversación que había tenido con mis hermanas la última Navidad. Estábamos atrapadas en casa sin ni siquiera una película de Harrison Ford con la que distraer la mente y nos dio por preguntarnos qué seríamos si fuéramos comida. Decidimos que Claire sería curry verde porque quemaba. Luego Helen decretó que Rachel era un osito de gominola y Rachel se puso muy contenta.

«¿Porque soy dulce?»

«Porque me gustaría arrancarte la cabeza de un bocado.»

Anna —«demasiado fácil», dijo Helen— era un queso de cabra. Y yo un «yogur desnatado a temperatura ambiente».

Yo sabía que estaba lejos de parecer un After Eight («fino y sofisticado») o una galleta de jengibre («dura e interesante»), pero no veía por qué no podía ser un tiramisú («con fondos ocultos»). En lugar de eso era lo más soso que uno podía llevarse a la boca: un yogur desnatado a temperatura ambiente. Aquello me ofendió, y aunque luego Claire dijo que Helen era un durian porque era una fruta ofensiva y estaba prohibida en algunos países, no consiguió animarme.

De vuelta al presente, Helen seguía burlándose de mí.

—No eres la clase de chica que abandona a su marido.

—Tienes razón. Romper un matrimonio no es la clase de cosas que haría un yogur desnatado a temperatura ambiente.

—¿Qué? —Helen estaba confusa.

—He dicho que romper un matrimonio no es la clase de cosas que haría un yogur desnatado a temperatura ambiente.

Me miró con curiosidad, musitó algo sobre damas de honor que parecían el hombre elefante y qué se suponía que debía hacer ella, y se marchó. Anna se metió en la cama conmigo y unió su brazo al mío.

—El yogur desnatado puede ser delicioso —dijo con voz queda—. Al curry le va de perlas. Y... —Tras una larga pausa, añadió—: Y dicen que va muy bien para la vaginitis.

Fui languideciendo en la casa sin saber muy bien qué hacía allí. Dejé que los programas de la tele me envolvieran: *Fumar crack no mola tanto como dicen; El culo de mi novia es más grande que mi coche.* Cada vez que terminaba uno, me descubría mirando alrededor, extrañada de no encontrarme todavía en los barrios bajos de Chicago, sino en una casa de las afueras de Dublín con cortinas

floreadas y figuritas. Y no cualquier casa de las afueras de Dublín con cortinas floreadas y figuritas. ¿Cómo he venido a parar otra vez aquí? ¿Qué ha pasado?

Me sentía tan fracasada que temía salir de casa. Y pensaba en Garv y la chica, pensaba mucho. Tanto que había tenido que recurrir de nuevo a la odiada crema de esteroides para mi escocido brazo. Me atormentaba su identidad. ¿Quién era? ¿Cuánto tiempo llevaban liados? Y, Dios no lo quiera, ¿era algo serio? Las preguntas se escurrían incesantemente. Hasta cuando veía a dos muchachas obesas darse puñetazos mientras Jerry Springer fingía sorpresa, una parte de mi cerebro seguía escudriñando los últimos meses con una lupa, buscando pistas sin encontrar ninguna.

Aun así, creía que no tenía derecho a preocuparme por la chica y que, en cualquier caso, eso no cambiaba las cosas. Con o sin ella, el juego había terminado.

Llevaba en casa de mis padres veinticuatro horas cuando empezó la reacción. Estaba viendo desganadamente la tele cuando la temperatura de mi cuerpo cayó en picado. Aunque en la sala hacía calor (demasiado calor), la piel de mis brazos se había contraído como se contrae el plástico de cocina con el calor y parecía de gallina aterrorizada. Pestañeé y descubrí que me dolían los ojos. Entonces noté que tenía la cabeza a punto de estallar, que me dolían los huesos y que no disponía de energía ni para levantar el mando a distancia. Medio atontada, vi *Hospital de animales* mientras deseaba poder hacer algo para poner fin a mi estado, fuera lo que fuese. ¿Qué me estaba pasando?

—¿Que te pasa? —Mamá había entrado en la sala—. ¡Virgen santa! ¿Qué le están haciendo a ese pobre pastor alemán?

—Tiene almorranas. —Mi lengua pertenecía a otra persona, alguien con una boca mucho más grande—. Y creo que yo tengo la gripe.

—¿Estás segura?

—Tengo frío y me duele todo el cuerpo. —Yo, Maggie la dura, la que nunca se ponía enferma.

—No sabía que los perros podían tener almorranas. —Mamá seguía pegada a la pantalla.

—Quizá va estreñido. Creo que tengo la gripe —repetí, esta vez más alto.

Por fin obtuve su atención.

—No tienes muy buen aspecto. —Mamá parecía preocupada. Casi tanto como por el pastor alemán. Me puso una mano en la frente—. Me pregunto si tienes fiebre.

—Claro que tengo fiebre —gruñí—. Tengo la gripe.

Localizó el termómetro y lo sacudió con esa violencia con que la gente lo sacude antes de tomarle la temperatura a alguien. Es un zarandeo enérgico, como si fueran a lanzar la varilla al otro extremo de la habitación pero cambiaran de parecer en el último momento. Pese al seguimiento fiel del protocolo por parte de mamá, no tenía fiebre.

—Aunque es difícil saberlo —añadió mamá, mientras miraba el termómetro con resentimiento—. Hace treinta años que lo tenemos y nunca ha funcionado.

Me fui a la cama a las nueve y media y no desperté hasta las dos de la tarde del día siguiente. Me hallaba exactamente en la misma postura en que me había dormido, como si no me hubiera movido una sola vez en todo ese tiempo. En lugar de sentirme mejor me sentía peor, letárgica e inútil. Y además, seguía sintiéndome desgraciada.

Nunca había creído que fuera posible enfermar de tristeza. Pensaba que era un concepto absurdo limitado a las novelas victorianas. Durante la semana comprendí que no tenía nada, al menos físico. Mi temperatura era normal.

Además, ¿cómo podía ser que nadie más hubiera contraído la gripe?

Fuera lo que fuese, era emocional. La enfermedad del duelo. Mi cuerpo estaba luchando contra mí separación de Garv como si esta fuera un organismo hostil.

No podía dejar de dormir. Tenía sueños profundos de los que nunca despertaba del todo. Y cuando por fin lo hacía, apenas conseguía manejar los asuntos más nimios. Sabía que debía seguir adelante con mi vida, buscar otro trabajo, atar los cabos sueltos de mi antigua existencia, organizar la nueva. Pero tenía la sensación de estar caminando bajo el agua, avanzando muy lentamente por un mundo enredado.

Cuando metía la cabeza debajo de la ducha, sentía el agua en la piel como una descarga de grava afilada. La casa era demasiado ruidosa; cada vez que alguien daba un portazo mi corazón se aceleraba. Cuando a papá se le cayó un cazo al suelo, me asusté tanto que los ojos se me llenaron de lágrimas. Experimentaba una opresión constante, como si alguien hubiera clavado un cielo sucio y gris a tres centímetros de mi cabeza.

Mi conducta seguía siendo inadecuada en los sondeos de opinión. Mamá todavía vacilaba entre «más que la mordedura de una serpiente duele tener una hija ingrata», frialdad y «por qué no intentas que se te pase y regresas con tu marido». De papá no recibía las mismas quejas, pero yo siempre he sido su ojito derecho. Desde que en una ocasión fui con él a la final de snooker, casi ha logrado convencerse de que soy su hijo.

Exceptuando a mi familia más inmediata, no hablaba con nadie. La gente, en cambio, se empeñaba en hablar conmigo. No hay nada como una tragedia para que el teléfono no pare de sonar. Me telefonearon amigas íntimas como Donna y Sinead, pero yo murmuraba un «dile que ya la llamaré» y no lo hacía. También me llamaron cazadoras de ataúdes como Elaine (a mamá le pareció «una chica

encantadora»). Claire telefoneó desde Londres y me rogó que fuera a verla. Rachel llamó desde Nueva York y la conversación fue similar, si bien las probabilidades de ir a ver a mis hermanas eran nulas, pues caminar desde la tele a la tetera era el único viaje que me veía capaz de hacer.

No llamé a Garv, y para gran decepción y desconcierto de mis padres, él tampoco me llamó a mí. En cierto modo fue un alivio, pero un alivio que se las arreglaba para resultar desagradable.

Anna también pasaba mucho tiempo en casa, destrozada por su ruptura con Shane. Teníamos que hablar a escondidas porque cuando mamá nos veía juntas, torcía la boca como el culo de un gato y decía: «Parece que regente una casa de acogida para mujeres descarriadas».

Como mejor podíamos, hablábamos de nuestras respectivas rupturas. El problema de Anna era que Shane había montado un negocio informático para hacer música *on-line* y de la noche a la mañana se había vuelto ambicioso.

—Se cortó el pelo. En una peluquería. Fue entonces cuando supe que todo había terminado. Supongo —suspiró — que él quiere crecer y yo no. ¿Qué pasa contigo y con Garv?

—Bueno, ya sabes... —No podía contarle lo de la mujer trufa. Sencillamente carecía de la energía necesaria para arrancar esas palabras de mis entrañas y expulsarlas por la boca—. Ahora mismo no siento nada —alcancé a decir—. Es una nada horrible, una nada que no puede ser buena. ¿No crees que debería estar berreando?

¿No debería estar colándome en casa de la mujer trufa y plantándole hierba en la moqueta y camarones en las barras de las cortinas? ¿No debería estar planeando cortar las mangas y las perneras de todas las camisas y los pantalones de Garv?

—Ni siquiera he llamado a Garv para decirle que le echo de menos —A pesar de que un espasmo de deseo por

él me acuchillaba aproximadamente una vez por hora—. Mi vida es una ruina y no siento nada. —Mi futuro era como una superficie acordonada. Conseguía echar fugaces vistazos a la tristeza, pero esta enseguida desaparecía. Era como si la puerta de una habitación ruidosa se abriera y de inmediato volviera a cerrarse.

—Estás deprimida —dijo Anna—. Estás muy deprimida. ¿Te sorprende después de todo lo que has pasado?

No fue un consuelo.

—No soy una mujer con tendencia a la depresión. —Lo sé porque hice el test de *Cosmopolitan.*

—Pero ahora estás deprimida. Y probablemente Garv también lo esté.

Había dicho algo interesante, puede que incluso importante, pero no podía pensar en ello, estaba demasiado cansada.

Anna, a diferencia de mí, no conseguía dormir, por lo menos en su cama, de modo que se pasaba las noches saltando de lecho en lecho. Solía tumbarse a mi lado, pero para cuando me despertaba ya se había ido, dejando el vago residuo de una criatura espectral que suspiraba mucho y olía a cubatas de Bacardí enlatados. Tenía la impresión de que me rondaba un fantasma bueno.

Otra veces seguía allí cuando yo despertaba. Una mañana, al abrir los ojos, me encontré con un pie suyo sobre la oreja y el otro en la boca. Por razones que solo ella conocía, había decidido meterse en la cama al revés.

Otra noche desperté sintiéndome increíblemente feliz: caliente, segura, querida. Con la sensación de precipitarme en un pozo sin fondo, comprendí el motivo: Anna estaba apretujada contra mí, acariciándome con el hocico y maullando «Oh, Shane». Profundamente dormida, rodeada por su brazo, había creído que era Garv.

A veces Anna y yo nos consolábamos mutuamente, sobre todo cuando ella desarrolló la teoría de que nuestras vidas eran un espanto porque nuestros ángeles de la

guarda se habían tomado un período sabático y actualmente estábamos bajo el cuidado de suplentes que no se tomaban en serio su trabajo.

—Intentan hacer lo mínimo. Como mucho, evitarían que nos pilláramos los dedos en una picadora de carne.

—¿Cómo se llama mi ángel verdadero?

—Basil

—¿Basil?

—Bueno, Henry.

—¿Henry?

—¿Qué te parece Clive?

—¿Es un ángel varón?

—Oh, no. Los ángeles no tienen sexo.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es rosa y huele a algodón de azúcar,

—¿Rosa?

—Con topos verdes.

—Me tomas el pelo.

—Lo siento. ¿Cómo se llama el mío?

—Penelope.

—¿Comida predilecta?

—Puré de zanahorias y chirivías.

—¿Lo mejor de ser un ángel de la guarda?

—Ayudar a la gente a encontrar el vestido y los zapatos adecuados para la fiesta de Navidad. ¿Cuál es el fuerte de Clive?

—Encontrar pendientes extraviados.

Y otras veces no conseguíamos consolarnos mutuamente.

Por ejemplo, una mañana se acostó a mi lado y permanecimos tumbadas mirando tristemente el techo. Al cabo de un rato Anna dijo:

—Creo que nos hacemos más mal que bien.

—Estoy de acuerdo.

—Me vuelvo a mi cama, ¿vale?

—Vale.

A diferencia de mí, Anna salía a veces de casa, aunque solo fuera por petición de Shane.

—Dice que quiere que hablemos.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Que en realidad quiere sexo. Fue lo que ocurrió las tres últimas veces que nos vimos. Eso me crea esperanzas y luego me deja aún peor.

—Quizá no deberías acostarte con él nunca más —sugerí.

—Quizá —dijo Anna sin convicción.

—Quizá ni siquiera deberías verle.

Pero cuando Shane telefoneó y dijo que quería verla, Anna aceptó.

—No te preocupes —me prometió—. No me acostaré con él.

Sin embargo, Anna todavía no había vuelto cuando me fui a la cama. Claro que solo eran las nueve y cuarto y llevaba fuera menos de media hora.

Esa noche desperté en medio de la oscuridad. Me pregunté qué me había despertado y entonces escuché un ruido que recordaba de mis años de adolescencia: rasgaduras en la puerta principal. Una de mis hermanas —en este caso Anna— tenía problemas para introducir la llave en la cerradura. Llevaba tanto rato intentándolo que decidí levantarme para dejarla entrar. En ese momento la puerta cedió y oí el estrépito tranquilizador de Anna al tropezar con la mesa del vestíbulo, seguido, minutos después, del repugnante olor a judías blancas con tomate calentándose en un cazo. Como en los viejos tiempos, pensé mientras volvía a conciliar el sueño.

Al rato volvía despertarme. La alarma contraincendios estaba aullando mientras papá daba saltos de pánico por el rellano.

—¿Cómo se apaga esta cosa?

Por el pasillo avanzaba una nube de humo gris. Las judías y el cazo estaban calcinados y Anna se había

desplomado sobre la mesa de la cocina, sobando a pierna suelta.

La acostamos, pero poco después se metió en mi cama apestando tanto a alcohol que, de haber estado despierta, me habría desmayado. De hecho, su aliento incendiario tuvo el efecto de las sales aromáticas y finalmente me despertó.

Más tarde un golpe seco, como si el techo se hubiera venido abajo, despabiló de nuevo a toda la casa. Una investigación minuciosa reveló que el golpe se debía a algo mucho menos emocionante. AI parecer Anna había intentado meterse en la cama de Helen, pero esta, negándose a dormir con una «destiladora humana», la había empujado al suelo.

—Por lo menos no me acosté con él —dijo Anna al día siguiente mientras se examinaba los moratones—. Sé que bebí hasta perder el conocimiento y estuve a punto de prender fuego a la casa, pero por lo menos no me acosté con él.

—Ya es algo —convine.

En un momento dado de la espantosa segunda semana necesité algo, pero disponía de muy pocas opciones.

—Sal a dar un paseo —sugirió papá—. Necesitas que te dé el aire.

Nunca he entendido el concepto de Dar un Paseo. Ni en mi época más deportista me atrajo la idea de Dar un Paseo por los barrios residenciales. Con todo, me sentía lo bastante mal para intentarlo.

—Llévate un abrigo —me aconsejó papá—. Por si llueve.

—Estamos en junio.

—Estamos en Irlanda.

—No tengo abrigo. —Bueno, sí lo tenía, pero en mi casa, en casa de Garv, ya sabes de qué casa hablo. No quería ir porque temía que la chica se hubiera instalado.

Quizá fuera una idea disparatada, pero mi instinto me decía que todo era posible.

—Coge el mío. —El anorak de papá era rojo, de nailon, un espanto, pero estaba hambrienta de cariño y dejé que me ayudara a ponérmelo.

Y emprendí mi paseo. Nada muy ambicioso. Caminé doscientos metros hasta el parque, me senté en un muro bajo y observé a unos adolescentes hacer lo que los adolescentes hacen en los parques: fumar a escondidas e intercambiar información imprecisa sobre sexo.

Me sentía morir. El cielo, de un gris plomizo, estaba embotado incluso en las zonas que no tenía directamente sobre mi cabeza. Tras comprobar que mí estado no mejoraba, decidí regresar a casa. Pronto darían alguna versión de «Querida, no eres tan guay como crees». No había motivos para perdérsela.

Bajaba por la calle cuando alguien se cruzó en mi campo de visión y me sobresalté. Afilé la vista. Era un hombre, a unos cincuenta metros de mí, que estaba sacando cosas del maletero de un coche. Dios mío... Shay Delaney. Por un momento pensé que era él, luego me dije que no. Algo en ese hombre me recordaba vagamente a Shay y eso bastó para ponerme nerviosa.

Cuando lo tuve más cerca advertí, con un sentimiento de vértigo, que sí era él. Diferente, pero él. La diferencia era que había envejecido, de lo cual me alegré hasta que comprendí que si él había envejecido, yo también.

Estaba sacando cosas del maletero de un coche y apilándolas junto a la verja de la casa de su madre. ¿Por qué no había comprendido desde el principio que era él? Estaba delante de su casa. Bueno, de la casa donde había vivido hasta que se marchó al *college* quince años atrás. Quince años. ¿Cómo era posible? Ahora soy joven y en aquel entonces me hallaba en período de crecimiento, no hay cabida para quince años. Otra vez el vértigo.

No podía saludarle. Ahora no, con toda esta vergüenza encima. Con la de veces que podría haber jugado al juego de ¿Qué Ha Sido De Tu Vida?, ¿por qué no me lo había encontrado cuando tenía un matrimonio del que me sentía orgullosa, cuando era feliz?

Por supuesto, no tenía por qué contarle lo mal que me iban ahora las cosas, pero seguro que lo adivinaba. ¿Acaso no lo llevaba escrito en la cara?

Las piernas seguían llevándome calle abajo, directamente hacia él.

Durante años había fantaseado con la posibilidad de volver a encontrarlo. Concebía planes meticulosos donde yo aparecía delgada, guapa, vestida a la moda y llena de energía, serena y segura de mí misma.

Él, en cambio, había perdido todo su atractivo. No sé cómo pero se había encogido hasta medir un metro sesenta y cinco, había perdido su hermoso cabello rubio y estaba gordo como un tonel. Pero por lo que alcanzaba ver todavía conservaba el pelo y la estatura, y si había engordado había sido, desafortunadamente, para bien.

En cambio, mírame a mí, los pantalones de chándal, el aspecto de fracasada, la forma en que mi cara se había tornado extraña, como inerte. Estaba casi ridícula. El único punto a mi favor eran las mechas del pelo. Cuando el peluquero me las aconsejó, tuve mis dudas, pero ahora las veía como una bendición.

Me acerqué un poco más. Y un poco más. En ningún momento se fijó en mí. Me dije que aún podía huir con mi cara pálida, el anorak de papá y la desolación de mi reciente separación. Entonces me encontré a su lado, pasando frente a él, que seguía sin mirarme. Con una extraña sensación de desafío, decidí que si él no tenía intención de hablar, lo haría yo.

—¿Shay?

Pareció, todo hay que decirlo, agradablemente sorprendido.

—¿Maggie? —Se detuvo en el momento en que sacaba algo del maletero. Luego se incorporó—. ¿Maggie Walsh?

—Garvan —le corregí tímidamente—. Ahora soy Maggie Garvan.

—Claro —dijo él afectuosamente—. Oí que te habías casado. ¿Cómo está Garv?

—Bien —dije algo a la defensiva.

Silencio, un silencio violento. Entonces Shay puso los ojos en blanco para expresar sorpresa.

—Vaya, Maggie Walsh, cuánto tiempo. Y dime... —Supe lo que iba a preguntarme antes de que lo hiciera—. ¿Tienes hijos?

—No. ¿Y tu?

—Tres. Tres monos. —Hizo una mueca.

—Ya. Ja, ja, ja.

—¡Estás fantástica! —exclamó. Una de dos, o estaba ciego o estaba loco, pero lo dijo con tanto cariño que casi me indujo a creerle—. ¿Cómo está tu madre? —preguntó como si le interesara de veras—. ¿Cómo le va la cocina?

—Ah, la dejó.

—Qué mujer—musitó con admiración—. ¿Y tu padre? ¿Todavía le vuelven loco sus hijas?

—Desde luego.

—¿Y a qué te dedicas?

—Asuntos paralegales.

—¿De veras? Me alegro.

—Sí, yo también. ¿Y tú?

—Trabajo para Dark Star Productions.

—He oído hablar de ellos. —Había leído algo en el periódico, pero no recordaba exactamente qué, así que añadí otro «Me alegro».

Entonces él dijo:

—Bueno, me alegro de verte. —Y me tendió una mano. Por un momento la miré sin comprender. Shay estaba esperando que la estrechara, como si fuéramos compañeros de trabajo. Al frotar mi palma contra la suya

recordé que él solía taparme la boca con esa mano. Para ahogar mis aullidos. Cuando copulábamos.

Qué extraña es la vida.

Había empezado a alejarse.

—Saluda a tus padres de mi parte.

—¿Y a Garv? —No pude evitarlo.

—Claro, también a Garv.

Me alejé sintiéndome bien. No podía creerlo. Finalmente lo había visto, le había hablado y me sentía bien. Todos estos años preguntándome cómo me sentiría al verlo y me sentía bien. Bien. Envuelta en una nube, seguí mi camino.

Nada más entrar en casa empecé a temblar. Tanto que mis dedos no pudieron bajar la cremallera del anorak. Recordé, demasiado tarde que no debí mostrarme amable con él. Debí mostrarme fría y desagradable, después del modo en que me había tratado.

Mamá apareció en el vestíbulo.

—¿Has visto a alguien? —preguntó mientras su antipatía hacia mí forcejeaba con su curiosidad.

—No.

—¿A nadie?

—No.

Mamá adoraba a Shay Delaney. De aspecto varonil, con mandíbula cubierta de vello dorado cuando los demás «jóvenes» todavía estaban verdes e informes, había sido el sueño de todas las madres. Mamá atribuía esa madurez a que el padre de Shay había abandonado a su familia y él tuvo que convertirse en el hombre de la casa.

Los otros chavales del grupo —Micko, Macker, Toolser y Garv— eran hoscos con los adultos e incapaces de mirar a los ojos a alguien que les llevara más de un año. En cambio Shay, el único de sus coetáneos que era llamado por su verdadero nombre, siempre estaba de buen humor. A veces incluso flirteaba. Claire, dos años mayor que él, solía decir

con ironía: «Soy Shay Delaney y siempre consigo lo que quiero».

Yo tenía demasiadas cosas que hacer para soportar los ávidos interrogatorios de mamá. («¿Tiene un coche grande?», «¿Es cierto que su esposa es tan atractiva como dicen?», «¿Dejó el padre a aquella zorra y volvió a casa?») Necesitaba tumbarme en la cama, temblar y pensar en Shay.

Había ido a la misma clase que Micko, Macker, Toolser y Garv, pero no estaba enteramente integrado en la pandilla. Por decisión de él, no de ellos, pues les habría encantado ser sus mejores amigos. Shay deambulaba entre diferentes facciones y en todas lo recibían con los brazos abiertos. Era una de esas personas con carisma, aunque en aquellos tiempos yo desconocía esa palabra. Claire lo describía así: «Si Shay Delaney cayera en un foso de mierda, saldría oliendo a Chanel Número Cinco».

No solo era extraordinariamente guapo, sino que tenía la decencia de no frotárselo a la gente en la cara, de modo que además tenía fama de persona agradable. Y el hecho de que su padre hubiera abandonado a la familia le granjeaba la compasión de todos.

Como aparentaba más edad y poseía el encanto y la seguridad en sí mismo necesarios para camelarse a los porteros, iba a lugares que nosotros desconocíamos y vivía en mundos diferentes del nuestro. Aun así, siempre elegía volver a nuestro lado y contarnos, sin resultar jactancioso, que había bebido pepermint en un dormitorio de enfermeras o acudido en Meath a la fiesta de una chica rica que cumplía veintiún años. Naturalmente, siempre tuvo muchas novias, por lo general chicas que habían dejado la escuela y, o bien trabajaban o iban al *college,* lo cual impresionaba a los demás chicos.

Yo llevaba seis meses saliendo con Garv y era muy feliz con él. Un día Shay Delaney empezó a fijarse en mí, a obsequiarme con sonrisas afectuosas y conversaciones tan

quedas que excluían a todos los demás. Yo tenía la sensación de que siempre estaba observándome. Por ejemplo, si estábamos todos apoyados en un muro fumando y dándonos empujones —la tontería de siempre—, al levantar la vista tropezaba con su mirada. Si hubiera sido otro, habría dado por sentado que estaba coqueteando conmigo, pero se trataba de Shay Delaney y estaba muy lejos de mis posibilidades.

Una semana después, habiendo aumentado la intensidad de sus sonrisas y conversaciones íntimas, se celebró una fiesta y un palpito en el estómago me dijo que algo iba a ocurrir. Dicho y hecho, cuando Garv fue enviado a comprar más cerveza, Shay me cortó el paso en el instante en que yo salía de la cocina y me metió en el armario de debajo de la escalera. Protesté enérgicamente, pero él se rió y cerró la puerta tras de sí. Después de decirme medio en broma lo loco que lo tenía, intentó besarme. Aplastada por su enormidad en el oscuro y limitado espacio, sabedora al fin de que su interés por mi no había sido imaginario, noté cómo acercaba su cara a la mía y fue como si todos mis sueños se hubieran hecho realidad.

—No puedo —dije, volviendo la cara.

—¿Por qué no?

—Por Garv.

—Si no estuvieras con Garv, ¿me dejarías?

No pude responder. ¿No era evidente?

—¿Por qué yo? —pregunté—. ¿Por que te molestas conmigo?

—Porque no puedo evitarlo —respondió, deslizando su dedo pulgar por mi boca y haciéndome perder el sentido.

Jamás llegué a saber por qué me deseaba. Yo no era, ni mucho menos, tan guapa como sus otras novias ni tan sofisticada. Solo se me ocurría que, puesto que su padre les había dejado y su vida familiar era un poco caótica, yo

representaba para él estabilidad. Mi normalidad era mi principal atractivo.

Así pues, como una frívola puerca, rompí con el pobre Garv. Fingimos que se trataba de un acuerdo mutuo y nos prometimos que seguiríamos siendo amigos y todas esas chorradas que se dicen en la adolescencia, pero lo cierto era que yo dejaba a Garv por Shay. Garv lo sabía tan bien como yo. Desde el momento en que Shay había decidido que me deseaba, Garv no había tenido la más mínima posibilidad.

Por la noche papá se escurrió en mi habitación con una bolsa de papel marrón bajo el brazo.

—¡McDonald's! —exclamó—. Tu favorito.

A los once años, pero agradecía la compañía.

—Barritas de pollo —anunció orgullosamente—. Con dos salsas.

—¿Qué celebramos?

—Que tienes que comer. Tu madre… —Hizo una pausa y suspiró con tristeza—. En fin, hace lo que puede.

Desde la noche que dejé a Garv, el mero hecho de pensar en la comida había sido un anatema. Más que náuseas, me provocaba asombro. Pero hoy tenía que intentar comer porque además de las barritas de pollo, papá me había traído una ración gigante de patatas fritas y una Coca-Cola (además de un menú completo para él que venía con un robot de regalo).

—Prueba una patata —me tentó.

Casi habría preferido comerme el robot, pero papá me dio pena y lo intenté. La patata se aposentó en mi boca como un cuerpo extraño. Bajo la mirada angustiada de papá, traté de engullirla por mi angosta garganta.

—¿Quieres algo de beber? —me preguntó—. ¿Brandy, vodka, sidra?

Le miré atónita. Era una de las preguntas más raras que me habían hecho en mi vida. Mis padres únicamente beben alcohol el día de Navidad, cuando la botella de Blue Nun caliente llega a la mesa, siempre y cuando ninguna de mis hermanas la haya descubierto la noche anterior y se la haya bebido. Además, en la casa no había —¿qué había dicho?— brandy, vodka ni sidra. Comprendí que papá no me estaba ofreciendo una copa sino que, devorado por la curiosidad, trataba de averiguar cuan delicado era mi estado.

Meneé la cabeza.

—No quiero beber. —Sería un terrible error. Cuando estaba deprimida el alcohol no me animaba. De hecho, me inducía a llorar y compadecerme de mí misma—. Si me emborracho, probablemente me suicidaré.

—Estupendo. Genial —De repente papá se puso contento como unas castañuelas. Comió con alivio y deleite, intentó jugar con su robot—. ¿Cómo funciona? —Y luego se marchó.

Al poco rato estaba de vuelta.

—Emily al teléfono.

Capítulo 5

Emily es mi mejor amiga. Mi mejor amiga entre las chicas, pero como a Garv y a mí no nos van bien las cosas, también entre los chicos.

Nos conocimos a la torpe edad de doce años en la escuela secundaria y enseguida nos reconocimos como almas gemelas. Las dos nos sentíamos fuera de lugar. No éramos exactamente unas parias, pero estábamos muy lejos de ser las chicas más populares de la clase. Parte del problema se debía a que ambas destacábamos en los deportes, mientras que las chicas molonas fumaban y falsificaban notas de sus padres donde decían que estaban resfriadas y no podían hacer gimnasia. Otro punto negativo era que no nos interesaba experimentar, como la mayoría de los adolescentes, con el tabaco y el alcohol. A mí me aterraba meterme en líos y Emily opinaba que era tirar el dinero. Así pues, juntas lo calificamos de «estupidez».

Durante la época escolar, Emily fue una niña menuda y flaca que se parecía a E.T. con una horrenda permanente. Muy diferente de su aspecto actual. Hoy en día sigue siendo menuda y flaca, pero ahora sabemos que eso es bueno, ¿o no? Sobre todo lo de flaca. La horrenda permanente (que de permanente no tiene nada, es su pelo natural) ha pasado a la historia. Ahora luce un cabello sedoso y brillante —ciertamente imponente—, aunque ella dice que en su estado natural todavía podría pasar por un miembro de Jackson Five. A veces, para obtener un pelo enteramente libre de rizos, su peluquero tiene que ponerle un píe en el pecho y tirar con todas sus fuerzas.

Viste con esmero y seguridad en sí misma. Cuando un determinado estilo se pone de moda, yo me compro una prenda y la mezclo con mi ropero «desfasado», segura de que doy el pego. Emily no. ¿Recuerdas cuando salió la moda rock-chick? Pues bien, yo me compré una camiseta

con letras rosas y brillantes en que se leía «Rock-Chick», y punto. Emily, en cambio, apareció con unos tejanos de piel de serpiente ajustadísimos, botas de vaquero moradas con tacones de aguja y un sombrero Stetson de cuero rosa. En lugar de encontrarla ridicula, me dieron ganas de aplaudir.

Además, es una mujer que sabe elegir sus complementos. Zapatos de muchos colores (o sea, todos menos el negro), bolsos con forma de maceta y divertidos pasadores en el pelo cuando la ocasión lo exige.

No vivo del todo en el siglo pasado. Leo revistas, soy una compradora entusiasta y me intereso por la longitud de las faldas, la forma de los tacones y la capacidad difusora del maquillaje de base. Pero solo tienes que echar un vistazo a mis amigas solteras para ver que todas son más delgadas y sofisticadas que yo y que sus estuches de pinturas son cornucopias de lo último en tonalidades. Mientras yo todavía estoy leyendo acerca de algo, ellas ya lo exhiben. (¿Sabes cuánto tiempo tardé en darme cuenta de que volvía a llevarse la sombra azul púrpura? En realidad me da vergüenza decírtelo, y aunque parezca un cliché, se debe al hecho de tener un hombre y no estar «al loro».)

Mi amistad con Emily ha sobrevivido pese a la diferencia de estilos de vida y a los miles de kilómetros que nos separan. Nos enviamos e-mails dos o tres veces por semana. Ella me habla de sus desastrosas relaciones con los hombres, luego me pide cuentas sobre mi insulsa vida marital y las dos volvemos felices a casa. Me apenaba tremendamente que no lográramos vivir en el mismo continente. Garv y yo llevábamos apenas unos meses casados cuando nos fuimos a vivir a Chicago cinco años. Y cuatro semanas antes de que regresáramos a Irlanda, Emily se marchó a Los Ángeles.

El caso es que siempre quiso ser escritora. Había probado suerte con novelas y relatos cortos, aunque sin

éxito. A mí me gustaba lo que escribía, pero ¿qué sabía yo de esas cosas? Como dice Helen, carezco de imaginación.

Entonces, hace unos cinco años, Emily escribió un guión corto titulado *Un día perfecto,* y una productora irlandesa lo seleccionó y lo emitió por televisión. Era extravagante y encantador, pero generalmente los cortos se emiten una vez y no se vuelve a saber de ellos. Se los considera una suerte de ejercicio práctico para futuros directores de cine. Pero en el caso de *Un día perfecto* ocurrió algo sin precedentes, y todo gracias a su inusual duración: catorce minutos y medio. Cada vez que en Irlanda estallaba un caso de corrupción (semana sí, semana no), el telediario de las nueve se alargaba más de la cuenta, de modo que se necesitaba un «relleno» para ocupar las ondas hasta las diez, momento en que la programación recuperaba su horario normal. En cuatro meses *Un día perfecto* hizo de relleno en tres ocasiones, colándose bajo la piel de la nación. De repente, en los ascensores, las fotocopiadoras y las paradas de autobús de todo el país las personas se preguntaban unas a otras: «¿Viste el magnífico corto que pusieron ayer noche después del telediario?».

De la noche a la mañana, por lo menos en Irlanda, el nombre de Emily se hizo famoso. La gente no sabía exactamente quién era, pero sabía que había oído hablar de ella y, desde luego, de su película.

Hubiera podido ganarse muy bien la vida en Irlanda de haberse mostrado más flexible y dispuesta a escribir, además de películas, series, obras de teatro y anuncios, que al parecer no pagan nada mal. Con todo, decidió ir a por todas, dejó su espantoso trabajo y se mudó a Los Ángeles.

El tiempo pasó y corrió la noticia de que la había contratado una de las grandes agencias de Hollywood. Poco después nos enteramos de que había vendido un guión largo a DreamWorks. ¿O era Miramax? En cualquier caso, una de las grandes. La película, titulada *Rehén* (o puede

que *¡Rehén!),* iba de una isla diminuta del Pacífico Sur para parejas en luna de miel a la que llegan unos terroristas que matan a algunos lugareños y secuestran a varios recién casados. Los demás huyen internándose en la jungla, sobreviven cual náufragos a base de ramitas y elaboran un plan de rescate. La describían como una «película de acción con una historia de amor y toques de humor».

El *Sunday Independent* escribió un artículo sobre el contrato, el canal de televisión emitió de nuevo *Un día perfecto* y la madre de Emily se compró para el estreno un vestido largo de lentejuelas azules. (Estaba rebajado un cuarenta por ciento de descuento, pero aun así era caro.)

El tiempo pasó y las cosas no se movían. No existía reparto y cada vez que yo preguntaba a Emily en qué fase se hallaba la película, me contestaba sucintamente: «Todavía estamos retocando el guión». Dejé de hacer preguntas.

Finalmente su madre llamó a Emily para preguntarle si podía ponerse el vestido azul de lentejuelas para la fiesta navideña de la empresa de su padre. Hacía casi un año que lo había comprado y, pese a estar rebajado un cuarenta por ciento, le había costado caro. Deseaba sacarle partido. Adelante, dijo Emily.

Entonces, de un día para otro, un estudio rival lanzó una película sobre ocho parejas que se van de vacaciones a una de las islas Fiji para practicar el golf. La isla es invadida por unos terroristas que matan a algunos lugareños y secuestran a varios golfistas. Los demás huyen internándose en la jungla, sobreviven cual náufragos a base de ramitas y elaboran un plan de rescate. Era una película de acción con —¡adivina!— una historia de amor. Y aunque no lo creas, algún que otro toque de humor. Yo había trabajado en la periferia del negocio del cine el tiempo suficiente para no sorprenderme cuando salió la noticia de que el estudio había decidido «pasar» de hacer la película de Emily. «Pasar» era el término hollywoodiense para

«rechazar» y «no queremos saber nada más del asunto». Telefoneé a Emily para decirle lo mucho que lo sentía. Estaba llorando. «Pero estoy trabajando en otro guión», me dijo. «Unas veces se gana y otras se pierde, ¿no?»

Eso fue hace año y medio. Después vino a Irlanda por Navidad y me convenció para que saliéramos de copas mano a mano. Garv nos suplicó que le dejáramos ir, pero Emily le dijo con pesar que era una noche de chicas y no lo soportaría. Y tenía razón: en sus mejores momentos Emily era una persona peligrosa con la que salir, y cuando se sentía herida, humillada y poco dispuesta a hablar del tema, aún más.

Fue la noche del Stetson rosa. El estilo rock-chick estaba a punto de desplomarse bajo el peso de su propia estupidez, pero aún no había ocurrido y Emily estaba sensacional.

Me arroje a sus brazos, tal fue mi alegría al verla, pero a pesar de lo mucho que disfrutábamos de nuestra mutua compañía, fue una noche extraña. En aquel momento creí estar pasándolo genial, pero ahora, cuando miro atrás, ya no estoy tan segura. Emily bebió mucho y a una velocidad vertiginosa. Desde que había empezado a beber, se había convertido en una experta. Generalmente ni se me pasaba por la cabeza seguirle el ritmo, pero esa noche lo hice. Y como es lógico me emborraché, aunque curiosamente sin ser consciente de ello. Me sentía totalmente sobria. El único indicio de que algo no iba bien era que todas la personas con las que establecía contacto parecían hacer algo para insultarme o irritarme. En ningún momento se me ocurrió que yo pudiera tener la culpa.

Estábamos en el bar del Hayman, un hotel nuevo y elegante donde todo, desde los azulejos del techo hasta los ceniceros, lo había «creado» un famoso diseñador neoyorquino. Había oído hablar del local —apareció en todos los periódicos, sobre todo por el hecho de que casi todos sus objetos estaban a la venta—, pero no lo había

visitado, mientras que Emily solo llevaba en casa tres días y ya había estado allí dos veces.

Nos instalamos en una mesa de un rincón, pedimos una botella de vino y Emily procedió a contarme la historia de su vida desde la última vez que nos vimos. Negándose a hablar de sus guiones —«No menciones esa guerra», gruñó —, me lo contó todo sobre su vida amorosa. Sus citas con un hombre gay que insistía en que era hetero y con un hombre hetero que insistía en que era gay. Emily era genial contando anécdotas y daba mucha importancia a los detalles. Nada de grandes pinceladas. Pormenores cautivantes.

Siempre parecía que hablaba mucho más que yo. Aunque también tenía mucho más que contar. Para cuando terminamos con su vida, ya íbamos por el final de la segunda botella de vino.

—Ahora tú —me ordenó—. ¿Qué historia es esa de los conejos? —Arrugó la frente—. ¿Y qué hay que hacer aquí para que a una chica le sirvan una copa?

Suspiré y empecé a narrar mi triste relato cuando, a través del gentío, divisé a mi hermana Claire.

—¿Qué haces aquí? —exclamó. Entonces vio a Emily y comprendió.

Estuvo un rato charlando con nosotras, atisbo a la gente con la que había quedado y se marchó. En cuanto estuvo lo bastante lejos, Emily murmuró con pesar:

—Eso, ve a divertirte con la gente de la mesa más grande. —Me lanzó una mirada penetrante, o eso pensé en aquel momento, pero en realidad solo estábamos tambaleándonos al mismo ritmo—. Le he cogido manía a tu hermana. Y también —añadió solemnemente— a sus amigos.

Contemple la mesa de Claire. A su llegada todos habían estallado en risas y cháchara. Me sentí extrañamente excluida.

—¡Yo también le he cogido manía!

—Tú no les has cogido manía.

—¿No?

—No —Emily echó la cabeza hacia atrás y volcó el vino que le quedaba por su garganta—. Les has cogido tirria.

De acuerdo. Les había cogido tirria.

Logramos que nos trajeran otra botella de vino y después optamos por ir a un lugar donde la gente no fuera tan fastidiosa. Al salir pasamos por delante de Claire y sus amigos.

—Nos vamos —anunció Emily con voz altiva—. No gracias a ti.

Enigmático, lo sé, pero en aquel momento tuvo mucho sentido.

Decidimos echarnos un bailoteo en el vestíbulo del hotel. No recuerdo de quién fue la idea, pero a ambas nos pareció buena. Dejamos los bolsos en el suelo y bailamos en círculo antes de salir a la calle cacareando. Todavía puedo ver las caras de pasmo de los tres hombres que teníamos al lado, bastante más serenos que nosotras.

Una vez fuera paramos un taxi y pedimos —en realidad, exigimos— que nos llevara a Grafton Street. A los pocos segundos habíamos cogido tirria al taxista, seguras de que había tomado el camino más largo y lucrativo.

—Tengo que ir por aquí porque no dejan girar a la derecha en el puente —se defendió.

—Ya—dijo Emily con desdén—. Usted no puede engañarme. Yo vivo aquí —mintió—. No soy ninguna turista. —Me propinó un codazo y rió con voz ronca—. Maggie, mira.

Había abierto el bolso de par en par —como un dentista intentando llegar a las muelas más remotas— y allí, entre su billetero de LV (falso) y su estuche de pinturas Prada (auténtico), reposaba un cenicero del hotel. Si la memoria no me falla, llevaba pegado un precio, y este era de treinta libras.

—¿De dónde lo has sacado?

Mi pregunta no esperaba respuesta. Cuando Emily está estresada roba objetos, una costumbre que detesto. ¿Por qué no puede ser como yo? Mi forma de manejar el estrés consiste en sufrir un eczema en el brazo derecho. No digo que sea agradable, pero al menos no pueden arrestarme por eso.

—Tienes que dejar de robar —la reprendí con voz queda pero furiosa—. Un día te pillarán y te meterás en un buen lío.

Emily no contestó porque estaba riñendo de nuevo al taxista.

Acudimos a un club para el que éramos demasiado mayores y lo pasamos en grande cogiendo tirria a más gente: el portero que no nos invitó a saltarnos la cola con la suficiente presteza en opinión de Emily, el camarero que no nos sirvió al instante y los clientes que no se levantaron de un salto para ofrecernos sus asientos nada más vernos.

En resumidas cuentas, pillamos una buena. Al día siguiente Garv se mostró bastante solidario. Salió corriendo del cuarto de baño cuando tuve necesidad de vomitar y esperó pacientemente en el rellano con la cara cubierta de crema de afeitar y cuchilla en mano.

Para cuando dieron las seis de la tarde ya me había recuperado lo suficiente para hablar, así que telefoneé a Emily. Me sentía animada, casi orgullosa de nuestra conducta alocada de la noche anterior, pero Emily parecía deprimida.

—¿Bailamos alrededor de nuestros bolsos en el Hayman? —preguntó.

—Sí.

—El caso es que —añadió con fingida despreocupación — tengo la horrible sensación de que no había pista de baile.

—¡Qué importa eso! —exclamé—. Tampoco había música. ¿Y no te molo la forma en que cogimos tirria a toda esa gente?

Emily emitió un sonido extraño, una mezcla entre gemido y gruñido.

—No me digas que estuve cogiendo manía a la gente.

—Tirria—corregí—. Cogimos tirria a la gente. Fue genial.

—Oh, Dios mío.

Descolgué el auricular.

—¿Emily?

—¿Estás bien?

—Sí—farfullé—. Creo que tengo la gripe.

—Tu madre dice que te has separado de Garv.

—Ah... sí.

—Y que has perdido el trabajo.

—Sí —suspiré.

—Pero... —Emily parecía atónita e incapaz de reaccionar—. Te he enviado varios e-mails al trabajo. La persona que ocupe ahora tu puesto ya lo sabrá todo acerca de Brett y su aumento de pene.

—Lo siento —alcancé a decir—. Lo cierto es que no he hablado con nadie.

Silencio mientras la electricidad estática daba tumbos por la línea. Sabía que Emily estaba deseando hacerme preguntas, pero se conformó con un:

—¿Seguro que estás bien?

—Seguro.

Más electricidad estática.

—Oye —dijo lentamente—, si no estás trabajando... ¿por qué no coges un avión y te vienes aquí una temporada?

—¿Qué hay ahí?

—Sol, Pringles bajos en calorías y yo.

Sospechaba que Emily no lo decía en serio. Que lo decía solo porque creía que tenía que decirlo, porque era lo que una buena amiga debía decir. No obstante, algo se iluminó en mi entumecimiento.

Los Ángeles. Ciudad de ángeles.
Quería ir.

Capítulo 6

Llevábamos un tiempo alarmante sobrevolando las afueras de Los Ángeles. Bajo mis pies se desplegaba una cuadrícula tras otra de casas de una planta interrumpidas de tanto en tanto por el violento serpenteo de una enorme autopista de asfalto. A lo lejos se atisbaba el destello diamantino del océano.

Apenas había transcurrido una semana desde la llamada de Emily y me costaba creer que ya estuviera aquí. O casi (¿íbamos a aterrizar algún día?).

Mi viaje había tropezado con mucha oposición, sobre todo por parte de mi madre.

—¿Los Ángeles? ¿Por qué Los Ángeles? —me había preguntado—. ¿No te dijo Rachel que podías quedarte con ella en Nueva York? ¿Y no dijo Claire que podías ir a Londres y vivir con ella el tiempo que quisieras? ¿Y si se produce un terremoto en Los Ángeles? —Miró a papá—. ¡Di algo!

—Tengo dos entradas para la semifinal de tiro. ¿Quién se apunta?

De repente mamá recordó algo y se volvió hacia papá.

—¿No fue en Los Ángeles donde te lesionaste el cuello?

Veinte años atrás papá viajó con sus colegas contables a Los Ángeles y regresó con el cuello lesionado por el tobogán gigante de Disneylandia.

—Fue culpa mía —insistió—. Los letreros aconsejaban que no nos levantáramos. No me ocurrió solo a mí. Nos lo dislocamos los siete.

—¡Virgen santa! —le interrumpió mamá, llevándose una mano a la boca—. Se ha quitado la alianza.

Estaba experimentando, comprobando qué sentía sin ella. La ausencia de anillos (el de prometida tampoco estaba) habían dejado en mi dedo una mella visible y un círculo blanco como la masa de harina cruda. Creo que en

mis nueve años de casada jamás me los había quitado. No llevarlos me resultaba extraño y desagradable. Pero llevarlos también. Al menos la primera opción era más honesta.

El siguiente en expresar disgusto por mi partida fue Garv. Le telefoneé para comunicarle que estaría fuera un mes y apareció en casa en un abrir y cerrar de ojos. Mamá lo invitó a pasar a la sala.

—¡Aquí lo tienes! —declaró triunfalmente, como diciendo: «Se acabaron las tonterías, señorita».

Garv dijo hola y nos miramos durante demasiado tiempo. Quizá sea eso lo que uno hace cuando rompe con alguien: tratar de recordar qué era aquello que los unía. Tenía un aspecto ligeramente desaliñado. Aunque vestía su ropa de trabajo, el pelo le caía por la frente y su expresión era ceñuda. ¿O siempre lo había sido? Quizá estaba leyendo entre líneas más de lo debido.

No parecía consumido por la pena. Todavía era, por utilizar una frase de mi madre (que no obstante jamás aplicó a Garv), «un hombre de buen ver».

Algo desconcertada, me dije que esas no eran las cosas que deberían pasarme por la cabeza dadas las circunstancias. No eran importantes. Sin embargo, no se me ocurría nada más. ¿Por qué? ¿Por la impresión, quizá? ¿O porque existía la posibilidad de que Anna tuviera razón y el *Cosmopolitan* no? Tal vez estaba deprimida.

—¿Por qué Los Ángeles? —preguntó secamente Garv.

—¿Por qué no? Emily vive allí.

Garv me clavó una mirada que no comprendí.

—No tengo trabajo y... ya sabes... —expliqué—. Sé que tenemos muchas cosas que arreglar, pero...

—¿Cuándo vuelves?

—No lo sé exactamente. Tengo un billete abierto. Aproximadamente dentro de un mes.

—Un mes. —Garv parecía cansado—. Hablaremos cuando regreses.

—Eso sería una novedad. —No fue mi intención ser mordaz.

El rencor se elevó entre los dos como una nube venenosa. Luego, sin más, hizo ¡puf!, y volvimos a comportarnos como adultos educados.

—Es preciso que hablemos —insistió él.

—Si no he vuelto dentro de un mes, puedes ir a buscarme. —Me esforcé por ser amable—. Después contrataremos unos abogados.

—Vale.

—No te me adelantes. —Quería que el comentario sonara despreocupado, pero surgió cargado de resentimiento.

Me miró impasible.

—Descuida, esperaré a que vuelvas.

—No voy a trabajar, así que pagaré mi parte de la hipoteca con mi cuenta de Cosas Bonitas para Señoritas.

Además de mi cuenta conjunta con Garv, tenía una cuenta independiente donde depositaba una cantidad cada mes, lo justo para pagar sandalias poco prácticas y barras de labios innecesarias sin que me invadiera la culpa por estar gastándome el dinero de nuestra hipoteca. Algunas amigas —concretamente Donna— todavía no entendía cómo había conseguido convencer a Garv, cuando en realidad la idea había salido de él, así como el jocoso nombre.

—Olvida la hipoteca —susurró—. Yo la pagaré. Necesitarás el dinero de tu cuenta de Cosas Bonitas para Señoritas para comprarte cosas bonitas para señoritas.

—Te lo devolveré. —Me alegraba contar con un poco más de dinero para Los Ángeles—. ¿Te importa que vaya a casa a recoger algunas cosas?

—¿Por qué debería importarme? —Percibí en él un parpadeo de culpa y autodefensa. Garv sabía por qué lo decía, pero se hizo el loco. Y yo no me molesté en aclarar las cosas. Existía una curiosa complicidad entre nosotros y era mucho lo que no estábamos diciendo. Lo prefería así: si

él estaba con otra persona, no quería saberlo—. Es tu casa —dijo—. La mitad te pertenece.

Fue entonces cuando tuve la primera idea normal que una persona cuyo matrimonio acaba de romperse debería tener: había que vender la casa. De pronto la neblina se disipó y mi futuro se desplegó ante mí como una película. Vender la casa, no tener donde vivir, buscar otro lugar, tratar de emprender una nueva vida, estar sola. ¿Y quién sería yo? Tan ligada estaba la percepción que tenía de mí misma a mi matrimonio que, sin él, no tenía idea de quien era.

Me sentí alejada de todo, como si flotara en el tiempo y el espacio, pero ahora no podía pensar en eso.

—En cualquier caso, ¿cómo estás? ¿Estás bien? —preguntó Garv.

—Sí, dadas las circunstancias. ¿Y tú?

—También. —Una risita sin vida—. Dadas las circunstancias. Estaremos en contacto —dijo, e hizo un extraño gesto en dirección a mí que empezó como un abrazo pero terminó como una palmada en el hombro.

—Por supuesto. —Me alejé de su calor y su olor familiar. No quería acercarme demasiado.

Nos despedimos como extraños.

Lo vi alejarse desde la ventana. Ese es mi marido, me dije, maravillada por lo irreal que me parecía. Dentro de poco será mi ex marido, y más de una década de mi vida se va con él. Cuando desapareció tras el seto de la entrada, me invadió un furia indomable. «Adelante», quería gritar a pleno pulmón, «lárgate con la mujer trufa». La rabia amainó con la misma rapidez con que apareció y volví a sentirme pesada y como muerta.

Helen era la única que aprobaba mi viaje a Los Ángeles.

—Genial —dijo—. Piensa en esos hombres con cuerpo de surfista —gimió—. ¡Por Dios! Esas pieles bronceadas,

esos cabellos rubios enmarañados por la sal, esos estómagos duros como piedras, esos muslos musculosos de tanto aguantarse sobre la tabla... —Se detuvo y anunció—: ¡Diantre, puede que hasta me vaya contigo!

Entonces caí en la cuenta de algo: estaba soltera. Era una mujer soltera en la treintena. Había pasado la veintena en el caparazón protector de un matrimonio e ignoraba qué significaba estar sola. Lógicamente sabía cosas acerca de los solterones, de la cultura de las personas treintañeras sin pareja. Conocía las estadísticas: una mujer de treinta y pico tenía más probabilidades de ser abducida por extraterrestres (creo) que de recibir una propuesta de matrimonio. Había visto a mis hermanas y amigas solteras buscar el verdadero amor y, como ellas, me había preguntado dónde estaban los hombres buenos cuando las cosas no les salían bien. Pero mi interés había sido puramente teórico. Me había preguntado dónde estaban los hombres buenos sin que en realidad me importase. No había sido una arrogante —al menos conscientemente—, pero no hay duda de que el orgullo antecede a la caída.

Ahora no tenía hombre. No era diferente de Emily, Sinead u otras.

Aunque, francamente, no quería un hombre. No deseaba seguir con Garv, pero estaba bloqueada. No podía dar el salto de imaginación necesario para estar con otra persona.

Fue entonces cuando tuve la segunda ocurrencia normal: «mi vida ha terminado». Era de lo único de lo que estaba segura, el único hecho innegable en un mundo incierto. Me aferré a esa convicción porque curiosamente me reconfortaba.

El paso por inmigración duró una eternidad. Por fin me llegó el turno de entregar el pasaporte al enorme y desagradable tipo del mostrador. (Y no importaba el

mostrador que eligieras; en algún lugar debe de haber una fábrica donde construyen a esos hombres en serie.)

Mientras me daba un repaso desdeñoso con la mirada, me descubrí preguntándome si estaba casado o divorciado. No porque —permite que me apresure a añadir— me gustara. De hecho, me había preguntado lo mismo sobre la mujer sentada a mi lado en el avión, y tengo la certeza de que no me gustaba. Sencillamente lo que pasaba era que no quería ser la única.

Frené en seco mis elucubraciones cuando el hombre ladró:

—¿Motivo de su visita a Estados Unidos?

—Vacaciones.

—¿Dónde se aloja?

—En casa de una amiga que vive en Santa Mónica.

—Y su amiga de Santa Mónica, ¿qué hace?

—Es guionista.

Juro por Dios que míster Malvado se transformó ante mis propios ojos. Irguió la espalda, dejó de afilar la mirada y de repente se mostró tan dulce como la miel.

—¿De veras? ¿Y quién la ha contratado?

—Universal. —¿O era Paramount? Pero después rechazaron el guión...

—¿Cree que hay algún papel para mí en la película? —bromeó, aunque pensándolo bien no estoy segura de que estuviera bromeando.

—Lo ignoro —dije con nerviosismo.

—Lo ignora —musitó el hombre mientras cogía su tampón y lo aplastaba contra mi pasaporte. ¡Había entrado! Y allí estaba Emily, martilleando impacientemente su hermoso pie embutido en una sandalia japonesa. Caray, cómo me alegraba de verla.

—¿Cómo estás? ¿Descolocada por el *jet lag*? —me preguntó.

—Y que lo digas. Creo que vi tres películas y no podría decirte nada de ninguna de ellas. Me parece que una iba de

un perro.

—Déjame a mí. —Emily se colocó al frente del carrito y lo empujó vigorosamente hacia el aparcamiento.

El calor me golpeó como si Dios hubiera abierto la puerta de un enorme horno.

—Vaya—dije, tambaleándome.

—Ya falta poco —me animó Emily.

—Eh, mira eso. —Del agobiante calor me distrajo un puñado de tipos de aspecto santón con túnicas turquesas que, apiñados en una parcela de césped, agitaban panderetas y cantaban. Sospechaba que los habían plantado allí para mí (bienvenida a Los Ángeles), como hacen en Hawai con las chicas que te cuelgan guirnaldas de flores.

Emily ni se inmutó.

—Hay muchos más en el lugar de donde han venido. Sube —dijo abriendo la portezuela del coche—. Pronto notarás el aire acondicionado.

Nunca había estado en Los Ángeles, pero lo habría reconocido de todos modos. Todo me era familiar, las autopistas de dieciséis carriles, las palmeras altas y delgadas, las casas de adobe de imitación. El horizonte urbano era bajo e interminable, muy diferente del de Chicago.

Cada pocas manzanas pasábamos frente a un centro comercial diminuto que ofrecía peluquería para animales, salón de manicura, tienda de armas, equipos de vigilancia, dentista, centro de bronceado, más peluquerías para animales...

—En esta ciudad puedes peinar a muchos animales —dije como en sueños. Era el *jet lag*. Me tenía un poco lela.

Emily no estaba para chorradas. Había una historia y quería oírla.

—¿Qué está ocurriendo entre tú y Garv?

Sentí la necesidad apremiante de saltar del coche.

—Nos hacíamos mutuamente desgraciados —contesté —, así que decidimos poner fin a la relación.

—Ya, pero... —Percibía el miedo en su voz—. No os habéis separado del todo, ¿verdad? Solo os estáis dando un tiempo, ¿verdad?

¿Acaso era una conspiración? ¿Por qué nadie podía aceptar que habíamos terminado?

—Nos hemos separado. —El brazo derecho empezó a picarme—. Todo ha terminado.

—Dios. —Emily parecía muy afectada—. Pero no vais a... divorciaros, ¿verdad?

Un manto de vergüenza me envolvió.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—¿Habéis iniciado los trámites?

—Todavía no. Esperaremos a mi regreso. —Al decir esas palabras un hecho que había conocido intelectualmente se transformó en algo personal—. ¡Seré una divorciada!

—Mmm... si te divorcias, probablemente sí. —Emily me miró angustiada—. ¿Te ha impresionado?

—No, es solo que... hasta ahora no había caído en la cuenta. —¡Y nunca había formado parte de mis planes!—. Una divorciada. —Probé de nuevo a pronunciar la palabra y mi sensación de fracaso se intensificó. Ansiosa por quitar leña al asunto, dije—: ¿Sabes qué significa eso? Que tendré una melena rubia metálica y haré el ridículo en las fiestas familiares, bebiendo demasiado y bailando provocativamente con hombres más jóvenes que yo.

—Me estás describiendo —dijo Emily—. ¿Y sabes una cosa? No está tan mal.

Guardamos silencio. Casi podía oír los engranajes del agobiado cerebro de Emily.

—Todavía no puedo creerlo —susurró—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Lo dejó él o lo dejaste tú?

No quería hablar de eso. Quería olvidarlo y divertirme.

—Ninguno de los dos. Los dos, quiero decir. —Entonces lo solté como una granada—. Creo que ha conocido a alguien.

—¿Quién? ¿Garv? —aulló Emily con un tono tan agudo que solo los murciélagos pudieron oírla.

—Es un hombre atractivo —me defendí.

—No lo he dicho por eso. —Mediante una descarga de preguntas bien dirigidas, Emily me sonsacó la historia de la mujer trufa y se lo tomó casi peor que yo. Mientras conducía, musitó—: Pensaba que la decencia de Garv Garvan era una de las pocas cosas en las que podía creer. Pensaba que Garv era uno de los pocos hombres buenos que existían en este planeta. Maggie, estoy destrozada.

—Yo tampoco estoy dando saltos de alegría.

—¿Quién es ella?

—Podría ser cualquiera. Desde una compañera de trabajo hasta... —Me obligué a decirlo—. En fin, podría ser hasta Donna. O Sinead. Se lleva muy bien con las dos.

—No son Donna ni Sinead. Ellas no te harían eso. Y de haberlo hecho, me habría enterado. Todos los hombres son iguales —comentó con amargura—. El poco cerebro que poseen lo tienen en la polla. ¿Cuánto le odias?

—Un montón. Cuando dispongo de energía. —El caso era que, aunque estaba furiosa con Garv, no le culpaba.

Emily me miró con suspicacia. Me conoce muy bien, no tengo secretos para ella, pero antes de que siguiera preguntando, me adelanté.

—Podría ser peor —dije en un intento patético de parecer alegre—. Por lo menos es una ruptura amistosa. Más o menos—añadí vacilante—. Arreglaremos lo del dinero y la casa como es debido.

—Por supuesto. Garv es un hombre honrado. Al menos no tenéis... —Se interrumpió.

—Hijos —terminé por ella.

—Lo siento —susurró.

—No importa —la tranquilicé. Sí importaba, pero no quería pensar en ello.

Se disponía a hacerme otra pregunta, pero la interrumpí.

—Y dime, ¿qué carretera es esta?

Emily hizo caso omiso a mi intento de cambiar de conversación y me advirtió:

—Amistosa o no, vas a tener que hablarme de ti y de Garv.

Me hundí de mala gana en el asiento y de repente supe a qué me recordaba todo esto. Un día, cuando tenía dieciséis años, resbalé al bajar por las escaleras y mi rodilla atravesó el cristal de la puerta de entrada. Se me clavaron cientos de astillas en la rodilla y tuvieron que arrancármelas una por una con unas pinzas. Por algún motivo el médico no quiso darme ningún calmante y pasé todo ese tiempo sudando de dolor, sin dejar de pensar en todo el sufrimiento que aún me quedaba.

Cada palabra acerca de Garv y de mí era como si me arrancaran otra astilla.

—Hablaré —dije—, pero ahora no, te lo ruego.

—De acuerdo.

Poco a poco el aspecto de las carreteras fue cambiando hasta desembocar en un barrio residencial modesto. Cada casa era única, unas de adobe de imitación, otras de estilo Nueva Inglaterra y algunas de estilo *déco.* Pintadas con colores pastel, se respiraba una atmósfera de pulcritud y había flores por todas partes.

—Ya casi hemos llegado. No está mal, ¿eh?

—Es encantador. —Si bien había esperado de Emily algo menos convencional.

—Cuando llegué a Los Ángeles tuve que vivir en un edificio de apartamentos al este de la ciudad que se caía literalmente en pedazos. Cada día disparaban o asesinaban a alguien delante de mi ventana.

Vale, puede que lo convencional no esté tan mal.

—El índice de asesinatos en Santa Mónica es mucho más bajo —añadió.

¡Fantástico!

Nos detuvimos frente a una casa forrada de tablillas blancas. Tenía una sola planta y una pequeña parcela de césped que bordeaba la acera. Sobre la hierba trabajaban aspersores que se movían adelante y atrás cual reflectores.

—Ten cuidado con los jodidos aspersores —me aconsejó Emily—. Están programados y siempre consiguen sorprenderme y arruinarme el pelo. Y vigila también a los vecinos de ese lado. Son la clase de gente que da mala fama a Los Ángeles.

—¿Asesinos en serie?

—Nueva Era. Te leerían el aura en cuanto te vieran. Los vecinos del otro lado no son mucho mejores. Estudiantes de informática y programación, o algo así. Son útiles para conseguir drogas, aunque sé que a ti no te van.

Sentí cierto alivio. No quería estar rodeada de parejas casadas. Los estudiantes camellos eran infinitamente preferibles. El rosa intenso de las flores destacaba sobre el blanco reluciente de la fachada. Qué bonito. Entonces reparé en el letrero que rezaba RESPUESTA ARMADA y mi regocijo se fue a pique. ¿Qué ocurría por estos parajes para que fuera necesaria una respuesta armada?

Llevamos mis cosas al interior de la casa, fresco y sombreado. Mientras yo emitía exclamaciones de admiración por los suelos de madera, las persianas blancas y el hermoso jardín trasero, Emily fue directa al contestador automático.

—¡Grrrr! —gruñó—. Suena, capullo.

—¿Un hombre? —pregunté con toda la compasión que fui capaz de reunir.

—Ojalá.

—¿Entonces?

—Maggie —dijo al tiempo que se hundía en una butaca —, puede decirse oficialmente que la suerte me ha

abandonado del todo.

—¿En serio? —pregunté con voz débil, cayendo súbitamente en la cuenta de que no era la única persona en el mundo que sufría una crisis.

—Me alegro mucho de que estés aquí.

—¿En serio? —¿Cómo había pasado tan deprisa de consolada a consoladora?

Emily suspiró y me desveló su penosa historia.

Después de que el estudio pasara de *Rehén* (¿o *era ¡Rehén!*?*),* su agente la despidió, lo cual era una auténtica catástrofe. Los estudios jamás, pero jamás se miraban un trabajo que no fuera propuesto por un agente y, me explicó Emily, era prácticamente imposible conseguir otro. Cada día miles de guiones llegaban a la sala de recepción de las grandes agencias y eran sometidos a un proceso de selección salvaje. Si a los chicos de recepción no les gustaba, iban a la basura. Si lo aceptaban, el guión tenía que obtener el visto bueno de un lector. En el caso improbable de que lo obtuviera, lo leía un ayudante del agente. Y solo si este se deshacía en alabanzas, se dignaba el agente a echarle un vistazo.

Emily se había pasado el último año y medio escribiendo guiones y cada vez que intentaba conseguir un agente era rechazada.

—Pero tienes un nombre.

—Tengo un mal nombre —me corrigió—. Todo el mundo sabe que el estudio pasó de *¡Rehén!* Estoy en peor situación que un recién llegado. Esta ciudad no perdona.

—¿Por qué no me lo has contado hasta ahora?

—No lo sé. Por vergüenza, supongo. Yo, la estrella... Además, confiaba en que las cosas mejoraran. Ya me entiendes.

La entendía.

Hacía diez días que Emily había conseguido colocar su último guión a un nuevo agente. No obstante, este

pertenecía a una agencia muy pequeña y sin apenas influencia en los estudios.

—Se llama David Crowe. Se ha ido con mi guión para intentar darlo a conocer y emprender una guerra de ofertas. Desde entonces no he sabido nada más de él.

—Acaba de empezar.

—En esta ciudad las cosas suceden muy deprisa o no suceden. Está acabando con mis nervios. Si este proyecto no despega, estoy hundida.

—No digas tonterías. Conseguirás remontar y volverás a intentarlo de nuevo.

—No —repuso Emily con severidad—. Estoy quemada. Esta ciudad me ha hecho polvo. Hay víctimas por todas partes, ya lo verás. Y para colmo estoy sin blanca.

—¿Cómo es posible? —No podía creerlo. Emily había recibido un sustancioso adelanto por *¡Rehén!,* adelanto que no tuvo que devolver cuando el estudio pasó de hacer la película.

—Eso fue hace tres años. Doscientos de los grandes, después de impuestos y comisiones a agentes, no dan para mucho. Y no creas que se me cayeron los anillos a la hora de buscar trabajo escribiendo películas de serie B que van directamente al mercado del vídeo. ¡Hasta me ofrecí para una película porno!

—¿Para actuar en ella? —¿Tan mal le iban las cosas?

—No, para escribirla. Pero ahora que lo dices, seguramente habría tenido más suerte si me hubiera ofrecido como actriz. Hasta ellos me rechazaron a mí y mi pedigrí.

—Increíble.

—Han sido dieciocho meses espantosos —confesó Emily —. El día que Beam Me Up Productions...

—¿Quién?

—Exacto, quién. Unos tenderos de poca monta que trabajaban desde un remolque en Pasadena. El día que

rechazaron mi propuesta para la cuarta parte de *Squelch Beings from Gamma 9,* fue el peor de todos.

La magnitud de sus problemas me dejó atónita. Hacía demasiado calor, estaba molida y quería irme a casa. Pero ya no tenía casa.

—Maldita sea, maldita sea, maldita sea. —De pronto, Emily parecía sorprendida—. Lo siento, Maggie, lo siento de veras... No me puedo creer que te esté echando este rollo. Te prepararé algo de comer.

Preparó una ensalada y abrió una botella de vino blanco. Afortunadamente parecía más animada.

—La situación no es tan horrible. Siempre puedo regresar a Irlanda y conseguir trabajo en el cine. Ahora tengo muchos contactos. —Hizo una pausa—. ¿Sabes a quién veo de vez en cuando?

Algo en su tono me alarmó.

—¿A quién?

Un palpito.

—A Shay Delaney. —Era evidente que Emily había esperado momento adecuado para decírmelo.

—¿Por qué?

—Es productor de Dark Star Productions, una...

—Productora de cine independiente —la interrumpí. De repente había recordado lo que el nombre había significado para mí cuando Shay me contó para quién trabajaba.

—Tiene que pasar mucho tiempo en Los Ángeles —explicó Emily, casi a la defensiva.

—Claro. Es lo que suele ocurrirle a la gente que trabaja para productoras de cine. —Me miró desconcertada y añadí —: Me lo encontré la semana pasada.

—¡Venga ya! —Mientras ella se maravillaba por la coincidencia, yo me volqué sobre la ensalada.

¿Por eso me había empeñado en venir a Los Ángeles?

Capítulo 7

Los disparos de una ametralladora me despertaron en mitad de la noche. El corazón me latió con fuerza. Aguardé a escuchar gritos, gemidos y sirenas de policía, pero no oí nada.

«Ya no estamos en Kansas, Toto.»

Tumbada en la oscuridad, afronté la amarga verdad. Me arrepentía de haber venido. Había esperado sentirme mejor como por arte de magia, pero ¿cómo iba a sentirme mejor si había traído conmigo mi ser y mi fracasada vida?

Además, vivir en casa de otra persona —aunque fuera una buena amiga— resultaba más difícil de lo que había supuesto. Pese a las ocho horas de diferencia horaria y el agotamiento, había tardado una eternidad en conciliar el sueño porque Emily tenía la tele a tope. Creí enloquecer en aquel cuarto (en realidad el despacho de Emily), mientras rezaba para que bajara el volumen. Pero no podía hacer nada. No era mi casa.

Cuando una explosión de carcajadas grabadas atravesó las delgadas paredes, eché intensamente de menos mi vida con Garv. Yo no podría vivir así. De pronto estuve dispuesta a aceptar que la separación había sido un terrible error y que podía reanudar mi antigua vida con total inmediatez. Estaba acostumbrada a la armonía y a poder apagar la tele cuando me apeteciera.

No obstante, ¿justificaba eso una reconciliación? Probablemente no, me dije de mala gana.

Al final conseguí dormirme, pero ahora volvía a estar despierta.

Otra ráfaga de ametralladora estampó mi corazón contra las costillas. ¿Qué estaba ocurriendo ahí fuera?

Ojalá pudiera volver a casa, suspire. No obstante, sospechaba que no me quedaba más remedio que apechugar. La gente pensaría que me he desmoronado si

solo pasara un día en Los Ángeles. Y no solo debía pensar en mí. Era evidente que Emily necesitaba alguien a su lado. Puede que hasta regresáramos juntas a casa, como un dúo de fracasadas. Tendrían que sentarnos en una zona acordonada del avión para no infectar a los demás pasajeros.

Un ruido en la ventana me hizo saltar un metro de la cama. ¿Que había sido eso? ¿La rama de un árbol contra el cristal o un loco en busca de una chica a la que torturar y asesinar? Aposté por el loco. A fin de cuentas, estaba en Los Ángeles, ciudad, a decir de todos, llena de asesinos psicópatas. Tiempo atrás había leído un par de novelas de Jackie Collins y lo sabía todo sobre los psicópatas que piensan en cursiva:

> *Faltaba poco. Faltaba poco para llevar a cabo su venganza. Entonces lamentaría haberse reído de él y haberse negado a devolverle las llamadas. Ahora era fuerte. Nunca lo había sido tanto. Y tenía su cuchillo. El cuchillo que cumpliría hábilmente sus órdenes. Primero le cortaría el cabello, luego las joyas y, a renglón seguido, le abriría la piel. Ella le suplicaría clemencia, le rogaría que detuviera su sufrimiento. Pero él no lo haría, porque ahora le había llegado a ella el turno de sufrir, esta vez le tocaba a ella...*

Empecé a sudar. Estas casas de tablillas californianas eran muy endebles y sentí con vehemencia la vulnerabilidad de hallarme en una planta baja.

Muerta de miedo, tuve que encender la luz y buscar en la librería de Emily algo que leer. A ser posible algo ligero, para dejar de pensar en mi inminente desmembramiento. Como estaba en su despacho, solo encontré ensayos sobre el arte de escribir guiones. Entonces vi un montón de folios sobre la mesa. *Dinero plástico,* su nuevo guión. Eso serviría.

A las dos páginas ya estaba enganchada y me había olvidado del loco. La historia iba de dos mujeres que llevaban a cabo un robo de joyas para pagar la cirugía plástica de sus hijas a fin de que tuvieran más suerte con

los hombres. Era una comedia, un *thriller,* una historia de amor y, lo más importante para Hollywood, tenía un toque sentimentaloide. («Pero yo te quiero, mamá. No tienes que comprarme unas tetas nuevas.»)

Antes de volver a dormirme pensé: yo lo escogería...

Cuando desperté de nuevo, me llevé un susto de muerte: el sol brillaba e inundaba la habitación. Con el corazón a mil, me pregunté ¿Dónde demonios estoy? Los últimos nueve meses galoparon sobre mí portando terribles recuerdos, hasta que recordé por qué estaba en este extraño y soleado lugar.

Emily se hallaba en la cocina tecleando en su ordenador portátil.

—Buenos días —dije—. ¿Estás trabajando?

—Sí, en un nuevo guión.

—¿Nuevo, nuevo?

—Sí. —Emily rió y procedió a preparar lo que más tarde conocería como «batido de proteínas»—. Ignoro si es bueno o malo, pero tengo que escribirlo en el caso de que *Dinero plástico* se vaya al garete.

Qué pesadilla, pensé. Para animarnos, comenté:

—Hace un día precioso.

—Sí, supongo que sí. —Emily me miró extrañada—. Aunque todos son así. ¿Oíste ayer noche los fuegos artificiales?

—¿Fuegos artificiales?

—Sí, por el festival de Santa Mónica. Probablemente estabas derrotada.

—No, sí los oí. —Luego, avergonzada, farfullé—: Creí que eran metralletas.

—¿Por qué? ¡Dios mío! —Su rostro se llenó de angustia —. Estás realmente mal.

Se levantó y me abrazó con su cuerpo fuerte y menudo. El contacto me conmovió tanto que, por primera vez desde

que dejara a Garv, fui capaz de llorar. Hasta ese momento las lágrimas habían permanecido congeladas en mi interior, fuera de mi alcance.

—Estoy muy triste —dije ahogadamente—. Estoy muy, muy triste...

—Lo sé, lo sé, lo sé —de un tirón.

El dolor que hasta entonces solo había visto de refilón se me reveló en toda su magnitud y sentí el peso completo de nuestras esperanzas rotas.

El fin de un matrimonio es el acontecimiento más triste del mundo. Nadie se casa pensando que su unión no va a funcionar, ¿o sí?

Me había asaltado la imagen de mi ser a los veinticuatro años y de Garv a los veinticinco, y nuestro ingenua confianza en el futuro me estaba matando.

—Tantas esperanzas para nada. —Apreté un puñado de servilletas de papel contra mi rostro empapado—. Tenía que marcharme, Emily, no tenía elección. Era una situación horrible. Si yo no me hubiera ido, lo habría hecho él. Y ahora todo ha terminado.

—Lo sé, lo sé, lo sé —murmuró Emily—. Lo sé.

—Pensé que nunca volvería a sentirme tan triste como en febrero —dije, tosiendo por el llanto—, pero me equivocaba. Esto es más triste que los niños hambrientos de *Las cenizas de Ángela.*

—¿Más triste que cuando Mary se quedó ciega en *La casa de labradera*?

—Más triste.

Pero el daño estaba hecho. Emily me había hecho sonreír. Tras enjugarme las lágrimas y obligarme a sonarme, me tentó con:

—¿Quieres un batido de proteínas? Es una exquisitez local.

—Bueno.

Me preparó un batido (francamente delicioso) y nos sentamos en el pequeño y soleado jardín trasero. Empezaba

a tranquilizarme cuando Emily decidió de nuevo tratar de comprender mi situación con Garv.

—Me parece un poco prematuro, demasiado repentino.

Guardé silencio mientras el picor de mi brazo iba en aumento.

—Nada termina de forma tan clara —insistió.

—No ha sido clara.

Emily intentó animarme para que hablara.

—Os habéis saltado algunos pasos fundamentales del proceso de separación. Generalmente la pareja busca orientación profesional y asiste al menos a un par de sesiones. Y tienen que ser un desastre. Si crees que ahora estás resentida, no es nada comparado con lo que lo estarías entonces. Y es en ese momento cuando está permitido que todo termine.

—Está más que terminado porque él está... con... —No encontré el valor para decir «acostándose con»— otra persona. No podría volver a confiar en él. Ni perdonarle.

—Lo comprendo —aseguró Emily—. Pero ¿es por lo de...?

—¡Basta, Emily! —espeté, mas enseguida me invadió la desesperación—. Todo ha terminado y necesito que me creas porque no puedo seguir con esto.

—Vale. Lo siento. —Parecía alegrarse de zanjar el tema. Tenía aspecto de cansada—. ¿Qué te gustaría hacer hoy?

—No lo sé.

—Esta mañana tengo que ver a mi contable para hablar de mi declaración de la renta. Puedes venir conmigo o puedo dejarte en la playa.

No quería estar sola, pero tampoco tenía sentido sentarme en el despacho de un contable mientras Emily revisaba su declaración. Hacía un día precioso y ya era una mujer hecha y derecha.

—Iré a la playa —dije, tragando saliva.

—¿Cómo andas de dinero? —me preguntó Emily, y enseguida añadió—: No te lo pregunto porque vaya a

pedírtelo.

—Garv dijo que este mes pagaría mi parte de la hipoteca, y tengo la tarjeta de crédito, aunque no podré liquidarla hasta que consiga otro trabajo. —Por alguna razón esa preocupación había perdido fuerza—. También tengo un poco de dinero en mi cuenta corriente.

De hecho, mi cuenta de Cosas Bonitas para Señoritas estaba en buena forma. Aunque últimamente había gastado en exceso, lo había hecho desde nuestra cuenta conjunta. Se me ocurrió entonces que quizá había estado acumulando dinero en mi cuenta personal porque preveía mi separación de Garv. La idea no me agradó.

—¿Por qué me has preguntado lo del dinero?

—Estaba pensando que quizá te gustaría alquilar un coche mientras estás aquí.

—¿No puedo desplazarme en autobús?

Un ruido extraño me hizo levantar la mirada. Era Emily carcajeándose.

—¿Qué he dicho?

—«¿No puedo desplazarme en autobús?» Solo falta que te ofrezcas a ir a pie. ¡Eres la leche!

—¿No puedo moverme en autobús?

—Nadie se desplaza en autobús. El servicio de autobuses es una porquería. O eso me han contado. La verdad es que jamás lo he vivido en primera persona. En esta ciudad necesitas coche. Se alquilan unas camionetas estupendas —explicó Emily.

—¿Camionetas? ¿Quieres decir jeeps?

—No, quiero decir camionetas con plataforma.

—¿Como en el campo?

—Sí, pero nuevas y relucientes y sin el cerdo sentado al volante.

Yo no quería una camioneta. Me había imaginado conduciendo un descapotable plateado, pequeño y sexy, con la melena ondeando al viento y bajando mis galas de sol con forma de corazón para intercambiar miradas con

hombres en los semáforos (no significaba que fuera a hacerlo, por supuesto).

—Solo los turistas y los forasteros conducen descapotables —repuso Emily con desdén—. Los ángelinos jamás los usan debido a la niebla tóxica, ya sabes, el famoso *smog*.

Fue entonces cuando recordé que Emily me había recogido en el aeropuerto con un enorme todoterreno. Parecía conducir un bloque de pisos y casi necesité una cuerda y crampones para subir al asiento del pasajero.

—Si no quieres una camioneta, alquila un todoterreno como el mío —me aconsejó.

—Yo solo necesito algo para llegar de A a B. Ella vivía todo el año en un lugar soleado, pero ¿cuándo iba a tener yo otra oportunidad de levantar la capota de mi coche sin empaparme hasta los huesos?

—Verás, Maggie, esta ciudad juzga a la gente por su coche. Su coche y su cuerpo. No importa que vivas en una caja de cartón si tienes un automóvil molón y estás anoréxica en fase terminal.

—A mí me gustan los descapotables. Quiero un descapotable.

—Pero...

—Mi matrimonio se ha roto —repliqué jugando sucio—. Quiero un descapotable.

—De acuerdo. —Emily sabía cuándo perdía una batalla —. Te conseguiremos un descapotable.

Justo antes de salir mi madre me llamó para recordarme que «todo el litoral del Pacífico podía desmoronarse en cualquier momento».

—¿De veras?

—Solo te lo digo por tu bien.

—Gracias.

—¿Hace sol?

—Sí. Tengo que marcharme, adiós.

La playa estaba a un tiro de piedra. Podría haber ido a pie, si me hubiera estado permitido. Me apeé y Emily se alejó, encaramada y diminuta en su bloque de pisos móvil.

Ante mí apareció una vista que parecía extraída de una postal. Hileras de palmeras bañadas por una luz cítrica cepillaban el cielo azul Extendiéndose durante un largo trecho en ambas direcciones había una franja de arena blanca y fina y, más allá, el manto resplandeciente del océano.

Todos hemos oído que los californianos están estupendos, que mediante una combinación de vida sana, sol, cirugía plástica y trastornos alimenticios se mantienen delgados y musculosos.

Mientras estiraba mi toalla sobre la arena observé con recelo a los demás bañistas. No había muchos —seguramente porque era día laboral—, pero sí los suficientes para confirmar mis peores temores. Yo era la persona más gorda y fláccida de la playa. Y probablemente de todo el estado de California.

Dios, qué delgados estaban todos. Tomé la determinación —teñida de desesperación— de volver a hacer ejercicio.

Dos chicas de aspecto escandinavo se colocaron cerca de mí, demasiado cerca para mi gusto. Inmediatamente me pregunte sí alguna de ellas estaba divorciada. Me había vuelto medio tarumba con tanto especular sobre el estado civil de cada persona que veía…

Se quitaron los pantalones cortos y las camisetas y mostraron unos biquinis diminutos, unas barrigas planas y unos muslos dorados con forma musculosa. Nunca había visto a nadie tan a gusto con su cuerpo. Me dieron ganas de ahuyentarlas.

Su llegada significaba que no podía quitarme el pareo. Pasó el tiempo y cuando finalmente me convencí de que nadie estaba interesado en mí, lo abrí. Contuve la

respiración, convencida de que el socorrista, conmocionado, echaría a correr hacia mí en cámara lenta, botiquín bajo el brazo y banda sonora de rock para decirme: «Lo siento, señora, pero tenemos que pedirle que se marche. Esta es una playa familiar y está asustando a los bañistas».

Mas no hubo drama, de modo que me embadurné de protección ocho y procedí a cocerme. El cáncer de piel me parecía la menor de mis preocupaciones. ¡Cielos, qué blanca estaba! Debí ponerme mi autobronceador antes de venir. Eso me hizo pensar en Garv. Yo siempre me ponía guantes quirúrgicos antes de aplicarme el autobronceador y él solía decir: «¡Oooh, aquí llega la enfermera cirujana!».

Dios santo. Cerré los ojos y finalmente me dejé llevar por el vaivén de las olas, el calor del sol y los breves golpes de brisa.

De hecho, estaba bastante a gusto hasta que me coloqué boca abajo y me di cuenta de que no tenía a nadie que me untara crema en la espalda. Garv lo habría hecho. De repente me sentí muy sola y me asaltó de nuevo la sensación de «mi vida ha terminado».

La noche que estuve haciendo el equipaje, antes de dejar Irlanda, les dije lo mismo a Anna y Helen:

—Mi vida ha terminado.

—No es cierto —replicó Anna, visiblemente afectada.

—No la protejas —dijo Helen.

—Conocerás a otro hombre, eres joven —aseguró Anna sin demasiada convicción.

—No es tan joven —intervino Helen—. No a los treinta y tres.

—Y eres guapa —insistió Anna.

—Bueno, fea no eres —admitió Helen a regañadientes —. Tienes un pelo bonito y una piel que no está mal, para tu edad.

—Toda esa vida intachable —dijo Anna.

—Toda esa vida intachable —repitió Helen con solemnidad.

Suspiré. Mi vida no era intachable, simplemente no era tan tachable como la de ellas, y si mi piel no estaba mal para mi edad era porque me ponía tanta crema cara por la noche que el rostro me resbalaba por la almohada, pero no lo dije.

—Y... —añadió Helen pensativamente. Me incorporé sobre la cama, preparada para un elogio—. Tienes un bolso precioso.

Desilusionada, me recliné de nuevo.

—Es curioso —prosiguió—, nunca te habría descrito como una chica de bolsos caros.

Quise protestar. Sí soy una chica de bolsos caros, estoy casi segura de ello. Pero no tenía intención de embarcarme en otra discusión con Helen para convencerla de que yo era una irresponsable con el dinero.

Además, resulta que el bolso en cuestión me lo había regalado Garv.

—¡Anda ya! —exclamó Helen—. ¿Esperas que me crea que ese tacaño soltaría semejante pastón por un *sac á main*? Francés, para tu información. En cualquier caso, en vista de que tu vida ha terminado, ya no lo necesitarás.

Me negué a cedérselo, lo que le llevó a comentar con recelo:

—Entonces tu vida no puede estar tan terminada, ¿no te parece?

—Cierra el pico, ya te quedas con mi coche —le recordé.

—Pero solo durante un mes. Y tengo que compartirlo con esa. —Señaló a Anna con la cabeza.

De pronto oí algo que me catapultó directamente al presente.

—¡Sándwich de helado!

Me senté. En ese momento pasaba por delante de mí un joven tambaleándose bajo el peso de unos helados que no

tenía esperanzas de vender, por lo menos a esa panda de anoréxicos.

—¿Polos? —preguntó desconsolado—. ¿Tarrinas de fresa?

Me dio lástima. Y hambre.

—Adelante —dije—. Deme un sándwich de helado.

Efectuamos la transacción con presteza y el hombre reanudó su improductivo camino. Me pregunté si alguna vez le gritaban o arrojaban piedras mientras cantaba sus productos ricos en materia grasa y azúcar. «¡Largo de aquí!», como la gente grita a los perros callejeros en otras comunidades.

Volví a quedarme sola. Súbitamente me alegre de estar en California porque podía echar la culpa de mi horrible sensación de no encajar con el resto de la especie humana *al jet lag.* Eso me sacudía la responsabilidad de encima, y siempre podía engañarme pensando que dentro de unos días me sentiría totalmente normal.

Saboreé el helado bajo la atenta mirada de las dos chicas de aspecto escandinavo. Me miraban con tal avidez que me sentí incómoda. Estuve a punto de ofrecerles un bocado.

No podía dejar de pensar que si esto fuera un libro, alguien me habría invitado a jugar al voleibol o a entablar una conversación. El socorrista o algún bañista, quizá. Sin embargo, la única persona que me dirigió la palabra en todo el día fue el vendedor de helados. Y sospechaba que yo era la única persona que le había dirigido la palabra a él.

Capítulo 8

Emily me recogió de la playa por la tarde. Cuando llegamos a casa seguía sin haber llamada de David Crowe. Su desesperación invadió la casa.

—La falta de noticias son buenas noticias —dije.

—Te equivocas —replicó Emily—. La falta de noticias son malas noticias. Te ocultan las malas noticias y se cubren de gloria con las buenas.

—Entonces, llámale tú.

Emily soltó una risa amarga.

—Es más fácil obtener una invitación para el estreno de una película de Tom Cruise que hablar con un agente que no quiere hablar contigo.

Aun así, le llamó. Y no «estaba en su mesa en ese momento».

—Apuesto a que «estaría en su mesa» si le hubiera llamado Ron Bass —dijo Emily con pesar.

Supuse que Ron Bass era un guionista famoso.

—Siento una necesidad extraña pero apremiante de pillar una buena curda —prosiguió—. ¿Podría *tu jet lag* soportar una salida nocturna?

—¿En qué estás pensando? —¿Iba a tener que salir con una pandilla de chicas y bailar el «I Will Survive» como siempre les ocurría a las mujeres que acababan de separarse?

—¿Qué me dices de una cena en un sitio agradable?

—¡Estupendo! —El alivio de no tener que vérmelas con Gloria Gaynor hizo que mi entusiasmo resultara exagerado.

—Así me gusta. ¿Sabes una cosa? —dijo Emily con aire pensativo—. Lo que necesitas es soltarte el pelo. —Aunque Emily apreciaba a Garv, siempre pensó que me había perdido las tan necesarias juergas de juventud por haberme casado tan pronto—. Enloquece un poco mientras estás aquí.

—Ya veremos —dije evasivamente. Cielos, como si no lo supiera...

—Llamaremos a Lara. A Lara le gusta beber. Y a Connie. Y a Troy. Y a Justin.

Tras una rápida ronda de llamadas, Emily entró en su habitación y a los pocos minutos salió con ese aspecto suyo impecable. Bang, bang, bang, bang, como si fuera así de fácil. El vestido, los tacones, el bolso, el pelo sedoso y brillante, brillante, brillante.

Abrió su estuche de pinturas mágico y compartió conmigo algunos de sus conocimientos. Me untó una crema en los labios, «para que parezca que te ha picado una avispa». Me rizó las pestañas con un aparatito (creo que se llamaba rizador de pestañas). Por último sacó un tubito y dijo:

—Esto acabará con tus ojeras del viaje.

—No lo necesito —repuse con suficiencia—. Tengo mi Radiant Nosequé.

—Espera a probar esto. —Extendió un poco de crema sobre mis ojeras y enseguida noté que la piel se contraía.

—¿Qué es? ¿De qué marca es?—Estaba decidida a abalanzarme sobre un mostrador de cosmética y entregar la pequeña fortuna que sin duda costaba esta crema mágica.

—Es Anusol.

—¿Qué?

—Pomada para las hemorroides, a cinco dólares el tubo. Va de miedo. Todas las modelos la usan.

¿Entiendes ahora cuando digo que Emily siempre está a la última?

Unos segundos de pinzas alisadoras en el pelo, un poco de aloe vera en el dedo anular —me había quemado el trocito de piel donde antes había estado mi alianza— y listas.

Emily se encaminó hacia la puerta envuelta en un coro de pequeños chasquidos. El tap-tap de los tacones, el plac

de la hebilla del bolso, el clic del mechero, el clac-clac de las uñas. La adoraba.

Íbamos a un restaurante del Sunset, dijo. El tal Troy no podía venir, y tampoco Connie, que estaba muy atareada con los preparativos de su boda, pero Lara y Justin sí podían.

—¿Están casados? —pregunté.

Emily rió.

—Qué va. Los dos están solteros.

—¿Solteros solteros?

—¿Cuántas clases hay?

—Los solteros divorciados.

Con una mirada compasiva, Emily aclaró:

—Son solteros solteros.

Mientras conducíamos, las palmeras se perfilaban en el horizonte. El sol empezaba a descender y el cielo mostraba diferentes tonos; azul claro en la base y más oscuro y luminoso arriba, donde las primeras estrellas brillaban como agujeros de alfiler en una tela.

Dejamos atrás gasolineras con luces de neón, moteles que ofrecían camas de agua, carteles en español, letreros de comida mexicana, quiroprácticos y casas con muchos números. No era posible que hubiera veintidós mil casas en esa calle, ¿o sí?

—Es posible —aseguró Emily—. Sunset mide unos treinta kilómetros.

Sunset. Se refería a Sunset Boulevard. Voy en coche por Sunset Boulevard, pensé, sintiéndome como en una película.

En un cruce de calles había un hombre sosteniendo un trozo de cartón raído en que se leía con letras grandes y torcidas: SE BUSCA ESPOSA. Mostraba hasta un número de teléfono. Lo más curioso era que el hombre tenía un aspecto muy presentable.

—Ahí lo tienes, Maggie —dijo Emily, señalándolo—. Que gane la mejor.

—Ya estoy casada —respondí instintivamente.

Con qué facilidad se olvida una.

Nos detuvimos frente a un gran hotel blanco y se nos acercó un grupo de jóvenes varones. Por un absurdo momento pensé que se debía a mis labios de picadura de abeja y mis pestañas riza das, pero resultaron ser aparcacoches.

—¿No me digas que les das las llaves del coche, te lo aparcan y al salir te lo traen? —Sabía que esas cosas ocurrían, pero nunca lo había visto en plena acción. Siempre me ha estresado aparcar, así que me deshice en elogios por tan civilizada idea.

—Pero te lo cobran —me aclaró rápidamente Emily—, no lo hacen por amor al arte. Y hay que darle una propina al conductor. Bueno, ya hemos llegado.

Era un lugar concurrido y vibrante. Todo el mundo estaba moreno e impecable. Aun así, no me pidieron que me marchara, y me gustaron por eso.

En cuanto nos sentamos, Emily dijo:

—Por ahí viene Lara.

Vi a una mujer alta y rubia contonearse entre las mesas y en lo único que pensé fue en un campo de trigo mecido por el viento. Tenía un resplandor especial, como si se hubiera sumergido en almíbar dorado. Había muchas personas guapas en el restaurante, pero probablemente ella era la más hermosa de todas.

—¡Yujuuu! —exclamó cuando Emily nos presentó.

—Yuju —contesté. Yo habría dicho «Hola» o «Encantada de conocerte», pero estaba deseosa de encajar.

Llegó el camarero. O debería decir más bien que se alzó el telón. Me habían contado que todos los camareros de Los Ángeles eran actores en paro, y aquel Adonis era tan bello y de aspecto tan moderno que tenía que ser actor.

—Hola, señoritas —nos deslumbró—. Me llamo Deyan. Esta noche soy su servidor y les daré hasta que les duela.

—¿Quién es? —Lara le miraba atónita—. ¿Kevin Kline en *In & Out* o ese tipo de *Will and Grace*?

«Oh, no, otra vez tú», fue la mirada alarmada de Deyan.

—Es mi interpretación de Jack en *Will and Grace* —admitió a regañadientes.

—¡Lo sabía! —Lara estaba feliz—. ¿Sabes una cosa, Deyan? Esta noche no estoy de humor para Jack. Sírvenos a lo… —Nos miró a Emily y a mí—. ¿A quién queremos? Decid un actor. ¿Arnie? ¿Ralph Fiennes?

—A mí me gusta Nicolás Cage —confesé.

—¿Qué te parece? —preguntó Lara a Deyan.

—¿Qué película? —inquirió malhumorado.

—¿*Corazón salvaje*? —sugerí—. ¿*City of Angels*?

Deyan calló y se abstrajo. Creí que le habían disgustado mis sugerencias, pero entonces su cuerpo se tornó desgarbado.

—Dabuten, nena—dijo, arrastrando las palabras.

Había pillado el encanto de los párpados caídos de Nic a la perfección.

No fue hasta que me oí reír cuando me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no encontraba algo gracioso.

—¿Qué os sirvo, preciosas? —preguntó lentamente.

—Vodkatini con Gray Goose, sin hielo y cuatro aceitunas —dijo Lara.

—Martini de manzana con Tanqueray y hielo troceado —pidió Emily.

—Lo mismo —mascullé—. El de manzana.

—¡Pequeña, eso está hecho!

Tengo que reconocer que esa Lara me tenía pasmada. Cuando atisbé por primera vez su pelo ondulado con vetas melifluas y su cuerpo terso y dorado, enseguida me dije que si buscaras en el diccionario la palabra «bobalicona», aparecería al lado una foto de ella.

Pero además de hermosa era inteligente. No estaba segura de que eso fuera justo.

Al otro lado de la barra, Deyan se detuvo en seco, descendió como si fuera a apoyarse en una rodilla, frenó a treinta centímetros del suelo, se volvió hacia nosotras, nos señaló con un dedo y nos guiñó un ojo. Articuló con los labios algunas palabras, una de las cuales fue sin duda «pequeña». Debía admitir que se estaba esmerando.

Regresó con las bebidas. Todavía metido en su personaje, dijo:

—Y los platos del día son…

Mi cerebro enseguida adquirió el estado de salvador de pantallas. No podía evitarlo. Quería saber cuáles eran los platos del día, pero el acto de mantener la mirada fija en los ojos de otra persona durante mucho tiempo minaba mi capacidad de escucha. Era inevitable.

—… bla, bla, bla con salsa bla…

—Oooh —murmuré mientras asentía con la cabeza, todavía atrapada en ese espantoso contacto ocular.

—… bla, bla, bla servido con bla, bla y bla.

—¿Alguien le ha escuchado? —preguntó Lara cuando Deyan se hubo marchado—. Yo siempre me quedo *out* nada más empezar.

Dichosa de no ser la única, exclamé:

—Es como cuando alguien me da indicaciones sobre cómo llegar a un lugar. Toda la energía se me va en asentir con la cabeza y parecer atenta.

—¡Bingo! —dijo Lara (gran cumplido en Estados Unidos de América)—. A mí me pasa lo mismo. Siempre pillo el principio, «Gire a la derecha», pero luego hacen un revoltillo con las palabras y solo me entra una de cada veinte.

—Segundo semáforo —dije.

—Izquierda en Doheny. ¿De dónde la has sacado? —Lara me señaló mientras miraba a Emily—. ¡Es genial!

Su efusiva cordialidad era exagerada, pero en cualquier caso me ayudó a sacudirme, en parte, mi sensación de

imperfección. ¿Quién o qué era esta Lara? Por lo visto trabajaba en una productora.

—¿Una productora de cine?

Me miró pasmada, como diciendo «¿Hay otras clases de productoras?», antes de asentir con la cabeza.

—Sí, de cine. Una productora independiente.

—Eso significa —intervino Emily— que hacen películas inteligentes.

—Pero poco dinero —bromeó Lara.

—¿Mucho ajetreo esta semana? —preguntó Emily.

—No. Las próximas dos semanas las pasaré organizando la fiesta del estreno de *Doves,* pero ahora me estoy dando una tregua.

—Yo voy sobrada de treguas —suspiró Emily.

Yo escuchaba atentamente. Lo de «tregua» parecía querer decir «descanso». Una de la razones por las que me gusta venir a Estados Unidos es porque aprendo lo último en argot antes de que este llegue a Irlanda. Que yo sepa, fui la primera nativa que utilizó la expresión *nobrainer,* que adquirí en un viaje a Nueva York para ver a Rachel.

Es como ver las grandes películas seis meses antes de que lleguen a los cines de Irlanda.

—Probablemente el resto de mi vida se convierta en una tregua eterna. —Emily se estaba poniendo quejica—. Jodido agente.

—¡Solo han pasado tres días! —le riñó Lara—. Dale una oportunidad.

—Cinco días. Desde el viernes pasado.

—Tres días laborales. Eso no es nada. ¿Cómo te va con el nuevo guión?

—Mal, muy mal.

—Porque tienes la autoconfianza por los suelos. Mira, por ahí viene Justin.

Justin no era lo que se dice guapo. Llevaba gafas, tenía unos rizos negros cortos y apretados, y estaba más bien fofo. Seguramente solo estaba un par de kilos por encima

de su peso óptimo, pero como todo el mundo en Los Ángeles era tan delgado, él, en comparación, parecía gordo.

—Lamento el retraso, chicas. —Su voz era demasiado fina para un hombre—. Desiree está muy deprimida y no quería dejarla sola.

Supuse que Desiree era su novia, pero resultó ser su perra. Emily me dijo que Justin era actor.

—¿Es posible que te haya visto en algo?—le pregunte.

—Puede. —No pareció tomarse la pregunta demasiado en serio—. Me dan papeles de tipos gordos prescindibles. Por ejemplo, cuando aterrizan en un planeta y un nativo con cara de pocos amigos se carga a un miembro de la tripulación, ese soy yo, el nativo. O el policía que muere en un tiroteo.

—No te quejes —dijo Emily—. Te sale el trabajo por las orejas.

—¡Es cierto! —exclamó Justin—. En Planet Movie se necesitan tipos gordos para explotarlos a base de bien. ¿Y bien? —preguntó a Emily—. ¿Cómo fue la cena a ciegas del sábado?

—No me hables —gimió Emily—. El caso es que llegué y Al, el tipo que me habían asignado, no estaba nada mal.

—Mala señal —bromeó Lara.

—Me contó que trabajaba en la donación de órganos y decidí que tenía que enamorarme de él. Este hombre salva vidas, pensé. Entonces le pedí que me hablara de su trabajo.

—Craso error en esta ciudad —me comentó Lara—. Le pides a alguien que te pase la jarra de agua y te obsequia con un monólogo de diez minutos sobre lo estupendo que es.

Emily asintió con la cabeza.

—El trabajo de Al consiste en personarse en los accidentes de tráfico para comprobar los órganos de las víctimas, así que se pone a hablarme de un accidente en

concreto. El hombre había sido, agarraos, decapitado. «La cabeza había salido disparada treinta metros», me cuenta Al. «No la encontraron hasta el día siguiente. Había ido a parar al jardín de una casa. La encontró el perro.»

—Puaj —masculllaron Lara y Justin.

—Me dio la impresión de que disfrutaba en exceso contándome esa parte —prosiguió Emily—. Tuve que ir al lavabo y cuando regresé, estaba diciendo a toda la sala: «EL PERRO LA ENCONTRÓ EN EL JARDÍN». No obstante, congenié mucho con Lou, otro tipo. Le di mi número de teléfono, pero no me ha llamado. —Inopinadamente sobria, declaró—: No consigo tener una relación y nadie quiere mi trabajo. Soy el mayor fracaso que he conocido en mi vida.

—No es cierto —la consolé. Tragué saliva y me obligué a decirlo—. Yo estoy a punto de divorciarme. No se me ocurre un fracaso mayor.

—Por lo menos has estado casada —repuso Emily—. Aunque ahora mismo me contentaría con un poco de sexo. Gracias al chapucero aumento de pene de Brett, llevo casi cuatro meses sin acostarme con un hombre. ¿Y tú, Maggie?

—No tanto. —Me daba vergüenza hablar de eso delante de Lara y Justin. Ya había sido bastante duro revelar que me estaba divorciando.

—Pues yo —comentó Lara con expresión radiante— llevo ocho años sin acostarme con un hombre.

Tenía que ser una broma. Se hizo el silencio y esperé el chiste final. Más que nada porque esa mujer era lo más. Si ella no conseguía ligar, ¿qué podían esperar las demás?

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente.

Había oído hablar de mujeres como Lara. Emily había dicho que en Los Ángeles las había a miles. Mujeres espectaculares, inteligentes y sin excesivas neuras, pero heridas por tantos hombres capaces de conseguir a todas las mujeres que desearan en esta ciudad, que habían decidido tirar la toalla y bloquear sus emociones.

—Pero ¿porqué?

—Soy gay.

Gay. Lara era lesbiana. Era la primera vez que conocía a una lesbiana de carne y hueso. Por lo menos, que yo supiera. Conocía a un montón de hombres gay, pero lo de Lara era nuevo para mí y no supe qué decir. ¿Felicidades? Y un cuerno, ¿eres demasiado atractiva?

—Lo siento —se disculpó Lara con una carcajada—. Me he pasado.

—¿Entonces no eres gay? —De repente volví a sentirme cómoda.

—Sí lo soy.

Capítulo 9

El día siguiente amaneció claro y soleado. Empezaba a notar cierta pauta.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Emily mientras me tendía mi batido.

¿Cómo me encontraba? Exhausta, asustada, desorientada…

—Desubicada —concluí.

—En un par de días estarás bien.

Confié en su sabiduría.

Después de desayunar, Emily me llevó a alquilar un coche pero, para mi gran decepción, no era tan llamativo como el que había imaginado, pues el modelo llamativo resultó ser diez veces más caro que el modelo no llamativo.

—No importa, alquílalo —me animó Emily.

—No debo —dije—. No tengo ingresos.

—Dímelo a mí.

Luego fuimos a la playa, donde dejamos pasar las horas analizando toda clase de nimiedades, como lo idiota que era el Robbie de Donna —llevábamos un asombroso rodaje con él— y lo guapa que estaba Sinead con el pelo teñido de rubio.

—Nunca creí que le quedaría bien.

—Yo tampoco. Sobre todo por el color de su piel.

—Sí, por el color de su piel.

—Pero le queda genial.

—Sí, genial.

—Si me hubiera contado que pensaba hacerlo, habría intentado quitarle la idea de la cabeza.

—Yo también. Nunca habría imaginado que le quedaría bien.

—Yo tampoco. Tengo que admitir que estaba segura de que no le quedaría bien.

—Pero está fantástica. Le queda muy natural.

—Muy natural...

Y así uno tras otro... Temas ligeros, donde no tenía que mostrarme aguda, ni siquiera coherente. Qué placer.

Al regresar a casa nuestro estado de ánimo letárgico cambió y nos vimos atrapadas en un remolino de ansiedad. Nada más cruzar la puerta Emily fue directa al contestador automático con la esperanza de encontrar un mensaje de David Crowe.

—¿Y bien? —pregunté.

—Nada.

—Mi pobre Emily.

—Ya es demasiado tarde —dijo al día siguiente mientras preparaba nuestros batidos—. De haber tenido que ocurrir, habría ocurrido ya.

—Pero tu guión es fantástico.

—Eso no importa.

Pese a tener problemas personales perfectamente válidos, no podía evitar sentirme afectada por la desesperación de Emily.

—Qué injusta es la vida.

—Desde luego. Siento mucho que me esté pasando todo esto —dijo Emily—. Estoy segura de que no te hace ningún bien.

—Qué va, no te preocupes. —Me encogí de hombros.

A decir verdad —aunque nunca lo habría reconocido— era casi un alivio verme implicada en un drama que no era el mío. De tanto en tanto, y sin apenas entusiasmo, Emily intentaba sonsacarme cosas sobre mí y Garv, pero yo me resistía y ella no tenía fuerzas para insistir.

—¿Qué te gustaría hacer hoy? —preguntó.

—¿Tú que crees? —Señalé la ventana—. Ir a la playa, naturalmente.

—Me pondré el biquini —se ofreció.

Negué con la cabeza.

—No es necesario. Quédate a trabajar. Te sentirás mejor.

Emily siempre había sido muy trabajadora, y aunque aseguraba no estar avanzando con el nuevo guión, yo sabía lo culpable que se sentía cuando no le dedicaba las horas debidas. Incluso la noche anterior había estado trabajando en él. Además de escribir, Emily se pasaba media vida al teléfono, saltando de una llamada en espera a otra como una malabarista con varias pelotas en el aire. Sus conversaciones nunca eran breves.

Connie —a quien yo todavía no había conocido— parecía ocupar una gran parte del tiempo de Emily debido a sus constantes dramas con las flores, los servicios de comidas, los peluqueros, los vestidos de las damas de honor, etc. Me daba náuseas solo de oírlas. No quería que nadie se casara, quería que el mundo entero se divorciara —incluso la gente soltera—, para no sentir que mi vida era un fiasco poco común y llamativo.

El desastre nupcial más reciente de Connie tenía que ver con su luna de miel. En uno de esos casos en que la realidad supera la ficción, el destino turístico que había elegido para su luna de miel acababa de ser invadido por milicianos descontentos que habían secuestrado a siete clientes. El agente de viajes de Connie se negaba a devolverle el depósito, y aunque Emily no sabía nada de leyes, insistía en que lo denunciara.

—Tienes tus derechos. No importa que no constara en el contrato. Oye, espera, me llaman por la otra línea…

—Hasta luego —dije mientras introducía un libro en mi bolsa de playa.

—¿Seguro que estás bien? —me preguntó Emily.

—Seguro. —Bueno, en realidad no estaba excesivamente mal. Llevaba en Los Ángeles tres días y no había telefoneado a Garv ni una sola vez. Había tenido dos impulsos, pero por suerte ambos aparecieron cuando en Irlanda era de noche y pude contenerme.

Mientras caminaba hacia el coche vi a los vecinos Nueva Era, que tenían aspecto de dirigirse al trabajo. No pegaban nada. Ella era afroamericana, altiva y grácil, con un cuello de cisne y extensiones hasta el codo. Él parecía Bill Bryson: barba, calva, gafas y cierta jovialidad. Les salude con la cabeza. Entonces se acercaron sonrientes y se presentaron: Charmaine y Mike. Me parecieron muy agradables y no mencionaron mi aura.

Me despedí de ellos y, al volverme, vi a uno de los vecinos del otro lado que regresaba de comprar café para él y sus compañeros, lo cual deduje por la bandeja de Starbucks que portaba en las manos.

—¡Hola! —me gritó, mientras seguía caminando embutido en unas bermudas hasta las rodillas y un chaleco raído. Aunque Emily no me hubiera contado que los chicos eran estudiantes, creo que habría imaginado, a juzgar por la cabeza afeitada, los *piercings* y el elaborado corte de vello facial, que no era exactamente un vendedor de seguros. Durante los pocos días que llevaba en Los Ángeles había decidido que la casa contigua era una casa de paso para Perillas Anónimas. Se diría que había docenas de chicos —aunque Emily asegurara que solo eran tres—, y todos parecían aquejados de la misma dolencia. Algunos hacían esfuerzos patéticos; otros, los casos más radicales, como este tipo, lucían barbas mini a lo Fu Manchú.

Fuera de la casa había un coche naranja bajo y alargado. Estaba tan oxidado que pensé que lo habían abandonado, pero Emily me contó que pertenecía a los chicos. Habían pagado por él doscientos dólares porque ninguna de las puertas se abría y, por tanto, la entrada y la salida debía hacerse por las ventanillas. Lo llamaban su *Duques de Hazzardmóvil.*

—Hola —contesté mientras me subía al coche.

Recorrí la vergonzosa distancia hasta la playa y aparqué. La vista que tenía delante seguía pareciéndome de postal. La arena, el sol, las olas, la luz dorada. Qué pena

que estuviera tan espantosamente sola. Peor aún —me avergonzaba reconocerlo—, la falta de rutina y estructura de un trabajo me tenía intranquila, y no imaginas lo que eso me irritaba, pues durante toda mi vida de currante había soñado con que me tocara la lotería para poder dejar el trabajo y pasarme el día sin dar golpe tumbada al sol. Ahora que podía, tenía miedo. Lógicamente, a lo largo de los años había disfrutado de vacaciones, pero esta extraña y desconocida laguna no era unas vacaciones. No estaba segura de lo que era, pero sí de lo que no era.

Observé que mi dedo anular había mejorado de aspecto. El color de masa cruda se estaba diluyendo, la quemadura había desaparecido y la mella estaba engordando para encajar con el resto del dedo, como una letra en la arena bañada por las olas.

Extendí la toalla y me senté en la burbuja de plástico invisible que me separaba del resto del mundo salvo de Rudy, el hombre de los helados. No le había visto el día anterior. ¿Su día libre?, le pregunté.

No, dijo. Estaba en una audición.

—¿Que será hoy? —preguntó.

—¿Qué me recomiendas? —Estaba deseosa de alargar el contacto.

—¿Qué te parece una barra Klondike?

Fue una barra Klondikc y se marchó.

Lo vi alejarse por la playa, cada vez más pequeño. ¿Dónde guardaba los helados por la noche?, me pregunté. ¿Existía un gran almacén donde vivían todos juntos, como una cochera de autobuses pero para helados? ¿O tenía que llevárselos a casa? De ser así, ¿le preocupaba que los miembros de su familia se los comieran? No sería ningún problema si se los pagaran, pues eso le evitaría tener que arrastrarse por la playa mientras la gente le arrojaba piedras, pero probablemente no soltarían ni un céntimo... Poco a poco me fui quedando roque.

Yo nunca corría el peligro de dormir demasiado. Seguía durmiendo con la misma profundidad que en casa, por lo menos cuando la tele más estruendosa del hemisferio oeste se apagaba. Dormir era una bendición y despertarme era como ser arrojada al infierno. Cada mañana, cuando la realidad me golpeaba, lo primero que sentía era pánico. No puedo creer que esto haya ocurrido. No puedo creer que esté aquí. Al rato el pánico se diluía, dejando apenas un ligero residuo de temor.

Cuando regresé a casa, en torno a las seis y media, Emily se había quedado dormida en el sofá con el ordenador portátil encima de la barriga. La luz del contestador automático centelleaba. Un mensaje.

La voz de un hombre que hablaba con esa cadencia relajada y monótona de California, como si la llamada no fuera una cuestión de vida o muerte. «Sí, hola, Emily. Soy David Crowe, tu laborioso agente. —Su tono fue particularmente monótono en esta parte—. Acaba de llamarme Mort Russell, de Hothouse. Ha leído tu guión y está entusiasmado. Llámame.»

—¡Emily, despierta! —La agarré por el brazo e intenté tirar de ella—. ¡Despierta, tienes que escuchar esto!

Mientras observaba su cara de desconcierto, puse de nuevo el mensaje. Entonces Emily saltó del sofá y llegó al teléfono con una rapidez...

—¿Quién es Hothouse? —pregunté—. ¿Son buenos?

—Creo que forman parte de Tower —murmuró mientras tecleaba un número tras otro—. No te hayas marchado ya, por favor, sigue ahí... Soy Emily O'Keeffe y querría hablar con David Crowe.

La pasaron sin dilación.

—Sí —dijo, y asintió.

—Sí.

—Vale.

Otro asentimiento de cabeza.

—Vale.

—¿Cuándo?

—Vale.

—Adiós.

Colgó lentamente, y aún más lentamente deslizó su cuerpo por la pared hasta tocar al suelo. Todas sus acciones anunciaban a gritos un desastre. Me miró con el rostro tenso.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Que quieren que les haga la presentación del guión.

Tardé en reaccionar.

—¡Eso es fantástico!

—Lo sé. Lo sé. LO SÉ.

Entonces Emily rompió a llorar como yo nunca había visto llorar a nadie. Torrentes. Cántaros. Convulsiones.

—Gracias —gritó con el rostro entre las manos—. Graciasgraciasgraciasgracias...

—Vosotros los artistas... —dije indulgentemente.

—Tengo que hablar con Troy.

Una llamada rápida —al menos para ella, solo veinte minutos— y comenzó la sesión de embellecimiento. Pelo, maquillaje, vestido y tacones. Habíamos quedado con Troy en Bar Marmont a las ocho y media. Por lo visto Troy era director de cine e iba a aconsejar a Emily sobre Mort Russell, Hothouse, presentaciones y autoestima entre otras cosas.

—¿Está casado? —pregunté como preguntaba acerca de todo el mundo.

Emily tuvo un ataque de risa.

—¿Troy? Sí, Troy está casado, muy casado, con su trabajo. Pero, aparte de eso, es soltero, soltero, soltero, soltero, la persona más soltera que has conocido en tu vida.

—¿Qué películas ha hecho? —pregunté, mientras conducíamos a toda pastilla por la Cuatrocientos cinco.

—Ninguna que conozcas.

—¿No es bueno?

—Es brillante. Pero trabaja en el sector independiente. Es demasiado intransigente para sobrevivir en el sistema de los estudios, al menos por el momento. Está esperando a que su fama suba lo suficiente para obtener pleno control artístico de un bombazo con gran presupuesto.

—¡Vaya, mira a esos! —Habíamos dejado atrás un gimnasio con paredes de cristal para que todo el mundo pudiera ver a la gente en las cintas andadoras. Yo no solo odiaría que los automovilistas vieran mi cuerpo enrojecido y sudoroso, sino que eran las ocho y media de un viernes. ¿Es que esa gente no tenía ningún bar al que ir?

—Hay muchos gimnasios con paredes de cristal —explicó Emily—. Siempre existe la posibilidad de que Steven Spielberg pase por delante.

Bar Marmont era un local oscuro, gótico y muy atípico para Los Ángeles. Serpientes de yeso subían por las paredes y hasta los espejos reflejaban sombras.

—Allí está. —Emily se acercó a un hombre sentado solo a una mesa. Después de que se saludaran jovialmente, me lo presentó.

—Hola —dijo él con timidez.

—Hola. —Le estaba mirando fijamente. Sabía que lo estaba haciendo, y lo único que podía hacer era preguntarme ¿Qué hace que un hombre sea bello?

Sabía que había algunos cánones. Mandíbula ancha, pómulos prominentes y pestañas largas y espesas. A todo el mundo le gusta una piñata blanca y reluciente, mientras que hay personas a las que les van los ojitos conmovedores de cachorro (no es mi caso).

No obstante, a veces aparece una persona que incumple todos los cánones y sigue siendo arrolladora. El rostro alargado de Troy estaba dominado por su nariz. Su boca era una línea recta subrayada que no desvelaba nada.

Pero la luz rebotaba de su piel aceitunada y llevaba el pelo oscuro cortado al rape. Tenía los ojos, creo, de color avellana. Le miré largamente de soslayo cuando se volvió hacia la barra y percibí un destello verdoso.

—¿Os apetece una copa, chicas? —dijo con una voz suave.

—Por supuesto —respondió Emily—. Vino blanco.

—¿Maggie? —Y sus ojos me observaron, más caqui que avellana.

—Algo.

—¿Crees que podrías concretar un poco más? —Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios.

—Oh. Algo muy frío. Con alcohol.

—Algo muy frío con alcohol. Eso está hecho. —Sonrió. Ah, y ahí estaba. Una piñata blanca y reluciente, todos los piños presentes y correctamente colocados.

Le vi cruzar la sala. No era muy alto, pero se movía con una gracia desenfadada, como si no estuviera terriblemente interesado en sí mismo.

—¿Estás bien?—preguntó Emily.

—¿Eh? Sí.

Rebuscó en su bolso ocultando una sonrisa.

Troy regresó.

—Un margarita helado, Maggie. El mejor de la ciudad. Y dime, ¿qué te trae por Los Ángeles?

—Solo... —Odiaba esa pregunta, la odiaba. Entonces se me ocurrió una respuesta—. Me estoy dando una tregua.

Nadie me miró extrañado. Nadie se echó a reír. Al parecer había conseguido utilizar con éxito el nuevo argot.

Llegó la hora del interrogatorio. Según Troy, Mort Russell era un «demente, pero no en el sentido malo».

—No siempre en el sentido malo —rectificó.

—Y está ENTUSIASMADO con mi guión —Emily parpadeó.

—Me encanta tu trabajo —le canturreó Troy—. Me encaaanta tu trabajo. Quiero hacerle el amor a tu trabajo

de tanto que me gusta.

—Me encanta tu trabajo —dijo Emily—. Me estoy poniendo cachonda solo de pensar en él. Así es como hablan —me explicó—. Seguramente Mort Russell ni siquiera se ha leído mi guión.

—Primero te lanzan una bomba de amor —comentó Troy— y dos días después desvían tus llamadas.

Pero a Emily no iba a pasarle eso, insistió.

—¿Que sabes de Hothouse? —preguntó Emily.

—Tienen buena gente y mucha energía. Son los que hicieron *Al estilo americano.*

—¿En serio? —Emily estaba alarmada—. No era muy buena que digamos.

—Lo se, pero únicamente porque despedían a un director tras otro.

—¿Conoces *Glass Flowers*? —Emily se fue por la tangente—. Me contaron que tuvo dieciséis guionistas.

—Es cierto. Y se nota. ¿Qué piensas de *Sand in Your Eyes*?

—No es tan mala como *Obeying Orders.* Digamos que conseguí no marcharme del cine.

Mientras yo daba sorbos a mi bebida helada con alcohol, Emily y Troy dejaban como un trapo las películas que habían visto últimamente. Casi no se salvaba ni una, pero de vez en cuando se les escapaba un elogio.

—Buena cinematografía.

—Un guión muy riguroso.

Al cabo de un rato pillé el truco. Si yo había oído hablar de la película, ellos la detestaban, pero si sonaba desconocida, preferiblemente extranjera, la alababan.

—Preséntame tu película, Emily —dijo finalmente Troy.

—De acuerdo. Estoy pensando en *Thelma y Louise* conoce a *Magnolias de acero* conoce a *El caso Thomas Crown* conoce a *Lock, Stock, and Two Smoking Barrels* —dijo de corrido—. Es broma. No he tenido tiempo de pensarlo.

—Tenemos hasta el miércoles —le recordó Troy—. Pero estarás estupenda. Tú —la señaló con el índice— eres Buena en el Cuarto.

—¿Buena en el Cuarto? —pregunté.

—Es lo que se dice —explicó Troy— sobre alguien que posee el arte de contar historias. Emily cuenta historias geniales y, por tanto, es Buena en el Cuarto. ¿Otra copa muy fría con alcohol?

—Es mi turno.

Tres copas más tarde, Troy miró su reloj y dijo:

—Tengo que irme. He de madrugar.

—¿Desayuno con patines? —preguntó Emily.

—Clase de *spinning* a las siete —contestó él, y rieron—. También todos hacen eso —me explicó Troy—. Es cosa de machos recibir a tu preparador personal en casa antes de que salga el sol.

Salimos y entregamos nuestros números en el mostrador de los aparcacoches. Debía de estar algo achispada porque no podía parar de hablar de lo fantástica que me parecía la idea de los aparcacoches. Se lo dije a todo el mundo —a Emily, Troy, el mozo, la pareja que esperaba a nuestro lado—, y todos parecían encontrarlo gracioso. A mi no me hacía ninguna gracia ser una pésima aparcadora y rayar coches contra los pilares de los aparcamientos. Aunque no se lo hacía a todos, solo a...

—Ahí viene el mío —Troy estaba mirando al mozo que se acercaba con su Jeep. Rodeó a Emily con un brazo—. Hablaremos, pequeña.

Otro brazo en torno a mí y un roce de su boca hermética.

—Y tú, Maggie, disfruta de tu tregua.

Entregó un billete al conductor, trepó al Jeep y se alejó.

Era medianoche. Cuando volvíamos por Sunset, pasamos por un gimnasio con paredes de cristal. Todavía había gente en las cintas andadoras, yendo a ninguna parte.

Capítulo 10

El día siguiente era sábado y los apretados alambres de mi ética laboral aflojaron para darme un respiro. Hoy sí podía ir a la playa y tomar el sol sin sentirme como una desertora acechada.

La llamada de David Crowe había transformado por completo a Emily. Su letargo había desaparecido, y ahora el juego se titulaba actividad. Después de desayunar trepamos a su coche y recorrimos las dos manzanas hasta un supermercado tan grande como un hangar para aviones. Por mis años en Chicago sabía lo fantásticos que eran los supermercados estadounidenses, pero estaba segura de que ninguno ofrecía el magnífico surtido de productos «0 % de materia grasa» que ofrecía aquel. Paquetes vociferando «0 % de materia grasa» saltaban de los estantes y me abordaban por todas partes. Incapaz de escapar a la influencia de la pervertidora ética del culto al cuerpo, dejé virtuosamente atrás los escasos estantes de donuts y helados y, en su lugar, compré arándanos, lechuga y sushi. Y vino, claro, insistió Emily.

—Tengo que cuidarme en estos momentos tan importantes —explicó mientras trasladaba algunas botellas a nuestro carro.

Cuando nos dirigíamos al coche con las compras, me sobresaltaron unos gritos.

—¡Eh, vosotras!

Me volví y vi a un hombre barbudo, sucio y harapiento.

—Eh, chicas, ¿me estáis escuchando? —vociferó enfadado—. Hay un cuerpo tendido debajo de una escalera de incendios. Varón, caucásico, treinta y tantos.

—¿Qué le pasa? —pregunté con nerviosismo.

—Siempre ronda por aquí. —Emily ni se inmutó—. Grita cosas sin sentido. El pobre está como una chota, pero es inofensivo.

Una vez en casa, estábamos sacando las cosas de las bolsas cuando Lara entró corriendo por la puerta y se arrojó sobre Emily con tal ímpetu que atravesaron media habitación.

—¡Eres la mejooor! —gritó—. ¡Estoy tan contenta por lo de tu guión!

Por lo visto, se hallaba por el barrio porque había asistido a su clase de *yoguilates* (a saber qué era eso). Descargó sobre Emily unas flores, una tarjeta de afirmación y algo de los indios americanos para celebrar la buena noticia.

Entonces me vio y exclamó:

—¡Caramba, chica, qué morena! ¿Has estado en la playa?

—Sí —respondí tímidamente, halagada por su admiración. Me sentó bien viniendo de ese rayo de luz andante.

Lara se me acercó y dijo con aire pensativo:

—Tu pelo es tan genial.

Yo ya había empezado a captar la entonación de Los Ángeles. Decirle a alguien que algo es «tan genial» constituye en realidad una crítica. «Tu guión es tan genial» que no vamos a comprártelo. «Esa amiga tuya con la que tuve la cita a ciegas era tan genial» que me aburrí como una ostra y espero no volver a verla.

Por tanto, cuando Lara me dijo que mi pelo era tan genial, mi alegría solo duró un segundo.

—Tan genial —repitió—. Pero estos flecos —se refería al flequillo— están demasiado largos. ¡Holaaa! —Rió dulcemente al tiempo que abría mi flequillo con sus largas uñas y lo apartaba de mis ojos—. ¿Hay alguien ahí? ¡Ay, sí, ya te veo!

—Hola. —La tenía tan cerca que podía verle las lentillas.

—¿Sabes qué? —Sostuvo las puntas de mi cabello con la palma de la mano—. Tenemos que llevarte a mi peluquero.

Dino es... es el mejor. Le llamaré ahora mismo.

Para entonces ya se encontraba en medio de la habitación hurgando en su bolso y pude respirar. La había tenido muy cerca y, con eso de que era bollera, había temido moverme. Si hubiese sido otra persona habría retrocedido tranquilamente, pero no quería que pensara que me incomodaba su bollería. La corrección política es un campo de minas.

Palm Pilot en mano, martilleó su móvil y empezó a parlotear. Nada de demoras, aquí todo va a una velocidad de vértigo.

—¿Dino? Besos, besos, besos, querido. Quiero que le des hora a una amiga. Tiene una cara súper y necesita un corte genial. ¿Martes? —Me miró con sus ojos verde mar—. Maggíe, ¿martes, seis y media?

Me sentí invadida, expropiada. Me gustó.

—Vale. —¿Por qué no?—. El martes me va bien.

Lara colgó y nos miró.

—Yo también tengo algo que celebrar. —Alzó un puño al aire—. ¡*Two Dead Men* ha saltado por fin de la lista de las diez más vistas!

—¡Aleluya! —exclamó Emily, y el ambiente se llenó de fiesta. *Two Dead Men* era una comedia sobre gángsteres. ¿Que le había hecho a Lara?

—Cuéntale a Maggie la historia—dijo Emily.

—¿Quieres oírla?

—¡Desde luego!

—Muy bien. Como sabes, trabajo en una productora y una de mis muchas, muchas tareas es elaborar informes sobre guiones, o sea, leerlos y explicar qué probabilidades hay de hacer una buena película. Bueno, pues un día me cae en la mesa un guión que era un asco y lo rechacé. ¿Y el nombre de esa porquería? *Two Dead Men.* ¡Ni más ni menos que una de las comedias más exitosas del año! —Su vivacidad era contagiosa—. El día que leí en *Variety* que la Fox iba a producirla fue uno de los peores de mi vida. He

rezado tanto para que se diera de bruces. He sudado tanto cada vez que veía las recaudaciones del fin de semana. Y estuve a esto —dijo, alzando el pulgar y el índice y dejando un minúsculo espacio entre ambos— de perder el trabajo.

—Tienes derecho a dar tu opinión —comenté.

—Ja. —Meneó la cabeza—. No en Lalaland. Una metedura de pata y a la calle.

—Yo vi el guión original y Lara tenía razón, era una porquería —explicó Emily—. Dudo que el escritor pretendiera escribir una comedia, pero era tan malo que todo el mundo supuso que se trataba de una parodia.

—Pero ahora ya ha pasado —dijo Lara, radiante. De repente se produjo un estruendo. Lo noté antes de oírlo y fue aumentando con una intensidad alarmante. Durante un minuto pensé que era un terremoto y que mi madre estaba en lo cierto. Qué fastidio.

—¡Grrr! —gruñó Emily—. Otra vez los tambores del Ritmo de la Vida. ¡Serán capullos!

—¿Quiénes?

—Los vecinos. Mike y Charmaine y un montón de adultos profesionales con un tornillo de menos. Tocan los tambores de los indios americanos a la espera de encontrar la felicidad. Lo hacen a propósito para molestarme.

—Nunca debiste robarles la señal de RESPUESTA ARMADA —dijo Lara.

—¡Lo sé! En fin, no me queda más remedio que salir de compras y buscar algo que ponerme para la presentación del guión. ¿Alguien se apunta?

¡Compras! Aparte de una crema para el sol en la tienda del aeropuerto, hacía siglos que no me compraba nada, bueno, por lo menos desde que mi vida se había vuelto del revés. Experimenté un ligero cosquilleo, me sentí despierta y casi normal, y esa sensación se intensificó cuando ambas propusieron ir a Rodeo Drive. Ir a Rodeo Drive era lo que debería estar haciendo, lo que cualquier persona que visitara Los Ángeles haría, y no sentarme como un alma en

pena en una playa solitaria. Vale, puede que estuviera un poco por encima de mis posibilidades, pero una chica siempre puede soñar. Y utilizar la tarjeta de crédito.

Al salir de casa coincidimos con las perillas.

—Hola, Lara —dijo con admiración el de la cabeza afeitada—. Estás como un tren.

—Gracias, Curtís.

—Yo soy Echan. Este es Curtis.

—Hola. —Curtis levantó una mano rolliza y tímida.

—Y yo soy Luis. —Un apuesto chico latino, con pestañas de Bambi y barbita pulida, agitó igualmente una mano—. Y estás como un tren.

—Confiaba en que cuando el curso terminara se largarían y llegarían unos vecinos como Dios manda —dijo Emily—, pero por lo visto tendremos que aguantarlos todo el verano.

Las perillas se dirigieron a su cafetera naranja. Luis colocó una mano en el techo, atravesó con un salto elegante el hueco de la ventanilla y cayó grácilmente en el asiento del copiloto. Luego Echan posó su mano carnosa sobre el otro lado del techo y saltó con los pies por delante. Las cosas no fueron tan fáciles para el rollizo de Curtis, que quedó atascado a lo Winnie-the-Pooh en la ventanilla.

Después de darle un empujoncito, nos subimos al coche de Lara (una camioneta reluciente de casi un kilómetro de longitud). El cielo estaba azul, la brisa mecía las palmeras y yo gozaba de un pequeño bronceado. En general, las cosas no estaban tan mal.

Me había imaginado Rodeo Drive como una suerte de parque temático de celebridades en el que había que pagar para entrar. En realidad era, como Sloane Street o la Quinta Avenida, una mera calle de tiendas de marca atendidas por brujas arrogantes y flacas como palos salidas todas del mismo molde. Me sentía fuera de lugar. Me había puesto mi mejor conjunto de «chica urbana» y columpiaba ostentosamente mi bolso de marca como sí fuera un pase

de acceso ilimitado, pero no engañaba a nadie. A la segunda o tercera tienda confié tristemente a Lara:

—Odio a la gente que trabaja en estas tiendas. Siempre me hacen sentir como una mierda.

—Tiene su truco —se solidarizó Lara—. Has de caminar como si la tienda te perteneciera, parecer malvada y hastiada y nunca, nunca preguntar el precio de los artículos.

Así pues, al llegar al siguiente emporio minimalista, cogí un bolso —porque los bolsos son los nuevos zapatos— y traté de parecer malvada y hastiada, pero no debí de resultar muy convincente porque la escuálida dependienta pasó de mí barriéndome con una mirada desdeñosa. Entonces su radar captó a Emily, la niña de las etiquetas, y todo cambió.

—¡Hola! ¿Cómo está hoy?

—Estupendamente —respondió Emily—. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

¿Sabes?, por un instante creí que se conocían de veras, hasta que la dependienta dijo:

—Soy Bryony. ¿En que puedo ayudarla hoy?

En las raras ocasiones en que estas chicas me hablan, me siento demasiado intimidada para contestar. De hecho, generalmente me marcho al instante. (¿Y a qué venía ese «hoy»? ¿Qué otros días planeaba ayudarla? ¿El próximo martes?)

Devolví el hermoso bolso a su plinto, pero por lo visto no me esmeré, porque Bryony se acercó como una exhalación y, con gestos raudos e indignados, movió el bolso un centímetro y medio hasta devolverlo a su posición correcta. Luego lo frotó con un trapo para borrar las marcas de mis dedos. Fue tal la humillación, que por un momento creí que iba a echarme a llorar.

—Recuerda que la ropa que viste es prestada —murmuró Lara a mi pelo—. No podría comprarse la blusa que lleva ni trabajando aquí un año entero.

Entretanto, Bryony se había entregado por completo a Emily, que chasqueaba las perchas con ojo experto. Luego la condujo al probador, donde Emily procedió a probarse cosas, quitárselas y arrojarlas a la bruja hechas un ovillo.

—Te queda GENIAL —insistía Bryony una y otra vez, mientras Lara mantenía un constante «Mmmm. Probemos otro color. ¿Y esa falda larga? ¿La hacen un poco más ajustada?».

Bryony iba como una loca de un lado a otro.

Finalmente sugerí:

—¿Y una talla más pequeña?

—Guay —me elogió Lara cuando eso hizo que Bryony saliera disparada hacia los percheros—. Empiezas a cogerle el tranquillo.

Obligamos a Bryony a traer diferentes estilos y tallas —zapatos y bolsos inclusive—, hasta que tuve la impresión de que Emily se había probado hasta el último artículo de la tienda varias veces. Finalmente se decidió por un traje de chaqueta. Luego nos convocó en el enorme probador y cerró la pesada puerta de madera.

—Estoy sin blanca —siseó—. ¿Está muy mal gastarse el alquiler de un mes en un traje?

Me disponía a decirle que por supuesto que estaba mal y que podía comprarse un conjunto perfectamente adecuado en Banana Republic por una décima parte —no solo porque no quería que Bryony se llevara la comisión, no soy tan mala, sino porque me preocupaba la economía de Emily—, cuando Lara declaró con solemnidad:

—Hay que gastar dinero para ganar dinero. Tienes que estar a la altura el día de la presentación. —Se volvió hacia mí—. Lo siento Maggie. A mí también me habría encantado que ocurriera como en *Pretty Woman.*

—«Gran error» —cité apasionadamente.

—«ENORME error.»

Emily lo entendió.

—Dios mío, ¿esa Bryony es una bruja?

—Sí —dijo Lara. Se volvió hacia mí—. Pero la presentación de Emily es muy importante y está fantástica con este traje...

—Está bien.

—Entonces, ¿qué te llevas? —preguntó Lara.

—El traje, pero dejo los zapatos.

—Tú mandas.

—Bueno, puede que los zapatos sí, poro el bolso no.

—Lo que tú digas.

—Sería una pena estropear el conjunto por tan nimio detalle, ¿no crees?

—¿Se puede? —La bruja estaba de vuelta.

—Me lo llevo todo.

Antes de marcharnos Lara cogió «mi» bolso, lo manoseó a conciencia y lo devolvió a su sitio, torcido y cubierto con las marcas de sus dedos.

—Gracias —dijo a Bryony por encima del hombro.

—Gracias —dije a Lara.

Cuando salimos a la calle, Emily rodeada de bolsas, señale a un hombre que pasaba en ese momento por delante de nosotras.

—Es igualito que Pierce Brosnan. Podría conseguir trabajo haciéndose pasar por él.

Lara y Emily le echaron una ojeada.

—Es Pierce Brosnan —me informó Lara, y las dos echaron a andar como si nada.

—¿Y ahora?

—¿Chanel?

Pero la tienda de Chanel estaba cerrada porque alguien famoso se hallaba dentro comprándolo todo. Madonna, según un grupito de turistas japoneses apiñados fuera. Magic Johnson, aseguró un grupo rival. No, no, exclamó un tercer grupo. Es Michael Douglas.

Mejor que estuviera cerrada, dijo Emily. Ya se había hecho suficiente daño.

—Son las cinco, hora de tomar una copa —propuso Lara.

—¿El Four Seasons? —dijo Emily—. Está cerca.

—Vale.

—¡No! —exclamé.

—¿Qué?

—No propongáis tomar una copa en el Four Seasons de Beverly Hills como si no fuera una pasada.

—Lo siento —dijo humildemente Emily.

—Yo también —dijo Lara.

El Four Seasons tenía arte clásico y enormes jarrones, cortinas festoneadas, alfombras gruesas y mucho, mucho brillo dorado. A mi madre le habría encantado.

Cuando entramos en el bar, un hombre que presidía una mesa estaba gritando:

—¡Billy Crystal es el mejor director del mundo!

—En el caso de que no supiéramos que trabajabas en el mundo del cine —masculló Emily.

Encontramos un sofá mullido, pedimos martinis complicados y nos trajeron un plato de galletitas japonesas. A medida que el alcohol ejercía su efecto nos fuimos exaltando.

—La vida empieza para ti —aseguró Lara a Emily—. Mira a Candy Devereaux. Estaba sirviendo mesas y pensando en retomar el autobús a Wisconsin cuando de repente escribió un guión de ensueño y ahora cobra cien mil dólares a la semana como cirujana de guiones.

—Prada enviará un camión repleto a mi casa y podré quedarme con lo que quiera —aseguró alegremente Emily, desperezándose en el sofá.

Cuánta imaginación, y sin embargo... En otros trabajos la gente progresa lenta y pacientemente, pero tenía la impresión de que en esta ciudad las cosas funcionaban de otra manera: la suerte podía cambiar de la noche a la

mañana, haciéndote saltar del arroyo a la estratosfera con una rapidez de vértigo. Me distrajo una chica que pasó por delante con un escote más profundo que el cañón del Colorado.

Silicon Valley se le quedaba pequeño. No era posible que esos pechos fueran reales...

—¿Puedo tener un papel en la película? —preguntó Lara.

—¡Por supuesto! Cuando Lara llegó por primera vez a Los Ángeles era actriz —me contó Emily.

—¿Y por qué ya no lo eres?

—No tenía lo que había que tener. —Echó la cabeza hacia atrás y volcó en su boca un puñado de galletitas—. No era lo bastante delgada. Ni lo bastante guapa.

—Pero si eres guapísima.

—A Maggie le molo —dijo Lara.

Emily le clavó una mirada severa que el móvil de Lara interrumpió. Tras una animada conversación, Lara cerró el aparato con un golpe seco.

—Era Kirsty. Está cerca y se unirá a nosotras para una copa rápida.

Emily torció el gesto.

—Una copa rápida sin alcohol, sin leche, sin sodio, o sea, un vaso de agua servido con una raja de limón orgánico en un vaso sin plomo.

—Es una buena chica—dijo Lara.

—Oh, desde luego. Todo virtuosismo y ni una pizca de sentido del humor. Y encima se cree monísima.

—Porque lo es.

—Eso no justifica que tenga que ir por ahí alardeando. —Emily se volvió hacía mí—. Un día estábamos hablando de quién nos interpretaría en la historia de nuestras vidas... Lo sé, pero son cosas que se hacen en Los Ángeles... Pues bien, Lara, la hermosa Lara, dijo que Kathy Bates. Yo dije E.T. con una peluca afro, Justin dijo John Goodman y hasta Troy dijo Sam, el águila americana de *Los teleñecos.* ¿Y

quién dijo Kirsty que la interpretaría? Nada más y nada menos que Nicole Kidman. Asegura que siempre la confunden con ella. Ya le gustaría. Antes de que llegue, ¿puedo enseñaros algo?

Abrió el bolso y extrajo lentamente un llavero. Enseguida lo reconocí. Era de la tienda donde había comprado el traje. Hasta tenía representado el logotipo con diamantes falsos.

—He sido una niña mala —confesó sin poder ocultar una sonrisa.

—Jesús—gimió Lara—. ¡Tienes que dejar de hacer esas cosas!

—¿Lo has robado?

—Prefiero decir que lo he liberado. Oye, estoy muy estresada ahora mismo.

—Lo sé, pero ¿no podrías ponerte una cinta de relajación o algo parecido? —pregunté.

—Lo que pasa es que me tienes envidia —me acusó Emily.

—Lo sé—confesé humildemente.

Yo solo había cometido un hurto en mi vida: un helado del congelador de la tienda de la esquina. Ni siquiera me apetecía, pero Adrienne Quigley me había desafiado. En cualquier caso, por increíble que parezca me pillaron. El hombre fue muy amable conmigo y me dijo que me dejaría ir si prometía no volver a robar. Lo que significó que tuve que pasarme el resto de mi adolescencia devorada por la envidia, viendo cómo mis amigas regresaban de sus visitas a la ciudad con las bolsas repletas de toda clase de chucherías: pendientes, barras de labios, esmaltes de uñas, un rollo de cinta aislante y un puñado de tornillos de una ferretería. La de los tornillos y la cinta fue Emily, porque ella solo robaba por amor al riesgo, mientras que Adrienne Quigley robaba por encargo. Envidiaba a muerte el atrevimiento de ambas (y las cosas que conseguían gratis, salvo los tornillos y la cinta), pero estaba convencida de

que si volvía a intentarlo me pillarían y arrastraría conmigo al resto. Mis hermanas conseguían salir indemnes de todo porque Claire era irritable, Rachel era divertida, Anna estaba en la luna y Helen no conocía el miedo. En cambio, yo era toda obediencia. La obediencia era mi herramienta de supervivencia.

La llegada de Kirsty puso fin a mi repentina introspección y, en efecto, se parecía a Nicole Kidman con esa melena rubia fresón y esa piel de alabastro. (Además, estaba hecha un fideo, pero apuesto a que eso ya lo habías adivinado.)

Kirsty era todo vivacidad y no comprendí la antipatía que le profesaba Emily hasta que el camarero llegó y tuvo que enumerarle todas las marcas de agua mineral que servía el local.

Le ofrecí una galletita japonesa y Kirsty se estremeció.

—Solo tienen cuatro calorías cada una —la tranquilizó Emily—. Lo ha dicho el camarero.

Kirsty arqueó una ceja.

—Llevan ahí una eternidad y no han parado de entrar y salir manos. Si queréis comeros los gérmenes de otros, ¡allá vosotras!

Nos quedamos abatidas, incluso avergonzadas. Ninguna volvió a tocarlas y cuando el camarero finalmente se las llevó, respiramos aliviadas.

Una chica con una minúscula camiseta rosa estirada al máximo sobre un par de tetas monumentales cruzó el bar. Podría decirse que el pecho la estaba sacando de paseo, y no al revés.

Emily sonrió a Lara, pero esta meneó la cabeza con pesar.

—Demasiado falsos. Los de mentira no dan tanto gusto. —Se miró su escote dorado—. Y sé de lo que hablo.

—¡Demasiada información! —le reprendió Kirsty—. NO queremos saberlo.

En eso se equivocaba. ¿Insinuaba Lara que se había agrandado las tetas? Estaba fascinada, pero me dio vergüenza indagar. ¿Es cierto que a veces estallan en los aviones? ¿Que sí les pones una luz debajo se vuelven verdes? ¿Que en la piscina flotan como manguitos y que no puedes sumergirlos por mucho que te empeñes?

—Cuéntale a Kirsty la noticia —dijo Lara.

Emily relató sucintamente lo de la presentación, y hay que decir en honor a Kirsty que se alegró mucho.

—¡Bien! —exclamó—. Ya era hora, nos tenías preocupadas ahí encerrada en tu casita, convirtiéndote en una completa perdedora.

—¿Qué has dicho?

—Me encantan tus sandalias, Kirsty. ¿Dónde las has comprado? —preguntó rápidamente Lara.

—La verdad es que me las compre el verano pasado pero no me las puse a propósito —explicó Kirsty con voz alegre—. Ahora todo el mundo quiere comprárselas y no puede. En fin, chicas, debo irme. Esta noche he quedado con Troy en mi casa.

Emily la miró como si le hubieran golpeado la cabeza con una sartén.

—¿De veras? —se interpuso Lara—. ¿Estáis tú y Troy...?

—¡Estás soñando si crees que voy a contártelo! —repuso Kirsty con un humor excelente.

Lara la acompañó hasta el mostrador de los aparcacoches.

—Troy es mi amigo —bufó Emily—. Kirsty lo conoció a través de Lara. ¿Qué demonios ve Lara en esa tía? ¿Y qué le ve Troy? La muy tacaña ni siquiera ha pagado su agua. ¿Y qué me dices de esa historia de las sandalias? Esconderlas en un cajón durante un año, ¿te lo crees?

—Ya vuelve Lara —advertí.

Pero en lugar de callarse, Emily prosiguió.

—¡Estupendo! —Y echó la caballería sobre Lara, que reaccionó como una verdadera adulta. Troy no le

pertenecía, dijo a Emily. Era muy libre de salir con quien le diera la gana. Vale, lo de las sandalias era un poco fuerte, pero el trabajo de Kirsty de recepcionista en un gimnasio no daba para mucho…

—Pidamos otra copa—propuso.

Después de otro martini complicado, la sombra de Kirsty se desvaneció.

—¿Irás a la fiesta que dará Dan González el lunes por la noche? —preguntó Emily a Lara.

—¡Creía que no querías ir!

—Ya, pero ahora es diferente. Ahora puedo caminar con la cabeza bien alta. Soy una jugadora. Bueno, ¿vas a ir?

Lara negó con la cabeza.

—Tengo una cita.

Emily se puso a dar grititos.

—¡Cuéntanoslo! —la instó—. Qué callado te lo tenías. ¿Dónde la conociste?

—En un bar.

La verdad es que me sentí un poco incómoda. No sabía qué decir. De haberse tratado de una mujer con un hombre, me habría muerto de ganas por conocer los detalles, pero…

—Es una monada—dijo Lara—. Era bailarina.

—¿Una bailarina? ¡Uau! ¿Cuerpazo?—preguntó Emily.

—Cuerpazo.

Lara procedió a describir a la chica del modo en que lo hacen los hombres. Lo guapa y dulce que era, lo mucho que Lara parecía gustarle…

Me sacudí la turbación y sumé mis grititos a los de Emily.

Soy una mujer de mundo, me dije.

Capítulo 11

Deposité lentamente la planta del pie en otro punto de la alfombrilla del baño y experimenté una gran sensación de alivio. Los mullidos gránulos de lana eran como bálsamo para mis doloridos pies. Moví el otro pie y sentí sobre la piel el contacto de cada fibra... Qué suave, qué dulce... De nuevo la otra planta.

¿Cuánto tiempo llevaba así?

Mucho. Quizá debería terminar de secarme. Quizá alguien quería utilizar el cuarto de baño.

Llegué como pude hasta mi habitación para vestirme. Una cosa tenía clara: no pienso volver a beber martinis complicados en mi vida.

Decididamente Emily era una mala influencia. Yo, que no tenía nada de juerguista empedernida, me había emborrachado dos veces en dos días. Y jamás me había duchado con las gafas de sol puestas. ¿Qué decía eso de las compañías que estaba frecuentando?

No me habría importado si no hubiese sido la única que estaba hecha polvo. Me había despertado a las ocho de la mañana con la sensación de estar emergiendo de un coma, mi habitual pavor a despertar más pronunciado que nunca, y había encontrado a Lara y Emily en la cocina, bebiendo batidos y charlando como gente normal. Criaturas curtidas.

—¿Estás bien? —Emily parecía preocupada.

—Sí —dije—. Es solo... que no puedo abrir los ojos. Me duelen demasiado.

Emily me había dado unas gafas de sol y unos calmantes, junto con el consejo de que me duchara. Eso no me ayudó, a diferencia de la alfombrilla del baño, por lo menos mientras permanecí encima de ella.

Mientras me vestía, se me cayeron las gafas y al agacharme para recogerlas unas lagunas negras bailaron ante mis ojos, por lo que tuve que dejarlas donde estaban.

Luego entré en la sala de estar y el sonido de mis pies sobre el parquet se me hizo insoportable.

Vislumbré a medias una almohada y una colcha en el sofá, indicios de que Lara había dormido en él, pero cuando eché un vistazo a la habitación de Emily, la ropa de Lara estaba esparcida por el suelo. Probablemente se había acostado con Emily.

No acostarse de acostarse. Solo acostarse de acostarse. Bueno, ya me entiendes.

Troy había llegado mientras me hallaba en la ducha. Al verle, afilé mis ojos doloridos. Seguía extrañamente atractivo, como un bloque de granito.

—Hola, Maggie —me saludó.

—*¿Ktal?* —mascullé, demasiado exhausta para corresponder a su animado saludo. Tenía que estirarme. Con sumo cuidado, descendí sobre el sillón y apoyé la espalda en los cojines, pero hasta cuando dejé de moverme seguí sintiendo que me hundía, me hundía…

Emily, Lara y Troy estaban hablando de la presentación del guión. Oía a lo lejos el murmullo de sus voces.

Descubrí que si me acariciaba la mejilla con un mechón de pelo, el dolor de mis huesos faciales amainaba ligeramente. Así pues, lo arrastré desde la nariz hasta el oído y viceversa una y otra vez.

—¿Estás bien, irlandesa? —Troy estaba de pie junto a mí—. ¿Qué te pasa con el pelo?

Demasiado maltrecha para azorarme, se lo conté. Luego también le conté lo de la alfombrilla del lavabo.

—Necesitas un masaje —declaró—. Hay que trabajarte los puntos de compresión.

—¿Tú?

—No —Rió suavemente—. El maestro. Espera y verás.

Minutos después se abrió la puerta principal y una mañana cegadora inundó la sala.

—Cierra —supliqué.

Era Justin, que venía con el rostro radiante y una camisa hawaiana en tonos amarillos y rojos. De inmediato pensé que iba a vomitar.

Unos golpecitos en el suelo, como pequeños chasquidos resbaladizos, me avisaron de una segunda presencia: un pequeño terrier escocés a la caza de motas de polvo y, por lo general, una monada. Desiree, supuse.

—Llegas justo a tiempo, chaval —dijo Troy—. La señorita necesita ayuda.

—¿De veras? —preguntó Justin con su voz aguda—. ¿Qué problema tiene? —Se arrodilló junto al sofá y, con gesto teatral, me tomó el pulso de la muñeca.

—Resaca —farfullé, apartando la vista de su camisa.

—Culpa mía —se disculpó Emily.

Justin entrelazó los dedos de ambas manos y los flexionó hacia delante y hacia atrás.

—Muy bien. ¿Qué te duele?

—Todo.

—Todo. Muy bien. Lo arreglaremos todo.

Temí que tuviera que quitarme alguna prenda, pero al parecer Justin solo estaba interesado en mis pies: reflexología. No estoy orgullosa de mis pies. Siempre que me habían hecho reflexología, la vergüenza que me daban mis callos y el hecho de que mi dedo índice fuera más largo que el pulgar me había impedido disfrutar. Lo bueno de sentirme morir, no obstante, era que el estado de mis pies me traía sin cuidado.

Y Troy tenía razón. Justin era un maestro.

A medida que iba presionando y amasando con placentera firmeza, el dolor fue desapareciendo hasta que, para mi sorpresa, volví a ser yo misma.

Me senté. Los pájaros cantaban y el mundo era soportable. El sol ya no era un malvado duende amarillo, sino un amigo querido y deseado. Hasta pude contemplar la camisa de Justin.

—Eres un reflexólogo milagroso —comenté con admiración—. Podrías ganarte la vida con eso. ¿Era lo que hacías antes de convertirte en actor?

—No. No es más que una afición. Aprendí a hacerlo para encontrar novia.

—¿Y funcionó?

—No.

—Todavía no, querrás decir.

—He desistido. No solo soy el tipo gordo prescindible en el cine, soy el tipo gordo prescindible a secas. Ahora solo vivo para Desiree. Aunque en realidad —añadió con alegría—, también la adquirí para conocer mujeres. Pensé que podría buscar novia mientras me paseaba por los parques para perros, pero tampoco funcionó.

—Es IMPOSIBLE encontrar amor en esta ciudad —declaró Emily—. La gente está demasiado absorta en el trabajo. Y tampoco hay lugares para conocer gente.

—¿Y los bares y las discotecas? —Estaba segura de que había oído de mis hermanas y amigas irlandesas miles de historias acerca de entrar en una discoteca y despertarse a la mañana siguiente con un extraño en la cama. Por lo visto, las raras veces que eso no ocurría merecían un comentario y me hacían envidiar la vida de soltera.

—Amigos de amigos, así es como normalmente conoces a gente en Los Ángeles —Emily clavó una mirada intencionada a Troy. Si estaba esperando que este le contara lo de su noche con Kirsty, se llevó un chasco.

Troy se acercó a mí e inquirió:

—¿Te sientes mejor?

Reclinada de nuevo sobre mi espalda, asentí con la cabeza.

—Estupendamente. Lista para mis quince kilómetros de footing.

—Yo no bromearía con esas cosas por aquí —advirtió la voz incorpórea de Emily—. Bueno, ¿vamos a trabajar o qué?

Se sentaron en torno a la mesa de la cocina como un consejo de guerra. Hasta Desiree se instaló en una silla y prestó toda su atención. Más tarde me enteré de que había aparecido en un par de películas.

La puerta y las ventanas estaban abiertas, dejando entrar el sonriente día. A mediodía Emily llamó a un restaurante cercano y media hora después llegó comida suficiente para alimentar a un ejército.

—¿Quieres un poco? —me preguntó desde la cocina—. ¿O lo vomitarás?

—Creo que podré tomar un par de bocados. —El dolor de cabeza se había esfumado, pero todavía conservaba una ligera sensación de náuseas.

Troy me trajo un plato y, al tratar de incorporarme, dijo:

—No hace falta —E intentó equilibrarlo sobre mi torso.

Pero como tengo senos y estos son, por naturaleza, bamboleantes, el plato se resistía a permanecer quieto.

—Será mejor que lo sostengas —decidió con una sonrisa turbada—. ¿Lo tienes? —preguntó. Entonces me miró fijamente con sus ojos verdosos y, de pronto, la turbada era yo.

Cuando se hubo marchado, engullí prudentemente algunos bocados y, maravillada, comprobé que permanecían en mi estómago. Al cabo de un rato volvió Troy.

—¿Has terminado?

No sé por qué, pero le miré a los ojos por un instante antes de contestar:

—Sí.

Troy levantó el plato de mi pecho y, al hacerlo, me rozó un seno. De pronto mis pezones se endurecieron, apuntándolo como dos misiles bajo la camiseta.

Troy los miró y luego me miró a mí. Sabía que debería haberme reído, pero no pude. Luego le vi alejarse para reunirse con los demás.

Permanecí tumbada en el sofá hojeando lo que pensé que era el *Daily Variety y* resultó ser el *Los Ángeles Times.* Todas las noticias estaban relacionadas con el mundo del cine. Nada sobre guerras, masacres o desastres naturales, solo artículos inocuos acerca de estrenos y recaudaciones... Se me cerraron los ojos.

Emily estaba improvisando su presentación y de vez en cuando flotaba hasta mis oídos una observación.

—Emily —decía el sonsonete amable de Troy—, no me estás convenciendo.

—No lo compares con *Muérete, bonita.*

En un momento dado sonó el teléfono y Emily se materializó por encima de mi cabeza.

—¿Estás despierta? —preguntó—. Te llaman de casa.

La forma en que lo dijo me sobresaltó y me incorporé demasiado deprisa. Era Garv, ¿verdad?

No era Garv, sino mi padre. Estuve a punto de intentar levantarme y buscar intimidad en otra habitación, pero decidí ahorrarme el esfuerzo. Solo era papá. Así y todo, debí comprender que pasaba algo. Papá detestaba el teléfono y solía tratarlo como sí emitiera gases tóxicos. ¿Por qué llamaba?

Tenía algo que decirme, declaró con voz temblorosa y atormentada.

—Aunque quizá no te venga de nuevo.

—Habla. —El corazón todavía me latía con fuerza por la creencia de que era Garv.

—Esta noche, cuando regresábamos a casa en coche.

—¿Esta noche? —Claro, Irlanda iba ocho horas por delante—. Sigue.

—Vimos a Paul... quiero decir a Garv. Iba acompañado de una joven y parecían... —Papá se interrumpió. Yo contuve la respiración y lamenté no haberme llevado el teléfono a la habitación. Demasiado tarde. El miedo me había paralizado—. Parecían, bueno, parecían bastante acaramelados —continuó papá—. Tu madre dijo que no

sacaría nada con contártelo, pero pensé que preferirías saberlo.

Tenía razón. Hasta cierto punto. La idea de que me engañaran no me hacía ninguna gracia. Y, en cualquier caso, ya lo sabía, ¿o no? Aunque tener una fuerte sospecha no era lo mismo que saberlo con certeza.

—¿Estás bien? —balbució papá.

Dije que sí, pero en realidad no tenía idea de cómo me sentía.

—¿Reconociste a la chica? —Mi ritmo cardíaco se disparó.

—No.

Dejé escapar un bufido. Por lo menos no era ninguna de mis amigas.

—Lo siento muchísimo, cariño —dijo papá con pesar. Maldito hijo de puta, pensé. Hacerme esto no solo a mí, sino también a mi pobre padre.

—No te preocupes, papá, probablemente sea su prima.

—¿Tú crees? —preguntó esperanzado.

—No —repuse—, Pero no importa, de verdad que no importa.

Aturdida, colgué. ¿Qué diantre significaba eso de que parecían «acaramelados»? ¿Qué estaban haciendo? ¿Besuqueándose en plena calle?

Levanté la vista y tropecé con un cuadro de miradas inmóviles. Hasta la cabeza de Desiree estaba compasivamente ladeada.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Emily.

Estaba demasiado conmocionada para disimular. La reacción de todos fue inmediata y solidaria. Lara me sirvió una copa, Emily me encendió un cigarrillo, Justin me apretó los puntos de compresión de las sienes, Troy me recomendó la respiración profunda y Desiree me dio un lametón.

—¿No os habíais separado ya? —preguntó Lara.

—Sí, pero...

—Lo sé. Sí, pero... —repitió, comprensiva—. Todos hemos pasado por eso.

El teléfono volvió a sonar y contestó Emily. Su cara era la viva imagen de la desgana.

—Tu madre.

Cogí el teléfono y me fui a mi habitación.

—¿Margaret?

—Hola, mamá. —Cerré la puerta tras de mí.

—Soy mamá.

—Lo sé. —Y también sé por qué llamas.

—¿Cómo te va? ¿Sigue haciendo sol?

—Sí. Y todavía no me he caído en la falla de San Andrés.

—Tengo algo que decirte y voy a decírtelo sin rodeos. No tiene sentido irse por las ramas cuando alguien tiene algo que decir. Es preferible decirlo...

—Mamá...

—Es sobre ese Paul con el que estabas casada —disparó —. Esta noche lo vimos en la ciudad. Iba caminando por Dame Street con una... una... una chica. Parecían bastante enamorados.

De modo que ahora era «enamorados». Como si «acaramelados» no fuera suficientemente malo. Trague saliva. El muy cabrón, pensé.

—Tu padre quería ocultártelo, pero yo sé que tú eres como yo, que tienes tu amor propio y prefieres conocer la verdad.

Puede, pero aun así estaba furiosa.

—Lo siento mucho. —Mamá parecía súbitamente afligida—. Siento no haberte entendido cuando dijiste que le habías dejado. Si hay algo que pueda hacer...

En ese momento recordé las dos ocasiones en que había sentido el impulso de telefonear a Garv. Me embargó una alegría demente por no haberlo hecho. ¿Te imaginas que ella hubiera estado allí? ¿Que ella hubiera contestado al teléfono? Me habría sentido terriblemente humillada.

—¿La reconociste?

—No.

Cuando salí del cuarto, Troy dijo:

—¿Tu madre? Las buenas noticias vuelan.

Emily me sujetó las manos para detener los temblores mientras sobre mí caía una lluvia de reconfortantes tópicos. Lo superaría. El dolor pasaría. Ahora era horrible, pero cada vez iría a menos.

El teléfono volvió a sonar. Nos miramos. ¿Quién podía ser ahora?

—Helen —anunció Emily, tendiéndome el auricular—. Su hermana —explicó a los demás.

Volví a encontrarme en mi habitación.

—¿Helen?

Percibí un titubeo impropio de ella.

—Quizá te preguntarás por qué te he llamado, y en cierto modo yo también. Ha ocurrido algo y mamá y papá dijeron que no debía contártelo bajo ningún concepto, pero creo que debes saberlo. Es sobre ese capullo con el que te casaste. Sé que otras veces me he inventado cosas sobre él, pero esta vez lo que voy a decirte es cierto.

—Adelante.

—Esta noche lo vimos en la ciudad. Estaba con una chica y caminaba pegado a ella como un sarampión.

—¿A qué te refieres? —Tenía curiosidad por saber qué habían estado haciendo.

—Él tenía la mano en la cintura de ella.

—¿Eso es todo?

—Bueno, en realidad un poco más abajo —confesó—. Digamos que la tenía en el culo. Se lo estaba estrujando y ella reía.

Cerré los ojos. Demasiada información. Pero quería saber más.

—¿Cómo es ella?

—Tiene la cara desfigurada.

—¿De veras?

—No, pero puedo arreglarlo.

—Por el amor de Dios, Helen, ella no tiene la culpa.

—Vale, entonces la de él. Puedo encargarme de que alguien le dé una buena paliza. Será mi regalo de cumpleaños. O podría cambiártelo por el bolso.

—No. Te lo ruego.

—Podríamos quemarle la casa.

—No, la mitad es mía.

—Tienes razón.

—Prométeme que no harás nada. Sobreviviré, te lo juro.

—Lo siento mucho —dijo Helen. Parecía sincera y me conmovió—. Al menos podrías dejar que me encargara de que le rompan las piernas—añadió,

A los pocos segundos de colgar, el teléfono sonó de nuevo. Anna.

—Otra hermana —oí decir a Emily a los oyentes mientras yo, por tercera vez en diez minutos, cerraba la puerta de la habitación tras de mí.

—Hola, Anna —dije rápidamente, deseosa de ahorrarme su compasión y embarazo. Ya había tenido suficiente—. Gracias por llamar, pero lo sé todo sobre Garv y su nueva novia.

—¿Qué?

—Lo sé todo sobre Garv y la chica. Mamá, papá y Helen me han llamado por separado para contármelo. ¿Por qué has tardado tanto?

—¿Garv tiene una NOVIA?

—Parecía atónita.

—¿No lo sabías?

—No.

—Oh. —Recordé que Anna nunca había sido el lince más rápido del monte—. Entonces, ¿por qué llamas?

Larga pausa y descenso de nuez audible.

—Me la he pegado con tu coche.

Otra larga pausa y suspiro audible.

—¿Mucho? —pregunté.

—¿Qué significa mucho?

—¿Has matado a alguien?

—No. Choqué contra un muro yo sola. El morro está un poco chafado, pero la parte trasera no tiene ni un rasguño.

Tardé un tiempo en digerir la noticia.

Debería haberme importado, pero no era así. Solo era un coche.

—Pero, Anna, ¿qué estabas haciendo?

—Pues... conducir—respondió, algo confusa.

Tras unos costosos segundos de silencio intercontinental, pregunté:

—¿Estás herida?

—Sí.

Me inquieté ligeramente.

—¿Tienes algo roto?

—Sí.

—¿Qué?

—El corazón.

Claro. Shane. Pero pese a lo mucho que quería a Anna, estaba demasiado mal para consolarla. Había llegado la hora de los tópicos. Por fortuna, tenía varios a mano.

—No desesperes, se te pasará —mentí—. Y en cuanto al coche, está asegurado. ¿Podrás encargarte?

—Sí, sí. Gracias, y lo siento, no volveré a hacerlo. Lo siento mucho.

—No te preocupes.

La seriedad de la situación exigía una mejor respuesta, pero solo alcance a decir:

—Anna, tienes veintiocho años.

—Lo sé —respondió ella con pesar—. Lo sé.

Capítulo 12

La noticia sobre Garv me había destrozado, no podía quitármelo de la cabeza. Y los demás no me dejaban llamarlo.

—Estando tan afectada, no —repuso firmemente Emily.

Yo quería respuestas. ¿Cómo había ocurrido? ¿Dónde nos habíamos equivocado?

—¿Sabías lo de esa otra chica? —preguntó Lara.

—Sí.

—Pero ¿confiabas en que la historia terminara y tú y Garv volvierais juntos? —se aventuró Troy.

—No. —Sinceramente no había pensando en un reencuentro, pero existía una gran diferencia entre sospechar que pasa algo y tener la certeza. Además, tener la certeza significaba estar destrozada, confusa, perdida.

Reconstruí mi última visita a la casa, cuando fui a recoger algunas cosas para Los Ángeles. No había observado indicios de una pasión devoradora, si bien había avisado a Garv de que iría, por lo que tuvo tiempo de limpiar las manchas de Häagen-Dazs de las sábanas.

—Fui yo quien lo dejé. —Mi fanfarronería no convenció, y aún menos cuando añadí—: En realidad fue un caso de disolución constructiva.

—¡Salgamos! —propuso Emily cuando me vio contemplar ansiosamente el teléfono.

Fuimos al cine. Todos menos Desiree, que se quedó en casa con cara de os-perdono-torturadores, ya-la-veré-cuando-salga-en-vídeo.

Parecía que en Santa Mónica hubiera cientos de cines, como ocurre con los pubs en Irlanda. Me senté entre Justin y Troy, que me acosaron con sus chucherías. Negué con la cabeza cuando Justin inclinó hacia mí un recipiente de palomitas del tamaño de un cubo de basura y aparté con una mano la cosecha de Twizzlers de Troy.

—¿No?b—susurró, incrédulo.

—No.

—Dame tu muñeca.

Extendí un brazo y até cuidadosamente una tira de regaliz roja.

—Para casos de emergencia —explicó, y sus dientes brillaron en la oscuridad del cine.

No existía la más mínima posibilidad de que me relajara y olvidara mis problemas durante la película. Y aún menos cuando resultó ser un *thriller* violento y sumamente complejo, con polis malos y villanos buenos traicionándose mutuamente. Estaba demasiado aturdida para mantenerme al tanto de los incontables cambios de lealtad. No como Troy, que estaba totalmente metido en la película: cuando alguien que había sido malo resultaba ser bueno exclamaba «¡Aja!», y me hacía saltar del asiento. A mi otro lado, la mano de Justin viajaba entre las palomitas y su boca con una regularidad que encontré profundamente relajante. Solo detuvo la pauta para susurrar, cuando un «tipo corriente» —y debo admitir que bastante rollizo— quedó atrapado en medio del tiroteo: «¡Ese tendría que haber sido yo!». Y cuando un malo convertido en bueno y luego en malo cercenó la oreja del perro de un bueno convertido en malo: «¡Vaya, me alegro de que Desiree no esté aquí para verlo!».

Al salir del cine, Troy preguntó:

—¿Os ha gustado?

—No pude seguirla —confesé.

—Ya —susurró con aire comprensivo—. La concentración por los suelos, ¿eh?

—No estoy segura de que sea solo eso —reconocí—. La verdad es que nunca logro seguir los giros de esta clase de películas.

Y siempre había tenido a Garv para que me la explicara al final, pensé, pero no lo dije.

Es curioso, pero lo que me pareció terrible y doloroso en ese momento no fue que hubiera perdido al compañero de mi vida, que Garv y yo nunca fuéramos a tener un hijo, sino que iba a tener que pasarme el resto de mis días sin comprender los *thrillers.*

Eso, y no pillarle el tranquillo a los cambios de moneda: Garv era una calculadora humana. «Tres de estas hacen una libra», me explicaba, entregándome un puñado de divisas extranjeras al comienzo de las vacaciones.

«Entonces, para saber cuánto cuesta algo, multiplico su precio por tres.»

«No, lo divides por tres», respondía él pacientemente.

Así que además de no entender los *thrillers,* lo único que podía esperar de la vida era un futuro estafada por tenderos sin escrúpulos.

—Tienes que hablar de ello —insistió Emily una vez en casa, cuando todos se hubieron marchado—. Sé que no quieres, pero te ayudará, te lo juro. —Ahora que las cosas le iban bien, disponía de energía para concentrarse en mí y mi tragedia.

—Vosotros los californianos —repuse con desdén— os lo contáis todo. Como si eso ayudara.

—Es mejor que ponerle una tapadera e intentar enterrarlo. —Emily me conocía demasiado bien.

—¿Qué bien me hará hablar? —pregunté con impotencia—. Quizá nunca debí casarme con él.

—Quizá.

Emily me lo había dicho entonces. Cuando me prometí con Garv, en lugar de aullar de alegría y pedirme que le enseñara el anillo, dijo con voz grave:

—Me temo que al casarte con Garv estás yendo a lo seguro.

—¡Creía que te gustaba! —grité, sintiéndome ofendida.

—Y me encanta. Oye, solo quiero que estés segura de lo que haces. Piénsatelo.

Pero no lo pensé porque creía que sabía lo que quería. A veces, al mirar atrás, me había preguntado si Emily estaba en lo cierto. Tal vez había ido a lo seguro. Pero no todo fue malo...

—Durante unos años fuimos muy felices. —Notaba que la voz me temblaba.

—Entonces, ¿qué ocurrió?

Permanecí en silencio demasiado tiempo.

—Empieza desde el principio y cuéntamelo todo. Ya verás como eso te ayudará a comprender. Empieza por los conejos. Venga, nunca me has contado la historia completa.

No quería hablar de eso. Y aún menos de los conejos. Porque es imposible contar la historia de los conejos sin que la gente se ría y no estaba en condiciones de burlarme de los motivos por los que mi matrimonio había naufragado.

Todo había comenzado, inocentemente, con unas zapatillas. El caso es que alguien me regaló por Navidad unas zapatillas que semejaban dos conejos negros y peludos. Me encantaban. No solo mantenían mis pies calientes, sino que eran una monada sin pertenecer a la vergonzosa categoría de muñecos de peluche. En caso de duda, podía declarar que tenían su función y que yo no era una de esas mujeres que abarrotaban el antepecho de las ventanas del dormitorio con un ejército de delfines esponjosos, asnos de colores pastel y gallinas mullidas que, con sus ojos de botón, miraban despectivamente a las visitas. Oh, no. Yo tenía unas zapatillas, eso es todo.

Creo que Garv estaba leyendo entonces *Anna Karenina,* porque cuando asignó una personalidad a los conejos, ambas fueron rusas. Valya y Vladimir. Yo no conseguía distinguirlos, pero Garv aseguraba que Vladimir poseía una oreja rara y que la nariz de Valya tenía forma de onza de Toblerone (nunca sabré por qué no dijo triangular).

Valya tenía algo de mujer fatal y solía decir cosas como: «He tenido *mushos* amantes». A veces me aconsejaba qué ponerme. Vladimir, que hablaba de forma casi idéntica, era un miembro del partido comunista que había perdido sus privilegios. Era un pesimista, aunque Valya también. Garv empezó a hablar a través de las zapatillas. Introducía las manos, las contoneaba y decía:

—Me voy al supergmergeado del este. Harré cola *mushos, mushos* días. ¿Qué quierres que te traiga?

—¿Con quién estoy hablando? ¿Valya o Vladimir?

—Con Valya. Vladimir es el de la oreja rara y...

—La nariz de Valya parece una onza de Toblerone, lo sé. Necesitamos pizzas, pasta de dientes, queso...

—*¿Voska?* —sugirió Valya, esperanzada. Valya tenía un pequeño problema. Al igual que, casualmente, Vladimir.

—Nada de *voska,* pero podrías traer un par de botellas de vino.

—¿Caviar del mar Negro?

—No.

—¿Pan negro?

—Ahora que lo dices, no nos iría mal una barra de pan.

—Te ayudo *musho,* —Valya estaba orgullosa de sí misma.

No me importaba. Para ser sincera, me hacía gracia. Hasta cierto punto. Pero quizá nunca debí consentírselo, porque de ahí a los conejos de verdad solo hubo un paso.

Con toda la brevedad posible, conté a Emily lo de las zapatillas. Luego, sin hacer caso de sus protestas porque la historia solo acababa de empezar, le rogué que me dejara acostarme alegando que, de tanto rascarme el brazo, me había hecho sangre.

Capítulo 13

Me despertó el teléfono. Ya me había levantado y había entrado en la sala para cuando me percate de ello. Como consecuencia de las llamadas del día anterior tenía los nervios de punta. Estaba esperando que mi maestra de primer grado o el presidente de Irlanda me llamaran para hablarme de Garv y la chica.

—¿Diga? —pregunté con suspicacia.

Una voz dulce y chillona anunció:

—Llamo de la oficina de Mort Russell para Emily O'Keeffe.

—Un momento por favor —dije, imitando el tono eficiente de la chica.

Emily estaba en el cuarto de baño y cuando llamé a la puerta, vociferó:

—¡Oh, no, tendré que llamarles más tarde! Me estoy depilando las piernas y me hallo en un momento crítico.

Cuando regresé al teléfono, algo en mi interior me dijo que no debía compartir esa información con la oficina de Mort Russell.

—Me temo que ahora mismo no está en su mesa. ¿Puedo ayudarle?

¿Podría Emily llamar a Mort?, preguntó la chica de voz dulce y chillona.

Anoté el número.

—Gracias —dije.

—Gracias a usted —respondió ella, toda risueña.

No como yo. Me había despertado a las tres y veinte de la madrugada con el corazón acelerado por la necesidad irresistible de llamar a Garv. Había entrado de puntillas en la sala y, en medio de la oscuridad, marcado nuestro número de teléfono. Solo quería HABLAR con él. De qué, no estaba segura. Pero había habido un tiempo en que Garv se había comportado como si me amara más de lo que

cualquier otra persona había amado jamás a otra. Creo que necesitaba saber que, aunque amara a esa nueva mujer, no la amaba tanto como me había amado a mí.

Tras un clic y un bufido de electricidad estática, el teléfono empezó a sonar en otro continente y, presa de agitación, mordisqueé el regaliz atado a mi muñeca. No hubo respuesta. Había hecho mal mis cálculos. Irlanda iba ocho horas por delante, de modo que Garv estaba trabajando. Mi desespero había amainado para cuando marqué de nuevo y pasaron la llamada a su despacho, así que cuando comprendí que no estaba y lo único que podía hacer era dejar un mensaje en su buzón de voz, oí: «Deje un mensaje después de la señal».

Decidí no hacerlo. Regresé a la cama, me terminé el regaliz y lamenté no tener cien tiras más. Había pasado por otros momentos malos en mi vida, pero no creía haberme sentido antes tan desdichada. ¿Se me pasaría algún día? ¿Volvería a sentirme normal?

Lo dudaba seriamente aun cuando había visto a otras personas recuperarse de sucesos horribles. Ahí estaba, por ejemplo, Claire, con un marido que la abandonó el mismo día, el mismísimo día que dio a luz a su primer hijo. Y había remontado. Otras personas se casaban, se divorciaban, se recuperaban, volvían a casarse y hablaban de ello. «Mi primer marido», decían con un tono relajado, como si no hubieran sentido ni un ápice de dolor al pasar del antes —cuando él era alguien importante— al después, cuando él ya solo pertenecía al pasado. La gente se adaptaba y salía adelante. Pero yo, hecha un ovillo en la oscuridad, tenía pánico a no conseguirlo, a quedarme estancada mientras envejecía y me hacía cada vez más rara. Dejaría de teñirme el pelo y terminaría por regresar a casa para cuidar de mis ancianos padres, hasta que yo misma fuera una vieja. Nadie de nuestra calle nos hablaría, y cuando los niños llamaran a la puerta el día de Halloween, fingiríamos ver que no estábamos o echaríamos cubos de agua fría desde la

ventana sobre sus máscaras y disfraces. Nuestro coche tendría veinte años y estaría en perfecto estado, y los tres llevaríamos sombrero al salir de paseo con él, ocasiones en que papá insistiría en ponerse al volante pese a haberse encogido tanto que los demás automovilistas solo alcanzarían a ver la punta de su sombrero. La gente hablaría de mí: «Estuvo casada una vez. Era bastante normal, dicen. Cuesta creerlo».

El teléfono sonó de nuevo y me devolvió al presente. Esta vez era el agente de Emily. Bueno, no exactamente David Crowe, sino alguna doncella que trabajaba para él y quería concertar una cita para almorzar.

Finalmente Emily salió del cuarto de baño.

—No me he dejado ni un pelo. ¿Dónde está el número?

Le entregué el trozo de papel y lo besó.

—¿Sabes cuánta gente MATARÍA por tener el teléfono directo de Mort Russell?

Hizo la llamada, la pasaron al instante, rió y declaró:

—Gracias, a mí también me encanta su trabajo.

Colgó y exclamó:

—Adivina qué.

—¿Le encanta tu guión?

—Sí. —Entonces reparó en mí—. Oh, cariño —se lamentó.

—También llamaron de la oficina de David Crowe. ¿Puedes comer con él en el Club House a la una?

—¿El Club House? —Emily me agarró como si hubiera ocurrido una tragedia—. ¿Él dijo el Club House?

—Más bien fue ella, pero sí. ¿Qué problema hay?

—¡Te diré qué problema hay! —exclamó mientras se alejaba y volvía con un libro. Pasó unas páginas y leyó—: «Club House. Restaurante predilecto de los hombres más poderosos de Hollywood, donde almuerzan y cierran tratos. Buenos filetes y ensaladas...». Eso no importa... Pero has oído lo que he dicho: «Restaurante predilecto de los hombres más poderosos». ¡Y yo voy a comer allí!

Luego se echó a llorar como había hecho cuando se enteró de que Hothouse quería que presentara su guión. Cuando la tormenta de lágrimas pasó, me sorprendió con una pregunta.

—¿Te gustaría venir?

—No puedo. Es una comida de trabajo.

—¿Y qué? ¿Te gustaría venir?

—Hombre, sí. Pero ¿lo aceptará tu agente?

—¡Claro! Este es el período de luna de miel, cuando no pueden negarme nada, y tengo que sacarle partido. La última vez no lo hice porque estaba demasiado verde. Te haremos pasar por mi ayudante.

—¿No le parecerá extraño que no sepa prácticamente nada de Hollywood?

—Pues no hagas preguntas. Limítate a reír y a asentir con la cabeza. Ven, por favor.

—Vale.

Una rápida llamada y asunto resuelto.

El tiempo había cambiado. En lugar de un cielo azul, el sol brillaba a través de una gruesa capa de nubes con una luz de color mostaza. En comparación, mis primeros cinco días en Los Ángeles me parecieron deliciosos. No solo el tiempo había sido benigno, sino también mi estado de ánimo. Durante esos primeros días había pensado que era infeliz, pero ahora estaba mucho peor. Y para colmo de males, ya no podía culpar de mis miedos y mi sensación de alienación al *jet lag.* Esos sentimientos eran míos y solo míos.

Recorrimos en coche el Santa Mónica Boulevard en dirección a Beverly Hills y el mugriento cielo fue empeorando a medida que la costa quedaba atrás. El *smog* comprendí casi emocionada. Icono de Los Ángeles como las palmeras y la cirugía plástica.

—¿Está casado? —pregunté—. Me refiero a David Crowe.

Emily guardó silencio y, al rato, dijo:

—Por favor, deja de machacarte.

El Club House era un local ruidoso y concurrido donde predominaban cuartetos de hombres que —paradójicamente— comían ensaladas y bebían Evian. Nos condujeron entre el gentío masculino hasta nuestra mesa. David Crowe aún no había llegado.

De repente sentí el deseo imperioso de tomar una copa de vino, pero cuando le pregunté a Emily si podía, meneó la cabeza con pesar.

—Lo siento, Maggie, pero se supone que eres mi ayudante. Aunque Dios sabe que no me irían mal unas cuantas copas. Y veinte extrafuertes sin filtro. —Tabaleó en la mesa con las uñas hasta que, atacada por los nervios, le agarré las manos. Emily me miró sorprendida.

—Todo irá bien—le dije, fingiendo que le sostenía las manos para tranquilizarla.

—Gracias —contestó, soltándose y obsequiando a la mesa con otro tabaleo—. Por ahí viene David, gracias a Dios.

Y que lo digas, gracias a Dios.

Señaló a un hombre joven de aspecto saludable, afable y seguro de sí mismo. Eso significaba que probablemente era un neurótico que jamás había tenido una relación importante y que pasaba cinco horas a la semana en terapia. Según me han contado, el estilo de vida hollywoodiense.

Nos saludó alzando una mano y esbozó una amplia, amplísima sonrisa. Apenas se hallaba a tres metros de nosotras, pero tardó diez minutos en salvar esa distancia, tan ocupado estaba deteniéndose en las mesas, estrechando manos, exclamando con deleite y, en general, siendo afable.

Finalmente llegó, sostuvo mi mano entre las suyas y me miró fijamente a los ojos.

—Me alegro tanto de conocerte, Maggie.

Volviéndose hacia Emily, preguntó:

—¿Y cómo está mi chica preferida?

Sin dejar de sonreír, tomó asiento y, para alardear de lo mucho que frecuentaba el Club House, hizo caso omiso a la carta.

—Ensalada Cobb sin aguacate y con la salsa aparte —pidió diligentemente al camarero. Luego se puso a cuchichear sobre los demás comensales. Parecía un guía turístico.

—Como ya sabes, la jerarquía del poder en esta ciudad se desmorona cada lunes por la mañana —me contó.

—De acuerdo con las recaudaciones de los estrenos obtenidas el fin de semana —añadió Emily,

—¡Exacto! ¿Ves a ese tipo de allí, el de los tirantes? Elmore Shinto. Desde esta mañana su carrera está acabada. Productor ejecutivo de *Moonstone,* un proyecto de noventa millones de dólares. En la calle corre el rumor de que es un bodrio. Rodaron el final cuatro veces. Se estrenó este fin de semana y cayó en picado. Supondrá un fuerte golpe para el estudio.

Le miré largamente, intrigada por ese hombre que aparecía en público con tirantes. Por la forma en que hablaba y reía, no parecía un hombre cuya carrera hubiera terminado.

—Así funcionan las cosas aquí —observó Emily—. Siempre ocultando el mal tiempo con buena cara. Hasta que te encuentran meciéndote en una esquina, enloquecido por la coca, y te envían a la granja —añadió con una carcajada—. Una vez allí ya no tienes nada que esconder.

—Eh, sí —convino David, y reanudó su cotilleo cinematográfico—. Salvó al estudio de la adquisición... trajo al productor original... acuerdo de tres películas... guión

sacado de la pila de residuos... diez años para obtener luz verde...

Los comentarios continuaron a lo largo de la rauda comida. Nada de primero y, por supuesto, tampoco de postre. Desde mi llegada a Los Ángeles todavía mi me habían ofrecido algo que no fuera café después de la comida. Sospechaba que si me hubiera empeñado en un trozo de pastel habrían tenido que sacar de la cama al chef pastelero.

Durante el almuerzo, David y Emily hablaron brevemente de tácticas para la presentación del guión, pero fue mientras salíamos del restaurante cuando se llevó a cabo el verdadero trabajo. David se detuvo en diferentes mesas y presentó a Emily a magnates de

manos carnosas.

—Emily O'Keeffe, una escritora de gran talento. Presentará el miércoles su nueva película, *Dinero plástico,* para Hothouse.

¡El que no corre vuela!

Yo revoloteaba en segundo término, sonriendo con nerviosismo. Emily recibía reacciones variadas. Algunos hombres se mostraban claramente disgustados por ver interrumpida su ensalada Cobb y su agua Evian, mientras que otros parecían sinceramente interesados. No obstante, hasta con los más groseros David consiguió —y desde luego, también Emily— mantenerse firme y sonriente, como si fueran las estrellas más rutilantes de la ciudad. Había algo emocionante en el rumor que David estaba avivando delante de nuestros propios ojos.

Cuando finalmente alcanzamos la salida, David susurró:

—El último tipo, Larry Savage, pasó del guión, pero apuesto a que llama.

—Detestan la sensación de estar perdiéndose algo —dije, aparentando que sabía de lo que hablaba.

—También detestan la posibilidad de que sus respectivos estudios les den la patada en el culo cuando

Hothouse convierta la película en un bombazo.

En ese momento me oí exclamar:

—¡Dios mío!

—¿Qué? —preguntó Emily.

—Es Shay Delaney.

—¿Dónde?

—Allí. —Señalé al hombre del pelo rubio oscuro sentado a una mesa con otros tres.

—Ese no es Shay Delaney.

—¡Sí lo es! Ah, no, tienes razón, no lo es. —El hombre acababa de volver la cara y pude verle el perfil.

—Pero se parece mucho —me defendí—. Su nuca es idéntica a la de Shay.

Capítulo 14

Esa tarde hubo otras dos llamadas de la chica dulce de voz chillona de la oficina de Mort Russell. La primera vez llamó para saber si Emily tenía requisitos concretos para la presentación del miércoles.

—¿Cómo qué? —pregunté.

—Equipo audiovisual, té sin cafeína, una silla especial.

—Me temo que Emily se encuentra ahora mismo reunida. —Estaba con su preparador girotónico, o lo que fuera. Todo el mundo en Los Ángeles parecía tener un desfile constante de citas con contables, dietistas, peluqueros, preparadores de extrañas disciplinas y, en lugar preferente, psicólogos—. Le diré que la llame.

Luego la chica telefoneó para dar complicadas instrucciones sobre el aparcamiento del miércoles. Entre otras cosas, necesitaba el número de matrícula y el modelo del coche de Emily.

—Hablaba como si fuera el acontecimiento del año —comenté a Emily a su regreso.

—Porque en los estudios de cine las plazas de aparcamiento son como la sinceridad.

—¿Qué?

—Muy, muy escasas. ¿Llamó alguien más?

—Mis padres. Dicen que están preocupados por mí.

—No son los únicos.

—Estoy bien —aseguré. Al menos los accesos de pánico a medianoche habían remitido—. Telefonee a Donna y a Sinead. —Una vez que había tenido la certeza de que ninguna de las dos era la chica de Garv, me apeteció hablar con ellas. Ambas se alegraron mucho de oírme y ninguna sabía nada del lío de Garv. Fue un alivio. Eso significaba que no todo Dublín estaba hablando del asunto.

—¿Qué piensas ponerte esta noche para la fiesta de Dan González?—preguntó Emily.

—No lo sé. —Me alegraba de que saliéramos. Necesitaba estar constantemente activa para permanecer un paso por delante de mí misma y mis pensamientos. Pero tenía que preguntarle algo.

—¿Estará Shay Delaney?

Una pausa.

—Puede, si se encuentra en la ciudad. —Otra pausa—. ¿Te importaría que estuviera?

—¿Qué? No, claro.

—Ya.

—¿Conoces a su esposa?

—No. Creo que nunca le acompaña. Supongo que con tres hijos le es imposible.

—¿Sabes si... si Shay le es fiel?

—Lo ignoro —contestó Emily—. Ni lo veo ni lo conozco tanto como para saberlo. ¿Qué preferirías, que fuera fiel o infiel?

—No lo sé. Ni una cosa ni otra.

Emily asintió ante mi falta de lógica.

—Oye —dijo pausadamente—, llevas mucho tiempo dejándole vivir en tu cabeza sin pagar alquiler. —Calló y luego agregó—: Lo siento, olvida que he abierto la boca. Supongo que sabes mejor que yo por lo que pasaste. Lo siento —repitió.

—No importa.

Fue a vestirse y zanjamos el tema.

Media hora más tarde, apareció luciendo unos tejanos de piel de leopardo rosa y negra, tacones de aguja y una especie de jubón. Pero no solo era la ropa: había brazaletes, pasadores, maquillaje rutilante...

—¿Cómo lo consigues? —pregunté, arrugando la frente.

—Tú también estás fantástica.

Aunque había hecho lo posible, lo cierto es que me había traído poca ropa deslumbrante (básicamente porque no tenía) y con mi vestido de «fiesta» negro me sentía como una plañidera al lado del exótico plumaje de Emily.

—Si no fuera un desastre —me reprendí—, te pediría prestado algo de ropa. Anda, rízame las pestañas con tu rizador mágico, ¿quieres?

Emily hizo algo más que eso. Me maquilló hasta dejarme casi tan rutilante como ella y me prestó algunos pasadores y brazaletes.

Luego nos marchamos.

La fiesta, celebrada en una mansión de estilo español de Bel Air, era una de esas fiestas llenas de glamour y organización. Verjas electrónicas flanqueadas; por tipos fornidos comprobando tu identidad, diez mexicanos para aparcarte el coche y lucecitas de colores brillando en los árboles. Dentro de la casa, gente guapa y habladora circulaba por las espaciosas estancias, y enormes jarrones rebosaban de copiosos centros de azucenas. La luz se reflejaba en las bandejas de champán y —qué decepción, pensé— en las de agua mineral. Tratándose de una fiesta de Hollywood, había confiado en encontrar drogas, prostitutas y mucho jolgorio. Seguro que aquella princesa de ébano buscaba el tocador de señoras para esnifarse un gramo de coca. Y esa chica de aspecto latino, alarmantemente joven, tenía que ser una prostituta.

Emily fue a saludar a Dan González, el anfitrión, y yo me quedé bebiendo champán y buscando con ojos de lince indicios de perversión.

—¡Hola! —Un hombre más bien fornido y joven, que lucía una camisa con cuello de alerones, se me acercó—. Gary Fresher, productor ejecutivo.

—Maggie Gar... Walsh. —¡Que simpáticos eran aquí!

—¿Y a qué te dedicas, Maggie?

—Ahora mismo me estoy dando una tregua.

Y de pronto, con una rapidez que apenas pude absorber, el hombre declaró con sequedad:

—Ha sido un placer conocerte. —Se volvió y desapareció.

¿Qué? Debí tener un trabajo. No le interesaba hablar conmigo porque no podía ayudarle. El descubrimiento me dejó atónita y deprimida.

La fiesta era peor que una convención de sistemas de comunicación. Solo faltaba que la gente empezara a intercambiar tarjetas. Eh, un momento, ya lo estaban haciendo, y Emily O'Keeffe la primera. Allí estaba, en medio del cotarro, radiante, segura, dando palique...

No veía a Shay Delaney por ningún lado. Seguramente no estaba en la ciudad.

—¡Hola! Soy León Franchetti.

Un hombre increíblemente atractivo se había materializado ante mis ojos con una mano extendida.

—Maggie Walsh.

—¿Y a que te dedicas, Maggie?

—Soy estilista de perros. —El primer trabajo que me vino a la cabeza—. ¿Y tú?

—Actor.

Lo admito, me impresionó. No tanto como me habría impresionado si mis sentimientos fueran normales, pero...

—Qué bien.

—Sí. Las cosas no me van nada mal.

Me tenía fascinada su sonrisa de galán de moda. Me disponía a preguntarle qué películas había hecho, pero se me adelantó.

—Acabo de terminar un piloto para la ABC que se emitirá en otoño, mi personaje es sencillamente fantástico, con muchas posibilidades de crecer, podría dar mucho de mí...

—Excel...

—Antes de eso salí en *Magnífico bribón.* —Otra sonrisa hipnotizadora.

—¿De veras? —La había visto, pero no le recordaba.

—No tenía un gran papel, pero la gente se fijó en mí. ¡Vaya si se fijó! —Esbozó otra sonrisa de diablo atractivo. Curiosamente, esta no me afectó tanto como las otras—.

También hice de Benjamín en el anuncio de la Casa de las Tartas. «¿Dónde puedo comprar mi tarta?» —Desplazó el labio inferior hacia delante para poner cara de desolación y, con una sonrisa, exclamó—: «¡En la Casa de las Tartas, atontaaaado!». —Era el eslogan de un anuncio ridículo—. No se emitió en California, pero fue todo un éxito en el Medio Oeste. Hasta los políticos lo imitaban. «¿Dónde se imagina dentro de diez años? ¡En la Casa de las Tartas, atontaaado!»

Fue entonces cuando me di cuenta de lo superflua que yo era para la conversación. Emily me rescató, pero poco después me abordó otro currículo andante que me contó con pelos y señales toda su carrera artística. Me hizo una pregunta y solo una: ¿Trabajas en el «mundillo»? Cuando hubo terminado conmigo, me quedé sola contemplando la sala. Todo el brillo había desaparecido y la gente desplazándose, sonriendo y hablando parecían tiburones en una piscina. Emily tenía razón: era imposible encontrar amor en esta ciudad. Todos estaban demasiado metidos en su trabajo. En mi interior se abrió un vacío. No había nada que consiguiera desviar mi mente de Garv. La depresión empezó a rondarme...

En ese momento mi corazón dio un brinco de alegría, pues había vislumbrado al otro lado de la sala a un viejo amigo: Troy, con su rostro alargado y de boca implacable. Vale, solo le conocía desde el viernes, pero comparado con el montón de egocéntricos sin sentido del humor que me rodeaba, era uno de los mejores amigos que había tenido en mi vida. Me abrí paso presurosamente hasta él.

—¡Hola! —exclamó, tan contento de verme como yo de verle a él—. ¿Lo estás pasando bien?

—No.

Me cogió de la muñeca.

—Oh, oh. ¿Hubo una emergencia?

Asentí con la cabeza.

—Le llamé y no estaba. Gracias por la tira de regaliz.

—Twizzler —me corrigió—. ¿Te ayudó?

—Desde luego. Podría haberme comido otras veinte.

—Los budistas dicen que nada permanece. Es un consuelo, pero no tan refinado como el azúcar. ¿Entonces no lo estás pasando bien?

—No —contesté enérgicamente—. He tenido que soportar un monólogo.

—El trabajo de actor es una profesión salvaje —me explicó Troy en un susurro—. Cada día te están diciendo que tu voz no es buena, que tu aspecto ya no es el mismo. Te atacan tanto el ego que la única forma de sobrevivir consiste en superdesarrollarlo.

—Comprendo. —Por el momento me calmé, hasta que recordé otra herida—. Espera a oír lo que me pasó nada más llegar. —Le relaté la historia del hombre que se marchó cuando le dije que no tenía trabajo—. Donde yo vivo —dije despectivamente—, la gente no se interesa por ti solo por lo que haces.

—No, se interesa por tu aspecto —replicó Troy con acritud.

Hice una pausa.

—Vale —admití—. No he visto a nadie esnifar cocaína. ¿A esto lo llaman una fiesta de Hollywood? Y dime, ¿crees que esa de ahí podría ser prostituta?

Señalé a la jovencísima latina.

—Es la hija de Dan González.

Noté la desilusión reflejada en mi cara. Troy rió suavemente.

—No encontrarás drogas ni perversión en esta clase de fiestas. La gente está aquí para trabajar. Pero si quieres —prosiguió—, alguna noche podría enseñarte otra cara de Los Ángeles.

—Gracias —dije, irritada por la ola de calor que subió por mi cuello y estalló en mi cara.

Mientras Emily y yo regresábamos a casa, me hipnotizó el tráfico de la autopista, cinco carriles de coches avanzando a la misma velocidad, con la misma distancia entre cada vehículo.

Las rampas nutrían el cuerpo principal de nuevos coches que ocupaban su lugar con una gracia bailarina, sin perder un solo compás. Otros coches se despegaban suavemente y ascendían por las rampas hasta desaparecer. Todo era movimiento y gracia. Muy bello.

¿Qué demonios me pasaba? Encontrar bello el tráfico. Encontrar bellos a los hombres narigudos con cara de granito.

Estaba hecha un lío. Hacía mucho, demasiado tiempo que no encontraba atractivo a nadie salvo a Garv. Y no pude evitar preocuparme por mi elección.

Capítulo 15

Había estallado una pequeña crisis. David Crowe no podía asistir a la presentación.

—Le ha surgido algo —se lamentó amargamente Emily —. Alguien, quiero decir. Alguien más importante que yo.

La «gente» de Mort Russell deseaba, no obstante, que la reunión se celebrara de todos modos.

—David dijo que debía llevar conmigo a mi ayudante.

—¿Qué ayudante?

—¡Tú!

—¿Yo?

—En esta ciudad nadie regala nada —se lamentó Emily —. Estarás pagando la ensalada del Club House el resto de tus días.

—Emily, yo no podré ayudarte, no sé nada de presentar guiones.

—Ni falta que te hace. Solo tienes que permanecer a mi lado y reírte de los trozos divertidos. Podrías llevar una carpeta.

—Pero... pero ¿qué voy a ponerme? No he traído ningún traje. Tendré que comprarme algo.

—El boulevard de la Tercera está a cinco minutos de aquí en coche. ¡Venga!

Acepté obedientemente —como si ir de compras fuera para mí un suplicio— y pasé un par de horas recorriendo tiendas corrientes donde las dependientas, a diferencia de las brujas arrogantes de Rodeo Drive, actuaban como si se alegraran de verme. Pero, como bien sabemos todos, la primera ley del consumo dice que cuando buscas urgentemente algo, las probabilidades de encontrarlo son nulas. Los pocos trajes que tenían ejercían en mí el curioso efecto de darme aspecto de carcelera. Elegí con desgana un par de polizones: una falda tejana con bordados y una camiseta blanca.

Luego entre en Bloomingdale. Sé que es de burgueses, pero me encantan los grandes almacenes, mucho más que esas boutiques pusilánimes donde tienes que llamar al timbre para entrar y donde solo tienen once prendas, que puedes ver y descartar en 2,7 segundos pero a las que dedicas quince minutos de «Mmmm, muy bonito» para no parecerle grosera a la dependienta, que nunca está a menos de veinticinco centímetros de ti, explicando que la seda ha sido hilada a mano en Nepal y teñida con tintes naturales, etc.

Lo que me gusta de los grandes almacenes es que siguen el principio de la libre circulación. Exceptuando a la mujer que aparece de vez en cuando para rociarte de perfume, nadie te molesta. Y eso tiene su efecto, porque en cuestión de segundos había sacado el billetero y dado la bienvenida a bordo a otro polizón: un gel facial que me prometía una tez radiante. A renglón seguido, presa de un breve momento de locura, estuve a punto de comprar a Garv —deslumbrada por el obsequio— un producto de Clinique para hombres, pero recordé justo a tiempo que le odiaba.

Lo importante, con todo, es que en el departamento de trajes no tuve mejor suerte. El resto de mis compras me hicieron sentir bien durante cuarenta segundos, y para cuando llegué a casa me devoraban el remordimiento —no debía comprar nada mientras no tuviera trabajo— y el pánico. Emily estaba algo alterada. Con voz temblorosa, le solté la noticia de que no había traje. Ella respondió con respiraciones cortas, como si se preparara para una hiperventilación, así que me apresuré a preguntarle:

—¿No podría prestármelo alguien?

—¿Quién? ¿Charles Manson? ¿El conejito de Pascua? —Me agarró violentamente, pero enseguida recuperó la calma—, Veamos, tienes más o menos la misma talla que Lara, salvo en la zona del pecho.

—¿Es cierto que se agrandó las tetas?

—Lara era actriz —contestó Emily, como si eso lo explicara todo—. ¿Podrías llamarla y pedirle prestado un traje?

—Bueno. De todos modos tengo que verla más tarde. Va a llevarme a que me corten el pelo, ¿recuerdas?

—¿De veras? —Emily me miró, sorprendida—. ¿Cuándo lo decidisteis?

Traté de hacer memoria. Fue una mañana. Una mañana soleada. Pero no sirvió de mucho. Aquí todas las mañanas eran soleadas.

A las seis en punto Lara se me llevó en su camioneta plateada al salón de Dino.

—Muy bien, cariño, vamos a dejarte aún más guapa de lo que eres.

Zumbando por Santa Mónica Boulevard, pregunté —qué osadía, me dije— a Lara:

—¿Cómo te fue ayer con tu cita?

—Bien —respondió muy animada—. Es decididamente demasiado pronto para saber qué ocurrirá, pero es una chica simpática y lo pasamos muy bien. Dijo que me llamaría. ¡Más le vale!

Estacionó la camioneta en un espacio donde habrían cabido tres coches normales y me hizo pasar a un salón blanco de estilo griego. Muchos jarrones, mucha hiedra y muchas columnas.

—¡Dino! —exclamó.

Dino era una mole de músculos con enormes patillas y ropa ajustada.

—¡La hermosa señorita Lara!

Lara me empujó hacia él y dijo:

—Esta es Maggie. ¿No tiene una cara SÚPER?

—¡Sí! —respondió Dino con vivo interés, y deslizó una mano paralelamente a mi cara para transmitir que yo tenía un enorme potencial. Me sentí esperanzada. Iban a

cambiarme para mejor—. Todavía no sabes la noticia —dijo a Lara, con tal expectación que pensé que, como mínimo, le había tocado la lotería.

Al parecer se había comprado un limpiador lingual.

—No sé cómo he podido vivir sin él hasta ahora. Mi aliento es de lo más FRESCO. —Le lanzó un profundo «¡Aaaaj!» a la cara para demostrarlo.

—Muy fresco —convino Lara.

—Tienes que comprarte uno, te cambiará la vida —le prometió, y se volvió hacia mí—. Siéntate aquí, en mi sillón especial. Tiene mejor luz. —Una vez instalada, Dino frunció el entrecejo y procedió a despeinarme, alzar las puntas hasta el mentón, ponerme la raya en medio, retirarme el flequillo de la cara...

Lara observaba las variaciones en el espejo.

—Tiene una mandíbula sencillamente genial —declaró Dino con frialdad profesional.

—¡Súper!

No es cierto. Tengo una mandíbula de lo más mediocre. Yo lo sé.

—Mira qué ojos —ordenó Dino.

Los miré. Eran solo mis ojos, nada del otro mundo. Pero tenían un color alucinante, o por lo menos eso dijo Lara. Por los piropos que me echaban, cualquiera habría jurado que yo era un bombón.

—Creo que vamos a cortar bastante —anunció Diño—. La forma de tu cabeza lo aceptará. —Abrí la boca para protestar, pero enseguida comprendí que no era necesario.

El problema era Garv, ¿comprendes?

Pese a la opinión general, Garv era un hombre muy tolerante, por lo menos en la mayoría de las cosas. Así y todo, había ciertos asuntos a los que simplemente no estaba dispuesto a ceder:

1. No quería oír hablar de mantas eléctricas. Prefería morir de frío. Decía que si pasabas demasiado tiempo

debajo de una manta eléctrica, acababas —y cito textualmente— «saltando como una tostada».

2. Detestaba que me cortara el pelo. Las visitas a la peluquería eran un calvario porque, incluso en las ocasiones en que solo me lavaban y marcaban, Garv me examinaba la cabeza al llegar a casa y juraba que me habían cortado diez centímetros. Y conseguir un ligero recorte era una pesadilla, por mucho que le hablara de las puntas abiertas y de lo malo que era eso. Aunque su obsesión por el pelo largo me irritaba, se lo aceptaba porque cuando perdí tono muscular ya que no encontraba tiempo para ir al gimnasio, no se quejó ni una sola vez.

Mientras Dino dibujaba formas en torno a mi rostro, caí en la cuenta de que podía hacer con mi pelo lo que me apeteciera. Si quería, podía afeitarme la cabeza.

—No cortes mucho.

—Tu cara lo aceptará.

—Pero mi pelo no. Se riza como un poseso si mide menos de ocho centímetros. Parezco una coliflor.

Si algo me horrorizaba era el halo de rizos del corte que llamaban Mamá Irlandesa.

—Te comprendo —aseguró Dino mientras, casi piafando, abría y cerraba unas enormes tijeras.

—Primero tienes que lavarlo —murmuró Lara.

—Lo sé.

A medida que los coágulos de pelo oscuro y mojado caían sobre las blancas baldosas, mi cabeza se fue haciendo más ligera. Me sentía rara. Llevaba diez años sin hacerme otra cosa que saneamiento de puntas.

De tanto en tanto, cuando olvidaba lo mucho que mi vida había cambiado, se apoderaba de mí la angustia. Garv iba a matarme. Entonces recordaba que no. No podía.

—¿Cómo fue tu cita con la bailarina? —preguntó Dino a Lara—. Quiero la versión sin censuras.

Mientras mi viejo yo caía en pedazos, ellos se pusieron a parlotear. Luego me secaron el pelo con la cabeza boca

abajo y, finalmente, me volvieron hacia el espejo y tropecé con una versión más vivaz, más moderna de mí misma. Mi viejo yo me pareció patéticamente vulgar y anticuado, y muy lejano.

Por fin las palabras me encontraron.

—Parezco diferente. Más... joven.

—Un corte adecuado es tan efectivo como un lifting —declaró Dino.

Y casi tan caro. Me costó la escalofriante suma de ciento veinte dólares. ¡Más una propina de veinte! Por ese precio podría haberme hecho cuatro cortes en mi peluquería y todavía me habría llegado para una bolsa de chocolatinas para el regreso a casa. Pero si así funcionan las cosas aquí...

Antes de marcharnos, Dino comentó:

—¿Sabes? Tienes unas cejas geniales, pero no les iría mal un modelado. ¿Sabes en quién estoy pensando? —preguntó a Lara.

—¡En Anoushka! —exclamaron al unísono.

—¿Quién?

—La estilista de cejas de las estrellas —explicó Dino.

Para entonces Lara, siguiendo un guión que ya me era familiar, ya había sacado el Palm Pilot y el móvil.

—¿Madame Anoushka? Mí amiga tiene una crisis de cejas.

Me miró las cejas, claro.

—Es una emergencia, madame Anoushka.

Por alguna razón, no pude tomarme la molestia de ofenderme. Lara caminaba de un lado a otro. Entonces se volvió hacia mí.

—¿Sábado, cinco y media?

—Bueno —contesté. ¿Por qué no?

Siguiente parada: el apartamento de Lara en Venice para elegirme un traje. Me gustaba Venice. Había un aire

encantador y melancólico en las casas de tablillas con la pintura desconchada, las calles pequeñas y secretas que se alejaban de la carretera, los árboles polvorientos que caían pesadamente sobre los jardines frontales proyectando una luz misteriosa, como subacuática.

El apartamento de Lara ocupaba la planta superior de una enorme casa de madera. Por las ventanas se filtraba el rumor del océano.

—El armario está por aquí. —Entró en su dormitorio y la seguí. Eché un vistazo a la cama y lo primero que me vino a la mente fueron títulos de películas porno: *Pasión lésbica en acción* y cosas así. No podía evitarlo. Desafío a cualquiera a no tener la misma reacción.

Ajena a mis pensamientos, Lara empezó a sacar ropa del armario. No atisbo ni un solo tejano.

—Tengo este traje-pantalón. ¿O qué me dices de esta falda y esta chaqueta? Espera, te enseñaré la camisa que lo acompaña.

«Pruébate esto», insistía, «y esto». Y cuando finalmente decidí hacerle caso, salió de la habitación.

Con los brazos repletos de ropa de ejecutiva, Lara me acompañó en coche a Santa Mónica. Empezaba a caer la noche. Mientras cruzábamos una avenida con palmeras cuya negra silueta se perfilaba contra el cielo moribundo, volví a reparar en lo flaca que estaba la gente. Dicen que algunas personas se parecen a sus perros. Pues bien, los angelinos se parecen a su flora.

Antes de entrar en casa miré por la ventana de la sala de Mike y Charmaine. Para mi sorpresa, vi un montón de gente sentada entre muchas velas. Todos tenían los ojos cerrados. De hecho, estaban tan quietos que tuve la impresión de que no respiraban.

Durante mi ausencia, Emily había sufrido una crisis nerviosa prepresentación y se había probado hasta la última prenda de su armario. Había ropa tirada sobre la

cama, el suelo, las sillas, el televisor. Emily, por su parte, estaba a cuatro patas piafando histéricamente.

—¡No tengo nada que ponerme para mañana! —Ni siquiera levantó la vista.

—¿Qué me dices del precioso traje que te compraste el sábado?

Meneó la cabeza.

—Lo odio. —Solo entonces reparó en mi pelo—. ¡Dios mío, casi no te reconozco! ¡Estás guapísima!

—Oye, algo muy raro está ocurriendo en la casa de al lado.

—¿Una redada policial?

—No, la del otro lado. Un montón de gente inmóvil. ¡Creo que están muertos! ¿Llamo a la poli?

—Están meditando —explicó Emily—. Lo hacen todos los martes por la noche. Por cierto, mamá Walsh ha llamado.

—¿Está preocupada por mí y por cuándo volveré a casa?

—Está preocupada por ti y dice que si no deja de llover pronto, acabará en un manicomio.

—¿Nada de que vuelva a casa?

—Nada.

—Estupendo.

—¿Te dejó Lara un traje para mañana?

—Sí. Vamos —recogí una blusa del suelo—, te ayudaré a colgar todo esto.

—Bueno —musitó Emily, mientras cogía un puñado de perchas—. Lara tiene un apartamento precioso, ¿verdad?

—Sí. —Me atacaron de nuevo los títulos porno—. Lara es la primera lesbiana que conozco —confesé—. Que yo sepa.

—Y yo.

—Me pregunto...

—¿Cómo se lo montan en la cama?

—¡No! —Bueno, sí.

—Con vibradores, supongo, y sexo oral. Dios, no me molaría nada.

Colgué algunas prendas más y dije:

—Pero todo el mundo es un poco bi, ¿no? Eso dicen los científicos.

Emily detuvo un momento lo que estaba haciendo y me clavó una mirada severa.

—No —repuso con firmeza—. Ni se te ocurra pensarlo.

Capítulo 16

El día que los conejos reales hicieron finalmente su aparición, Garv tuvo la decencia de no fingir que eran un regalo para mí. Había oído historias de hombres que hacían esas cosas: comprar el gatito o el perrito que siempre habían querido y regalárselo a su chica. Por si fuera poco, eso significaba que ella no solo tenía que compartir su hogar con un animal no deseado, sino alimentarlo y limpiar la porquería que el mocoso iba dejando por ahí.

Garv llegó una noche a casa cargado con una caja de cartón atada con un cordel y la dejó encima de la mesa.

—Maggie, mira —susurró, a punto de estallar de la emoción.

Dividida entre el miedo y la curiosidad, mire y vi dos pares de ojos rosados y dos hociquitos temblorosos.

—Qué pizzas tan raras —dije. Ese día le tocaba a Garv traer la cena.

—Lo siento —se disculpó de un humor excelente—. Lo había olvidado. Volvere a salir.

—Son conejos —le acusé.

—Bebés —añadió con una sonrisa—. Una chica del trabajo los estaba regalando —explicó—. No tenemos que quedárnoslos si no quieres, pero yo me encargaría de cuidarlos —prometió.

—¿Y qué pasará cuando...?

—¿Nos vayamos de vacaciones? Dermont los cuidará.

Dermont era su hermano menor. Como todos los hermanos menores, haría cualquier cosa por dinero.

—Has pensado en todo.

La alegría de Garv se apagó.

—Lo siento, cariño, no debí traerlos así, sin más. Los devolveré mañana.

Ahora era yo quien se sentía fatal. Garv adoraba los animales. Era cariñoso e indulgente con ellos, y no estaba

diciendo que los devolvería únicamente para que yo cediera. Su contrición era auténtica.

—Espera—dije—. No nos precipitemos.

Y así empezó el año del conejo.

El blanco y negro era niño y el blanco a secas, niña.

—¿Cómo los llamaremos? —preguntó Garv, sosteniendo ambos en el regazo.

—No lo sé.—¿Maldito Estorbo?—. ¿Saltarín? ¿Qué más hacen los conejos además de dar saltitos?

—Comen zanahorias, montan sobre ruedas.

Al final decidimos que la niña se llamaría Saltarina y el niño Jinete.

Yo habría preferido no tener dos (bueno, habría preferido no tener ninguno), pero Garv dijo que era una crueldad que solamente nos quedáramos uno, que se sentiría muy solo. Como yo no quería que criaran como... en fin, como conejos, insistí en esterilizarlos. La primera de incontables visitas al veterinario.

Pero antes que nada teníamos que comprarles una conejera.

—¿No podemos tenerlos en el jardín? —pregunté. Al parecer, no. Escarbarían la tierra y pasarían por debajo del muro al jardín de los vecinos y, de allí, al extenso y oscuro más allá. Por tanto, compramos una conejera, la más grande de la tienda.

Casi todos los días, después del trabajo, Garv los dejaba correr por el jardín para que cataran la naturaleza, a pesar de que intentar atraparlos para devolverlos a la conejera era como intentar reintroducir la pasta de dientes en su tubo. Eran imposibles. Recuerdo que yo me quedaba de pie frente a la ventana de la cocina, viendo cómo Garv correteaba por el jardín con su traje de trabajo. Cada vez que estaba a punto de atraparlos, los conejos conseguían escurrirse y la caza se reanudaba. Solo nos faltaba la música de *El show de Benny Hill* y alguien que lanzara una bolsa de canicas. Era de carcajada.

No me interpretes mal, a su manera los conejos eran una monada. Cuando asomaban la cabeza para verme a mi vuelta del trabajo, me conmovían. Y Garv tenía una forma de sostenerlos, con las cabezas apoyadas sobre sendos hombros como cuando quieres que un bebé eructe, que me hacía desternillarme de risa. Sobre todo Saltarina, que ponía una cara de pasmo muy divertida. Les asignamos una personalidad a cada uno, como habíamos hecho con las zapatillas. Saltarina era una coqueta maliciosa y Jinete un mujeriego con mucha labia.

En uno de sus paseos por el jardín, sin embargo, los muy bastardos se comieron mis lupinos, que había plantado con mis propias manos (o casi), y me temo que les cogí cierta manía. También me daba rabia tener que comprar para ellos. Si Garv y yo no conseguíamos pisar el supermercado, podíamos encargar por teléfono comida india. Pero claro, no podíamos simplemente pedir una ración extra de sarnosas para Saltarina y Jinete, sino que estábamos obligados a visitar regularmente el Maldito Lugar para comprarles sus bolsas de zanahorias, sus manojos de perejil y unas extrañas bolitas.

Luego vino el día que Garv entró en casa, agitó un paquete y anunció:

—¡Sorpresa!

Se lo arrebaté de las manos, rasgué la bolsa de papel y... miré.

—Un trozo de madera —dije.

—Para roerlo —explicó, como si eso tuviera sentido.

—Para roerlo —repetí.

Garv cayó en la cuenta antes que yo y no podía parar de reír.

—No es para ti. ¡Es para Jinete!

Siguieron más regalos: una pelota, un espejo para la conejera, un bolso de mano azul claro (para mí, para que no me sintiera excluida). Y un día llegué a casa del trabajo y me encontré medio jardín excavado.

—¿Qué pasa aquí? ¿Has asesinado a alguien?

La verdad no era, sin embargo, mucho más agradable. Garv estaba construyendo un corral porque le parecía cruel confinar a los niños en una conejera.

Por un lado, fue un consuelo que Garv levantara el jardín para hacer el corral, pues así no teníamos que volver a preocuparnos de segar el césped. Pero por otro lado no lo fue en absoluto. Pensé que Garv estaba demasiado encariñado con Saltarina y Jinete. No obstante, cuando se lo conté a Donna, me dijo que estaba alucinando. ¿Dónde se había visto que alguien pudiera tener celos de unos conejos?

Poco tiempo después Saltarina enfermó y Garv se inquietó mucho. Faltó una mañana del trabajo para llevarla al veterinario, que le diagnosticó una infección provocada —menuda rareza— por un alineamiento de los dientes defectuoso. Fue toda una odisea: el veterinario se los recortó y le recetó un tratamiento de antibióticos. Al cabo de unos días, salimos a cenar con Donna y Robbie y Garv se puso a hablar de la enfermedad de Saltarina, de cómo él había notado que le pasaba algo porque generalmente era muy despierta y vivaz y ahora ni siquiera roía su pedazo de madera. Donna y Robbie emitieron murmullos compasivos, y Garv les habló de la fiebre de Saltarina y de cómo Jinete había tratado de tentarla para que comiera un pedacito de sarnosa (una semana de mucho ajetreo en que no tuvimos tiempo de ir al supermercado descubrimos que les encantaban los sarnosas).

En vista de que Garv no callaba, los semblantes indulgentes de Donna y Robbie se fueron endureciendo y yo sentía un nudo en el estómago que el vino no conseguía disolver.

—¿Que tal el trabajo? —le interrumpió finalmente Donna.

—¿El trabajo? —Garv la miró, confuso—. ¿Mi trabajo? Nunca me dejas hablar del trabajo porque te parece un

tema muy aburrido. —Entonces lo comprendió y se echó a reír—. Vale, entendido. No hablaré más de ellos.

Donna me telefoneó al día siguiente.

—Maggie, creo que tienes razón. Garv parece un poco obsesionado con esos animalillos. Déjamelo a mí, yo se lo diré.

El colmo se produjo no mucho después, cuando mi hermana Claire vino a vernos y reparó en la cantidad de parafernalia para conejos que rondaba por la casa. Garv estaba colocando a Saltarina y Jinete en sus respectivas cestas de viaje a fin de llevarlos al veterinario para sus inyecciones.

—¿Inyecciones? —exclamó Claire—. ¡Esto es casi peor que tener un hijo!

Capítulo 17

ESCENA: Día soleado. Casa de tablillas blancas con jardincito delante. Se abre la puerta. Salen dos mujeres. Una alta, portando una carpeta vacía y vistiendo una chaqueta que le hace bolsas en la zona del busto; la otra, baja, delgada, bien vestida, fumando como un carretero.

CHICA BAJA: Necesito ir otra vez al lavabo.
CHICA ALTA: ¡No, Emily, no lo necesitas!

Cruzan el jardincito justo cuando los aspersores se ponen a escupir agua. Pillan a la chica baja y le apagan el cigarrillo. Esta chilla. Como una reacción en un experimento científico, su pelo, sedoso y brillante, empieza a enredarse.
Risas.

¡Basta!

No podía dejar de pensar en lenguaje de guión. Emily había ensayado conmigo hasta bien entrada la noche, luego entre las citas con el peluquero y el terapeuta de *reiki,* y a lo largo de la mañana.

Estábamos molidas.

Yo tenía literalmente un mal día con mi pelo. Como de costumbre, había despertado sintiendo que era el fin del mundo. Y eso antes de ir al cuarto de baño y verme el pelo, o lo que quedaba de él. Cuando pensé en todo el cabello que había perdido, en los veinte o veinticinco centímetros que habían caído al suelo y habían sido arrastrados por una escoba, me eché a llorar. Sin embargo, no lloraba porque el corte simbolizara el fin de mi matrimonio. Creo que lloraba porque, llevada por el entusiasmo en el salón de Dino, había aceptado un corte que exigía muchos cuidados y ya era demasiado tarde.

Malditos peluqueros. Recién salida de la peluquería siempre estás estupenda. (Bueno, no siempre, pero no entremos ahora en las ocasiones en que hemos reprimido las lágrimas incluso mientras entregábamos una propina.

Estoy hablando de las raras ocasiones en que salimos de la peluquería contentas con lo que nos han hecho.)

Todo es estupendo hasta el primer lavado, cuando, por mucho que nos empeñemos, nos es imposible reproducir el aspecto de recién salidas de la peluquería. Solo hay una forma, y solo una, de recrear el aspecto de recién salida de la peluquería y es estar recién salida de la peluquería. Yo me había limitado a dormir sobre mi pelo y ya se había descontrolado.

Necesité agua, espuma y un secador en su graduación máxima para meterlo en vereda.

Emily había tomado la precaución de llevar su cabello a la peluquería. Regresó poco después y se puso a deambular por la casa diciendo: «La cámara enfoca unos pechos en una camiseta...». Luego volvió a marcharse.

Durante su ausencia, la chica dulce y chillona de la oficina de Mort Russell telefoneó.

—Ahora mismo no está en su mesa. —Había ido a su sesión de *reiki.* Ya me había enterado de qué era eso—. ¿Puedo ayudarla?

Esta vez la chica quería saber, por motivos de seguridad, la estructura de nuestro ADN. Bueno, casi. Quería que le enviara por fax fotocopias de nuestros respectivos permisos de conducir porque necesitaba ver la foto.

—Lamento molestarlas —se disculpó—, pero lo hacemos por razones de seguridad.

No me extrañaba. Eran muchas las probabilidades de que guionistas enloquecidos, desesperados por una cita, intentaran entrar para secuestrar a los jefes del estudio y obligarles a escuchar su guión.

—Nos veremos a las tres y media —dijo la chica.

Había sido tan amable en todo momento que, impulsivamente, le pregunté su nombre.

—Flea[1] —contestó.

Enseguida reparé en mi error. Había sido demasiado amable con ella. Había cruzado los límites de la profesionalidad. Escocida, farfulle un adiós y colgué. ¡Flea! ¡Para luego que se rían de la pobre idiota irlandesa recién bajada del avión! ¿Y cuál es tu apellido, cariño? ¿Picajosa?

—La cámara enfoca unos pechos —oí.

Emily había vuelto.

—Menos mal que fui, tenía los *chakras* hechos polvo —explicó. Se colocó frente al espejo y empezó a murmurar—: El universo es bueno, elegirán mi guión, el universo es bueno, elegirán mi guión... —Poco después varió la afirmación—: La presentación perfecta tiene veinticinco palabras o menos, la presentación perfecta tiene...

—Pensaba que no creías en los *chakras* —puntualicé—. Y que detestabas todas esas cosas de Nueva Era.

Su respuesta me puso en mi sitio.

—Cuando una está desesperada, prueba lo que sea.

Finalmente convencí a Emily de que se pusiera su conjunto nuevo. Se cepilló el pelo por millonésima vez, se pasó la barra de labios por enésima vez, erguimos los hombros y partimos. Justo a tiempo para ver cómo los aspersores resucitaban y dirigían el chorro directamente hacia Emily. Cuando su pelo se hinchó como la espuma de baño, casi sufrió un ataque de histeria.

—¡Es una tragedia! —aulló—. ¡Tendré que cancelar la cita!

—Corre, volvamos al secador —propuse.

—No tenemos tiempo —sollozó—. Lo único que puedo hacer es peinarlo sin parar. ¡Pero tengo que conducir!

—Iremos en mi coche.

—No podemos aparecer en tu trasto de alquiler. ¿Qué pensarán de nosotras?

—Es cierto, no podemos aparecer en mí trasto de alquiler porque la plaza de aparcamiento está reservada para tu matrícula —recordé.

—Yo conduzco, tú peinas —ordenó Emily.

Cruzamos Los Ángeles a toda pastilla mientras Emily se hablaba a sí misma con semblante pétreo y yo la peinaba enérgicamente, tratando de no prestar atención a las miradas de pasmo que recibíamos en los semáforos.

El estudio, como la mayoría de los estudios, se hallaba en un lugar conocido como el valle. Según tenía entendido, la mayoría de la gente preferiría vivir en una caja de cartón en Santa Mónica que en una mansión con cinco cuartos de baño en el valle. Por lo visto, vivir en el valle era más vergonzoso que una botella de *liebfraumilch,* Andrew Lloyd Webber y una permanente juntos, y en el caso de querer insultar a alguien lo peor que podías llamarle era «chica del valle».

A los cuarenta y cinco minutos de trayecto Emily interrumpió sus afirmaciones.

—Hemos llegado al valle.

Después de oír tantas cosas, lo cierto es que no me pareció tan horrible. La gente no estaba en la calle bebiendo Blue Nun, bailando *El fantasma de la ópera* y jugando con sus rizos, como había imaginado.

—Ya casi estamos —anunció Emily, espirando profundamente desde su diafragma.

Justo en ese momento tropezamos con un atasco.

—¡Venga, venga, venga! ¡Por Dios! —Emily martilleó el volante y me pasó el móvil—. Llama a Flea y dile que llegaremos cinco minutos tarde.

—¿Flea? ¿Entonces es cierto que se llama así?

—Sí, Flea—confirmó Emily con impaciencia.

—¿Como el insecto? —No conseguía salir de mi asombro.

—No. F-L-I[2] Es el diminutivo de algo. Creo que de Feli city.

Cruzamos la verja, el hombre comprobó que nuestro nombre estaba en la lista y aparcamos en la plaza que nos habían asignado. Sentí como si hubiera salido de mi cuerpo, y a pesar de los nervios experimenté una sensación largo tiempo olvidada: emoción. Desde hacía unos meses —aunque lo sentía como una eternidad— mis sentimientos positivos parecían funcionar a medio gas. Hasta ese momento no había sentido una auténtica alegría o emoción desenfrenada.

No obstante, no podía dejarme llevar porque sabía lo importante que esta reunión era para Emily. Se le estaba acabando el dinero y las oportunidades, y si esto no salía bien tendría que regresar a Irlanda y trabajar de cajera.

Cruzamos las puertas de cristal —por un momento pensé que Emily iba a desmayarse— y contemplamos los carteles que colgaban de las paredes de las películas más taquilleras que el estudio había producido. De pronto temí que también yo fuera a desmayarme. Dimos nuestros nombres a la recepcionista asquerosamente flaca, guapa y antipática que se hallaba detrás del enorme centro de flores del mostrador de madera. En cuanto oyó el nombre de Emily, su semblante implacable se iluminó.

—¡Hola! Soy Tiffany. Me encanta su guión.

—¿Lo ha leído? —Estaba impresionada. Hasta la recepcionista lo había leído.

Una expresión de me-han-pillado nubló el precioso rostro de Tiffany. Cuando habló, parecía que hubiera estado inhalando helio.

—Por supuesto —rechinó con nerviosismo—. Comunicaré al señor Russell que han llegado.

Mientras se alejaba martilleando el pasillo de mármol, Emily dijo entre dientes:

—No lo ha leído.

—Pero ella ha dicho...

—Nadie lo ha leído, salvo la persona cuyo trabajo consiste en reducir ciento noventa páginas de guión a tres

frases.

—Chis, ya vuelve.

—El señor Russell les recibirá ahora mismo —anunció.

Emily y yo nos levantamos lentamente y seguimos a Tiffany por el pasillo, dejando atrás más carteles de películas famosas. Las bisagras de mis rodillas parecían estar sueltas y los oídos me palpitaban con vehemencia. No quería ni imaginar cómo debía de sentirse Emily. Tantas cosas dependían de esta reunión.

Tiffany abrió la puerta de una sala decorada con gusto y sin pretensiones, donde había tres hombres y una rubia muy mona —¿Fli?— sentados en torno a una mesa. Se levantaron y uno de ellos, todo dientes y bronceado, tendió una mano y se presentó como Mort Russell. Era mucho más joven de lo que había imaginado, pero poseía ese carisma aterrador propio de la gente muy poderosa.

—Emily O'Keeffe —clamó él, haciendo que sonara como un panegírico.

—Culpable. —Emily avanzó con una sonrisa firme y me relajé un poco. Parecía tener el control de la situación.

Después de adularla brevemente, Mort la presentó al resto del grupo.

Efectivamente, la chica era Fli, mientras que los dos hombres eran vicepresidentes de algo, lo cual no tiene nada de extraordinario. En Estados Unidos puedes ser camarero y llamarte vicepresidente del suministro de bebidas (de hecho, yo misma había sido vicepresidenta en una ocasión).

Emily nos empujó a mí y a mí carpeta vacía y todos se declararon «encantadísimos» de conocerme. Habrías jurado que era una de las cosas más agradables que les había ocurrido en la vida.

—Es un placer —contesté. Había recibido instrucciones estrictas de no decir más.

Ofrecieron café y aceptamos —ni galletas ni pastas, por desgracia—, pero a pesar de eso el ambiente era cordial y

relajado, y el cuarteto no podía ser más amable. Con sumo entusiasmo, expresaron lo mucho que les había gustado *Dinero plástico.*

—Es... —Mort dibujó una silueta en el aire—. Dame una palabra —ordenó a uno de sus chicos.

—Incisivo.

—Eso, incisivo.

—Pero comercial —intervino el otro.

—Sí, claro, porque tiene que ser comercial.

—Y divertido —añadió el primero.

—Divertido, sí. Nos gusta que sea divertido. Preséntemelo —ordenó de repente a Emily.

—Cómo no. —Emily sonrió a toda la mesa, se echó el cabello hacia atrás y comenzó—. Estoy pensando en un *Thelma y Louise* conoce *Snacht: cerdos y diamantes* conoce...

Horrorizada, comprobé que podía oírse lo seca que Emily tenía la boca. Cada palabra iba acompañada de un chasquido rasposo producido al despegar la lengua del paladar.

Fli le acercó un vaso de agua.

—Agua —explicó Emily con una sonrisa de mentecata antes de beber un largo trago. Luego, para mi alivio, los sonidos velero cesaron y Emily se convirtió de repente en una liebre liberada de una trampa.

Los ensayos habían merecido la pena. Hizo su resumen de «veinticinco palabras o menos». Después ofreció una descripción más detallada de todo lo que pasaba y, aunque yo ya la había oído, lo hacía tan bien que en más de una ocasión estuve a punto de olvidar dónde me encontraba de tanto que estaba disfrutando.

Terminó diciendo:

—¡Será una gran película!

—¡Así se habla!

Todos aplaudieron y me pregunté si debía sumarme o si pensarían que me estaba aplaudiendo a mí misma, pero

terminaron antes de que pudiera decidirme.

Entonces Mort habló y apenas pude dar crédito a las palabras que salieron de su boca:

—Creo que será una película grandiosa, GRANDIOSA.

La emoción recorrió mi cuerpo y dirigí una fugaz mirada a Emily. Su sonrisa era contenida.

Mort dibujó por encima de su cabeza la forma de una pantalla y todos levantamos obedientemente la vista.

—Gran presupuesto, grandes estrellas. Setenta millones de dólares como mínimo. Veo a Julia Roberts y Cameron Díaz. ¿Tengo razón?

Los demás asintieron con entusiasmo, de modo que yo hice otro tanto.

—¿A quién debemos elegir para que dirija nuestra película? —preguntó Mort a los muchachos.

Nombraron a un par de ganadores de Oscar. Luego hablaron de actuación inmediata, dar luz verde, estreno en tres mil pantallas de todo el país. Era lo más emocionante que me había pasado en mi vida. Luego empezamos a estrechar manos mientras Mort aseguraba que estaba «impaciente por trabajar conmigo».

Cuando Emily y yo echamos a andar por el pasillo, no me sentía los pies.

Más despedidas en recepción y nos dirigimos hacia la salida. Conscientes de que teníamos sus miradas clavadas en la espalda, permanecimos mudas.

Yo estaba temblando de júbilo. Todavía en silencio, subimos al coche, donde Emily encendió un cigarrillo y lo succionó como si estuviera bebiendo un espeso batido con una pajita.

—¿Bien? —dije al fin, segura de que nos pondríamos a chillar y a darnos abrazos.

—Bien —respondió Emily con cautela.

—¡Ha sido fantástico! ¡Tú misma le oíste! ¡Julia Roberts! ¡Cameron Díaz! ¡Tres mil pantallas!

—No olvides, Maggie, que ya he pasado antes por esto.

Pensaba que su actitud era muy negativa y se lo dije.

—¿Y ahora qué?

—Ahora a esperar.

—Ahora a esperar—repetí, sintiéndome engañada y resentida.

—Aunque —concedió Emily—, podríamos emborracharnos mientras esperamos.

Capítulo 18

Una fiesta improvisada era lo que necesitábamos, decidió Emily. Se pasó el trayecto de vuelta a casa con el móvil encajado entre el hombro y la oreja, invitando a gente.

—No se si estamos celebrando algo o no —decía una y otra vez—, pero la fiesta no nos la quita nadie.

Lara recibió instrucciones de llegar a casa a las seis para acompañar a Emily a la tienda de licores y vaciarla. Hasta ese momento cada vez que había visto a Emily gastar dinero me había inquietado, pero esta vez no. Los malos tiempos eran historia.

Llegamos a casa a las cinco y media. Tras colgar el traje de Lara, pregunté a Emily si la fiesta era de vestido y tacones.

—Cielos, no. Pantalones cortos y pies descalzos.

Mientras esperaba a Lara, Emily se puso a deambular por la casa, absorta en sus pensamientos. De pronto tuvo una idea.

—Oye —dijo con tono defensivo—, hay algo que quiero hacer y no vale reírse. ¿Te importaría ir a casa de Mike y pedirle que venga con su vara purgadora?

—No me río porque no tengo la más remota idea de qué estás hablando.

—Mike, el vecino. ¿El barbudo Nueva Era?

—Ah, Bill Bryson. Continúa.

—Siempre se está ofreciendo para limpiar la energía negativa de esta casa. Se llama purga. Creo que podría tener más probabilidades de recibir buenas noticias si la casa está llena de vibraciones positivas.

No me reí. En lugar de eso, sentí toda la fuerza de su pánico.

Tenía que estar loca de preocupación para recurrir a algo que tanto desdeñaba.

—¿Lo harás?

Por supuesto. La actividad frenética me mantenía un paso por delante de mí misma. Sabía que tarde o temprano la burbuja estallaría y volvería a darme de bruces contra el suelo, pero todavía no había llegado ese momento. Salí y pulse el timbre de la puerta de los vecinos, pero nadie acudió a abrirme. Volví a llamar y siguió sin acudir nadie. Propiné al carillón del porche un bofetón que lo embarcó en un tintineo obsesivo, pero tampoco obtuve respuesta. A estas alturas cualquier persona sensata habría desistido, pero el caso es que yo sabía que Mike estaba en casa. Lo sabía porque podía verle. La puerta principal tenía una enorme cristalera, a través de la cual veía a Mike sentado en el suelo, sobre un cojín, con los dedos pulgar e índice formando una O. Justo cuando había decidido abandonar y prometer a Emily que se lo traería en otro momento, se levantó y vino hacia la puerta.

—Hola —me saludó con una sonrisa—. Estaba acabando de meditar. Entra.

Para mi sorpresa, no dijo «Siento haberte hecho esperar». Quizá la gente espiritual no se disculpa.

Entré en la sala y me recibió el dulce olor de aceite de rosas, o quizá fuera lavanda. Al fondo se oía el tintineo de otros carillones. De algún lugar llegaba un rumor de agua que en otra casa habría atribuido a un escape pero aquí, no sé por qué, no.

En las ventanas se columpiaban atrapasueños, las sillas estaban cubiertas de telas con bordados y de las paredes colgaban tallas de madera, en su mayoría hombres con ojos saltones y penes exageradamente grandes. Cada objeto parecía significar algo, y a juzgar por la extraña distribución del mobiliario, habría jurado que al lugar le habían hecho *feng shui.*

—Hola, Bill.

—Mike —me corrigió con una sonrisa amable.

¡Porras!

—Lo siento, Mike. Me envía Emily.

—¿Quiere que la purgue? —Se diría que lo había estado esperando—. Voy por mi vara.

La casa —con sus olores, sus sonidos e incluso sus hombres de enorme polla— ejercía un efecto sumamente tranquilizador, y al marcharnos se lo dije.

—Es un lugar seguro —convino Mike, dando un portazo.

El carillón salió disparado hacia el techo con un ruido de cencerro y descendió con igual rapidez hacia mi cara. Antes de que me diera cuenta, había aterrizado en mi ojo derecho. Un fuerte dolor me penetró la cuenca, el rojo estalló debajo de mi párpado y solo alcancé a oír un clamor de notas discordantes, como de un piano roto.

—¡Oh, oh! No debí cerrar la puerta con tanta fuerza —creo que Mike rió—. ¿Estás bien?

—¡Estupendamente! —exclamé, y me pregunté si me había quedado ciega, mientras actuaba de la forma en que tienes que actuar cuando te haces daño delante de alguien a quien apenas conoces. Aunque se te haya caído la cabeza, debes decir cosas como: «¡Solo ha sido un rasguño! Además, ¡apenas la uso!»

Lo cierto es que estaba bien. El ojo me lloró un poco, pero eso fue todo. No obstante, presentí que iba a echarme a llorar y creo que Mike lo captó, porque me sostuvo el brazo mientras salvábamos la corta distancia hasta la casa de Emily.

Emily nos abrió y, dividida entre la vergüenza y la vulnerabilidad, expuso su situación.

—Por supuesto —contestó Mike con tono alegre—. ¿Te parece bien ahora?

—¿Cuánto tardarás?

Mike se succionó un diente y meneó la cabeza con pesar, como haría un maestro de obras dudoso. Solo le faltaba el cigarrillo detrás de la oreja.

—Déjame adivinar, no tienes las herramientas necesarias —oí murmurar a Emily.

—¡Sí las tengo! —Mike agitó la vara y Emily tuvo la decencia de sonrojarse—. Pero la energía de esta casa es tan negativa que no bastará con una sesión. ¡No importa! Si hacemos ahora media hora, eso que tendremos ganado, ¿no te parece?

Intrigadas, observamos cómo dirigía su amuleto. La purga consistía, por lo visto, en encender cirios, agitar la vara por los rincones de las habitaciones, murmurar conjuros e interpretar una suerte de baile guerrero a lo piel roja.

—En realidad no me necesitas, podrías hacerlo tú sola —resopló Mike, mientras su barriga subía y bajaba con los brincos.

—Jamás conseguiría pillar ese baile.

—¡El baile es optativo!

Cuando hubo terminado, comentó con dulzura:

—Esto te dará una oportunidad para luchar, pero si no compran la película, no será el fin del mundo.

—Sí lo será —repuso Emily.

Mike rió con suavidad, como había hecho después de que me atacara su carillón.

—Ten cuidado con lo que deseas —le advirtió—. Podrías obtenerlo —Y se marchó tras prometer que pasaría más tarde con Charmaine.

Al cabo de un rato llegó Lara, y Emily se fue con ella a comprar las bebidas.

—¿Puedo ir? —pregunté al darme cuenta de lo poco que me apetecía quedarme sola.

—Tú no tienes por el alcohol el interés de perito que tenemos Lara y yo —replicó Emily—. Además, necesitamos alguien que reciba a la gente.

—Mujer sentada sola en la sala —dije con resentimiento —. Triste. Abandonada por sus amigas.

Lara rió y Emily respondió:

—La cámara la sigue cuando se levanta, abre unas bolsas de cacahuetes y las vuelca en cuencos, deseosa de ayudar.

Estaba segura de que nadie llegaría mientras ellas estuvieran fuera, pero nada más irse apareció Troy.

—¡Hola, irlandesa!

—Hombre joven, ropa informal —dije.

Troy se detuvo en la puerta con cierta expresión de desconcierto en su cara de póquer.

—Se detiene en la puerta. Está desconcertado —proseguí.

—Cruza la habitación —dijo Troy, rápido como un rayo —. Observa que la chica se ha cortado el pelo. Muy mona, dice.

Me eché a reír. Troy, agradecido, esbozó una sonrisa.

—Te he sorprendido, ¿eh? —Se dejó caer en una butaca y colocó ágilmente una pierna sobre el brazo—. ¿Cómo ha ido hoy?

Me senté en el diván y estiré las piernas. Luego le conté lo ocurrido en el despacho de Mort Russell. Troy me miraba atentamente y asentía cuando mencionaba algo bueno.

—¿Mentían todos cuando dijeron que habían leído el guión? —pregunté.

—No. Si han visto un resumen de doce líneas, realmente creen que lo han leído.

—¿Qué opinas? —dije al fin, deseosa de oír algo que no fuera el pesimismo de Emily.

—Puede que salga algo bueno. —Parecía más pensativo que esperanzado—. Puede que salga algo bueno.

Se sumió en un silencio profundo. Entonces pregunté:

—¿Dónde vives?

—En Hollywood. —Y repitió—: Hooollywoood —Y barrió el aire con los dedos, como si el nombre estuviera escrito en letras luminosas—. El nombre es lo único que tiene de seductor. En un barrio peligroso, lo que significa que los alquileres son baratos.

—¿Está lejos de aquí? Ignoro dónde están unos lugares con respecto a otros en Los Ángeles,

—Te lo enseñaré. —Abandonó la butaca y se sentó en el borde del diván—. Muy bien, aquí está el océano —dijo, señalando un cojín—. Aquí está Third Street Promenade y tú vives aquí. —Clavó un dedo en el diván—. Giras a la izquierda en Lincoln y avanzas un kilómetro y medio, más o menos. —Arrastró el dedo en línea recta sobre la tapicería —. Perdona —se disculpó cuando su dedo tropezó con mi espinilla desnuda y se subió a ella—. Al llegar a la autopista, tomas la Diez en dirección este. —Su dedo hizo un giro brusco a la izquierda y ya no estaba atravesando mi espinilla, sino zumbando hacia mi rodilla. Yo estaba algo sorprendida, pero en vista de que él no parecía darle importancia, me tranquilicé.

Detuvo el dedo sobre mi rodilla.

—Cuando llegas al centro, tomas la Ciento uno en dirección norte. —El dedo empezó a subir por la piel de mi muslo—. Hasta Cahuenga Pass, que está aquí. —El dedo frenó poco antes de llegar a la ingle—. No, más bien aquí. —Subió un poco más—. Entonces —susurró Troy con aire inocente—, giras a la derecha.

Su dedo giró hacia la piel suave y oculta del interior de mi muslo. Los dos bajamos la vista hasta su mano y rápidamente volvimos a mirarnos.

—Sigues un par de manzanas. —Su voz desapasionada era desconcertante. Solo me estaba dando indicaciones, ¿cierto? Pero tenía la mano entre mis piernas—. Y yo vivo justo aquí. —Me enseñó dónde vivía dibujando sobre mi piel blanca un círculo con la yema del dedo—. Justo aquí —repitió sin dejar de acariciar el interior de mi muslo.

—Gracias. —Estaba segura de que Troy notaba el calor que desprendía esa zona.

—¿Y sabes una cosa? —Su sonrisa se tornó maliciosa—. Vivo muy cerca del estadio de Hollywood, pero si te enseñara dónde está, apuesto a que me darías un bofetón.

Tardé unos segundos en comprender.

—Probablemente —alcancé a decir, mientras mi estadio de Hollywood experimentaba un delicioso espasmo.

Tras una última caricia con su dulce yema y una mirada de pesar a la tela tejana que cubría mi entrepierna, se levantó.

—¿Te apetece una cerveza? —gritó desde la cocina.

Acudió un montón de gente. No hubo siquiera tiempo para el obligatorio deambular por la casa vacía mientras uno contempla las hectáreas de alcohol, sintiéndose asustado y sin amigos, en fin, eso que hace la gente cuando da una fiesta.

Uno de los primeros en llegar fue Nadia, la nueva novia de Lara. Era una chica piruleta: cabeza grande y extremidades como palillos. No me sorprendió que fuera sexualmente atractiva —conocer a Lara había diluido mi creencia inconsciente de que todas las lesbianas se parecían a Elton John—, pero sí me sorprendió lo mal que me cayó desde el principio. Nada más presentarnos, reventó una pompa de chicle en mis narices y me confió con un tono de voz exageradamente alto:

—Esta tarde me han hecho la cera *Playboy,* ¡No me queda ni un pelo en el pubis!

—¡Estupendo! —respondí—. ¿Un cacahuete?

Meneó su enorme cabeza y, sin apenas tomar aliento, procedió a contarme que había tenido que ponerse a cuatro patas y levantar bien alto el trasero para que la chica pudiera llegar a todos los rincones. Luego tuvo que tumbarse boca arriba y colocar los tobillos detrás de la cabeza. Estos angelinos te cuentan lo que sea. Trastorno de divulgación compulsiva, eso es lo que tienen.

Luego llegaron Justin y Desiree, acompañados de dos hombres más o menos atléticos y tres perros. Se habían hecho amigos cuando acudían al parque de perros para

conocer chicas. A renglón seguido apareció Connie, la amiga de Emily, una americana de origen coreano menuda, estridente, patizamba y sexy de la forma en que la gente muy-segura-de-sí-misma resulta sexy. Con ella llegaron su hermana Debbie, sus amigos Philip y Tremain, y Lewis, su prometido, que apenas abrió la boca. Supongo que como ella no callaba ni un momento a él se le había atrofiado la capacidad de habla. Era la primera vez que veía a Connie, pero no quería verla. Algo relacionado con su inminente boda. Emily había sido mi dama de honor y también iba a serlo de Connie, y yo me sentía en el lado equivocado del muro de las casadas. Connie tenía un futuro feliz por delante, mientras que mi futuro feliz ya había quedado atrás.

La moderna Kirsty apareció para ponerme nerviosa cuando la vi ir derecha hacia Troy. Mike y Charmaine también vinieron, y mucha más gente que no había visto en mi vida. Hasta David Crowe pasó un momento, estuvo encantador con todo el mundo y se marchó.

—No se ha quedado mucho tiempo que digamos —observé.

—¿Bromeas? —Emily tiró de Troy, que estaba hablando con Kirsty—. Cuéntale el chiste del agente —ordenó.

Troy obedeció.

—Un hombre recibe la visita de unos polis. «Tenemos malas noticias, señor», le dicen. «Un hombre ha entrado en su casa y ha matado a su esposa y a sus hijos.» El hombre, conmocionado» pregunta: «¿Quién puede haber hecho algo tan horrible?». El poli le contesta: «Siento tener que decirle, señor, que fue su agente». Entonces el hombre exclama: «¿Mi agente? ¿Mi agente pasó por mi casa? ¡Increíble!».

—¿Lo entiendes? —dijo Emily.

—Entiendo.

La casa estaba abarrotada de gente y la fiesta se había extendido hasta el jardín trasero, bajo la noche cálida y

estrellada, cuando me descubrí charlando con Troy y Kirsty. Kirsty venía de sus dos horas de power-yoga y estaba alabando los beneficios del ejercicio físico cuando comenté que debería acudir a un gimnasio mientras me hallaba en Los Ángeles.

—¡Qué gran idea! —exclamó Kirsty, para mi gran asombro, mirándome de arriba abajo—. No te iría mal bajar dos, no, mejor tres kilos. —Echó una ojeada crítica a mis brazos—. Y tampoco te vendría mal tonificar. Vale la pena. Mírame a mí. Yo hago ejercicio y —dio una pequeña sacudida a sus caderas— estoy sencillamente estupenda.

Probablemente era verdad, pero aun así me quedé sin habla. Nunca había conocido a una mujer que afirmara estar estupenda. Pensaba que no estaba permitido, que es algo que dices sobre los demás, sea verdad o no, mientras tú te describes como una vaca lechera aunque lleves un mes a dieta. Vale, quizá sea hipocresía, pero resulta menos ofensivo.

En ese momento odié tanto a Kirsty que tuve ganas de abofetearla y, por primera vez en mucho tiempo, sentí una punzada de dolor en la última muela. Aunque le había dado conversación para impedir que estuviera a solas con Troy, tuve la necesidad de marcharme. Farfullé una disculpa y en ese momento me arrinconó Charmaine.

Era simpática, aunque algo intensa. Sí, la tenía demasiado cerca, demasiado pegada a mí, y cada vez que yo retrocedía un poco, ella avanzaba otro tanto, hasta que acabé con la cabeza sumergida en un arbusto de lilas del que solo sobresalía mi nariz. Pero nadie es perfecto. Y aunque no era muy divertida, tuve la impresión de que deseaba escucharme. Así que terminé hablándole de mí y de Garv.

—¿Todavía le amas? —preguntó.

—No lo sé —respondí con desesperación—. ¿Cómo puedo saberlo?

—¿Cómo supiste que le amabas?

—No lo sé, esas cosas las sientes, ¿no?

—¿No ocurrió nada?

—No. —Entonces recordé algo—. ¡El caracol! —exclamé.

—¿Qué?

Me expliqué. Garv, por ser hombre, en casa había sido el encargado de retirar los insectos: las arañas de la bañera, las mariposas de las lámparas y las avispas de las ventanas eran su misión. Yo no tenía que levantar un dedo, solo limitarme a gritar «Gaaarv, una avispa», para que él llegara con su periódico enrollado dispuesto a batallar. Pero Garv detestaba los caracoles, le daban un asco casi enfermizo. Un día, cuando llevábamos seis meses saliendo, un caracol se instaló en el parabrisas de su coche para lo que parecía una larga temporada (para más inri, en el lado del conductor, a la altura de los ojos). Finalmente alargué un brazo, cogí el caracol y lo arrojé a un Nissan Miera repleto de monjas que pasaba por delante en ese momento. A mí tampoco me gustaban los caracoles, pero lo hice porque amaba a Garv, y desde aquel día estuve a cargo de la exterminación de caracoles.

—¿Y ahora retirarías el caracol de su parabrisas?

—Probablemente no.

—Ahí tienes la respuesta.

—Sí. —Sentí una extraña tristeza.

Envalentonada por el alcohol, hice alguna referencia a las lecturas del aura que hacía Charmaine.

—¿De veras puedes leerlas?

—Sí —contestó.

—¿Y cómo es mi aura?

—¿Estás segura de que quieres saberlo?

Después de eso seguro que quería saberlo.

—Un poco tóxica—dijo.

Me embargó un malestar repentino pese a no creer que yo, ni nadie, tuviera un aura.

—Eso es malo, ¿verdad?

—Bueno y malo son solo etiquetas.

El viejo escaqueo.

—Deberías aprender a ser menos crítica —sugirió de una forma que sonaba sumamente crítica.

Desenterré la cabeza del arbusto de lilas y entré en casa para descubrir que las perillas se habían enterado de que había una fiesta. Se habían adueñado del equipo de música —sustituyendo Madonna por death metal— y habían improvisado un ruedo de embistes en un rincón de la sala. Luis, el menudo y guapo, mostraba excelentes actitudes. Mientras los demás corrían hacia el que tenían delante y chocaban violentamente con la barriga, Luis daba pasos delicados y unos virajes de cadera perturbadores.

Para mi sorpresa, Mike, el barbudo, estaba en el centro, disfrutando como un loco. Supongo que tenía la panza que hacía falta. Cada vez que chocaba con alguien, lo enviaba a la otra punta de la sala. Un choque especialmente entusiasta largó a varios metros de distancia al menudo de Luis, que solo se detuvo al hundirse en una butaca.

Una vez sus amigos lo hubieron rescatado y comprobado que no estaba gravemente herido, iniciaron el *body surfing,* que consistía en pasar a uno de ellos por encima de las cabezas de los demás, pero todo se fue al garete cuando intentaron levantar a Mike. Se dispersaron y detrás apareció Ethan, el de la cabeza afeitada, inclinado sobre la mesita de café con aire melancólico. Como era el que tenía la perilla más extrema —una barbita puntiaguda de aspecto satánico y un bigote estilo Zapata que le llegaba hasta el mentón—, siempre había creído que era el cabecilla del grupo. Le observé detenidamente y advertí que estaba jugando con una navaja. Tenía la mano extendida boca abajo y apuntaba al espacio entre los dedos. A juzgar por los cortes, era evidente que no siempre acertaba.

—¡Para! —exclamé.

—Es mi mano, tía.

—¡Y la mesa de Emily!

—Me han dado viento, tía. —Me miró afligido—. Y esto es lo que hago cuando me dan viento.

—Pero... —dije impotente, preocupada por la mesa. Entonces se me ocurrió una solución—. Si quieres hacerte daño, ¿por qué no te quemas con cigarrillos?

—¿Fumar? ¡Puaj, qué asco! —Parecía terriblemente ofendido.

Al parecer estaba dolido porque había intentado enrollarse con Nadia y ella le había rechazado. No obstante, en cuanto le dije que Nadia era lesbiana, su cara se iluminó.

—¿De verdad? ¿Con Lara? Uau, tía. ¿Y qué hacen?

Eso mismo me preguntaba yo.

—No lo se —repliqué severamente—. ¡Y deja en paz la mesa!

Salí de nuevo al jardín para vigilar a Troy y Kirsty, que seguían hablando.

Antes de que pudiera decidir qué sentía, Lara y Nadia se acercaron a mí cogidas del brazo.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó Lara con expresión radiante.

—Sí —contesté, mientras Nadia deslizaba una mano por debajo del brazo de Lara y le acariciaba un seno.

—¡Eh! —exclamó Lara—. ¡Estate quieta!

Nadia retiró la mano, pero solo para chuparse el dedo y reanudar las caricias. El pezón erecto de Lara asomó bajo el algodón mojado y me sentí tremendamente incómoda. Si un hombre hiciera eso en una fiesta, todo el mundo le llamaría pervertido y gilipollas, pero como Nadia era lesbiana tenía que comportarme como si no me importara.

Estuve toda la noche pendiente de Kirsty y Troy. Incluso cuando no los veía sentía su intimidad, y no me gustaba. Por eso el punto culminante de la noche para mí fue el hecho de que no se marcharan juntos. Ella se fue a medianoche y tuve que esforzarme para no salir al medio

de la calle y bramarle mientras se alejaba en su coche: «Conque estupenda, ¿eh?».

Troy se quedó bastante más rato y cuando decidió marcharse, me temo que yo esperaba una despedida especial. En lugar de eso besó a Emily y le dijo «Hablaremos, nena». Luego me besó con igual simpatía y me dijo «Buenas noches, irlandesa».

Poco a poco la gente fue marchándose, hasta que solo quedamos Emily y yo. Mientras recogíamos las botellas para reciclarlas, retirábamos las astillas de la mesita de café y envolvíamos los cristales rotos en papel de periódico, dije, bueno, el alcohol dijo:

—Tengo algo que confesarte. Me gusta Troy. Lo encuentro atractivo.

—Coge número y ponte en la cola.

—¿De veras?

Emily me apuntó con un dedo, guiñó un ojo e imitando a Elvis respondió:

—No te enamores de mí, nena, porque te romperé el corazón.

—¡No me digas que él dijo eso!

—No exactamente. —Emily parecía divertirse—. Pero así es como actúa. Jurarías que todo el mundo está loco por él. Aunque —añadió con cierto titubeo—, tal vez sea así.

—¡Si tiene una nariz inmensa! —protesté.

—A las damas no parece importarles.

—¿Qué damas?

—Con Troy siempre hay alguna dama.

—¿Te refieres a Kirsty?

—Claro.

—¿Estás segura de que hay algo entre ellos?

—Intuitivamente… lo sé con certeza.

—¿Ha habido alguna vez algo entre tú y Troy?

—¿Yo y Troy? —Emily se echó a reír. Empezó como una risita tonta y terminó como una carcajada con el cuerpo doblado sobre el mostrador de la cocina—. Lo siento —se

disculpó con la cara deformada—. Pero es que solo de pensarlo... ¡Troy y yo!

Volvió a desternillarse. Yo cogí una bolsa de basura y empecé a llenarla de latas.

Más tarde, ya en la cama, me puse a pensar en Troy. Me había sorprendido e incluso molestado que me tocase la pierna. Ahora, sin embargo, lo veía de otra manera. Saboreé el recuerdo, rebobinando una y otra vez. El calor de su mano al ascender por mi piel desnuda, el respingo de deseo cuando su dedo llegó a lo alto de mi muslo y giró hacia el interior. Otra vez. Su dedo llegando a lo alto de mi muslo y girando hacia el interior, su dedo llegando a lo alto de mi muslo y girando hacia el interior...

Se apoderó de mí una debilidad embriagadora. Me arriesgaré, pensé. He apostado por lo seguro demasiado tiempo. Me enamoraré de él y le daré permiso para que me rompa el corazón.

Durante ese estado de duermevela hubo un momento en que mis defensas bajaron y en mi mente se filtraron imágenes de Garv y la chica mostrando su afecto en público. Me obligué de inmediato a pensar en Troy.

—¡Ja! —mascullé a modo de soñoliento desafío.

Capítulo 19

Debió de ser la conversación sobre el amor, porque esa noche tuve el sueño. Era un sueño que tenía desde los dieciocho años a razón de una vez al año, más o menos, y casi siempre ocurría lo mismo. Veía a Shay Delancy en una calle concurrida y echaba a correr, abriéndome paso a empujones, para darle alcance. Por encima del gentío de las rebajas de enero distinguía su cabeza cada vez más lejana. Yo intentaba ir mas deprisa pero cada vez había más gente que se interponía en mi camino, enredándose en mis piernas, tropezando conmigo o bloqueándome el paso, hasta que Shay desaparecía.

Solía despertarme empapada de nostalgia, del recuerdo de un amor pasado, irascible y desagradable con Garv. Durante todo el día los sentimientos del sueño me rondaban como una resaca, y solo cuando finalmente desaparecían me preocupaba por ellos. Apenas pensaba en Shay durante el resto del año. No obstante, ¿significaban esos sueños que todavía le amaba, que no amaba a Garv?

El consuelo me llegó por una vía inesperada: un programa científico que vi por televisión un tedioso domingo por la noche, ocho o nueve años atrás. Versaba sobre la relación de la tierra con el sol. El narrador dijo que hasta en pleno invierno, cuando nuestro lado de la tierra da la espalda al sol, su fuerza de atracción es tan poderosa que sigue tirando de nosotros. De vez en cuando el lado frío de la tierra se sale con la suya, por lo que a veces tenemos días con un sol y un calor inusuales en pleno febrero. Puede que lo oyera mal porque cuando me detuve a pensarlo, no le encontré mucho sentido. Con todo, tuvo su efecto consolador: me quité un peso de encima y comprendí que amaba a Garv, aunque en ocasiones todavía me sentía atraída por Shay. No tenía ninguna importancia.

Esta noche, sin embargo, el sueño fue diferente porque empecé a correr en pos de Shay, que, en un momento dado, se transformó en Garv. Corrí con el mismo empeño tras él. Para mí era vital darle alcance. Estaba loca de amor por Garv y sentía ese vértigo, ese mareo de cuando nos enamoramos. Lo recordaba, lo sentía con suma claridad. Sin embargo, Garv se fue alejando entre la multitud, y mis piernas no eran lo bastante rápidas, hasta que al final desapareció.

Desperté con lágrimas en las pestañas, cargando años de desconcierto.

Emily ya estaba levantada y la encontré en la soleada cocina.

—Llevo despierta desde las seis esperando que ese teléfono suene —explicó.

Ah, sí, noticias sobre la presentación. El sueño seguía presente en mí y me costaba estar en el aquí y ahora. Era como una radio mal sintonizada que recogía dos frecuencias. Una en primer plano y la otra en segundo plano, apareciendo y desapareciendo como un espectro.

—Solo son las nueve. —Me pareció el comentario más adecuado—. Probablemente ni siquiera hayan empezado a trabajar.

—¡Vagos, malditos VAGOS! Sea como sea, Mort tiene el teléfono de David. Si estuviera interesado, le habría llamado anoche o esta mañana. Cada segundo que pasa sin noticias es otro clavo en mi ataúd.

—Estás exagerando. ¿Hay café?

Dos tazas de café musculoso consiguieron liberarme de algunos de los fantasmas que me rondaban y la vida adquirió así un enfoque más nítido.

—El estado de la casa no es malo, teniendo en cuenta que ayer había aquí treinta personas bebiendo como cosacos. Apenas se nota.

—Es cierto —convino Emily—, salvo por el recuerdo que han dejado en el sofá.

¡Córcholis! ¿Una quemada de cigarrillo? ¿Un vómito? ¿Tanto habían bebido? Claro que también pudo ser un bulímico.

—Es Ethan —dijo Emily—. No entiendo cómo no lo vimos ayer noche. He intentado despertarle y el muy capullo me ha gruñido como un perro.

Efectivamente allí estaba Ethan, echo un ovillo en el sofá, con las manos aferradas a la navaja y una sombra emergiéndole del cráneo. Dormido, su cara de perilla era hasta dulce.

—Este muchacho necesita irse a casa para afeitarse la cabeza. Dale una patada —me instó Emily.

—¿No te basta con una sacudida?

—Una patada es más divertido.

—De acuerdo.

Le di una patadita en la espinilla, pero Ethan se limitó a cambiar de postura y murmuró algo referente a clavar la cabeza de mi puta vieja en la mesa. Miré interrogativamente a Emily.

—Mejor lo dejamos un rato —acordamos con exagerado entusiasmo—. Los jóvenes necesitan dormir. Más café.

Regresamos a la cocina.

Encima de la nevera había una botella abierta de vino blanco que no habíamos visto la noche anterior. Observé que el sacacorchos todavía tenía un corcho clavado y me dije que podría usarlo para tapar la botella.

—Pásame el sésamo —pedí a Emily.

Tras una larga pausa, apareció ante mí una botella de aceite de sésamo. Me quede mirándola, comprendí qué había hecho y supe que Emily estaba preguntándose sobre mi salud mental.

—¿Para qué quieres el aceite de sésamo? ¿Para rehogar el muesli con pasas?

—¿Qué dices? Te he pedido el sacacorchos.

—Eso no fue lo que dijiste. Dijiste «sésamo». A menos que me esté volviendo loca, y no estoy de humor para eso.

Pensé en mentir —sería muy fácil convencerla de que ya estaba medio tarumba—, pero comprendí que sería una crueldad.

—Es una palabra que Garv y yo solíamos decir —expliqué, incómoda—. Cuando abríamos una botella de vino, decíamos «Ábrete, sésamo», así que acabamos llamando «sésamo» al sacacorchos. Lo siento, lo había olvidado.

—¿Por eso me pones la pasta en el cepillo de dientes todas las noches? ¿Porque es algo que tú y Garv hacíais?

—¿Qué-qué? —tartamudeé.

—Desde que llegaste —explicó pacientemente Emily—, cada noche, cuando entro en el cuarto de baño después de que tú te hayas acostado, me encuentro mi cepillo de dientes esperándome con la pasta puesta. Si no eres tú, ¿quién es?

Tuve que admitirlo.

—Soy yo, pero no tenía idea de que lo estaba haciendo. No puedo creerlo.

—¿Era algo que tú y Garv hacíais?

—Sí. El que se iba primero a la cama le preparaba el cepillo de dientes al otro.

—Es lo más bonito que he oído en mi vida —respondió Emily con el rostro iluminado, pero al ver mi cara se apresuró a torcer el gesto.

El dolor que había experimentado al despertar me visitó de nuevo. Sentí el peso de la pérdida del lenguaje y los ritos que no tenían sentido para los demás, pero que a Garv y a mí tanto nos habían unido. Y eran muchos. Cuando él me preparaba la cena y la servía en la mesa, yo tenía que entrar corriendo y decir: «¡Vine en cuanto te oí!». Si me olvidaba, él retenía la comida y decía: «Venga, dilo. ¡Vine en cuanto te oí!».

Tratar de explicar qué tenía eso de divertido o reconfortante sería como intentar describir los colores a un ciego. No porque tuviera que explicarlo alguna vez, pues todo había terminado. Toda una forma de vivir.

Era evidente que estaba emitiendo ondas de aflicción, porque en ese momento Emily declaró:

—No pasa nada por decirlo.

—Decir ¿qué?

—Que le echas de menos. Hasta yo le echo de menos.

—Bien —suspiré—. Le echo de menos.

Pero echaba de menos algo más que a él. Me echaba de menos a mí misma. Echaba de menos cómo era antes, cuando no tenía que fingir ser lo que no era.

Ahora estaba rodeada de todas esas personas y estaba cansada de actuar. Ni siquiera con Emily era enteramente yo, como lo había sido con Garv. Lo apreciaba en los detalles más nimios, como la tele a todo trapo. Con Garv me habría limitado a soltarle un gruñido y él la habría bajado, mientras que con Emily tenía que callarme y provocarme úlceras en el estómago.

—Tuve un sueño —anuncié como si fuera Martin Luther King Jr.

—Cuéntamelo —dijo Emily, y añadió—: Marty.

—Ya conoces la trama.

—¿El sueño de Shay Delaney?

—Exacto. Empezó conmigo corriendo detrás de Shay, pero luego Shay se convirtió en Garv. —Describí la frenética carrera, la necesidad desesperada de darle alcance, el pánico al ver que se alejaba cada vez más y el dolor cuando comprendí que se había ido—. Adelante, hazme sentir mejor.

Emily es muy buena interpretando sueños.

—En los sueños afrontamos cosas que no somos capaces de afrontar en nuestras horas de vigilia —explicó —. Estuviste casada nueve años y, lógicamente, estás destrozada. Terminar una relación siempre es doloroso.

Cuando yo he salido con alguien, aunque solo sea tres meses, me siento morir cuando se acaba. A menos que sea yo quien lo deje. Entonces estoy feliz.

Empezaba a sentirme mucho más normal, sensación que Emily estropeó al preguntar:

—¿Existe alguna posibilidad de que tú y Garv volváis a intentarlo?

Sentí que la habitación se oscurecía.

—Sé que ha tenido un lío —dijo Emily.

—Está teniendo un lío —corregí.

—Pero quizá haya terminado.

—No me importa. El daño está hecho. Nunca podría volver a confiar en él.

—Podríais solucionarlo. Otras personas lo han hecho.

—No quiero. Desde febrero me sentía... no sé cómo describirlo. Me sentía como... como atrapada con él en el maletero de un coche.

—¡Jesús! —exclamó Emily, sobrecogida por la metáfora. La verdad es que yo también me sobrecogí. Por lo general no se me dan bien las metáforas.

—Un maletero que se iba encogiendo —añadí para superarme.

Emily tragó aire y se llevó las manos a la garganta.

—¡No puedo respirar!

—Eso es exactamente lo que sentía —dije con aire pensativo—. No importa, es solo un mal día. Uno más —añadí.

—Relájate, tía —me interrumpió una voz adormilada. Ethan estaba apoyado en el marco de la puerta, totalmente cautivado—. Si no vuelve, nunca fue tuyo. Si vuelve, es tuyo para siempre.

—¡Fuera! —ordenó Emily con el brazo y el dedo extendidos—. Ya tenemos suficientes filósofos de tres al cuarto.

Cuando Ethan se hubo marchado, Emily comprobó de nuevo la hora y cogió el teléfono.

—David ya tendría que estar en su despacho.

Y estaba, pero no tenía nada nuevo que decirle. Sin faltar a su estilo, hizo comentarios positivos: «¡Están encandilados contigo!». Pero Emily quería una respuesta definitiva. Un sí o un no. ¿Quieren o no quieren? Y David no podía dársela.

—Está asustado —dedujo después de colgar.

—¿Por qué iba a estarlo? —pregunté con fingida alegría.

—Porque esta ciudad funciona con miedo. Si Hothouse pasa de mi guión, eso repercutirá negativamente en la reputación de David por su mal criterio al haber respaldado a una perdedora. Eso le convierte a él en un perdedor.

Me dio que pensar. Siempre había visto a los agentes como un catalizador imparcial, intermediarios que ponían en contacto a la gente pero a los que no afectaba el proceso. Estaba equivocada.

—Y seguramente a Mort Russell le asusta que, si compra mi guión, al jefe del estudio no le guste —prosiguió tristemente Emily—. Y también le asusta que, si no lo compra, otro lo adquiera y sea un éxito. Entretanto, a mí me aterra que nadie lo compre. ¿Cómo te sientes, Maggie?

Comprobé mis niveles de ansiedad. Estaban como siempre.

—Paralizada de miedo.

—Bienvenida a Hollywood.

El timbre de la puerta sonó y nos miramos. Espoleada por la imagen de Mort Russell sosteniendo un talón donde se leía se-acabaron-tus-preocupaciones, Emily casi se rompió la crisma cuando corrió a abrir.

Pero no era Mort Russell, era Luis. Hasta entonces los chicos habían existido para mí como una masa borrosa de perillas intercambiables, pero desde la fiesta los veía como entes independientes. En realidad solo eran tres. Ethan: grande, carnoso y con la cabeza afeitada; Curtis: rubio, algo calvo, rollizo y con la perilla menos atrevida de los

tres, fina y voladiza, como si se hubiera arrastrado debajo de una cama y recogido con la barbilla un montón de pelusa. Me parecía un tipo algo extraño, pero quizá solo fuera porque Ethan me había contado que en el instituto Curtis fue votado como el alumno «con más probabilidades de volverse loco en un edificio público con un arma automática».

Y, ante mis ojos, Luis. Limpio, guapo y... ¡educado! Había venido para darnos las gracias por la fiesta e invitarnos a cenar a su casa cuando quisiéramos. Aseguró ser un excelente cocinero por su ascendencia colombiana.

—Venid cuando os apetezca —dijo.

—De acuerdo. —Emily le acompañó bruscamente a la puerta.

—¿No quieres? —pregunté.

Me miró con los ojos en blanco.

—¿Bromeas?

Murmurando algo de que tenía treinta y tres tacos y no quince, cogió el teléfono y pasó con él varias horas ininterrumpidas, saltando de llamada a espera en llamada en espera, hablando sobre la presentación, sosteniendo la misma charla una y otra vez, conjeturando y, en realidad, no diciendo nada.

Yo hubiera podido ir a la playa o de compras retráctiles —había decidido devolver la falda tejana porque cuando me la probé en casa, me hacía las rodillas raras—, pero en cambio me quede viendo a un evangelista en la tele, vencida por mi ánimo apesadumbrado.

Pensé en Garv. Tenía muchas cosas buenas, pero también muchas malas. Harta de que jugaran al ping-pong en mi cabeza, cogí una libreta de Emily y las anoté.

Lista de las cosas buenas de Garv:

1. Comprender los cambios de moneda y las tramas de los *thrillers.*

2. Tener un culo precioso. Sobre todo con téjanos.

3. Pensar que soy la mujer más guapa del planeta. (Aunque probablemente ya no.)

4. Ver lo bueno de la gente. (Exceptuando a mi familia.)
5. Plancharse la ropa.
6. Llevarme a conciertos de jazz *y* demás para cultivarme.

Lista de las cosas malas de Garv:
1. Llevarme a conciertos de jazz y demás para cultivarme.
2. Amar el fútbol y estar orgulloso de mí porque cree que comprendo la regla del fuera de juego. (Lo cual es falso.)
3. Lo de la manta eléctrica, naturalmente.
4. Y esa manía con mi pelo.
5. No hablar conmigo sobre lo que es importante. Se que todos los hombres se niegan a hablar de lo que es importante y se encogen de hombros, «Claro que nos va bien», cuando un matrimonio de nueve años se está derrumbando, pero aun así eso me angustiaba.
6. Acostarse con otras mujeres.

Mi infantil lista no tuvo impacto alguno en mi estado de ánimo. Mi vida era un desastre. Mí futuro era un desastre. Y mi pasado era, decididamente, un desastre. Consciente de que el día iba camino de convertirse en una tortura, saqué una toalla al jardín, me estiré en una tumbona y, a los pocos segundos, estaba dormida.

Desperté atragantada por un chorro de agua —los aspersores se habían puesto en marcha— y regresé dentro para encontrar a Emily todavía al teléfono. Estaba recibiendo instrucciones de alguien.

—Sí, lo conozco. Es la manzana donde están todos los cirujanos plásticos, ¿cierto?

Colgó.

—¿Te apetece cenar fuera esta noche?

—¿Quien habrá? —pregunté con fingida indiferencia.

—Lara, Nadia, Justin, Desiree, tú y yo.

¿Y Troy?

—Tiene trabajo —respondió amablemente Emily, captando mi muda pregunta—. Tiene que ver a un productor. Y ya sabes cómo es Troy con su trabajo.

No lo sabía, pero qué más daba. Me llevé una decepción y Mort Russell seguía sin llamar. No obstante, mientras yo dormía había telefoneado Helen. Me conmovió su interés,

hasta que descubrí que solo quería hablar de surfistas sexies con Emily.

—¡Y no me creyó cuando le dije que no conocía a ninguno!

Camino de Beverly Hills presenciamos un pequeño altercado en un reducido centro comercial. La policía estaba arrestando a dos muchachos. Tenían las manos sobre el capó del coche patrulla y un agente les estaba cacheando mientras otro se disponía a esposarlos. Era la primera vez que veía una detención. Sentí esa ligera emoción de vivir al límite, emoción de la que enseguida me avergoncé.

El restaurante era, en su mayoría, al aire libre. Las mesas estaban dispuestas bajo un agradable toldo de rayas verdes y blancas, separadas de la calle por un enrejado blanco. Nadia y Lara nos esperaban en una mesa. Mientras Emily y yo nos abríamos paso hasta ellas, percibí algo extraño en el ambiente, pero no supe qué era hasta que llegó Justin, acompañado de Desiree.

—Muchas gracias, chicas —regañó a Lara y Nadia con los labios apretados y la voz chillona—. ¡Mira que invitarme a un restaurante de tortilleras! ¡Podrían lincharme!

Entonces comprendí qué tenía de extraño ese lugar. Toda la clientela era femenina. Justin constituía, literalmente, el único hombre. De pronto, la mirada descarada, los dos guiños y la amplia sonrisa que había recibido adquirieron sentido. Me inquieté. ¿Había hecho mal en devolver el guiño?

Nadia aseguró que la idea había sido suya.

—Me encanta este lugar. ¿No es supergenial?

—Supergenial —murmuró Justin, atormentado—. Comamos. —Mientras leía el menú iba lanzando miradas en derredor para indicar «solo soy un gordo prescindible, no tenéis nada que temer de mí», pero no conseguía relajarse.

Todos menos yo pidieron platos que o bien no estaban en la carta o había que retocar para adaptarlos a su gusto. Me disponía a hincar el tenedor en mi plato cuando mi mano se paralizó ante la visión de algo que nada tenía que ver con el resto del planeta. Una mujer con la cara y la cabeza totalmente vendadas caminaba por la acera acompañada de una chica. Cuando estuvieron cerca, oímos a la joven murmurar:

—Vigila, mamá, se acerca un escalón. Ahora dos más. Muy bien, ya hemos llegado al coche.

Se detuvieron frente a un todoterreno estacionado a unos metros de nuestra mesa. Observamos en silencio cómo la mujer, ciega y pasiva, esperaba a que le abrieran la puerta.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté, mareada—. Se diría que ha sufrido quemaduras.

Al instante me vi rodeada de sonrisas indulgentes. Hasta los ojos vidriosos de Desiree me miraron con benevolencia.

—Cirugía plástica —susurró Lara—. Parece que se ha estirado toda la cabeza.

—Con cuidado, mamá.

La joven guió suavemente a la mujer hasta el asiento del pasajero, pero esta no se agachó lo suficiente y se golpeó la cabeza contra el marco de la puerta. De la rendija de su boca salió un alarido y una espontánea mueca de dolor recorrió el restaurante. La clientela al completo había dejado de comer.

Finalmente la mujer subió al todoterreno. Mientras su hija se dirigía al lado del conductor, ella, inmóvil en el asiento, parecía *El regreso de la momia.* Yo debía cuidarme de dejar verde la cirugía plástica sabiendo lo de las tetas falsas de Lara, pero ¿qué debía de parecer esa cara bajo los vendajes? ¿Un bistec crudo? No pude evitar torcer el gesto.

—Me parece una barbaridad.

—¡Oye! —Lara me sacudió juguetonamente el brazo—. No te nos vayas a desmayar ahora. Ella está feliz. Pasará un par de días en la cama y luego dará una fiesta para celebrar su cara nueva.

—¿Y la hija? —No sabía muy bien qué quería decir con eso. Solo pensé que debía de ser muy duro para ella ver a su madre en semejante estado.

—¡No te preocupes por ella! —me tranquilizó Nadia—. Pronto estará bien. En Beverly Hills High les regalan la operación de nariz al cumplir los dieciséis.

—Oh.

—Mi nariz es operada —reveló con orgullo—. No lo hice solo por mí, sino porque quiero que mis hijos nazcan con una nariz preciosa.

Se hizo el silencio. Desiree hasta se bajó de la silla y se alejó trotando. Lara me sonrió, pero parecía mareada.

—¿Qué? ¿QUÉ? —Nadia había percibido algo raro en el ambiente y nos miraba de hito en hito—. ¿Qué he dicho?

Tras una pausa:

—Ah, ya lo entiendo. Es porque soy lesbiana. Creéis que las mujeres lesbianas no pueden tener hijos. Pero ¿en qué mundo vivís?

Capítulo 20

Había olvidado incluir algo en la lista de cosas malas de Garv, pero ¿qué era? ¿Guardar en la nevera los cartones de zumo de naranja vacíos? ¿Decir «efestivamente» en lugar de «efectivamente»? No era ninguna de esas cosas, sino:

7. Querer tener hijos cuando a mí me aterraba la idea.

Claire había dado en la llaga cuando comentó que los conejos daban casi tanto trabajo como los hijos. Era evidente que el cariño que Garv profesaba a Saltarina y Jinete guardaba relación con su deseo de tener hijos. Hasta un psicólogo aficionado que hubiera suspendido todos los exámenes a psicólogo aficionado lo habría deducido. Y yo, en cierto modo, lo sabía, si bien hacía lo posible por no enterarme.

Antes de casarnos, Garv y yo habíamos hablado del tema y decidido que, aunque los dos deseábamos tener hijos, también queríamos algunos años para nosotros. Yo me alegré porque a los veinticuatro años me sentía demasiado joven para ser madre (aun cuando sabía que había chicas de veinticuatro años con montones de hijos; la única explicación que se me ocurría era que no estaba lo bastante madura).

El caso es que —y yo habría sido la primera en admitirlo— el proceso de tener un hijo me parecía aterrador. Y no solo a mí. Casi todas mis amigas pensaban lo mismo y pasábamos muchas horas, perplejas, ante la idea de un parto natural. De vez en cuando alguien contaba la historia espantosa de alguna chica —una prima lejana, una compañera de trabajo, nadie como nosotras, ya me entiendes— que había tenido recientemente un bebe sin anestesia. O casos de mujeres normales, simpáticas, que llevaban meses apuntadas en la lista de epidurales pero que llegaron al hospital demasiado tarde y tuvieron un

bebé de cuatro kilos sin una mísera aspirina infantil que les aliviara mínimamente el sufrimiento. Tales conversaciones solían acabar bruscamente cuando alguien suplicaba: «¡Basta, voy a desmayarme!». Con todo, la tinta de mi certificado de matrimonio apenas se había secado cuando Garv y mis padres montaron una Vigilancia de Síntomas de Embarazo las veinticuatro horas del día. Los quesos sin pasteurizar desaparecían delante de mis narices. Si se me ocurría eructar (algo que jamás osaba hacer delante de los padres de Garv), provocaba una ola de complacidas cejas arqueadas. Si comía un mejillón en mal estado y me pasaba dos días tumbada en el suelo del cuarto de baño, prácticamente se ponían a tejer patucos. Sus expectativas me producían pavor y resentimiento. El simple hecho de que nunca me hubiera salido de la norma no significaba que, solo para complacerles, me pusiera a escupir bebés como si pelara guisantes.

—No pueden evitarlo —decía Garv—. Les pasa eso porque somos los primeros de ambas familias en pasar por la vicaría. Sígueles el rollo.

—¿Irá todo bien? —pregunté angustiada, asaltada por la imagen de mis suegros sujetándome contra el suelo e inseminándome con una jeringa para salsas.

—Todo irá bien —aseguró Garv.

—¿Todo?

—Todo.

—¿Todo, todo? —Ya sabes cómo una se pone a veces.

—Todo, todo.

Y le creí. Tenía la certeza de que los hijos eran una de esas cosas que pertenecían a un Momento Dado de Mi Futuro. Un cambio que se producía automáticamente con el paso del tiempo, como cuando de repente quieres sentarte en los pubs a pesar de que, durante años, haber permanecido de píe recibiendo empujones te había parecido aceptable e incluso divertido. A otra gente le había ocurrido. No veía por qué no debía ocurrirme a mí.

Llevábamos poco tiempo casados cuando nos mudamos a Chicago, y de pronto me vi estudiando por las noches y los dos trabajábamos un montón de horas para intentar subirnos al tren de nuestras respectivas profesiones. Tener hijos era entonces impensable. Apenas disponíamos de tiempo o energía para concebir a la pobre criatura y no digamos para criarla.

Entonces de Londres llegó una noticia sorprendente: Claire estaba embarazada. Por un lado lo vi como una bendición, ya que de ese modo mi madre tendría el tan deseado nieto y dejaría de presionarme. Pero por otro lo vi como una usurpación de mi puesto. Claire era la encargada de desesperar a mis padres; yo, la de complacerlos. De repente se pasaba los días vomitando y comiéndome el terreno de hija formal.

Claire había sido en nuestra época una juerguista empedernida. Por tanto, ¿qué le había inducido a querer tener un hijo? Se lo pregunté, esperando que confesara que James, su marido, había dicho que los hijos desgravaban (así era James). Sin embargo, solo alcanzó a decirme que «sentía que era el momento». Aquello me gustó: si una loca como Claire había sentido que era el momento, también a mí me llegaría el día en que sintiera que era el momento. Unos días antes de que Claire saliera de cuentas pasé una noche en Londres por motivos de trabajo. Hacía meses que no nos veíamos porque yo entonces vivía en Chicago, y cuando me recogió en la estación de metro, apenas la reconocí. Estaba enorme. Era la embarazada más embarazada que había visto en mi vida, y estaba orgullosa, ilusionada y deseosa de implicarme en todo el proceso. En cuanto llegamos a casa exclamó: «¡Mírame, estoy ENORME!». Se quitó la camiseta y me ofreció una vista frontal.

Por un lado yo me sentía feliz de verla feliz, pero cuando contemplaba su gigantesca barriga marcada de venas, me provocaba cierto pavor pensar que allí dentro

había un ser humano. Y aún más pavor me daba pensar que tenía que salir por un orificio para el que era claramente demasiado grande.

Me descubrí preguntándome en qué había estado pensando la madre naturaleza. El proceso de la gestación y el alumbramiento era una pésima idea, el equivalente biológico de un callejón sin salida.

No obstante, una de las ventajas de estar con una mujer embarazada era que tenía el piso lleno de comida. De comida de antojo: una vieja lata de galletas se había convertido en una cueva de Aladino repleta de barras de chocolate diferentes, y el congelador estaba atiborrado de helados.

Nos instalamos delante de la lata de galletas y nos hartamos (aquello nos llevó un buen rato). Luego nos tumbamos en la cama de Claire a ver la tele, pero antes Claire se quitó la camiseta. ¿Y por qué no? Era su casa. ¿Y por qué debería tener reparos en desnudarse delante de mí? Soy su hermana. Así y todo, mientras estiraba el cuello por encima de su hinchazón para poder ver la pantalla (dicho de otro modo, si hubiésemos estado viendo un programa con subtítulos, no habría entendido ni papa), trate de olvidar la colosal barriga que sobresalía de su cuerpo como el Ayers Rock. Deseé haber vivido en la época victoriana. El recato tenía su parte positiva.

—No debí comerme los dos últimos Bounty. La nena tiene hipo —dijo Claire con ternura.

Efectivamente, su barriga tenía pequeños espasmos ante mi atónita mirada.

—¿Quieres tocarla? —preguntó.

Si me hubiera preguntado si quería meter la mano en una trituradora, habría mostrado el mismo entusiasmo, o incluso más, pero no se me ocurría ninguna excusa para no hacerlo que no fuera ofensiva.

Alargué mi mano y dejé que Claire la guiara. Cuando la colocó sobre su estómago, sufrí una descarga en el brazo

que me alcanzó el pelo. Habría preferido sacarle los menudillos a un pavo.

Deslizó mi mano por encima de un bulto.

—¿Lo notas? Es la cabeza —explicó, y tuve que esforzarme para reprimir un gemido.

Luego, como si no tuviera suficiente, Claire anunció:

—Podría llegar en cualquier momento.

De mi frente empezaron a brotar gotas de sudor. «Esta noche no», recé. «Por favor, Dios, no dejes que llegue hoy.»

Claire siempre había jurado que si alguna vez tenía la «mala suerte» (palabras textuales) de tener que parir, empezaría a chutarse heroína en cuanto rompiera aguas. No obstante, cuando le pregunté qué medidas tenía preparadas para combatir los dolores de parto —¿petidina?, ¿epidural?, ¿heroína?—, meneó la cabeza y contestó:

—Ninguna. —El horror debió de reflejarse en mi cara, porque Claire soltó una carcajada—. Tener a esta niña es lo más emocionante que me ha pasado en la vida. Cuando dé a luz, quiero estar totalmente consciente.

Era evidente que Claire se había pasado al Lado Oscuro, lo que encontré extrañamente reconfortante. Si alguien como Claire podía pensar en un parto natural, había muchas esperanzas para una miedica como yo.

Sin embargo, al día siguiente ya me había levantado y vestido una hora antes de lo necesario, y ni siquiera el hechizo de la lata de galletas consiguió convencerme de que me quedara. Claire vagaba por el piso, dando bostezos y murmurando:

—Estoy a punto de reventar.

Finalmente me acompañó en coche hasta el metro y, al ver la estación, me embargó un profundo alivio. Antes de que el vehículo se detuviera, ya tenía la portezuela abierta y el tacón en la calzada echando chispas.

Mientras me apeaba de un salto, dije:

—Gracias por el chocolate y buena suerte con el dolor desgarrador de dar a luz. —No había querido decir eso.

Probé de nuevo—: Buena suerte con el parto.

Claire tuvo el bebé dos días después y por mucho que insistí, se negó a reconocer que le había dolido terriblemente. Fue en torno a esa época cuando me di cuenta de que había una suerte de conspiración en marcha. Cada vez que intentaba sonsacar a una madre los detalles sobre sus dolores de parto, se negaba a cooperar. Simplemente decía con voz dulce: «Supongo que duele un poco, pero después tienes un hijo. Un HIJO. Has creado una nueva vida. ¡Es milagroso!».

Confié en que el paso del tiempo acabara con mis miedos. Así pues, me dije que tendría un hijo a los treinta. Sospecho que, en parte, porque pensaba que los treinta estaban tan lejos que nunca llegarían.

Capítulo 21

—A medida que la crisis en Santa Mónica alcanza su segundo día... —Desperté con mi habitual y horrible sobresalto para oír la voz de Emily hablándose a sí misma —. El estado dentro de la casa es lamentable. La moral está baja entre los rehenes...

Deduje que Mort Russell no había llegado en medio de la noche con un contrato en el bolsillo.

Al poco de levantarme, alguien telefoneó. Alguien que hizo que Emily soltara risitas y jugara con su pelo mientras hablaba. Era Lou, el tipo que había conocido en la cena donde había tenido como cita al tipo que coleccionaba órganos.

—Esta noche salgo con él —me contó después de colgar —. Ha tardado casi dos semanas en llamar y no me ha avisado con antelación, pero no importa. Saldré con él, me acostaré con él y no volveré a saber de él. Eso —añadió con satisfacción— me hará olvidar el silencio de Mort Russell.

Yo estaba mirando por la ventana.

—¿Qué miras? —preguntó Emily.

—Curtis se ha quedado otra vez atascado en la ventanilla del coche.

Miré un rato más.

—Nos están llamando para que les ayudemos.

—¡Por los clavos de Cristo!

Después de rescatar a Curtis —esta vez intentaba salir del coche, no entrar—, regresamos a casa. Había planeado pasar la mañana en el centro comercial de Santa Mónica — la falda tejana seguía dando un aspecto raro a mis rodillas —, hasta que observé a Emily extraer un cargamento de productos de limpieza de debajo del fregadero y enfundarse unos guantes de goma. ¡Higiene doméstica! Como estaba alojada en su casa sin pagar alquiler, me sentí

obligada a ayudar, O por lo menos a ofrecer mi ayuda con la esperanza de que la rechazara. Para mi desilusión, dijo:

—Si no te importa, al suelo le iría bien un fregoteo.

En fin, no me irá mal un poco de ejercicio. Mientras llenaba un cubo con agua y limpiador de suelos, Emily suspiró:

—Gracias. Conchita viene el lunes y me gusta que se encuentre la casa limpia.

—¿Quien es Conchita?

—La mujer de la limpieza. Viene cada dos semanas. Se pone furiosa si la casa está sucia.

No me molesté en cuestionar semejante contradicción. No conozco a nadie que no limpie antes de que llegue su señora de la limpieza. Había empezado a fregar el parquet y estaba acumulando una buena y gratificante cantidad de sudor cuando la puerta se abrió y entró Troy.

—¡Mi suelo recién fregado! —protesté.

—¡Cielos, lo siento! —Rió, pero su actitud era urgente —. Adivina qué.

—¿Qué? —Emily había acudido a la sala.

—¡Cameron Myers!

Cameron Myers era un galán taquillero. Joven y guapo.

—¿Qué?

—¿Recuerdas que ayer noche me reuní con Ricky, el productor? Bueno, pues estoy en su casa y ¡aparece Cameron Myers! Resulta que él y Ricky son viejos amigos. Pero todavía no te he contado lo mejor. Le digo a Cameron mi nombre y me pregunta: «¿No dirigiste *Free Falling*?» —Rápida aclaración dirigida a mí—. Fue mi primera película, irlandesa. ¡Dijo que era una pasada!

Emily se puso histérica y yo trate de imitarla, pero Troy nos silenció.

—La cosa no queda ahí. Hoy es su cumpleaños y ha alquilado el ático del Freeman para celebrarlo con sus colegas esta noche. Y ahora viene lo bueno de verdad. ¡Me ha invitado! ¡Y me dijo que trajera a una amiga!

En mi interior creció la expectación. Note que mis hombros se tensaban y mi cuerpo avanzaba...

—¿Qué me dices, Emily? Podrías conocer a gente interesante. Lo siento, irlandesa. —Levantó los brazos con pesar—. Solo puedo llevar a una persona.

La sensación de derrota fue intensa, pero en un inesperado cambio de fortuna Emily negó con la cabeza.

—No puedo ir. Tengo una cita.

—¿Una cita? —Troy la miró fijamente. Luego soltó una risa de estupefacción, mostrando sus dientes perfectos—. ¿Quién es ese tipo por el que estás dispuesta a rechazar una fiesta de cumpleaños de Cameron Myers?

—Nadie especial, pero el mundo del cine me tiene quemada.

Troy la observó con curiosidad y Emily bajó la comisura de los labios a modo de disculpa.

—Puede que no sea lo bastante dura para esta ciudad.

Tras unos segundos de silencio, Troy dijo:

—O puede que solo necesites un descanso.

—Gracias —respondió Emily, aliviada—. ¿Por qué no te llevas a Maggie?

—¿Vendrías? —Troy me miró con asombro, incluso humildad, lo que a su vez me sorprendió y seguidamente me conmovió.

—Sí.

—¿Quieres decir que saldrías conmigo a solas?

Si vuelves a hacerme aquello en la pierna, solo que, naturalmente, no lo dije.

—¿Emily no te ha prevenido contra mí? —Troy estaba bromeando. Y flirteando—. No soy de fiar.

—Me arriesgaré —contesté, confiando en no sonar demasiado remilgada.

—Estupendo.

—¿Cómo es Cameron Myers? —pregunté.

—Mmmm... —Troy lo pensó un momento mientras dirigía la mirada al techo—. Déjame ver... ¿Cómo es

Cameron Myers? —El silencio se alargó un poco más y finalmente dijo—: ¡Bajo! Te recogeré a las ocho.

En cuanto la puerta se cerró, todas mis esperanzas y miedos quedaron concentrados en una frase:

—Necesito un lavado y marcado.

Pero no conocía la dirección de Dino. Y tampoco podía permitírmelo.

—Ve aquí al lado, a Reza —me aconsejó Emily—. Está como una cabra, pero es útil en casos de emergencia.

Corrí hasta el final de la calle, donde una pequeña peluquería aparecía emparedada entre Starbucks y una tienda de equipos de vigilancia. El salón estaba vacío salvo por una mujer de aspecto exótico y edad indeterminada. ¿La cabra Reza? Una melena muy teñida, muy negra, se agolpaba sobre sus omóplatos y en su arrugado pero rebosante escote descansaban numerosas cadenas doradas. Cuando le pregunté si tenía una hora libre, me lanzó una mirada encendida, como si la hubiera insultado. Luego me sorprendió con su respuesta.

—¡Ahora!

—Oh... genial.

—Soy Reza.

—Yo Maggie.

Le expliqué que quería un pelo suave, brillante y con cuerpo. Reza arrugó sus labios zarzamora y, con un acento extraño, declaró:

—Tienes un pelo muy malo. Muy... ¿gordo? —Haciendo amplios gestos, buscó la palabra justa.

—¿Grueso? —sugerí.

—¡Basto! —concluyó con aire triunfal—. Muy malo. Lo peor. Hay que trabajar mucho para conseguir que este pelo brille. ¡Pero soy fuerte! Excelente.

Me lavó el pelo con tal brío que me sorprendió que no me hubiera hecho sangre con las uñas.

—Manos fuertes —Sonrió macabramente y procedió a zarandearme la cabeza con la toalla.

Cuando puso en marcha el secador —haciéndome pensar, por alguna razón, en un leñador a punto de cortar un árbol con la tronzadora—, me preguntó de qué lugar olvidado de Dios provenía yo para haber heredado un pelo tan espantoso.

—Irlanda.

—¿Iowa?

—No, Irlanda. Un país de Europa.

—Europa —repitió con el mismo desdén que si hubiera dicho ¡puaj!

—¿Y de dónde eres tú?

—De Persia, pero no somos jodidos persas. Somos bahais. No nos metemos con la jodida política. Nosotros queremos a todo el mundo, ¡NO! —gritó a una chica que había asomado la cabeza por la puerta—. Hoy no. ¡Estamos llenos!

Hecha polvo, la chica desapareció y Reza, sin perder el hilo, se volvió hacia mí.

—Respetamos a todas las personas, ricas, pobres, blancas, negras. ¡Sostén tu estúpida cabeza! Qué pelo tan malo.

Durante la siguiente media hora mi oreja quedó en más de una ocasión totalmente pegada al hombro, mientras Reza arrancaba la basteza de mí pelo. Por fin, con la sensación de que me habían aporreado el cuello con una pelota de baloncesto, Reza apagó el secador y me giró hacia el espejo.

—¿Lo ves? —No podía ocultar su orgullo—. Es bueno. ¡Soy fuerte!

Mi pelo tenía buen aspecto. Salvo por el flequillo. Le había dado forma casi tubular, pero de nada me habría servido mencionarlo. Reza lo habría atribuido a mi pelo gordo y malo.

Llegó el delicado momento de pagar. Me pareció sorprendentemente cara. Quizá cobraba más a pelos tan horribles como el mío.

—Qué se le va a hacer —musité mientras sacaba la Visa.

—Jodidas tarjetas —murmuró con enérgico desprecio—. Solo efectivo.

Hubo más murmullos sobre el «jodido fisco», le pasé unos billetes y me marché.

Volví a casa apretándome el flequillo contra la frente, pero tuve la mala suerte de que me viera Ethan, que abrió una ventana y gritó:

—¡Oye, Maggie, tu flequillo tiene un aspecto muy raro!

A los pocos segundos los tres muchachos estaban en la calle examinándome.

—Pareces Joan Crawford —aseguró Curtís.

—Y tu perilla parece algodón de azúcar, solo que yo soy demasiado educada para decírtelo —contesté. Antes de horrorizarme por mi grosería, los tres estaban desternillándose de risa y Luis ya tenía un plan para ayudarme.

—Tienes que mantener el pelo aplastado. Entra.

Al parecer, una de las características de este extraño período pos Garv era mi incapacidad para negarme a hacer cosas que no quería hacer. Sin más, me descubrí entrando con ellos en su casa oscura y maloliente y dejando que Luis me colocara unas mallas en la cabeza con la cinturilla alrededor del flequillo. Lo único que le salvó fue que las mallas eran nuevas, recién salidas de su paquete original. Ethan me dijo que guardaban esas cosas en la casa por si alguno tenía suerte con una chica.

—Déjatelas puestas hasta que tengas que salir esta noche —me aconsejó Luis.

Les di las gracias —¿qué otra cosa podía hacer?— y me fui a casa con las perneras de las mallas bailando sobre mi espalda. Cuando entré, Emily levantó la vista y dijo:

—Santo Dios, Reza está cada día peor.

Y todavía sin noticias de Mort Russell. Emily dejó de escribir y, canturreando, erró por la casa sacando lustre a los espejos y arreglándose las uñas. De tanto en tanto rodeaba el teléfono y gritaba: «¡Suena, hijo de puta! ¡Suena, SUENA, SUENA!». Luego reanudaba el canturreo. Entretanto, yo me atormentaba pensando qué iba a ponerme para la fiesta y preguntándome si debía buscar algo en Santa Mónica, pero conocía demasiado bien la primera ley del consumo y sabía que sería inútil.

—¿Qué me dices de la falda tejana con bordados? —propuso Emily.

—No puedo. Hace que mis rodillas parezcan raras.

—No es cierto.

—Sí es cierto.

—Póntela para mí.

—Ven a mi cuarto.

Veintinueve segundos más tarde, una Emily estupefacta se vio obligada a admitir:

—Dios mío, es cierto. No entiendo por qué. Normalmente tus rodillas están bien. —Empezó a rebuscar en mi maleta mientras comentaba—: Esta falda es muy bonita. Ay, yo tengo esta camiseta en rosa. —Hizo una pausa y soltó un gemido—. Vaya, son preciosas. —Miré. Había encontrado mis sandalias turquesas y las estaba sacando de debajo de un montón de calcetines—. Preciosas. Y son nuevas. Mira, todavía tienen el precio puesto. ¿Por qué no las has estrenado aún?

—Porque estoy esperando la ocasión adecuada.

—Que, si no me equivoco, podría ser esta noche.

—¡Ah, no! —exclamé—. Esta noche no. —Consciente de su mirada interrogativa, me expliqué—. Son demasiado altas e incómodas. Esta noche quiero estar relajada.

Dudo que Emily me creyera, pero lo aceptó.

En una mutación de las leyes de la física, el día fue interminable y al mismo tiempo transcurrió demasiado deprisa. Cada segundo quedaba suspendido un largo rato en el aire, pero de repente dieron las cinco y media. Demasiado tarde para recibir noticias. Emily habló con David, que dijo que estaba claro que Hothouse se estaba tomando el guión muy en serio, que la demora indicaba que Mort lo estaba discutiendo con sus jefes. Emily, sin embargo, no se tranquilizó.

—No le dio suficiente bombo —dijo con tristeza—. Yo he visto qué ocurre cuando el proyecto sale adelante. El agente llama al directivo por la mañana y lo calienta tanto que a la hora de comer ya le ha sacado dos millones de dólares, muchas veces sin haberle mostrado siquiera el guión.

—No te creo.

—Te lo juro por Dios. Puedo darte cuatro ejemplos de estudios que pagaron fortunas sin haber leído ni una letra. El agente les había ofrecido un margen de una hora para hacer una oferta con derecho preferente. Todos los tratos se cerraron porque a los estudios les aterraba que otro les robara la oportunidad.

—¿Y si el guión es malo?

—A menudo lo es, pero para cuando el estudio descubre que ha pagado dos millones de dólares por un fiasco, ya es demasiado tarde. El escritor está bronceándose en el Caribe y trabajando en su siguiente proyecto.

—Es de locos.

—Es una ciudad de locos. En fin, será mejor que intente disfrutar de mi fin de semana —dijo Emily con sensatez, antes de hundir la cara en las manos y gritar—: ¡Mierda, no lo soporto más!

Al poco rato emergió con una sonrisa trémula.

—Un pequeño desahogo. Bueno, ¿dónde está mi estuche de pinturas? Ven, deja que te maquille.

—Tienes que prepararte para tu cita.

—Donde cabe una caben dos. Y no todas las noches vas a una fiesta de cumpleaños de una estrella de cine en el ático del hotel más fabuloso de Los Ángeles.

Visto de esa forma...

—Oye, ¿estás segura de que no quieres ir?

—Lo estoy. Tengo muchas posibilidades de comerme un rosco esta noche. Más vale pájaro en mano y todo eso. ¿Y tú estás segura de que quieres ir? No pareces muy entusiasmada.

Emily tenía razón. Ir a la fiesta de cumpleaños de Cameron Myers era un sueño hecho realidad y, sin embargo, no estaba tan contenta como lo habría estado en otros tiempos. Me avergoncé de mí misma. Últimamente, la única ocasión en que había estado cerca de sentir verdadero entusiasmo había sido en la presentación del guión de Emily, y empezaba a preguntarme si lo había malinterpretado.

—Parece que ahora mismo no soy muy capaz de divertirme. Todo, hasta lo más emocionante, me resulta un poco aburrido.

—Estás deprimida. Todo este asunto te ha afectado mucho. Es natural.

—La parte que más me apetece es la de salir con Troy —confesé.

—Es estupendo que le acompañes. De lo contrario es posible que se lo hubiera pedido a Kirsty.

—¡Esa zorra! —exclamé—. No te he contado lo que me dijo en la fiesta.

Relaté la historia mientras Emily hacía sus habituales acrobacias con el maquillaje y los pasadores. Acabé poniéndome el mismo vestido negro que había llevado en la fiesta de Dan González —no tenía otra cosa—, pero Emily me hizo algo con un pañuelo de gasa y dijo que mi aspecto era «muy Halston». Luego llegó el momento de la verdad: retiramos las mallas de mi cabeza y mi flequillo apareció tan llano como Holanda. Estaba en deuda con los chicos.

A las siete y media Emily salió claqueando por la puerta pero antes de largarse se detuvo y me miró:

—En el caso de que estuvieras pensando... en Troy, una palabra de advertencia. Teflón humano.

—Son dos palabras.

—Es maravilloso tenerlo a mano, pero... no se pega. Diviértete pero no esperes nada. ¿Prometido?

Lo prometí y enseguida olvidé que lo había prometido. Tenía que buscar la diversión donde pudiera encontrarla.

Capítulo 22

El Freeman era nuevo, el hotel más elegante en una ciudad repleta de hoteles elegantes. A duras penas conseguimos entrar en el ensordecedor vestíbulo, atestado como estaba de gente reuniéndose para una copa, esperando para cenar o tropezando con las esculturas. Todo el mundo, en su mayoría personal del hotel, era increíblemente atractivo. Tardamos mucho tiempo en conseguir que nos hicieran caso —como murmuró Troy, el personal no había sido contratado por su competencia—, pero finalmente nos condujeron a un ascensor especial custodiado por dos matones que nos registraron en busca de cámaras y grabadoras.

El ascensor nos llevó directamente a la última planta haciendo estragos en mi estómago ya revuelto. Cuando las puertas se abrieron directamente al ático, nos recibió un resplandor que casi me dejó ciega. Todo era blanco. Paredes blancas, moqueta blanca, mesas blancas y enormes sofás blancos de cuero. Se me erizaron los pelos cuando vi una cabeza rubia sin cuerpo florando por encima de un sofá, hasta que comprendí que era una chica con un mono de cuero blanco que se había fundido con el cuero blanco del sofá.

Troy y yo salimos del ascensor con recelo e intercambiamos una mirada nerviosa.

—¿Dónde está Cameron? —murmuró.

Miré en derredor. No había más de doce personas, pero jamás había visto tanta belleza junta. Era como entrar en un episodio de *Beverly Hills 90210, Sensación de vivir.* Las chicas mostraban mucha carne tersa y bronceada y los chicos lucían dientes perfectos y pelo bien recortado. Todos sonreían y sostenían copas de martini. ¿Qué demonios hago aquí?

Mi impresión se acentuó cuando nuestro recorrido por la sala aterrizó en Cameron Myers. Y he de decir que, pese a tener a medio gas la capacidad de entusiasmarme, sentí cierto vértigo, como si un avión hubiese pasado a tres centímetros de mi cabeza. Cameron estaba de rodillas delante de un agujero blanco cavado en la pared, una chimenea muy moderna.

—¡Hola! —saludó, levantándose al ver a Troy. Tengo que admitir que era mucho más bajo de lo que parecía en pantalla—. ¡Has venido!

—Feliz cumpleaños. Gracias por invitarnos. Esta es Maggie.

—Hola. —Mi cara se hallaba casi a la misma altura que el rostro perfecto y simétrico de Cameron Myers, el pelo rubio platino, los ojos azules y la piel tersa y uniformemente bronceada. Me resultaba casi tan familiar como cualquier miembro de mi familia, sin embargo...

Verás cuando lo cuente en casa. No me creerán.

Tras percatarme de que le estaba mirando fijamente, le planté delante cuatro orquídeas naranjas.

—Son para ti.

Cameron parecía sinceramente conmovido.

—¡Me has traído flores!

—Es tu cumpleaños. —Señalé la estancia—. Lamento que no sean blancas.

Sonrió con dulzura y tuve el deseo apremiante de metérmelo debajo del brazo, echar a correr y no detenerme hasta tenerlo bien guardado bajo llave en una jaula. Era monísimo, como un cachorrito.

—Hay bebidas en la cocina. Servíos lo que queráis.

—Yo iré a buscarlas —se ofreció Troy, y me dejó sola con Cameron Myers.

—Oye, ¿sabes cómo va esto? —Señaló con impotencia los troncos sintéticos que descansaban a sus pies.

—Pues... sí, es fácil.

—Me encanta el fuego, es muy acogedor. ¿Me ayudas? ¿Qué podía decir? Era julio. Estábamos en Los Ángeles. Fuera estábamos a veintisiete grados.

Pero era Cameron Myers y quería un fuego.

—Vale.

Una vez que la chimenea hubo prendido y Cameron se hubo marchado a pedir unos dulces, Troy me entregó un martini, murmuró «¿Qué te parece este lugar?» y me llevó de visita turística. Era enorme. La «sala de recibir» (como la llaman ellos) tenía por lo menos veinticinco metros de largo y había tres dormitorios enormes con tanto algodón blanco que hacía daño a los ojos. Había una cocina, un despacho, incontables cuartos de baño y, ¿puedes creerlo?, una sala de proyección. Todo eran colchas de cachemir blanco, cojines de ante blanco, jarrones de porcelana blancos. Probablemente era preferible que Emily no hubiera venido. Habría estado tentada de robar algo.

—¿Quién es toda esta gente? —susurré—. ¿Hay algún famoso?

—No creo. Todos son aspirantes, *maloques...*

—*¿Maloques?*

—Modelo-actriz-loquesea. ¡Mira esto! —Troy abrió una puerta que daba a un jardín.

—Uau.

Salimos al bochorno de la noche —mucho más calurosa que en las estancias interiores, donde había aire acondicionado— y al aire denso que se mezclaba con el olor a flores. Una bañera caliente lanzaba su vapor al cielo. Pero lo más impresionante era la vista.

—Esta noche no hay *smog* —observó Troy mientras, admirados, nos apoyábamos en la barandilla de la terraza. A nuestros pies había casas de estilo español, coches perfectamente aparcados, copas de palmeras y el intenso turquesa de las piscinas iluminadas. Las piscinas eran

como estrellas. Al principio solo vi una, luego reparé en otra y de repente, como brotando de la nada, había demasiadas para poder contarlas. Salpicaban aleatoriamente el paisaje hasta perderse en la distancia. Más allá de las calles circundantes, la megaciudad de Los Ángeles se desplegaba como una red de luces navideñas, una ciudad del futuro que se extendía a lo largo de kilómetros y kilómetros hasta diluirse en un horizonte eléctrico,

No alcanzaba a distinguir a ningún ser humano, pero estaban allí, incontables seres llenos de esperanzas atrapados en la red, como moscas en una telaraña infinita. Infinitesimalmente, sentí el peso colectivo de todos los sueños de esa malla lumínica: las chicas guapas sirviendo mesas mientras esperaban su gran oportunidad; los aspirantes a actores, escritores y directores llegados a este desierto regenerado desde los cuatro puntos del globo; cientos de miles de individuos confiando en que algún día estarían entre los pocos que lo conseguían. Qué anhelo, qué tenaz determinación. Imaginé que casi podía verla elevándose en el cielo de la noche como el vapor.

—¿Alucinante? —preguntó Troy.

—Aterrador.

—Lo sé. ¿Quieres sentarte?

Había un amplio surtido de sillas de mimbre y tumbonas de última generación con veinte inclinaciones diferentes, pero:

—Este es el nuestro. —Troy contemplaba con regocijo un mullido sofá-balancín suspendido de unas cuerdas que estaban sujetas a una viga por encima de nuestras cabezas.

Temí que las cuerdas no soportaran nuestro peso (bueno, mi peso. ¿Te imaginas qué vergüenza si, al subirme, los ganchos de la viga cedieran y el trasto entero se viniera abajo?). Pero poco a poco le cogí el gusto. Nos acurrucamos cada uno en un extremo del sofá. Nuestros pies casi se tocaban.

Mírate, pensé sorprendida de mí misma, balanceándote en esta noche calurosa, en la cima de una ciudad, bebiendo un martini con un hombre sexy, sexy, sexy.

Sí, ahora hablemos del hombre «sexy, sexy, sexy». Dicen que no eres consciente de lo triste que has estado hasta que vuelves a estar contenta. Y que no te das cuenta de lo mucho que no te ha gustado nadie hasta que vuelve a gustarte alguien. La elegancia natural de Troy, esos ojos verdosos, su proximidad, provocaban algo en mí que solo se me ocurría describir como buena disposición.

—Esto podría acabar gustándome —murmuró. Por el tono de su voz y su mirada de soslayo comprendí que no estaba hablando únicamente del montaje vista/copas heladas/balancín. Puede que haya llevado siempre una vida muy protegida, pero no soy una completa desgraciada.

—Yo también. —Mantuve el tono neutro.

—¿Estás segura? ¿De veras estás bien? Lo digo por lo de las llamadas acerca de tu marido.

—Estoy bien. —Bueno, por lo menos en este momento.

Troy asintió.

—Estupendo.

—Háblame de tu reunión de ayer.

Emily había insinuado que para Troy su trabajo era importante, así que quería conocerlo.

Me habló brevemente de los tres proyectos que estaba intentando realizar, de los reveses, de lo difícil que era encontrar financiación. Yo le animaba y compadecía en los momentos oportunos, pero era como si estuviéramos hablando en clave.

Ojalá me tocara. La piel de mi pierna casi se estremecía por el deseo de sentir su mano…

—¿Hay alguna Maggie por aquí? —Alguien había asomado la cabeza por la puerta—. Cameron te necesita. Se le ha apagado el fuego.

Roto el encanto, Troy puso cara de pena y dijo:

—Será mejor que entremos.

Una vez dentro comprobé que había llegado más gente, pero así y todo no éramos más de treinta. Cameron me hizo señas a través de la helada tundra y aulló:

—¡Ven, nena, *light my fire*!

—Señor —murmuré—, ¿qué nos hemos perdido?

Parecía que la juerga había subido de tono mientras estábamos en la terraza, pero en cuanto Troy y yo nos adueñamos de uno de los sofás blancos, me di cuenta de lo equivocada que estaba. El revuelo provocado por Cameron era lo más salvaje de la noche. Por lo que a fiestas se refería, esta era tremendamente comedida. Y por lo que a fiestas de estrellas de cine se refería, era una amarga decepción.

—Nadie ha sido abofeteado, no ha habido tomate en la bañera, nadie ha lanzado un televisor a la piscina —me lamenté. Y salvo por un par de porros enclenques que habían corrido por allí, no había un consumo de drogas obvio.

—¡Estás obsesionada, irlandesa!

Me encogí de hombros.

—Solo intento recuperar el tiempo perdido.

En torno a la chimenea, formando un nudo apretado, estaba la tripulación *90210* al completo. Todos parecían conocerse, y aunque fueron educados con Troy y conmigo, no se mostraron excesivamente simpáticos. Por una vez no me importó, pues Troy era la única persona con la que quería charlar. Terminó de hablarme de su trabajo mientras yo abría los ojos de par en par, me lamía los labios y miraba por debajo de mis pestañas. Entonces caí en la cuenta de que estaba bebiendo de un vaso vacío. Probablemente desde hacía un buen rato.

Troy se percató.

—¿Otro?

—Yo iré.

Atravesé la vasta explanada blanca hasta la cocina, pero justo al llegar me cerraron la puerta en las narices. Al

otro lado una chica susurró:

—¿Quieres que todo el mundo lo vea? ¿De dónde lo has sacado?

Mi mano se detuvo en el pomo cuando una voz masculina la tentó:

—¿Quieres un poco?

—¡No puedo! ¡Y tú tampoco deberías!

—Un poco no hace daño a nadie.

—Jesús, lo que hay que oír.

Me dio miedo entrar.

¿A qué alterador ilegal del ánimo se estaban entregando? ¿Cocaína? ¿Éxtasis? ¿Heroína? La curiosidad, no obstante, pudo más que yo. Abrí la puerta y encontré a la pareja inclinada furtivamente sobre una caja de helado de chocolate con doble crema. Levantaron la vista con cara de pasmo y la chica dijo:

—No es lo que parece.

Muerta de risa, regresé junto a Troy y, con la boca próxima a su oreja, le conté lo ocurrido.

—Increíble, ¿eh? —No podía dejar de sonreír. —Y que lo digas —sonrió él—. Esta fiesta es un poco rollo, ¿no crees? Venga, apura esa copa. Te llevaré a casa.

Las palabras salieron de mi boca antes de intuir siquiera que iba a decirlas.

—¿A casa de quién?

De inmediato bajé la mirada. Estaba temblando de esperanza, de miedo, de sorpresa por mi propia audacia.

—Maaaggie… —susurró Troy, y volví a levantar la vista.

Su expresión era de desconcierto. Sin duda estaba preguntándose si había oído mal, y entonces comprendió que no. Soltó una risa extraña.

—Dios mío. —Sonó casi cansado.

Con el corazón latiéndome con fuerza a causa de los nervios, le observé mientras se levantaba y me ofrecía el brazo.

—Vamos.

Capítulo 23

Una vez en el jeep, desvié la cara hacia la ventanilla porque no podía soportar mirarle y no tocarle. Él conducía en silencio, demasiado deprisa. Cuando quedamos atrapados en un semáforo en rojo, cometí el error de mirarle y al instante tuve su boca pegada a la mía.

Hasta ese momento no supe qué clase de beso esperar porque su boca era dura pero él era dulce. Sin embargo, me sorprendió la calidad del beso. Lo que me hizo pensar que era un experto besando no era solo mi falta de práctica. Besaba de forma juguetona, seductora y un poco lasciva.

Nos besamos a lo largo de tres cambios de luces. En aquel momento yo no era consciente, pero después comprendí el origen del fragor que había creído oír vagamente. Los bocinazos iracundos debieron de producirse cuando el semáforo se puso en verde y no nos movimos. La aceleración de motores significaba probablemente que nos estaban adelantando. El segundo estallido de bocinazos debió de producirse cuando el siguiente grupo frenó detrás de nosotros mientras estábamos en rojo y el semáforo volvió a cambiar.

No sé cómo pero volvimos a movernos, esta vez aún más deprisa, después aparcamos en una calle atestada de basura, Troy abrió una puerta de metal cubierta de pintadas y subimos por una escalera de cemento. Su apartamento era pequeño y estaba desordenado, lleno de libros y montones de manuscritos, luego nos tumbamos en su cama, frente a frente.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —murmuró mientras acariciaba la raya de mi pelo con el pulgar, haciende que me estremeciera.

Toda mi vida he sido prudente y he postergado los acontecimientos hasta tener la certeza de que hacía lo

debido. Ahora, sin embargo, la impaciencia me devoraba.

—Sí.

—Acabas de romper con tu marido...

No estaba interesada en jugar al escondite, en contenerme, en esperar a volverle loco. Quería esto y lo quería ya.

—Han pasado seis semanas. Y estaba roto desde hacía mucho antes. —Me faltaba el aire. No solo a causa del deseo, sino del temor a que me rechazara.

—No soy de fiar —susurró.

—Ya me lo has dicho. ¿Quieres que firme una cláusula de renuncia?

Rió. Tomé su mano y la puse sobre mi piel.

—Enséñame otra vez cómo llegar a tu apartamento desde Santa Mónica.

—Puedo hacer mucho más que eso.

Se quitó la camiseta y dejó al descubierto un torso fino y sin vello. Luego se quitó el resto de la ropa para mostrar un cuerpo nervudo, de caderas estrechas, dotado de esa piel aceitunada, perfecta. Si te digo que era el hombre más hermoso que había visto en mi vida probablemente estaría exagerando, pero puedes hacerte una idea.

Poco después empezó a quitarme el vestido y a decirme lo mucho que me deseaba.

Claire me había hablado de la primera vez que se acostó con alguien después de separarse de James, de lo nerviosa que estaba. Después de dejar a Garv, me había resultado imposible imaginarme con otro hombre, literalmente imposible. Sin embargo, era mucho más fácil de lo que había pensado.

—Eres preciosa —susurró al tiempo que desanudaba lentamente el pañuelo Halston del cuello y, con igual lentitud, me ataba un extremo a la muñeca y el otro al poste de la cama. ¡Cielos!

—No te muevas —ordenó, y se alejó un momento para... volver con unas cuerdas delgadas—. ¿Te parece bien? —

preguntó mientras ataba mí otra muñeca al otro poste de la cama.

—No lo sé. Nunca lo he hecho.

—Bueno, pues ya era hora. —Rió, y al momento estaba sosteniendo mi pie en una mano y atando una cuerda a mi tobillo, hasta que las cuatro extremidades estuvieron bien sujetas y yo quedé abierta sobre la cama.

Ahora sí tenía miedo. ¿Y si era un asesino en serie? ¿Y si tenía intención de torturarme y acabar con mi vida?

De pronto estaba deslizando lentamente la lengua por mi pierna, tomándose su tiempo, deteniéndose en mi rótula, y para cuando hubo alcanzado el muslo, yo había decidido que si era un asesino en serie, me daba igual. Arriba, arriba, pero nunca lo suficiente, luego atrás —casi me atraganto—, hasta que finalmente llegó a donde quería que llegara.

Había olvidado cuan fabuloso puede ser el sexo. Dicho de otro modo: hacía mucho tiempo que Garv y yo no hacíamos el amor en la mesa de la cocina (el hecho de que todavía estuviéramos esperando que nos la trajeran tampoco ayudaba, claro). Esto era placer puro, egoísta, todo para mí.

Los círculos fueron en aumento, el placer se intensificó, alcanzando ese dulzor casi insoportable, hasta llegar a la cima. Me estremecí, impotente, hasta que la explosión amainó y recuperé el sentido mientras luchaba por respirar.

—Eres muy bueno —dije medio riendo.

Él sonrió y, arrastrando las palabras, respondió:

—Practico mucho.

De pronto se arrodilló entre mis piernas con una erección impresionante, furiosa, columpiando la punta sobre mí, apartándola, entrando dos centímetros, saliendo, entrando un poco más adentro, otra vez fuera, y yo solo quería que me embistiera y me llenara. Pero en medio de esas sensaciones estaba la preocupación de la

anticoncepción. Lo último que necesitaba era quedar embarazada de Troy.

Entonces lo vi sacar un pequeño objeto de plástico del cajón y desplegar un condón con gesto ininterrumpido. Luego se hundió en mí y fue salvaje. Aunque tenía los brazos y las piernas atadas, mi espalda se arqueaba, mis caderas daban sacudidas y me volvía loca de deseo bajo su cuerpo. De pronto él gimió «Sí, sí». Más alto, cada vez más alto, y luego se estaba corriendo, los ojos cerrados, el rostro atormentado, la cabeza arqueada hacia atrás. En el momento del clímax, su cuerpo quedó paralizado y ya nada se movía salvo los espasmos en mi interior.

Súbitamente debilitado, se desplomó sobre mí, haciendo que nuestros pechos palpitaran juntos. Luego se apoyó sobre los codos y me miró con expresión divertida.

—Vaya —musitó—, esto te encanta, ¿verdad?

Me desató y la segunda vez nos lo tomamos con más calma, con mucha más calma. Los dos de costado, sin apenas movernos, unidos por la entrepierna, nos sumergimos en el otro con las acciones más delicadas. Le miré a los ojos y me olvidé de quien era.

El sol ya estaba asomando cuando nos dormimos. Poco después desperté y la luz amarilla de la mañana llenaba la habitación. Presa de pánico, volví la cabeza sobre la almohada y ahí estaba él. Despierto y mirándome. Se apretujó contra mí, me miró fijamente y dijo:

—Nuestra primera mañana juntos.

Su lento hablar hacía que todo sonara cómico, así que reí, luego introduje mis manos bajo la sábana hasta encontrar lo que quería —piel de terciopelo sobre hierro—, y resbalé cama abajo hasta alcanzarlo.

—Tu turno.

Insistió en devolverme el favor y, con un suspiro de pesar, dijo:

—Me encantaría hacer esto todo el día, pero tengo trabajo. Vamos, te llevaré a casa.

Al salir de su apartamento tropezamos con un grupo de turistas cargados de planos y Leicas, deambulando por las ruinosas calles con cara de pasmo. ¿No era Hollywood un lugar lleno de glamour? Mientras subíamos al jeep, nos observaron esperanzados, deseosos de que fuéramos famosos, y nos alejamos todavía con sus miradas fijas en nosotros.

Durante el trayecto a Santa Mónica ninguno habló. Yo tenía los ojos cerrados, sumergida en una gran sensación de bienestar. Luego la voz de Troy susurró:

—Despierta, irlandesa, hemos llegado.

Abrí los ojos. Estábamos delante de la casa de Emily y los tambores del Ritmo de la Vida salían en ese momento de casa de Mike y Charmaine para entrar en sus Mercedes y Lexus.

Me desperecé.

—Gracias por traerme, por la fiesta y, bueno, por todo.

—Ha sido un placer. —Troy deslizo una mano por debajo de mis cabellos hasta la nuca y me dio un beso fugaz.

—¡Llámame! —exclamé mientras saltaba del jeep.

—Por supuesto —aseguró, sonriendo—. Te escribiré cada día.

Capítulo 24

La soleada casa se hallaba en silencio. Emily aún no había vuelto. Estaba claro que también ella había tenido suerte. Por una vez no me importó estar sola, no me importó lo más mínimo. Me sentía feliz con mis muñecas y tobillos doloridos y el interior de los muslos anquilosado. De hecho, nunca me había sentido tan viva. Después de una ducha, donde contemplé alucinada el mordisco en la barriga, conduje hasta la playa para absorber algunos rayos. Me gustaba esta imagen de mí misma. Una mujer independiente conduciendo un descapotable, feliz con su propia compañía.

Apenas llevaba tumbada unos minutos cuando llegó Rudy cargado con sus helados.

—¿Dónde te habías metido? Estaba preocupado por ti —dijo.

—He estado muy ocupada —respondí—. ¿Tienes un tricolor?

Mientras me instalaba con mi helado bajo el sol cegador, me envolvió la imagen seductora de un nuevo comienzo. Aquel lugar lo tenía todo: un clima estupendo, una ubicación fantástica y una gente encantadora. Podía dejar atrás mi desastrosa vida en Irlanda, empezar de cero y, esta vez, hacerlo bien. Después de mi experiencia en Chicago, seguro que alguien me contrataría y me conseguiría un permiso de residencia. Tenía que haber miles de trabajos en los estudios para gente con experiencia en leyes.

Entonces abrí la puerta a una esperanza secreta y estimulante: quizá Troy llegara a formar parte de mi nueva vida. Me deleité imaginando un idilio feliz entre los dos, riendo mientras paseábamos por un mercado de fruta y verdura. En las películas las parejas que acaban de empezar pasan mucho tiempo deambulando entre

hortalizas y siempre consiguen acariciar insinuantemente una berenjena sin que el tendero les grite: «¡Se mira pero no se toca!». O el hombre logra arrancar de un puesto una fresa roja y jugosa e introducirla en la boca de la mujer sin que le detengan por robo.

Me sumergí en esos pensamientos la mayor parte de la tarde y solo los interrumpí cuando tuve que abandonar la playa porque necesitaba urgentemente ir al lavabo.

Una vez en casa, corrí al cuarto de baño y me sorprendió una sensación de escozor. Entonces recordé la causa y el escozor se tornó en placer. Ah, sí, claro.

Emily seguía fuera, pero había dejado un mensaje en el contestador. Había pasado el día con Lou y esta noche volverían a salir. No pasaría por casa. «Llámame al móvil si tienes algún problema. —Y de inmediato, como si se le acabara de ocurrir, añadió—: Puede que tú tampoco hayas vuelto. Probaré en casa de Troy.»

Ese era el único mensaje, al menos el único para mí. Había como diez mil mensajes para Emily. Justin y Connie, alguien llamada LaMorna, otro que se hacía llamar Dirk…

Fue entonces cuando empecé a asimilar las implicaciones del mensaje de Emily: iba a pasar la tarde sola. Bueno, podía llamar a Claire, me dije, pero recordé que en realidad no podía debido a la diferencia horaria. Vale, podía telefonear a Rachel a Nueva York y rematar mi feliz estado de mujer independiente yendo sola al cine. Poco convencida, pensé: ¡Sí! Qué buen plan. Luego me permití pensar en la idea que había estado pidiendo a voces tomar forma: a menos que Troy telefoneara, a menos que existiera la posibilidad de repetir la fantástica sesión de sexo de ayer y de esta mañana… De repente me hallé en un estado de furiosa excitación. Llamaron a la puerta y, esperanzada, levanté la vista. ¿Era posible que hubiese invocado a Troy? ¿Con un revólver en el bolsillo? No exactamente. Era Lara.

—¿Lista para madame Anoushka? —sonrió. Quedé inmóvil.

—¡Cielos, lo había olvidado por completo! —Madame Anoushka, la mujer que iba a salvarme de mis horrendas cejas. Tenía una cita con ella a las cinco y media—. Dame diez minutos —supliqué, y corrí a la ducha para quitarme la arena.

Tres minutos después, me estaba secando el cuerpo con una toalla y buscando algo que ponerme cuando Lara entró para charlar. Mientras localizaba un sujetador me pregunté, asustada, cómo iba a ponérmelo sin que ella me viera el pecho, pero tenía demasiada prisa para preocuparme por eso. Que lo vea. ¡No será el primero! ¿No me habían irritado siempre los hombres homofóbicos que actuaban como si cada hombre gay que conocían fuera a echárseles encima? ¿Y acaso no me estaba comportando del mismo modo?

En cualquier caso, ni por un momento pensé que Lara se me fuera a insinuar. Supongo que solo me preguntaba si estaba a la altura, si ella pensaba que mis cántaros eran bonitos.

En menos de nueve minutos ya estaba vestida. «Increíble», dijo Lara. Trepé a la camioneta y una vez más pusimos rumbo a Beverly Hills. ¡Caray, me pasaba el día allí! Por el camino Lara me preguntó por la fiesta de cumpleaños de Cameron Myers y le hablé del apartamento, la vista y la chimenea, pero no preguntó si había ocurrido algo con Troy y yo no supe cómo sacar el tema.

Madame Anoushka era una rusa blanca y fría que quedó conmocionada al ver el estado de mis cejas.

—Malo —declaró—, muy malo.

Tan malo que tuvo que sentarse un momento y exhalar un profundo suspiro. Luego se levantó y se enfrentó al reto.

—*Harremos* lo que podamos —dijo, mientras me untaba cera líquida en la cuenca del ojo. Su acento me recordaba a alguien y sentí una extraña nostalgia. Entonces lo recordé: Valya y Vladimir; Garv y sus listas de la compra. Sentí que en mi interior se abría una puerta que daba a un lugar con mucha corriente, hasta que Anoushka me arrancó la cera y el dolor diluyó mis recuerdos.

El proceso fue absurdamente desagradable. Cada vez que Anoushka me arrancaba un pelo sentía que me atacaban mil dardos. Los ojos me lloraban y me removía incómoda al borde de un estornudo. Entretanto, ella daba órdenes con su acento de Valya:

—*Pinsas* —ladraba como un cirujano—. Más *sera.*

Me reprimí el impulso de preguntarle sí tenía *mushos, mushos amorres.* Supuse que sí. Era una mujer muy guapa.

Después de lo que me parecieron siglos, la febril depilación pasó a mi otro ojo y fue aún peor que la primera. Recé para que terminara cuanto antes.

En un momento dado la actividad se paralizó —como la calma que acontece cuando todas las palomitas han reventado—, así que abrí los ojos y empecé a incorporarme. Anoushka, no obstante, me lo impidió.

—¡No!

Volví a tumbarme y cerré los ojos, pero seguía sin ocurrir nada. Al final abrí lentamente un ojo y me encontré a Anoushka observándome con suma atención.

—La parte más difícil es saber cuándo has terminado —dijo Lara con admiración—. Todos los grandes artistas lo dicen.

Durante los siguientes diez minutos Anoushka me arrancó un pelo del ojo derecho y ninguno del izquierdo. Luego le pareció apropiado declarar:

—*Finito!*

Cuando me senté y me miré en el espejo, tenía la nariz roja y los ojos legañosos, como si llevara una semana llorando. Me recordaba a alguien. ¿A quién? Ah, sí, a mí, el

febrero pasado, aunque desde luego mis cejas estaban divinas.

—Mejor que un *lifting* —aseguró Anoushka.

¿Dónde lo había oído antes? Y fue casi igual de caro.

Cuando regresamos a la camioneta, se produjo un cambio. Lara parecía súbitamente incómoda y su energía inundó el espacio.

—Tengo que decirte algo —anunció mientras me cogía de una mano. Me puse en guardia y contemplé sus ojos azules. Dios, aquí viene, ¡un beso bollero! Afiné los sentidos y noté que Lara olía a fresas, que sus piernas eran tan largas que el asiento del coche estaba totalmente echado hacia atrás... Colocó mi mano frente a su cara. ¿Iba a besarla? ¿Me besaría luego a mí?—. Lamento tener que decirte esto —musitó—, pero tienes unas uñas horribles. Es preciso que visites un salón de belleza.

Atónita, tardé unos instantes en darme cuenta de que me había devuelto la mano. Nada de morreo bollero. Solo otro fascículo de la misión de Lara de acicalarme al estilo de Los Ángeles.

—¿Te han hecho alguna vez la manicura?

—Por supuesto. —Me la hicieron cuando me casé, ¿no es cierto? Y yo diría que en alguna otra ocasión.

—Pero hace mucho tiempo, ¿verdad? Mira, hay un lugar en Santa Mónica, en la esquina de Andona con la Tercera, el Nail Heaven. Lo hacen chicas taiwanesas, ¡las mejores! Diles que vas de mi parte. —Esperé a que sacara su Palm Pilot y me pidiera hora, pero no lo hizo.

—¿No irás a reservarme hora? —pregunté, fingiendo indiferencia.

—Para las uñas no es necesario. ¡Estamos en un país civilizado! Oye, no me odias, ¿verdad?

—No.

—¡Buf! ¿Qué hacemos ahora? Podríamos tomar una copa o cenar en...

Antes de que lo decidiéramos sonó su teléfono móvil.

—Sí. —Posó su mirada en mí—. La tengo aquí.

¡Era Troy! ¡Me estaba buscando! ¡Quería más!

Pero no era él. Era Justin. Emily le había llamado para darle instrucciones de que cuidara de mí esta noche.

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntó Lara.

—¿No va Nadia esta noche?

—No.

Súbitamente tranquila, Lara puso en marcha el coche y nos dirigimos a casa de Justin, una minihacienda de tejados rojos con un montón de arcadas de estilo español y postigos de hierro forjado. Justin lucía una camisa hawaiana azul y verde que no había visto antes. Debía de tener centenares.

—Hola, ¿cómo estás? —pregunté.

—Muy enfadado —respondió con una voz más fina que nunca.

—¿Por qué, cariño? —inquirió Lara, preocupada.

—Hay un tipo al que no paran de darle papeles para los que yo sirvo. —Golpeó un ejemplar del *Daily Variety* con el dorso de la mano y nos enseñó una fotografía del tipo en cuestión. Se parecía tanto a Justin que podrían haber sido hermanos, pero el de la foto era un poco más gordo y mono, aunque su cara era aún más sosa que la de Justin—. Lo único que sé hacer es ser gordo y prescindible —dijo, totalmente abatido—. Si no puedo hacer eso, no tengo trabajo. Soy un completo perdedor.

Lara y yo le recordamos que daba unos masajes geniales en los pies y que era un cocinero excelente (según Lara). Finalmente se animó.

—Lo siento, chicas. Bueno, ¿qué hacemos? ¿Vamos al cine?

—Vale. —Ir al cine era una oportunidad idónea para comer un montón de chucherías a oscuras.

—¿Qué os parece *Flying Pigs*? —propuso Lara.

—No, su última película no me gustó nada —repuso Justin.

—¿Cuál? *¿Introspection?*

—No, *Washday Blues.*

—¿La hizo él?

Desconecté cuando se pusieron a hablar del pedigrí de las muchísimas películas que daban actualmente en Los Ángeles —he ahí mi queja de salir con gente que trabaja en la industria del cine: saben demasiado— y volví a conectar cuando finalmente nominaron a una candidata. Algo titulado *Seven Feet Under.*

—Una comedia negra —explicó Justin—. Dirigida por el tipo que hizo...

—Estupendo, lo que sea. —Me interesaba mucho más la bolsa de M&M's que iba a comerme mientras la viera.

Al salir de la casa reparé en el nombre que aparecía en el buzón.

—Thyme.

—¿Justin Thyme? Es un nombre genial. ¿Es tu...?

—No —se me adelantó—, no es mi verdadero apellido. Me lo inventé para intentar destacar por encima de los miles de cipos gordos y prescindibles que hay en esta ciudad.

El domingo por la mañana, estaba impaciente por que Emily regresara a casa... Y por que Troy me telefoneara.

¿Cuándo iba a decidirse? ¿Cuáles eran las reglas? Quizá era demasiado pronto. Había pasado menos de un día. Miré el reloj. Vale, algo más de un día. Nada, una menudencia.

Podía llamarle yo, claro. Eso era lo que hacía la gente, la gente normal como la que tenía que empezar a comportarme. Pero no tenía su teléfono.

Abrí un par de alacenas, no vi nada interesante y me senté a mirar el suelo, deseando que Emily llegara de su sexatón con Lou. Domingotitis, la misma estés donde estés.

Cuando el teléfono sonó, la tromba de adrenalina casi me paraliza el corazón. Hecha un manojo de nervios,

descolgué al segundo timbre, pero no era Troy, sino mi madre.

—¿Estás bien? —preguntó.

Asentí con la cabeza, demasiado decepcionada para poder hablar.

—¿Hace buen tiempo?

Reaccioné rápidamente.

—Muy bueno, muy bueno. —No quería que me presionara—. La gente es muy simpática y hace un día precioso.

—¿Hace sol?

—¿Sol? No has visto el sol hasta que has visto este lugar.

—Me encantaría un poco de sol —susurró mamá.

Tuve una sensación inquietante y empecé a recular.

—Aunque a veces la niebla lo cubre todo. Y siempre está el peligro de los terremotos.

—Aquí no ha dejado de llover desde el día que te marchaste. Yo preferiría un terremoto.

—Ja, ja, ja —reí, nerviosa. Cambié de tema, me despedí y volví a mirar el suelo.

Emily llegó a casa en torno a las dos. Lou la había bombardeado de amor todo el fin de semana: la había invitado a comidas fabulosas, había practicado *shiatsu* con ella y por la noche habían ido a Mulholland Drive a ver las luces de la ciudad, y él le había dicho que se lo contarían a sus nietos.

—El típico compromisófobo —resumió con regocijo.

—¿Qué?

—Los compromisófobos intiman mucho desde el primer momento y luego no vuelves a saber de ellos.

—Parece que te alegra.

—Me gusta saber que hay cosas con las que puedo contar. A menos que hablara en serio cuando dijo lo de los nietos —añadió con desdén—. ¡Eso sería aún peor!

No tuve que decirle que Mort Russell no había llamado. Emily había escuchado los mensajes varias veces.

—¿Y cómo estás tú? —preguntó.

¿Que cómo estaba? Troy aún no había llamado y una bola de ansiedad me oprimía el estómago. Con todo, ¿lo mío no eran las satisfacciones diferidas? Cuando finalmente apareciera, la espera habría merecido la pena.

—Te veo... diferente.

Dios mío, tan evidente era.

Emily me miró con aire pensativo.

—¡Tus cejas!

—Ah, sí, las cejas. Lara me llevó a madame Anoushka.

—Háblame de la fiesta de cumpleaños de Cameron Myers.

—Pues... —dije, incapaz de impedir que mi gozo se reflejara en mi expresión—, estuvo genial.

—Cuéntamelo todo. —De pronto su expresión cambió—. Joder. —Parecía conmocionada—. Te has acostado con Troy.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Nada —aseguró Emily—, nada. Vale —admitió al fin—. Me resulta un poco extraño. Durante nueve años has sido la esposa de Garv. De repente, llevas aquí... ¿cuánto?, menos de dos semanas y ya te estás acostando con otros hombres. Y nunca fuiste de las que se iban a la cama enseguida. Me costará acostumbrarme, eso es todo.

—Yo me he acostumbrado.

—Genial. —Emily hizo un claro esfuerzo por animarse y con una amplia sonrisa preguntó—: ¿Fue divertido?

—Divertido no es la palabra.

—Me alegro por ti.

Por un instante pensé que iba a decir algo más, pero calló.

Capítulo 25

Hace tres años, dos cosas que pensé que nunca ocurrirían ocurrieron. Llegó mi trigésimo cumpleaños y, tras cinco años en Chicago, Garv recibió la oferta de un ascenso en Dublín y decidimos regresar a Irlanda. Él se instaló en su nuevo cargo directivo, yo conseguí un contrato de seis meses en McDonnell Swindel y, sin más, ¡había llegado la hora de concebir bebés!

Pero, para mi gran desolación, todavía no me sentía «preparada». Aunque me encantaba estar de vuelta en Irlanda, echaba de menos Chicago. Además, adaptarme a mi nuevo trabajo me estaba resultando muy estresante. Odiaba la inseguridad de los contratos breves, pero era cuanto me habían ofrecido. Y no teníamos donde vivir. Habíamos esperado que nuestro regreso a la verde Erín fuera la tradicional llegada del irlandés que vuelve de las Américas tras haber hecho fortuna y se pone a repartir dinero. Por eso nos dejó perplejos descubrir que, durante nuestra ausencia, Irlanda había cometido la temeridad de salir al ruedo y crearse una economía propia.

Dublín estaba creciendo a una velocidad de vértigo y los precios de las viviendas se habían disparado. Nosotros regresamos en el momento cumbre, cuando la gente intercambiaba cajas de zapatos por varios millones de libras y si alguien se quedaba quieto demasiado tiempo, otro solicitaba un permiso de obras para construirle dieciséis pisos encima. Total, que en lugar de agenciarnos una mansión en el centro de la ciudad con lo obtenido por el apartamento de Chicago, tardamos cinco meses en alcanzar a comprarnos un casa en el barrio de Dean's Grange, a varios kilómetros del centro.

La casa había pertenecido a una anciana, de modo que la cocina y el cuarto de baño eran piezas de museo y las habitaciones pequeñas y oscuras. Así pues, concebimos

planes para modernizarla: cocina nueva, cuarto de baño nuevo, tabiques al suelo, focos en el techo y demás. La constructora Lord Lucan llegó, echó abajo la mayor parte de la casa y se marchó. Y cada día que la pila de escombros del «jardín» delantero pasaba desatendida, era un día más que yo no tenía que comenzar a engendrar bebés.

No obstante, la red empezaba a estrecharse. Justo antes de marcharnos de Chicago, la mayoría de las parejas que conocíamos tenía un hijo o iba a tenerlo, y apenas habíamos puesto los pies en Irlanda cuando observé que aquí andaban con la misma broma. A la semana de nuestro regreso, Shelley, la hermana de Garv, tuvo un hijo varón, Roñan. Garv y yo fuimos a verla al hospital, donde encontramos a Peter, el compañero de Shelley, enarbolando una botella de champán para celebrar el nacimiento de su primogénito.

—¡GARV! —exclamó cuando nos vio acercarnos por el pasillo—. ¡Garv, Garv, ven a ver el fruto de mi entrepierna! —Empujó la pelvis hacia delante con tal vigor que estuvo a punto de caer. Dando brincos entre las verdes paredes, agarró a Garv por la cabeza, tiró de él hasta la sala de los recién nacidos y gritó—: ¿No es un milagro? ¡Un milagro!

Yo estaba sufriendo por él, sobre todo cuando le pidieron que saliera de la sala porque estaba molestando a los demás padres. La escena conmovió a Garv.

Yo no había podido evitar observar que Garv adoraba a los niños. Y los niños a él. Sobre todo les gustaba despeinarle, tirarle de las gafas y meterle el dedo en el ojo. Si lloraban, Garv los abrazaba y les hablaba con dulzura, y ellos dejaban de llorar y le miraban maravillados. Entonces todo el mundo comentaba (salvo mi familia): «Será un padrazo».

Como era de esperar, Garv empezó a insinuar que nos reprodujéramos y maldije mi mala suerte. En otras relaciones eran las mujeres las que querían tener hijos, mientras los hombres hacían lo posible por zafarse. De

hecho, según el folclore popular (y las revistas femeninas), esta clase de hombres infestaba el paisaje como las minas terrestres.

Cada vez que Garv sacaba el tema, yo salía con alguna razón legítima por la que ahora no era un buen momento. Él, sin embargo, se percató de que mi renuencia no era temporal un fin de semana que cuidamos de Ronan. (Bueno, digo fin de semana pero en realidad solo fue la noche del sábado, el tiempo que Peter y Shelley osaron dejarlo solo. Y en esas veinticuatro horas telefonearon unas ochenta veces.)

Era la primera vez que cuidábamos de Ronan más de dos horas y no se nos daba nada mal alimentarlo, hacerle eructar, cambiarle los pañales y engatusarlo. Me divertía porque no tenía nada contra los bebés *per se*, solo contra la idea de tenerlos.

Cuando Ronan lloró un par de veces durante la noche, Garv se levantó sin protestar y, por la mañana, lo trajo a la cama y se lo sentó en el regazo, de cara a nosotros. Ronan reía y cuando Garv sostenía sus muñecas rollizas y le soplaba en la barriga, se desternillaba. Garv reía casi tanto como él, y con el torso desnudo y el cabello revuelto parecía el hombre dulce de aquel retrato del hombre y el bebé. Me asaltó una sensación de confuso anhelo tan intensa que casi me dolió físicamente.

Cuando Peter y Shelley vinieron para recoger a Ronan, nos preguntaron:

—¿Se ha portado bien?

—¿Bien? —dijo Garv—. ¡Ha sido genial! No queremos devolverlo.

—En ese caso tendréis que hacerle un primito —bromeó Shelley.

Rápida como un rayo, señalé las paredes desnudas.

—¿Cómo vamos a traer un hijo a esta casa en obras?

Rieron, yo reí y Garv rió, pero su risa no fue tan fuerte como la nuestra. Ya entonces sabía que me había excedido

en las excusas, y poco después llegaron los conejos.

El tiempo pasó y yo seguía sin sentirme «preparada». Una parte de mis miedos había desaparecido, sobre todo el del dolor al parto. Ahora conocía a suficientes mujeres con hijos para saber de primera mano que la experiencia era tolerable. No obstante, cuando oía historias de mujeres que habían tenido su primer hijo a los treinta y nueve, se me alegraba el día. Cuando poco después los periódicos recogieron el caso de una mujer de sesenta que había tenido un hijo mediante un proceso artificial, me alegré aún más.

Pero mucho antes de lo esperado llegó mi trigésimo primer cumpleaños y me entró el pánico: había dicho que tendría un hijo a los treinta y ahora era un año mayor. ¿Cuándo iba a sentir de lleno el instinto maternal? Se me estaba acabando el tiempo. Si no me daba prisa, me llegaría cuando tuviera la menopausia.

Como ya he dicho, Garv no es idiota. Finalmente me sentó con delicadeza —al tiempo que firmeza, porque puede ser firme cuando quiere— y me hizo hablar del tema, hablar de verdad en lugar de darle largas como había hecho durante los últimos doce meses.

—No estoy preparada —confesé—. Y no es por el dolor, eso ya no me preocupa tanto.

—Te conseguiremos la mejor epidural que el dinero pueda comprar. ¿Qué problema hay entonces?

—Mi trabajo.

Al pronunciarlo en voz alta me di cuenta del gran problema que suponía. Durante cinco años había trabajado duramente, tanto en Chicago como en Irlanda, y todavía estaba esperando obtener un puesto que me hiciera sentir «segura», un puesto lo bastante estable para poder tomarme un permiso de maternidad con la certeza de que recuperaría mi cargo y no tendría que preocuparme de que mis colegas me socavaran en mi ausencia y pisotearan mi

trabajo. Sin embargo, ya iba por mi tercer contrato temporal.

—Te darán el permiso de maternidad y...

—Pero ¿qué facilidades tendré para volver a entrar? ¿Y cómo afectará eso a mis posibilidades de ascenso? Si me tomo cuatro meses de permiso, ¿cómo llegaré a ser como Frances?

—¿Para poder dormir debajo de la mesa y asearte en los lavabos como una vagabunda? Además, no pueden discriminarte por coger un permiso, va contra la ley.

Qué fácil era para él decirlo. No había oído a un socio de mi bufete (varón, naturalmente) quejarse de una mujer que estaba de baja por maternidad. «Si yo me hubiera cogido cuatro meses para navegar por el Mediterráneo y esperado que me siguieran pagando, se habrían reído en mi cara.»

A eso me enfrentaba, y aunque comparada con la de Garv mi profesión tenía menor envergadura, para mí era importante. Pese a agotarme y estresarme, en cierta medida me definía a través de ella.

—Vale. ¿Algo más?

—Sí. ¿Y si sale como una de mis hermanas? Como Rachel y las drogas. O Anna y la locura. O Claire y la rebeldía. Nunca sería capaz de controlarla y me rompería el corazón. —Hice una pausa—. Escúchame, estoy empezando a hablar como mi madre. En cualquier caso, soy demasiado irresponsable para tener un hijo.

Se echó a reír.

—¡Tú no tienes nada de irresponsable!

—¡Claro que sí! Tú y yo juntos —proseguí— lo pasamos muy bien. Podemos largarnos los fines de semana sin tener que planificarlo de antemano. ¡Piensa en Hunter y Cindy! —Unos amigos de Chicago que habían tenido un hijo y, de la noche a la mañana, la vida les había cambiado por completo. Antes de eso los cuatro solíamos hacer viajes juntos, pero luego estaban siempre cuidando de su bebé

llorón, mientras que Garv y yo nos íbamos a los lagos el fin de semana, sintiéndonos culpables y, al mismo tiempo, aliviados—. No podríamos dejar al bebé con Dermont como hacemos con Saltarina y Jinete. Y el papel de los padres nunca termina —advertí—, por lo menos hasta que los hijos son adultos, y puede que ni siquiera entonces.

—Vale, un hijo te provocaría dolor, te rompería el corazón, terminaría con tu profesión y destruiría tu vida social durante los próximos veinte años. Aparte de eso, ¿tienes alguna objeción?

—Sí.

—Cuéntamela.

—Te parecerá una estupidez.

—Cuéntamela de todos modos.

Me obligué a decirlo en alto.

—¿Y si... y si le ocurre algo? ¿Y si le pegan en el colegio? ¿Y si se muere? ¿Y si contrae meningitis? ¿Y si le atropellan? Le querríamos tanto que... ¿cómo podríamos soportarlo? Perdona mi locura —me apresuré a añadir.

Nunca había conocido a nadie que pensara así. Las amigas que se habían quedado embarazadas habían confesado algún que otro pesar, pero todos del tipo «He aquí nuestro último fin de semana romántico en los próximos tres años», o «Ahora estoy leyendo todo lo que puedo porque te es imposible concentrarte en un libro durante los dos primeros años. Simplemente se te va la cabeza».

Ninguna había manifestado los enfermizos recelos que expresaba yo. Lo más parecido que habían dicho era: «No me importa que sea niño o niña, solo que esté sano».

—Entiendo cómo te sientes —aseguró Garv, y yo sabía que era cierto—. Pero si pensáramos siempre así, nunca amaríamos a nadie.

Por un momento temí que me sugiriera ir al psicólogo, pero por supuesto no lo hizo. Es irlandés.

A diferencia de la mayoría de mis amigas, yo apenas había hecho terapia. Emily decía que era porque me aterraba lo que pudiera descubrir. Estaba de acuerdo con ella; le dije que me aterraba descubrir que había pagado cuarenta libras cada semana durante dos años para entretener a un desconocido con la historia de mi vida.

—¿Ves algo positivo a la idea de quedarte embarazada? —preguntó Garv.

Medité largo y tendido.

—Sí.

—¿Sí? —La ilusión que oí en su voz me hizo avergonzarme.

—El chocolate.

—¿El chocolate?

—Bueno, la comida en general. Podría comer cuanto me diera la gana sin sentirme culpable.

—En fin —dijo él con un profundo suspiro—, por algo se empieza.

Pasó otro año, cumplí los treinta y dos y seguía sin sentirme «preparada».

Bueno, en realidad me sentía más preparada que antes, pero no lo suficiente. Hasta que un día, con la sensación de estar entregándome tras muchos años de huida, me derrumbé. Sabía que tenía que hacerlo. Mi lucha interior me tenía agotada y sospechaba que las cosas entre Garv y yo se habían enrarecido desde la llegada de Saltarina y Jinete. Amaba a Garv y no quería que la situación empeorara.

Cuando me entregué, Garv casi estalló de felicidad.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—No quiero que te conviertas en una de esas mujeres que roba bebés en los supermercados —contesté.

—No lo lamentarás, te lo prometo —aseguró.

Y mientras yo sospechaba que probablemente lo lamentaría, mi resentimiento se diluyó al darme cuenta de que él no comprendía la envergadura de mí aprensión, que creía sinceramente que en cuanto me dejara embarazada todas mis inquietudes desaparecerían, arrastradas por una marea de estrógenos.

—¿Debería comprarme ese aparato que indica la temperatura del cuerpo? —pregunté.

Garv me miró sorprendido.

—¡No! ¿No podríamos simplemente.,.?

De modo que simplemente...

La primera vez que hacíamos el amor sin tomar precauciones. Tuve la impresión de haber saltado de un avión sin paracaídas, y aunque nos habían dicho que podíamos tardar entre seis meses y un año, enseguida empecé a vigilar mi cuerpo.

Pese a los riesgos corridos, fue inútil, y ni los dolorosos retortijones consiguieron minar mi alegría. Me relajé un poco. Había ganado otro mes. Quizá era de esas mujeres que tardaban un año entero.

No lo era. Concebí al segundo mes. Y lo supe en cuestión de minutos.

No es que empezara a pedir de inmediato bocadillos de mantequilla de cacahuete con calamares, pero notaba algo extraño, y cuando le cogí manía a los sándwiches de tocino, lechuga y tomate, no me quedó ninguna duda.

Claro que el mes anterior también había creído estarlo. Con el paso de los días, no obstante, quedó claro que no eran imaginaciones mías. Estaba encinta. ¿Que cómo podía estar tan segura? Quizá se debiera al hecho de que a partir de la ocho de la noche no conseguía retener ni el agua. O al hecho de que si alguien pasaba a menos de un metro de mis tetas me daban ganas de matarle. O al hecho de que estaba blanca como la tiza excepto cuando me ponía verde como la menta.

Todo me salía mal. Cuando Shelley estaba de cinco semanas, se fue de excursión a los Pirineos (¿que por qué?, eso mismo me pregunté yo), caminó quince agotadores kilómetros al día y en ningún momento se mareó. Claire había ignorado que estaba embarazada durante el primer mes y salía de juerga todos los días sin recurrir a un solo cubo.

Yo, en cambio, era la persona más enferma que había conocido en mi vida, y me resultaba especialmente difícil porque raras veces enfermaba. Tenía afectado hasta el cerebro. No podía pensar con claridad.

Para declararlo oficial me hice la prueba del embarazo y cuando la segunda línea rosa asomó a la superficie, Garv lloró, al estilo varonil de me-ha-entrado-algo-en-el-ojo. Yo también lloré, pero por otros motivos.

Pese a las náuseas, seguí trabajando —aunque solo Dios sabe de qué les servía en el despacho—, y lo único que me mantenía en movimiento era la visión de mi cama al final del día. Cuando llegaba a casa, casi llorando de alivio, me iba derecha al dormitorio. Si Garv había llegado ya, me abría la cama y yo solo tenía que deslizarme entre las sábanas. Luego se tumbaba a mí lado y yo le tomaba la mano y le decía lo mucho que le odiaba.

—Lo sé —canturreaba él— y no te culpo, pero te prometo que dentro de unas semanas te sentirás mejor.

—Sí —susurraba yo, agradecida—. Gracias. Entonces te mataré.

Tarde o temprano me incorporaba trabajosamente y Garv, que estaba bien adiestrado, preguntaba solícito:

—¿Palangana? —Y nos preparábamos para otra ronda de arcadas—. Ver el partido, beber una Bud —tarareaba Garv mientras yo vomitaba en la preciosa palangana fucsia que me había regalado para ese fin.

Transcurrido el primer mes, algo empezó a revelarse dentro de mí, una sensación tan desconocida que no podía ponerle nombre.

—¿Indigestión? —sugirió Garv—. ¿Gases?

—No... —dije—. Creo que podría ser... ilusión.

Garv volvió a llorar.

Llámalo hormonas, llámalo madre naturaleza, llámalo como quieras pero, para mi gran sorpresa, me descubrí queriendo ese bebé. A las siete semanas, cuando fuimos a la primera exploración, mi amor sencillamente explotó. La imagen granulosa mostraba algo diminuto, una mancha un poco más oscura que el resto de la pantalla, pero era nuestro bebé. Otro ser humano, nuevo y único. Lo habíamos creado nosotros y yo lo llevaba en mi interior.

—Es un milagro —susurré a Garv mientras lo examinábamos.

—Un milagro —convino solemnemente.

Deseosos de celebrarlo, nos tomamos el resto del día libre y fuimos a comer a un restaurante al que yo solía ir con clientes y que, por consiguiente, nunca era capaz de disfrutar. Logré meterme media pechuga de pollo sin devolver. Paseamos por la ciudad y Garv me convenció de que le dejara comprarme un bolso Tod (el que Helen ahora codicia). Era tan caro que yo nunca me lo habría comprado, ni siquiera con mi cuenta de Cosas Bonitas para Señoritas.

—La última vez que tendremos dinero para estas cosas —bromeó afablemente.

Luego le compré un disco compacto de un saxofonista que yo desconocía por completo pero que a él le encantaba.

—La última vez que podrás escuchar música —bromeé, también afablemente. Fue uno de los días más hermosos de mi vida.

Al día siguiente decidimos regalar Saltarina y Jinete a Dermont. Se había encariñado mucho con ellos y aunque nos entristecía perderlos, habíamos decidido que de todas formas habrían tenido que irse cuando el bebé naciera. Nos habían contado muchas historias de animales celosos que atacaban a recién nacidos, y aunque Saltarina y Jinete nunca habían dado muestras de maldad, ambos

opinábamos que no debíamos correr riesgos. Así pues, con lágrimas en los ojos, los dejamos en casa de Dermont, prometiéndoles que iríamos a verlos regularmente.

En torno a esa época otras cosas cambiaron. A mí nunca me había entusiasmado mi cuerpo. No lo odiaba tanto como para matarlo de hambre o rebanarlo, pero no me parecía nada del otro mundo. No obstante, con el embarazo se produjo un cambio profundo. De pronto me sentía madura, hermosa, poderosa y —aunque parezca extraño— útil. Hasta ese momento había visto mi matriz como el llavero de mi bolso Texier: no era decorativo ni útil, pero venía con el resto del paquete y tenía que aceptarlo.

Otra consecuencia del embarazo fue que me sentía felizmente normal. Durante mucho tiempo la falta de instinto maternal me había hecho creer que era casi un monstruo. Por primera vez en mucho tiempo me sentía en armonía con el resto del mundo.

Se supone que debes esperar doce semanas antes de anunciarlo a la gente y yo soy muy buena a la hora de guardar secretos, pero no en este caso. A la octava semana estábamos comunicando la noticia a nuestras familias, que se mostraron muy dichosas. Bueno, en su mayor parte.

—Te tenía por un *jaffa* —dijo fríamente Helen a Garv.

—¿Qué es un *jaffa*?

—Una naranja sin pepitas.

Garv seguía sin comprender, así que Helen se explicó.

—Pensaba que eras estéril. —Y añadió—: Cuando podía soportar pensar en ello.

Luego llamé a Emily, una de las pocas personas que había conocido mi resistencia a quedarme embarazada en toda su magnitud, y solo porque ella había compartido mi sentir. Emily era de esas mujeres que a la pregunta de si le gustaban los niños respondía: «¡Me encantan! Pero no podría con uno entero».

Le dije que llevaba ocho semanas de embarazo y cuando me preguntó si estaba contenta, me oí responder:

—Nunca había estado tan contenta en mi vida. Fui una tonta al esperar tanto tiempo.

Tras un largo silencio, escuché un sorbetón.

—¿Estás llorando? —pregunté con suspicacia.

—Me alegro tanto por ti —dijo Emily con voz trémula—. Es una noticia maravillosa.

Fue durante una visita rutinaria al cuarto de baño un sábado por la tarde cuando lo vi. No eran las pequeñas manchas de las que me habían hablado. Aquello era rojo y estaba por todas partes.

—Garv —dije, sorprendida de mi serenidad—. ¡Garv, creo que debemos ir al hospital!

Al llegar al coche decidí que quería conducir. Fui muy insistente, algo relacionado con el control, quizá. Y Garv, que raras veces pierde los estribos, gritó:

—¡CONDUZCO yo!

Recuerdo cada escena del trayecto hasta el hospital como una hiperrealidad. Las imágenes eran claras y definidas. Teníamos que cruzar la ciudad, pero estaba tan llena de compradores sabáticos que apenas conseguíamos avanzar. Tanto gentío me hizo sentirme sola en el mundo.

Al llegar al hospital, aparcamos en una plaza de ambulancia y hoy todavía podría describirte a la mujer del mostrador de admisiones. Me prometió que me examinarían lo antes posible y Garv y yo esperamos en sillas de plástico naranja atornilladas al suelo, sin hablar.

Cuando una enfermera vino a buscarme, Garv me prometió:

—Todo irá bien.

Se equivocaba.

Era un feto de nueve semanas, pero me sentía como si alguien que conocía hubiera muerto. Era demasiado pronto para saber el sexo, lo cual me hizo sentir aún peor.

Una pérdida compartida es más dura, creo. Podía dominar mi propio dolor, pero no el de Garv. Y había algo que tenía que decirle antes de que el sentimiento de culpa me devorara.

—Es culpa mía. Ha ocurrido porque no lo quería. Él o ella sabia que no era deseado.

—Pero tú lo deseabas.

—Al principio no.

Y Garv no respondió. Sabía que era cierto.

Capítulo 26

El domingo por la noche vino Lara.

—¿No sales con Nadia? —preguntó Emily.

—No, se ha decolorado el ano y no puede sentarse.

—¿Qué has dicho? —balbucí—. ¿El ano? ¿Decolorado?

—Es lo último en cirugía plástica —explicó Lara—. Muchas chicas lo hacen para embellecerlo.

—Como el que se blanquea los dientes —intervino Emily —. Solo que en lugar de los dientes es el ano.

—¡Os lo estáis inventando!

—¡No!

—Pero ¿quién se lo va a ver...? ¿Cuándo...? —me interrumpí.

Prefería no saberlo.

—Me he hecho un regalo. —Lara colocó una caja delante de nosotras.

—¡Muy bonito! —exclamó Emily—. ¿Qué es?

—Es mi nuevo identificador telefónico. Es tan sofisticado que casi puede decirme qué está pensando el que llama. ¡Escuchad las funciones!

Mientras Lara enumeraba todas las cosas que el aparato podía hacer pensé en Garv —los hombres y sus chismes— y me pregunté qué relación existía entre amar esos artilugios y querer sexo con las chicas.

Nos trasladamos con una botella de vino a las tumbonas del aromático jardín trasero, donde Lara intentó sonsacar a Emily detalles de su cita de treinta y seis horas con Lou. Emily, sin embargo, zanjó el tema con irritación.

—Lo pasé bien, pero no llamará. —Estaba mucho más interesada en analizar su situación laboral—. El nuevo guión que estoy escribiendo no va bien, así que si Mort Russell pasa de *Dinero plástico* el juego habrá terminado para mí. —Sopló sobre sus manos y palideció—. No tendré más opción que regresar a Irlanda.

Lara meneó la cabeza y comentó:

—He estado pensando en ello. Tiene que haber otros trabajos que puedas hacer.

—Por supuesto. Sé que buscan gente en Starbucks.

—Me refiero a trabajos de escritora. Por ejemplo, pulidora de guiones.

—¿Qué es eso? —pregunté a Emily.

—Cojo un guión infumable que está a punto de producirse, le doy coherencia, añado algunos chistes y convierto a los personajes en seres tridimensionales y atractivos. Me pagan una miseria y el reconocimiento es para otro. —Emily suspiró—. Me encantaría, pero en esta ciudad hay muchos escritores y todos buscamos los mismos trabajos. David dice que ha hecho lo posible por mí.

—Agentes, tangentes... Ha llegado la hora de que seas tú quien salga ahí afuera a venderse —aconsejó Lara.

—¡Ya lo hago!

—Has de hacer algo más que ponerte guapa y repartir tarjetas en las fiestas. Tienes que molestar a la gente. Siempre y cuando sea cierto que no quieres volver a Irlanda.

—No quiero.

—De acuerdo. Veré si puedo mover algún hilo, y también Troy. ¿Qué me dices de aquel tipo irlandés? Ya sabes, el que trabaja en Dark Star Productions. Shay nosequé. ¿Shay Mahoney?

—Shay Delaney. —Percibí la repentina incomodidad de Emily.

—Ese. Quizá tenga películas irlandesas malas que necesiten un repaso.

—Estoy segura de que tiene un montón de películas irlandesas malas a las que no les iría mal un repaso —dijo Emily—, pero no hay dinero para pagar ese trabajo.

—Nunca se sabe —repuso pensativamente Lara—. Llámale. Convéncele.

Emily soltó murmullos evasivos y yo respiré aliviada. No quería que le llamara.

—¡Basta de penas! —exclamó—. Tenemos que animarnos. Lara, ¿por qué no nos cuentas la historia de «yo estoy bien, tú estás bien»?—Se acurrucó en la tumbona como el niño que se prepara para el cuento de buenas noches—. Venga —insistió con la expresión de quien ya ha oído la historia muchas veces—. Llevaba siete años teniendo diecinueve años y la cosa empezaba a oler...

Lara respiró hondo y comenzó.

—De acuerdo. Llevaba siete años teniendo diecinueve años y la cosa empezaba a oler. Había sido la chica más guapa del instituto y hacía siete años que había llegado a Los Ángeles con la esperanza de ser la próxima Julia Roberts.

Emily repetía las palabras en silencio.

—Pero Los Ángeles estaba lleno de chicas que habían sido las más guapas del instituto y yo no era nada especial.

Me disponía a decirle que era muy especial, pero me interrumpió.

—Mira alrededor. Esta ciudad está llena de chicas monas. Están por todas partes y cada semana llegan mil más. ¿Te imaginas lo que es eso? En aquel entonces yo no lo sabía. El caso es que empecé a buscar trabajo, me di de narices contra un muro y terminé por hacer teatro de pago.

—¿Qué es eso?

—Producciones en las que pagas por un papel.

—¿Tú les pagas?

—Sí, porque siempre existe la posibilidad de que algún director célebre te vea, además de permitirte poner algo en el currículo. Después obtuve algunos papeles de figurante por los que sí me pagaban, y pensé que ya me hallaba en el camino a la fama. Entre obra y obra servía mesas y me hice las tetas y los labios.

—Se los agrandó —aclaró Emily—. Y un director de reparto le dijo que tenía que adelgazar cinco kilos.

—¿Se llamaba Kirsty? —pregunté con sarcasmo.

La historia de la vida de Lara quedó momentáneamente en suspenso mientras Emily despotricaba de Kirsty por decirme que necesitaba perder cinco kilos (había exagerado para que pareciera aún más bruja). Lara la calmó y Emily reanudó la narración.

—El director de reparto le dijo que adelgazara cinco kilos a pesar de que ya estaba como un fideo, de modo que Lara aumentó su ejercicio físico a cuatro horas diarias. Luego empezó a matarse de hambre y solo comía doce uvas y cinco galletas de arroz al día.

No la creí. Nadie podía sobrevivir con eso.

—Es cierto —confirmó Lara—. Siempre tenía hambre.

—A pesar de que tomabas pastillas —le recordó Emily.

—Es cierto. Conocía a todos los médicos que daban recetas falsas. Tomaba tanto *speed,* porque las pastillas de régimen no son más que eso, que siempre tenía la boca seca y el corazón acelerado...

—Y estaba permanentemente al borde del homicidio —añadió Emily.

—Era muy pobre e infeliz. De los siete días que tiene la semana, seis conseguía respetar el régimen. Pero, y era como la ruleta rusa porque nunca sabía qué recámara estaba cargada, un día me lo saltaba. Tres cajas de helado, medio kilo de chocolate, cuatro bolsas de galletas... y después me obligaba a vomitar.

—Bulimia —declaró Emily con gravedad—. Para lo que le sirvió.

—Cierto. En lugar de ascender a papeles con texto, hasta los papeles de figurante dejaron de llegarme. Dijeron que mi aspecto ya no estaba de moda, que las mujeres altas y rubias ya no se llevaban y ahora buscaban chicas desamparadas con aspecto de haber sido maltratadas de niñas.

Hizo una pausa y Emily prosiguió:

—Estuve en veintitrés audiciones seguidas sin recibir una sola llamada.

—Estuve en veintitrés audiciones seguidas sin recibir una sola llamada y llevaba dos años sin un trabajo de interpretación remunerado. Estaba sin blanca y cada día me hacía un poco mayor, el culo empezaba a colgarme, en mi cara comenzaban a asomar arrugas y cada semana mil chicas con diecinueve años de verdad bajaban del autobús y vendían por la ciudad sus cuerpos frescos de adolescentes. Me negué a volver a servir mesas, así que me acosté con un director que me prometió un papel. El papel nunca llegó. Estaba tan desesperada que luego me acosté con un escritor.

—¿Por que es peor acostarse con un escritor que con un director?

Emily y Lara se echaron a reír.

—Porque en Hollywood los escritores no tienen poder. Son las amebas de la cadena alimenticia de Hollywood, están incluso por debajo de los que sirven la comida en los platós.

—Luego —Lara se mordió el labio—, justo cuando creía que las cosas ya no podían ir peor, mi novia me dejó. Había descubierto que me había acostado con el director. No tenía trabajo, ni dinero, ni novia, ni respeto por mí misma, ni siquiera galletas de arroz. La larga y oscura hora del cóctel del alma. —Se echó a reír, pero añadió—: Fue horrible, te lo aseguro. El sueño había terminado, supe que estaba derrotada y eso me rompió el corazón. Me veía regresando en autobús a Portland y me sentí como el mayor fracaso de la historia del mundo. En fin, ya conoces mi sórdida vida de actriz.

—Al menos nunca hiciste una película porno —comenté para consolarla.

—Oh, sí la hice. —Lara me miró sorprendida—. Incluso la puse en mi currículo durante un tiempo.

—Pero vamos a la moraleja de la historia —insistió Emily—. No nos desviemos.

—La moraleja de la historia es que creía que nunca volvería a ser feliz —explicó Lara—. Tenía veintiséis años y nada a lo que agarrarme. Me había hecho cirugía plástica, había entregado varios años de mi vida, había agotado hasta la última gota de esperanza y no había conseguido nada. Me odiaba y deseaba morir.

—Intentó cortarse las venas —volvió a intervenir Emily.

—Pero ni siquiera eso me salió bien. ¿Sabías que debe hacerse a lo largo y no a lo ancho?

—Sí.

—Eres más lista que yo. El caso es que mí vida sí mejoró. Tomé la decisión de olvidarme de mis sueños porque me estaban matando y dejé de exigirme lo imposible. Cambié de actitud y decidí concentrarme en lo que tenía en lugar de concentrarme en lo que no tenía. Y, sobre todo, decidí que no iba a ser una amargada.

—Volviste al cole —dijo Emily.

—Volví al cole y dos días después de recibir el diploma me contrataron en una productora. De modo que, después de todo, había conseguido trabajar en el cine. Nunca había querido trabajar entre bastidores, siempre quise estar delante de la cámara, pero me aguanté. Y es cierto —continuó Lara— que de vez en cuando veo la cara de una chica en el monitor y deseo que fuera la mía. Pero la mayoría de las veces ni lo pienso. Me gusta mi trabajo, salvo en aquella ocasión en que casi me echaron por rechazar *Two Dead Men.* Me gustan las películas con las que trabajo y he madurado. Eso es todo.

—Me encanta esa historia—suspiró Emily—. Me hace pensar que me ocurra lo que me ocurra, saldré adelante. Y tú también, Maggie.

Nos sumimos en un silencio esperanzador y en ese momento reparé por primera vez en la conversación al otro

lado del seto. Las perillas también estaban tomando el fresco en el jardín. Uno de ellos dijo:

—... duro y como verde... —Lo que generó gemidos y varios «¡Jo, tío!»—. Como mear cuchillas de afeitar —prosiguió la voz. Más gemidos.

—Enfermedad venérea —susurró Emily con la cara iluminada de asco—. Chis, escuchad. Uno de ellos tiene una infección.

Obviamente seguimos escuchando y hablaron de mear fuego y de una visita al matasanos.

—¿Quién de ellos es? —preguntó Lara—. ¿Ethan? ¿Curtís?

—Apuesto a que es Ethan.

—No parece su voz.

—Y Curtís es demasiado raro. ¿Quién iba a acostarse con él?

—Nunca se sabe.

Escuchamos un poco más. Quienquiera que fuera, en su pito había una guerra y el médico había contribuido al dolor introduciéndole en el mismo una especie de paraguas cerrado que, acto seguido, ¡se abrió! Gritos de horror sacudieron la noche y yo misma empecé a marearme.

—No puede ser Luis —dije—. Es demasiado dulce.

—¿Quién entonces?

—Tengo que averiguarlo. —Emily acercó la tumbona al seto, se subió a ella y asomó la cabeza—. ¿Quién de vosotros es? ¿Luis? Me sorprendes.

Todavía de pie sobre la tumbona, se volvió hacia nosotras.

—Es Luis, y preguntan si queremos hacerles una visita. Están tomando chupitos de tequila. ¡Chicos, eso está muy bien!

Pese a su sarcasmo, Emily aceptó la invitación y Lara también. Yo, por mi parte, no tuve inconveniente. Casi todo lo que hacía en Los Ángeles era extraño y nuevo para mí, y este caso no era una excepción.

Mientras cruzábamos la casa en penumbra, me lleve un susto de muerte al ver una silueta de más de dos metros de altura en un rincón. Era un Darth Vader de cartón, la posesión más preciada de Curtis.

—También tengo un C-3PO y un traje de Chewbacca —alardeó—. Y tres pósters originales.

Mira que era raro. Para mofarme, dije:

—Así que eres un *treki.*

—*Guerra de las galaxias* —replicó horrorizado—. Nada de *Star Trek.* —Luego le oí murmurar entre dientes—: Chicas.

Habían sacado su viejo sofá floreado al jardín, donde ahora Luis estaba instalado con cierto aire de convaleciente. Sus manos flotaban sobre su entrepierna como si quisiera protegerla. O quizá lo hacía para espantar miradas curiosas: Emily, Lara y yo teníamos la mirada clavada en la zona infectada.

—Chicas, parece que tengáis rayos X en los ojos —espetó con nerviosismo.

—No lo dudes. —Lara le lanzó un guiño.

Ethan repartió chupitos de tequila y se detuvo delante de mí.

—Te veo diferente —dijo con aire pensativo.

—Se ha quitado las mallas de la cabeza —informó Luis.

—No, es algo más. —Se detuvo un instante para darle un codazo a Curtis y aullarle como una madre—: Levanta el culo del sofá y deja sentar a las señoritas. —Luego prosiguió con su examen—, ¿No te habrás... afeitado el bigote?

—Se ha hecho las cejas —le sopló Lara.

—¡Ah, será eso!

Y así comenzó una agradable velada que tocó a su fin cuando estalló una discusión sobre quién debía comerse el gusano que había en el fondo de la botella.

—¡Basta! —reprendí a Lara y Emily, que estaban rojas de tanto discutir—. La botella es de Ethan. Dejádselo a él.

Después nos fuimos a casa y dormimos a pierna suelta.

Capítulo 27

Me desperté y encontré a una mujer de metro cincuenta azotando un plumero por mi cuarto. Conchita, supuse.

—Lamento despertarla. —Sonrió.

—No se preocupe, ya estaba despierta —mentí mientras cogía mi ropa.

Emily estaba en la cocina, calzándose presurosamente las sandalias.

—Olvidé comprarle el desayuno a Conchita. Tengo que ir corriendo a Starbucks. Se niega a tocar el cuarto de baño si no le doy su dosis de azúcar.

—Yo iré —me ofrecí, todavía ansiosa por mantenerme activa.

—¿Estás segura? Gracias. ¡Oye! —exclamó cuando ya me iba—, no le compres nada que tenga plátano o arándanos.

Fuera se presentaba otro hermoso día para su inspección. Teniendo en cuenta que era un lunes por la mañana, el mundo estaba bañado de una luz amarilla triunfal y todo tenía la perfección de una postal: las preciosas casitas, las parcelas de césped de uniforme verdor, los pétalos aterciopelados de las flores.

En Starbucks compré un bollo de chocolate para cada una, aunque sabía que Emily iba a desmenuzarlo para luego afirmar que estaba llena. De regreso a casa pasé por delante del salón de Reza. Estaba dentro, tirando ferozmente del pelo de alguien. La saludé con una mano y ella me miró airadamente. ¡Como debía ser! Dios estaba en su cielo y el mundo seguía su debido curso.

No obstante, en cuanto entré en casa supe que algo malo había ocurrido. Emily estaba sentada en el borde del sofá, temblando, mientras Conchita la atendía.

—Han pasado —anunció Emily.

Por un instante pensé que hablaba de un examen o de una prueba de conducir. En mi país, «pasar» es una palabra positiva, lo contrario de «suspender».

—¿Quién ha pasado qué?

—Mort Russell, Hothouse, ha pasado de mi guión. David acaba de llamar.

Me quedé atónita. No podía ser. ¿Y lo de Julia y Cameron? ¿Y lo de las tres mil pantallas? Necesité unos segundos para comprender que nada de eso iba a hacerse realidad. ¡Cabrones embusteros!

Emily trataba de hiperventilarse respirando hondo y aunque temblaba como si llorara, tenía los ojos secos.

—¿Qué voy a hacer? Estoy jodida, estoy totalmente jodida. No tengo ni un centavo. ¡Dios mío, Dios mío!

Conchita extrajo un frasco del bolsillo de su delantal y dijo:

—Xanax, para calmarla.

Le indiqué con ambas manos que adelante, que no-hay-nada-como-el-presente.

—¿Puedo tomarme dos? —preguntó Emily.

—Claro.

Pero cuando Conchita volcó el frasco en la palma de su mano, se produjo una pequeña confusión y antes de que me diera cuenta Emily había agarrado no dos, sino cuatro Xanax.

—Lo siento —farfulló, después de tragárselos.

Conchita y yo nos miramos. ¿Quiénes éramos nosotras para impedírselo?

Me asaltó de nuevo la incredulidad.

—Pero estaban tan entusiasmados —dije—. Parecía un trato hecho.

—Así funcionan todos.

—¿Te han dicho por qué han pasado?

—Dijeron que no era lo que estaban buscando en este momento —explicó Emily—, pero desconozco la verdad. Probablemente no les gustaba.

—Chis —siseó Conchita, llevándose a Emily al pecho y acariciándole el pelo.

—Aun así... —empecé de nuevo mientras un montón de preguntas se agolpaban en mi mente, pero Conchita meneó firmemente la cabeza.

Las tres permanecimos sentadas en silencio mientras el día pasaba sin esperanza. Me sentía muy confusa. Todo había girado en torno al éxito de este proyecto, y aunque había tenido mis dudas, nunca consideré realmente la posibilidad de que no saliera adelante. ¿Qué iba a hacer Emily ahora? ¿Regresar a Irlanda conmigo? Yo no quería volver a casa y aún menos ahora. Ahora que Troy... Fue entonces cuando caí en la cuenta de que todavía no me había llamado. A menos que lo hubiera hecho mientras yo estaba comprando los bollos, y de ser así no era el momento de preguntarlo...

—Deberías acostarte —sugirió Conchita. Emily asintió, obediente. Conchita se volvió hacia mí—. Con cuatro Xanax dormirá hasta el miércoles.

Estaba a punto de pedirle un par de pastillas para mí cuando sonó el teléfono. Enseguida pensé en Troy, pero cuando contesté sonó la voz de una mujer.

—Llamada de David Crowe para Emily O'Keeffe.

—Ahora mismo no puede ponerse. —Sufre una crisis nerviosa—. Soy su ayudante. ¿Puedo ayudarla en algo?

Pero la mujer ya no estaba y al cabo de unos instantes oí la voz de David.

—¡Hola, Emily!

—Soy Maggie. Emily está algo disgustada.

—Lo sé, pero tengo buenas noticias para ella. Larry Savage, de los estudios Empire, echó un vistazo al guión. Quiere ver a Emily.

—Eso es estupendo. ¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Oh, qué lástima —repuse—. Ahora mismo no puede ser. Se ha tomado cuatro Xanax.

Una pausa. Una pausa poco cordial.

—Escúchame bien —dijo David sin un ápice de su habitual afabilidad—. Tiene que recuperarse de inmediato e ir al Empire. No podemos aplazar esta reunión. Ha de hacerse hoy, antes de que Larry descubra que Hothouse ha pasado, con o sin el Xanax de los cojones. Café, cocaína, me trae sin cuidado, pero que despierte. Y si ella no puede hacerlo, tendrás que hacerlo tú. Me estoy jugando el cuello.

La humedad había abandonado mi boca. La tenía tan seca como una moqueta. ¿Qué había sido de David Crowe, el príncipe encantador? Me dio miedo, verdadero miedo. Sonaba peligroso y vengativo. Enseguida comprendí qué estaba ocurriendo. Mediante alguna maquinación maquiavélica, David había hecho creer a Larry Savage que Mort Russell todavía estaba interesado en el guión. Aún existía una pequeña esperanza antes de que Larry descubriera que Mort había pasado. Si lo descubría, David estaba perdido. Y la última oportunidad de Emily se habría esfumado.

Por tanto, la presentación del guión debía hacerse hoy.

Me asomé al dormitorio de Emily. Estaba tumbada en la cama con los ojos cerrados y Conchita le acariciaba la frente. Era inútil preguntarle qué debíamos hacer. Y yo no tenía la más remota idea. Pensé en Lara. Quizá ella pudiera ayudarnos, aunque estuviera hasta las cejas de trabajo organizando el lanzamiento de una película titulada *Doves.* ¿Y Troy?

—¿Puedes darnos un par de horas? —Miré mi reloj. Eran las diez y veinte—. ¿Digamos que hasta las doce? —De ese modo Troy o Lara tendrían tiempo de llegar y hacerse cargo de la situación. Ellos sabrían qué hacer.

—No puedo daros ni cinco jodidos minutos —me espetó —. El tiempo pasa y en esta ciudad las noticias vuelan. Esta mañana o nunca. A mediodía todo habrá terminado.

Desesperada, traté de concentrarme y pensar inteligentemente. ¡Dios mío!

—Vale, vale... ¿Qué puedes decirme de Larry Savage?

—Larry, Larry, Larry... ¿Qué puedo decirte de Larry? —Oí un martilleo, como si David estuviera golpeándose los dientes con un bolígrafo—. Se rumorea que practica el sexo con animales. ¡Pero... es solo un rumor!

Reprimiendo la creciente frustración, pregunté:

—¿Alguna información sobre su carrera?

—Hace un par de años hizo *Fred*. ¿La recuerdas? ¿La del perro pastor inglés que impide el cierre de un circo?

La recordaba.

—¿La has visto?

—No. Ya tenía más de cinco años cuando salió.

—Qué graciosa. Pues miente, dile que te encantó.

—Vale. ¿Puedes indicarme cómo llegar al Empire?

Irritado, David me dio instrucciones y, por si acaso existía la posibilidad de que me tranquilizara, terminó la conversación diciendo:

—Esta es la última oportunidad de Emily. Asegúrate de que no la joda.

—Entendido. —Con el corazón en un puño, colgué y corrí junto a Emily, que, flotando en una nube rosa de Xanax, restó importancia al asunto.

—*Idé* mañana —dijo con voz soñolienta.

—Mañana será demasiado tarde. —Le expliqué la situación con voz nerviosa.

Por suerte, Conchita dio muestras de conocer los entresijos de Hollywood.

—Si ese hombre descubre que el otro ha pasado, se enfadará mucho. —Aupó a una Emily, perpleja.

—Emily, tienes que obligarte a vomitar —dije.

—¿Qué?

—Metete los dedos hasta la garganta y vomita. Tienes que sacar las pastillas.

Pese al embotamiento, me miró asqueada.

—Lo siento —repuse—, pero a grandes males grandes remedios.

Entre Conchita y yo la llevamos hasta el cuarto de baño, donde, pese a algunas arcadas sorprendentemente inhumanas, no logró expulsar el Xanax.

—Nunca *zeré* una *nena ulímica* —declaró desplomada sobre la taza, la frente perlada de sudor por el esfuerzo.

—Un último intento —la animé—. Solo uno más.

—Ale.

Pero aunque apretó hasta enrojecer y echarse a llorar, no sacó nada. ¿Qué iba a hacer con ella? Conchita decidió tomar las riendas.

—Emily, entra en la ducha. Y tú —me señaló—, prepara café. ¡Bien cargado!

Después de la ducha, la vestimos y tratamos de peinarla.

—Tienes buen aspecto —la animó Conchita.

Emily meneó la cabeza y declaró con pesar:

—Todo me *zale* mal.

—¿Por qué lo dices?

—Mi traje *eztá* en la *tontería,* no me han hecho *deiki,* mi pelo *ez* un *ezpecial* Jackson Five.

—No importa —aseguró Conchita, mientras le vertía en la boca una taza de café cargado—. ¡Tienes que presentar el guión, señorita!

En el momento de salir Conchita extrajo una botella diminuta de agua bendita y nos roció generosamente con ella. Una gota salpicó el rostro de Emily, que me miró desconcertada.

—Maggie, *¿ezto eztá ocudiendo* de verdad o lo *eztoy* soñando?

—Está ocurriendo —respondí mientras la arrastraba hasta mi coche y me preguntaba cómo demonios se llegaba al valle.

El viaje fue espantoso. El corazón me aporreaba las costillas y mis pulmones se negaban a respirar. No hay nada tan aterrador como las autopistas de Los Ángeles cuando no sabes adonde vas. Carriles y carriles de coches

agresivos por todos lados. Mi brazo derecho pedía a gritos ser rascado, pero ello implicaba el uso de ambas manos y, por tanto, dejar que el coche avanzara solo, de modo que tuve que contentarme con frotarlo contra el volante. Nada que ver. Para colmo, estaba intentando que Emily ensayara la presentación.

—La cámara enfoca un seno de pares...

—Bien —traté de animarla—. Bien. —Vi que se acercaba una salida y busqué algún letrero—. ¿Es esta nuestra salida? —¿Y cómo atravieso, los tres carriles de tráfico que me separan de ella?

Para cuando descubrí que en efecto era nuestra salida, Emily había dejado de hablar. Logré apartar los ojos de la carretera el tiempo suficiente para ver su mentón desplomado sobre el pecho y un fino hilo de baba camino del sur, hacia su segundo mejor traje. ¡Mierda! Justamente lo que necesitábamos, que se durmiera a media presentación.

La sacudí.

—Bebe café, por favor, intenta mantenerte despierta. ¡Te lo ruego!

—Dios mío, Maggie —farfulló—. Esto es una pesadilla.

Sentí mucha pena por Emily, pues sabía que comprendía la gravedad de la situación, pero simplemente no era capaz de controlarse.

—No puedo hacerlo —dijo.

—Sí puedes.

—No puedo. —De pronto intuí lo que se avecinaba—. ¿Lo harías tú?

—¿Qué? ¿La presentación?

—Sí.

¿Qué podía decir? Con temeraria resignación, contesté:

—Más vale que me refresques la memoria.

De pronto me hallé intentando recordar la presentación y al mismo tiempo concentrarme en la carretera. Tenía las

palmas tan húmedas que me resbalaban por el volante y todavía sentía que me faltaba el aire.

El día de hoy tendrá un fin, me dije. En algún momento este horrible día habrá terminado. Luego pasé a: algún día estaré muerta, en paz, y nada de esto importará.

Más por suerte que por buen criterio, finalmente llegamos a los estudios Empire. Era imposible no verlos. Sobre ambos postes de la verja de entrada había dos Fred, el perro pastor, de cuatro metros de altura cada uno.

Bajé la ventanilla y di nuestros nombres al guarda, que comprobó si estábamos en la lista.

—Bienvenidos a los estudios Empire.

—Qué perros tan bonitos —comenté, señalando los Fred con la cabeza.

—Ya —El hombre rió con picardía—. El tipo que los hizo odiaba el estudio. Cuando llueve, parece que estén meando. —Nos despidió con una sonrisa mientras agitaba una mano.

Los estudios Empire eran muy diferentes de los estudios Hothouse. Hothouse era acero y cristaleras hasta el techo, mientras que este estudio parecía construido en los años treinta: hileras de edificios blancos de dos plantas y sin pretensiones. Me recordaba a un campamento de verano.

Eso no significaba que Empire fuera menos poderoso o importante que Hothouse, solo que llevaba en este negocio más tiempo. La zona de recepción se hallaba cubierta de carteles de películas de enorme éxito, como en Hothouse. La única diferencia era que esta vez no me deslumbraron. Todo me parecía una farsa, y aunque las rodillas volvían a flaquearme, en esta ocasión era de miedo, no de emoción.

—Siéntense —ofreció la hermosa recepcionista de rigor.

—¿Estás bien? —susurré a Emily mientras obedecíamos.

—Sí, aunque tengo la impresión de estar soñando.

—Trata de mantenerte despierta —le supliqué.

—Lo intentaré.

Minutos más tarde vino a nuestro encuentro la ayudante de Larry Savage, una mujer de aspecto agradable llamada Michelle.

—Me encantó su guión —nos dijo cálidamente—. Me gustó de verdad.

Tuve que esforzarme para reprimir una mueca de desprecio.

—Por aquí, por favor. —Nos condujo bajo el sol hasta el chalet de Larry Savage.

Había visto a Larry Savage (fugazmente) en el Club House, y era tal como lo recordaba: el directivo fotorrobot de Hollywood. Tenía el bronceado, la dentadura radiante, el traje ligero de buen corte y, cómo no, un convincente discurso de gilipolleces. Me había vuelto muy cínica en muy poco tiempo.

Estaba hablando por teléfono cuando entramos.

—¡Me trae sin cuidado! —vociferó—. Primero a la gran pantalla y, si nadie se lo traga, directa a vídeo. —Una pausa de irritación y otro grito—. ¡Tu madre! —Colgó y se volvió hacia nosotras—. Actores... —masculló con una sonrisa triste.

—Lo sé. —Puse servilmente los ojos en blanco e hice las presentaciones.

—Bien, he leído su guión—comenzó.

Estuve apunto de alzar un brazo para protegernos de la avalancha de falsos cumplidos. Divertido, incisivo, estupendos diálogos... ¿No habíamos estado ya aquí?

—¡Lo detesto! —exclamó.

Un momento, eso sí que no lo esperaba. Me pregunté si iba a ser uno de esos «lo detesto tanto que quiero pagarles tres millones de dólares».

Por desgracia, no lo era.

—Lo detesto —repitió Larry—. ¡A mí me gustan los animales!

—Eso hemos oído —balbució Emily sobre mi espalda. Le pellizqué el brazo.

—*Fred, Babe, Beethoven...* eso sí son películas... —susurró Larry con aire nostálgico—. Pero el estudio está buscando algo ingenioso. —Abofeteó el guión ante mis narices—. Esto es muy ingenioso. —Consiguió decirlo con tristeza—. Es descarado, ágil, con ritmo. Pero se me ha ocurrido una idea. ¡No se la pierdan!

Asentimos con la cabeza. No porque hiciera falta, pues estaba decidido a contárnosla quisiéramos o no.

—Cuando las chicas de su película huyen, ¿qué les parece si su perrito se cuela en el maletero del coche y para cuando lo descubren ya es demasiado tarde para devolverlo a casa y, de hecho, se llevan una gran alegría? Luego él las avisa cuando llegan los guardabosques. Ya saben, las despierta tirando de las sábanas con los dientes. —De pronto, Larry se puso a hablar con voz de falsete—. «¿Qué te pasa, Chip? ¿Has tenido una pesadilla? Vuelve a dormirte, muchacho. ¿No quieres? ¿Crees que vienen los guardabosques? ¡Despierta Jessie, despierta!» —Recuperó su voz normal—. El perrito las saca del apuro. ¿Tiene alguna objeción? —ladró a Emily.

Emily negó con la cabeza.

—¡Fantástico! —exclamó Larry. De repente era todo sonrisas—. Estoy impaciente por trabajar con ustedes. Mi gente se pondrá en contacto con su gente.

Luego, con los brazos sobre nuestros hombros, nos devolvió al sol cegador.

Mientras Emily llegaba al coche dando bandazos, farfulló:

—¿He soñado esa parte?

—¿La parte del perro que las salva de los guardabosques?

—No, la parte donde dijo que su gente se pondría en contacto con mi gente.

—Lo dijo, lo dijo.

—Pero nadie dice eso en la vida real.

—Esto no es la vida real.

No fue hasta que subimos al coche que caímos en la cuenta de que no habíamos tenido que hacer la presentación.

—Después de tanto ensayar... —Reí—. Probablemente haya sido lo mejor.

—¿Cómo crees que ha ido? —preguntó Emily, atontada —. ¿Hay posibilidades de que me lo compre y me salve la vida?

Reflexioné sobre ello. No había dicho nada de luz verde, tres mil pantallas o grandes estrellas. Aunque Mort Russell sí lo había dicho y eso no había llevado a nada, de modo que a saber. Por otro lado, ¿estaba Emily dispuesta a reescribir su ingenioso y atractivo guión como *Chip, el perro prodigioso?*

Antes de que pudiera hablar, Emily ya se había dormido. Durmió durante todo el infernal trayecto a casa, por lo que nunca supo que tomé por error la Cuatrocientos cinco y recorrí medio camino a Tijuana, dejando atrás salidas a toda clase de barrios de alquileres bajos antes de conseguir dar la vuelta.

Una vez en Santa Mónica me fue imposible despertarla, de modo que tuve que ir a casa de las perillas y pedir a Ethan que me ayudara a meter a Emily en casa. Lo que fue casi igual de problemático porque me hizo cogerla por los brazos e insistió en agarrarla por los pies, y supe, simplemente lo supe, que era para mirar por debajo de la falda. Una vez que la arrojamos a la cama, Ethan sugirió esperanzado:

—Será mejor que le quitemos la ropa, no vaya a tener problemas para respirar.

—¡No! ¡Gracias, Ethan! ¡Adiós!

Quería deshacerme de él, ya que al entrar en casa había observado que el contestador contenía un mensaje. Tenía que ser de Troy.

Efectivamente, tras pulsar el botón de escucha, una voz varonil dijo con ternura: «Hola, nena—». Respiré aliviada. Un segundo más tarde mi alivio se tornó en amarga desilusión. No era Troy. Era Lou, el compromisófobo de Emily. ¿Por qué demonios la llamaba? Según había dicho Emily, nunca volvería a saber de él. Pero ahí estaba, llamándola «cara de muñeca» y proponiéndole ir al cine mañana por la noche.

De repente mis esperanzas se esfumaron corno el aire de una pelota de playa. Había estado hinchándome de fe, evitando las dudas, y ahora no tenía defensas. ¿Por qué no me había llamado Troy?

Era lunes por la tarde, casi por la noche. Le había visto por última vez el sábado por la mañana y había dicho que me llamaría. Bueno, le había pedido que me llamara y él no se había negado. Sin embargo, seguía sin saber de él. ¿Por qué?

Mis peores sospechas empezaron a multiplicarse como bacterias en una placa de petri. ¿Acaso tenía un cuerpo horrible? ¿Era aburrida? ¿No había sido buena en la cama? Llevaba tanto tiempo sin practicar que quizá estuve fatal y no me había dado cuenta. No obstante, me pareció que Troy había disfrutado. Aunque también me había parecido que a Mort Russell le había encantado el guión de Emily y no era cierto. ¿Era esta ciudad un enorme salón de espejos donde nada era lo que parecía?

Paralizada por la desesperación, solo alcanzaba a ver ante mí un futuro vacío. Claro que después del día que había tenido, cualquier persona se sentiría desanimada. Me esforcé por generar un poco de optimismo. Probablemente Troy se hallaba muy ocupado. Emily había dicho que estaba muy entregado a su trabajo. Además, la noche que pasamos juntos tuve la impresión de que yo le gustaba de veras. Nos divertimos. Seguro que me llama.

Medio convencida, desvié la atención al televisor y pasé varias horas catatónicas frente a él, demasiado cansada

hasta para comer.

Alrededor de las once oí ruido en la habitación de Emily. Finalmente se había despertado. Cuando entré, estaba sentada en la cama como una princesa.

—¿Sabes qué, Maggie? —Su sonrisa era de inquietud—. He tenido un sueño rarísimo.

Capítulo 28

El sueño de esa noche tuvo un sorprendente efecto en mí y desperté llena de pensamientos positivos. Troy iba a llamarme hoy, lo sabía.

Por una vez mi estado de ánimo coincidía con el tiempo. Desde mi llegada a Los Ángeles, la mayoría de las mañanas había despertado conmocionada al descubrir mi vida tan alterada. Hoy, sin embargo, mis expectativas estaban tan soleadas como los elementos.

Emily se hallaba en la cocina, meciendo un enorme ramo envuelto en celofán.

—Mira —dijo—, me las ha enviado Lou. ¿Qué pretenderá? —Estaba sinceramente perpleja—. Debe de ser una nueva mutación del síndrome de la compromisofobia. Sabían que empezábamos a ser resistentes a la Fantasía de una Noche, sabían que esperábamos no volver a saber de ellos y han tenido que aumentar la apuesta. Quiere que volvamos a salir esta noche. Bueno —añadió sonriendo—, quizá me considere más tonta de lo que parezco.

—¿No has pensado ni por un momento que puede ser sincero?

Firme negación de la cabeza.

—No, porque si hubiera dicho en serio lo de contárselo a nuestros nietos, sería espantoso. Para tener nietos primero has de tener hijos, y ya conoces mi opinión al… Oh, Maggie, lo siento.

—No pasa nada.

—No sé lo que me digo…

En ese momento sonó el teléfono y supe, con la misma certeza que uno y uno suman dos, que era Troy.

Era David. En fin, nunca he tenido grandes poderes psíquicos. Ese don había recaído en Anna. David volvía a ser todo dulzura y serenidad. No mencionó su ira del día anterior y, por supuesto, tampoco se disculpó.

—¡Oye, a Larry le habéis encantado!

—Qué extraño —repuse con tirantez—. Casi no abrimos la boca. ¿Ha descubierto que Mort Russell pasó?

—No lo sé, pero ¿a quién le importa ahora? Lo tenéis encandilado.

—¿No te dijo que quería convertir el guión en una película de animales?

—Detalles, detalles —me despachó alegremente David —. Tengo un gran presentimiento. Buenas noticias están al caer.

Cuando el teléfono volvió a sonar, dejé que Emily contestara. Luego lo lamenté porque esta vez sí era Troy.

El corazón me dio un vuelco casi doloroso y mi expectación fue en aumento mientras Emily relataba a Troy los dramáticos acontecimientos del día anterior.

—No es nada nuevo —exclamó—. Todavía estoy esperando a que el teléfono suene. La misma mierda pero diferente estudio.

Empecé a trajinar, esperando que Troy dejara de ser cortés con Emily y fuera al grano. Pero seguían hablando sin parar y me detuve. Medio agotada, me hundí en una butaca, hasta que por fin Emily empezó a hacer comentarios concluyentes. Me incorporé, alargué un brazo hacia el teléfono y Emily hizo algo insondable. Colgó. A cámara lenta, vi cómo su dedo se acercaba al botón rojo de desconexión y lo apretaba. Incrédula, con ojos desorbitados, la miré a ella y luego miré el teléfono, que debería estar conectado y, por alguna razón incomprensible, no lo estaba.

—¿Qué? —Emily me miró sin comprender.

—¿No preguntó... no quería hablar conmigo?

—No. —Luego añadió, sin apartar la vista de mí—: Mierda.

Mierda, exacto. El mensaje de Troy no podría haber sido más claro.

—Maggie, no me... —dijo Emily, y su patente congoja me humilló.

Sentía lástima de mí. Aunque me había compadecido por la ruptura de mi matrimonio, por una razón que no alcanzaba a comprender esta vez su compasión me dolía aún más.

—Maggie, no me di cuenta de que esperabas algo de él. —Emily estaba luchando con un dilema—. Hay algo que probablemente deberías saber. Cuando llamé el sábado a su casa, contestó Kirsty al teléfono.

—No tienes la certeza de que haya algo entre ellos. —Mi desafio era patético—. Y aunque lo hubiera, podría decidir que me prefiere a mí.

—Tienes razón.

El colmo.

—Creo que voy a tumbarme un rato.

—No, Maggie, por favor...

Cerré la puerta de mi habitación, corrí las cortinas que una hora antes había descorrido con tanto optimismo y me deslicé, vestida, entre las sábanas.

De modo que así son las cosas cuando estás soltera y vas por libre, me dije. No es que hubiera imaginado que Troy y yo acabaríamos juntos y que yo me quedaría en Los Ángeles y viviría feliz el resto de mi vida. Por lo menos no lo imaginé durante más de cinco segundos. Pero tampoco había esperado que fuera un rollo de una sola noche.

Al cabo de un rato Emily entró de puntillas.

—Lo siento mucho —susurró—. ¿Cómo te sientes?

—No lo sé.

—¿Humillada?

—Sí.

—¿Rechazada?

—Sí.

—¿Traicionada?

—Sí.

—¿No lo bastante buena?

—Sí.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Avergonzada de haberte abierto tan fácilmente?

Cerré los ojos. Cielos, ¿por qué tenía que ser tan gráfica?

—¿No estás avergonzada de haberte abierto tan fácilmente? —preguntó, atónita.

—Sí, avergonzada.

—Eso pensaba. Sabía que no habías cambiado tanto. ¿He olvidado algo?

¿Qué tal que echaba de menos a mi marido?, pensé, pero no lo dije. Ambas pérdidas se habían fusionado y su peso me aplastaba. Durante un rato, mientras estuve con Troy, había visto las estrellas. Ahora el brillo había caído del cielo y todo volvía a ser gris. Mientras estuve enganchada a Troy flirteé con otra vida, con ser otra persona.

Ahora volvía a ser yo y ansiaba regresar al cielo seguro del matrimonio, donde desaparecería esta humillación. Pero no podía llamar a Garv. Antes de conocer con certeza la existencia de la «otra chica» había pensado que siempre me quedaría esa opción si le añoraba demasiado. Ahora esa puerta estaba cerrada. Y en cualquier caso, querer volver junto a Garv porque otro hombre me había humillado no me parecía una razón válida.

—¿Tienes idea de por que... Troy me está haciendo esto?

—Sencillamente él es así —explicó Emily—. Le gustan las mujeres, pero está demasiado metido en su trabajo y no le interesa tener una relación.

No mencionó que ya me lo había advertido. Emily es buena en eso. Y en cualquier caso, él mismo me lo había advertido cuando dijo «No soy de fiar». Con todo, lo había dicho sonriendo y yo, como una tonta, había pensado que eso significaba que estaba bromeando.

—Debió dejarte en paz —agregó Emily—. Eres demasiado vulnerable.

—Demasiado idiota, dirás —balbucí, odiándome por ser tan ingenua e inexperta. Había caído en la más vieja de las trampas. Un hombre había sido tierno conmigo y yo había creído que significaba algo.

—No te flageles. Es normal, estás en pleno choque emocional. Estás sola por primera vez en muchos años y te sientes perdida. ¿Quién puede culparte por buscar otro hombre?

De repente me puse furiosa con Troy. Él y sus atenciones, su regaliz, sus cumplidos sobre mi pelo y el apodo de irlandesa. Y pensar que al principio me pareció feo, con esa cara tan larga y esa extraña boca. ¡Alguien con semejante nariz no tenía derecho a ir por ahí rompiendo corazones!

El sexo había sido tan fluido. Troy era un experto, tenía cinturón negro en montar. ¡Pero si hasta tenía cuerdas especiales! ¿Qué me decía eso de su entrega?

Me encogí al recordar la parte más humillante de todas. Pensar que le había pedido que... me llamara. ¿Tantos años escuchando a mis amigas solteras y no había aprendido nada? Nunca debes permitir que el otro sepa que quieres que te llame. Si él dice que te llamará, tienes que murmurar un «como quieras», como si te importara un bledo. Si algo no haces es lanzar el sombrero al aire y gritar «¡Vuelvo a ser feliz!». ¿No es curioso que todas conozcamos las reglas pero nunca pensemos que también van dirigidas a nosotras?

Estaba experimentado la ruptura de mi matrimonio al revés. Según el procedimiento habitual, primero te sientes fatal, luego un poco mejor, luego otro poco mejor y al final mucho mejor. Yo, sin embargo, cuanto más tiempo transcurría desde mi ruptura con Garv peor me sentía.

¿Cuánto tiempo tendría que pasar en este túnel oscuro antes de alcanzar el otro lado?

¿Cómo le iba a Garv con su vida de soltero? ¿Le estaba yendo mejor que a mí? ¿Era tan desgraciado como yo? Probablemente no. Era un hombre. Los hombres siempre encuentran estas cosas más fáciles. ¿Y quién era exactamente su novia? ¿Cuan seria era su relación? Estos atormentadores pensamientos, que llevaban un tiempo dormidos, habían despertado y me embestían con fuerza.

—Renuncio a los hombres —dije con amargura—. ¿Sabes en qué voy a convertirme?

—Oh, no —gimió Emily—. No lo digas porque alguien a quien conozco podría tomarte la palabra. Y en cualquier caso, te equivocas. Las lesbianas se lo montan tan mal como los hombres. Dicen que llamarán y luego no llaman. Te llevan a la cama y luego si te he visto no me acuerdo...

—No iba a decir lesbiana —la interrumpí—. Aunque es una idea.

—¡Nooo! —exclamó Emily, tapándose los ojos.

—Lo que iba a decir es que voy a convertirme en una de esas solteras fabulosas que siempre elogian su capacidad de elegir. —Fingí alegría—. Es GENIAL ser soltera porque puedo elegir en qué lado de la cama dormir. Puedo elegir con quién quiero pasar tiempo y con quién no. No tengo que perder tiempo con los ABURRIDOS familiares y los colegas de mi pareja. Nada de negociaciones ni concesiones. Será fantástico. Tendré un montón de amigos, un enorme bolso de Coach, pantalones de lino y un pelo con un corte bonito pero práctico. —De repente me había convertido en Sharon Stone—. O no —suspiré.

Quizá regresaría a casa de mis padres para convertirnos en la versión de nuestra calle de la familia Addams. Me dejaría crecer un bigote. Al final cedería a lo inevitable en la peluquería y pediría un corte de mamá irlandesa.

Quería volver a casa. Me sentía tan herida y avergonzada por el rechazo de Troy que quería poner por medio tantos kilómetros como me fuera posible. Durante un

tiempo el sol cegador de California había emborronado el contorno afilado de mi dolor, pero mis ojos ya se habían adaptado a él y ahora mi angustia era aquí tan severa como en Irlanda.

Como un calmante que va perdiendo efecto con el uso, Los Ángeles había dejado de funcionar para mí. Siempre sospeché que ocurriría, pero no esperaba que fuera tan pronto. Apenas llevaba aquí dos semanas y había planeado quedarme un mes. En fin. Era muy consciente de lo mucho que no pertenecía a este lugar. Pero ¿adonde pertenecía? En realidad, yo ya no tenía casa. Así y todo, tenía tanto a lo que enfrentarme en Irlanda que tarde o temprano debería hacer de tripas corazón y regresar. Y después de mi humillación a manos de Troy, quería ir al aeropuerto de inmediato.

Contemplé la maleta. Todavía no la había deshecho del todo, en parte porque no tenía espacio en el armario. No tardaría ni diez minutos en recoger mis cosas. La idea de verme subida a un avión era tan reconfortante como una tirita acolchada en una herida.

Pero ¿y Emily? ¿No sería una egoísta si la dejara sola en estos momentos de angustia? De mala gana, decidí que debía esperar hasta que tuviéramos noticias de Larry Savage. O compraba el guión y Emily se recuperaba, o pasaba y las aventuras de Emily en Lalaland se acababan.

En cualquier caso, lo sabríamos muy pronto.

Tomada la decisión, telefoneé a mis padres para decirles que volvería pronto. El mero acto me hizo sentir como si ya estuviera de camino.

Papá contestó con su pavor habitual.

—¿Cuál de ellas eres? Ah, Margaret. —Esperé que le venciera el gas tóxico que desprendía el teléfono, pero, para mi sorpresa, no le pasó el auricular a mi madre—. ¿Has estado en Disneylandia?—preguntó.

No, no había estado.

—Deberías ir, es una maravilla. Y tienen otros. Un lugar llamado Six Flags. Dicen que tiene la montaña rusa más alta del mundo.

—Piensa en tu cuello —repuse—. Y en cualquier caso, ¿cómo sabes lo del Six Flags?

—Lo leí en la red.

—¿Qué red?

—La red de internet.

—¿Qué haces tú utilizando internet? —No pude ocultar mi asombro. Asombro que rayó en la indignación.

—Helen nos conectó.

—Está todo el día enganchado —interrumpió la voz de mi madre desde el otro teléfono—. Navega por la red de internet mirando pornografía.

—¡No miro pornografía!

—No hay necesidad de gritar —dijo mamá—. Yo sé todo lo que pasa en esa red.

—No estoy gritando. Parece que grite porque estás en la planta de arriba. Y en la red hay otras cosas además de pornografía.

—¿Como qué?

—Planificación de viajes.

Una pausa. Luego pregunté con suspicacia:

—¿Vuelos?

—Sí, vuelos.

—¿A lugares con sol?

Tuve un presentimiento desagradable y decidí cortar por lo sano.

—Vuelvo a casa en los próximos días.

—¿En serio? —Exclamación aguda, irritada y perfectamente acompasada.

Tal como había sospechado. Bueno, con suerte eso les hará cambiar de parecer.

Más tarde comenté el asunto a Emily.

—Tengo el presentimiento de que mamá y papá están planeando venir unos días.

—No digas tonterías—repuso Emily.

—Hablo en serio.

—Yo también. ¿Crees que irían a algún sitio que no hubieran planeado con seis meses de antelación? Lo suyo no es la espontaneidad. Quiero decir que su idea de la precipitación es planear un fin de semana fuera para la próxima primavera.

Más tranquila, aparqué mis temores.

Con todo, no había contado con Helen y su obsesión por los surfistas, así que tres horas más tarde llegó la crisis.

—Reservamos los vuelos en la red de internet —me estaba explicando mamá—. No hay necesidad de ir a la agencia de viajes, simplemente introduces los datos y te muestran todas las opciones. Esta red es un gran invento.

—Pero yo quiero volver a casa.

—Pues no puedes —repuso dulcemente—. Te necesitamos para que nos pasees. ¿Qué puede importarte unos días más?

Maldita sea. Tuve que morderme un nudillo para no gritar de frustración.

—¿Dónde os alojaréis? —Y añadí rápidamente—: Aquí no hay sitio.

—Ni por un momento se nos ocurriría abusar —contestó mamá—. La madre de Emily me ha dado el nombre del hotel donde ella se alojó cuando fue a Los Ángeles. Está muy cerca de casa de Emily y dice que el personal es muy amable, que el desayuno está bien y que te dan cositas...

—¿Qué cositas? —pregunte cansinamente.

—Gorros de ducha, juegos de costura, el uso de un paraguas. Claro que no voy a necesitarlo. —De pronto pareció asustada—. Porque voy para escapar de la lluvia. Si

empieza a llover en Los Ángeles, me meteré en un manicomio y pasaré allí el resto de mis días.

—Bueno, ya sabes lo que dicen.

Una pausa recelosa.

—¿Que no debes poner mantequilla en una quemadura?

—Que nunca llueve en California.

—Bien.

—¡Diluvia!

Pero ni siquiera eso consiguió disuadirla.

—Llegan el martes —informé a una Emily perpleja.

—Santo Dios.

Capítulo 29

Me aferré al sueño como al borde de un precipicio. Poco a poco navegué hacia la conciencia hasta que ya solo me cubría un fino velo de modorra, pero aun así me negaba a despertar del todo. Fue el sonido del teléfono lo que finalmente me obligó a rendirme y enfrentarme al día.

Dios, cómo lo lamenté. Mi primer pensamiento fue para Troy y su humillante rechazo. Luego me dije que con la visita de mi familia estaba atrapada en Los Ángeles.

A menos... a menos que se hubieran hecho un lío con las reservas por internet. Cuantas más vueltas le daba más convencida estaba de que las posibilidades de que a) obtuvieran plazas en un vuelo que realmente existiera o b) reservaran plazas en un vuelo a Los Ángeles en lugar de, digamos, a Phnom Penh o Tierra del Fuego, eran ciertamente mínimas.

Empecé a animarme y cuando Emily llamó suavemente a mi puerta fui capaz de sonreírle. Hasta que me pasó el teléfono y susurró:

—Mamá Walsh.

Instantes después mis peores temores se confirmaban. Era un vuelo de American Airlines de Dublín totalmente honrado, y pensaban subirse a él.

—Me lo han confirmado esta mañana —dijo mamá, muy contenta. Hasta tenía un número de vuelo. De hecho, incluso había reservado los asientos y una comida vegetariana para Anna. Fue entonces cuando supe que Anna venía.

—¿Cuánto tiempo pensáis quedaros?

—Helen tiene que regresar para el maquillaje de la boda de Marie Fítzsimon, o sea, siete damas de honor, tres niñas con flores, la novia, la madre de la novia y la madre del novio, de modo que no podremos quedarnos las dos semanas enteras.

—¡Dos semanas! —Iba a tener que quedarme aquí y enfrentarme a Troy otras dos semanas. ¡Por los clavos de Cristo!

—Así que estaremos doce días. Espera, te paso a tu padre. Quiere saber si debe traerse las bermudas.

En cuanto colgué, la situación empeoró aún más. Emily quería tener una pequeña «charla» conmigo.

—Como ya sabes —comenzó con tirantez—, todavía no sé nada de Larry Savage y no tengo muchas esperanzas. Lara sugirió la otra noche... —enseguida supe por dónde iban los tiros— que buscara trabajo como pulidora de guiones.

No pude soportarlo más.

—Llámale —dije.

—Me aconsejó algunas personas, entre ellas... ¡Oh!, ¿lo dices en serio? ¿No te importa que llame a Shay Delaney?

—¿Por qué iba a importarme? —Ciertamente, ¿qué motivos tenía?

—Maggie, te lo ruego, sé sincera conmigo. Solo tienes que decirme que no y no me acercaré a él.

—Adelante.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Gracias, gracias. Necesito el trabajo desesperadamente y sé que lo vuestro fue hace mucho tiempo, pero la primera ruptura es la más dura, dicen, así que temía que te enfadaras conmigo y...

—No pasa nada —la interrumpí con excesiva brusquedad—. No pasa nada.

—No le llamaré —decidió de pronto Emily—. Siento habértelo preguntado, no debí hacerlo.

—¡Llámale, no me IMPORTA! —El grito quedó flotando en el aire, dejándonos perplejas a las dos. Respiré hondo y adopté un tono más razonable—. No me importa, te lo prometo. No me obligues a repetirlo.

—Pero...

—Basta.

—¿Estás segura?

—Sí.

—De acuerdo.

Esperaba que tardara unos días, pero le llamó al instante, así que me fui a mi habitación para escuchar ávidamente sin ser observada. No pudo hablar con él, pero le oí preguntar:

—¿Entonces está en la ciudad? —Observé que mis dedos empezaban a temblar, pero nada como el día que vi a Shay y después no puede abrirme la cremallera del anorak de papá. Emily deletreó su nombre a la persona con la que estaba hablando—. O'Keeffe. O-K-E-E-F-F-E, exacto, O'Keeffe. Es irlandés. Le agradecería que le dijera que me llame. Adiós.

Luego vino a buscarme.

—¿Maggie? No estaba.

—¿No estaba? —pregunté con naturalidad, como si no hubiera estado detrás de la puerta, amoratándome de tanto contener la respiración para poder oír bien.

—No, no estaba. ¿Qué te gustaría hacer hoy? —preguntó solícita—. Podríamos ir a la playa o dar un paseo en coche. ¿Qué te parece si comemos fuera?

—Tienes que trabajar.

—Puedo pasar.

No pude evitar sonreír.

—Estoy bien.

—Pero...

—¡Basta!

Era evidente que Emily no quería dejar el tema, pero por lo menos esta vez no me discutió.

—Trabaja —dije.

—De acuerdo.

Conectó su ordenador portátil y se puso a escribir. Yo encendí la tele con la esperanza de encontrar una válvula de escape similar y así comenzó otro día sin que alguien

comprara el guión de Emily. Empecé a tener la sensación de hallarme en una suerte de obra beckettiana y que iba a pasar el resto de mi vida atrapada en esta casa con Emily, esperando buenas noticias que nunca llegaban.

Al cabo de treinta minutos de *zapping* improductivo tenía los nervios a punto de estallar, así que decidí que necesitábamos comida y fui al supermercado.

El hombre harapiento estaba allí, como de costumbre, esta vez gritando algo sobre un tiroteo de la policía y héroes heridos. Yo debía de estar emitiendo señales que parecían sugerir «acaba conmigo» o algo así, porque en cuanto salí del coche, su rostro se iluminó, cruzó corriendo el aparcamiento y gritó «¡Bum!» en toda mi cara.

El corazón me dio un vuelco. Aunque Emily había dicho que era inofensivo, parecía fuera de control. Rodeándole a él, a sus ojos de maníaco y a su apestoso olor, eché a andar deprisa por el aparcamiento, tratando de evitar la afrenta de una carrera en toda regla. Para cuando alcancé el paraíso del supermercado refrigerado, estaba al borde de las lágrimas.

Luego me preocupó cómo regresar al coche sin que el hombre me abordara, así que cuando terminé de comprar, avergonzada de mi cobardía, pedí a un mozo que me acompañara. Y menos mal que lo hice, porque en cuanto cruzamos las puertas correderas el hombre harapiento me gritó, indignado:

—¡Creía que estabas sola!

—Es inofensivo —trató de tranquilizarme el chico, mientras agachábamos la cabeza y empujábamos el carro a toda pastilla por el aparcamiento.

—Ya. —Pero ya no me preocupaba mi integridad física, sino lo que el hombre había dicho: «Creía que estabas sola». Parecía casi premonitorio y me deprimió profundamente.

—Tenemos una visita —dijo Emily cuando entré en casa cargada de bolsas.

Supuse que era Ethan. Desde la noche que había dormido en el sofá era un huésped habitual bajo la impresión de ser bienvenido. Le gustaba presentarse en casa y ponerse a ver la tele.

Pero no era Ethan, era Mike y su vara purgadora.

—Hola, Maggie —me saludó—. Estoy limpiando un poco más de energía tóxica.

—Buen chico —dijo Emily—. Acaba con toda para que me lleguen buenas noticias del estudio.

—La cosa no funciona así. —Mike resopló por el esfuerzo—. Lo que significa es que ocurrirá lo que sea conveniente.

—Y lo conveniente es que compren mi guión por un millón de dólares.

—Ya te he dicho que tengas cuidado con lo que deseas —advirtió Mike con una sonrisa.

Cuando dejó el baile para descansar un poco, se volvió hacia mí.

—¿Y tú cómo estás, Maggie?

—Bien —dije con poco entusiasmo.

—¿Seguro?

—Mmmm.

Esbozó una amplia sonrisa y dijo:

—Cuando estás en un agujero oscuro, ¿sabes qué tienes que hacer?

Encogí los hombros.

—¿Qué?

—Alzar la cara a la luz.

Ignoraba qué quería decir con eso —no me va esa palabrería mística—, pero por segunda vez ese día tuve ganas de llorar.

—Sé bondadosa contigo misma—añadió.

—¿Cómo?

—Mímate. Sal a oler las flores o escuchar el mar.

—Ya.

—Tú sabrás qué necesitas. Quizá podrías meditar y escuchar tu propio silencio.

—Ah, vale.

—Chicas, si esta noche no tenéis ningún plan, ¿por qué no venís a casa? Hoy es una de nuestras noches para contar fábulas.

Emily y yo permanecimos mudas mientras buscábamos desesperadamente una excusa.

—¿Y en qué consisten esas noches? —pregunté. No se me ocurrió otra cosa.

—Gente hermosa viene a casa y contamos historias de nuestras diferentes culturas.

—Cuando hablas de gente hermosa —dijo Emily—, no te refieres a gente con gafas de sol de Gucci, pelo con mechas y una lancha en el puerto, ¿verdad?

Mike rió.

—Me refiero a gente hermosa por dentro.

—Eso me temía —repuso Emily—. En cualquier caso, invitarme a una noche de fábulas sería como invitar a un dentista a cenar y pedirle que hiciera un par de empastes entre plato y plato. Yo me paso el día contando historias, es mi trabajo.

Mike se encogió de hombros.

—Te entiendo.

Me calcé las babuchas.

—Me voy.

—¿Adonde?

—A alzar la cara a la luz y mirar tiendas. No entiendo cómo no se me ocurrió antes.

—¡Estupendo! —exclamó Emily—. Me alegro por ti.

Fui a Santa Mónica, donde pasé una tarde inesperadamente feliz paseando por la soleada Third Street Promenade, entrando y saliendo de las fabulosas tiendas de Aladino.

Había tanto movimiento que me alegré una vez más de estar en Los Ángeles. Un hombre me dio dos entradas para una proyección piloto de una película; vi a alguien que podría haber sido Sean Penn comprar un paquete de caramelos Live Savers; un hombre cubierto de pintura plateada de los pies a la cabeza hacía malabarismos con pelotas, también plateadas, mientras un pequeño equipo lo filmaba. El sol brillaba y en la tienda de la falda tejana que me hacía las rodillas raras me escucharon pacientemente.

—¿Por qué devuelve esta prenda? —preguntó la dependienta con el bolígrafo sobre un formulario (ah, sí, hay que llenar un formulario cuando devuelves cosas)—. Hace... las rodillas... raras —repitió al tiempo que escribía.

Luego fue a consultar con su jefe si el que hiciera las rodillas raras era razón suficiente para un reembolso o solo para un vale. Finalmente el jefe opinó que la prenda no podía considerarse defectuosa y solo merecía un vale.

Durante el resto de la tarde ni siquiera llevé a cabo mi habitual hazaña de comprar un montón de artículos equivocados. El dinero cambió de manos una sola vez: cuando compré dos pequeñas camisetas con una frase en cada una. La de Emily rezaba: «Quiero, quiero, quiero», y la mía «Los chicos son malos». Sintiéndome mucho mejor, llegué a casa y Emily aseguró estar enamorada de su nueva camiseta.

—Me la pondré esta noche. ¿Te apetece salir a tomar una copa más tarde?

—¿Contigo y con Lou?

—¿Lou? —repuso Emily con desdén—. Que se pierda con sus flores y sus llamadas. ¿Me toma por una idiota?

—Entonces, ¿quién habrá esta noche?

—Yo y Troy.

Conseguí soltar un breve y amargo:

—¡Ja!

—No seas así, te lo ruego. Troy se acuesta con todas y sigue siendo amigo de ellas.

—Está claro que soy una anticuada —repliqué.

—Por favor, ven con nosotros. —Emily era un nudo de angustia.

—¿Quién me invita? ¿Tú o él? ¡Y sé sincera!

—Los dos.

—¿Me mencionó en algún momento?

—Pues...

—¡No mientas!

—No, la verdad es que no.

Pese a lo dolida que estaba, fui capaz de ver el lado bueno. Si Troy tenía planeado evitarme durante el resto de mi estancia en Los Ángeles, eso reducía las posibilidades de sentirme humillada.

—Sal tú y diviértete. Has trabajado todo el día. Y antes de que vuelvas a preguntármelo, estoy bien.

Emily se marchó y aunque yo tenía numerosas invitaciones —la noche de las fábulas en la casa contigua o una versión de *La semilla del diablo* retocada digitalmente en la casa del otro lado— me instalé delante de la tele luciendo desafiantemente mi camiseta de «Los chicos son malos». Para pasar el rato, planeé mordaces humillaciones a Troy, incapaz de decidirme entre mantener un silencio digno o regañarle por su moral de gato callejero. Estaba disfrutando de lo lindo.

Llegó el telediario con una noticia del proceso de paz en Irlanda y me llevé un susto de muerte. Por un momento pensé que a la tele se le había ido el color. Todo era gris, sobre todo la tez de los políticos irlandeses, como si nunca hubieran visto el sol. Y en cuanto a los dientes...

Oh, no, había cruzado la línea invisible: ahora pensaba que la piel bronceada y la odontología prohibitiva era lo normal. Con un suspiro, reanudé mis conversaciones imaginarias con Troy.

Poco después un coche derrapó delante de casa, se abrió una portezuela y unos tacones martillearon la acera. Los seguí, preguntándome adonde iban, y los localicé justo

cuando irrumpían en la sala, transportando a una Lara despeinada y enloquecida.

—¿Dónde está Emily?

—Ha salido con Troy. ¿Qué ocurre?

—¡Oh, Dios!

—¿Una copa de vino? —sugerí.

Asintió y me siguió hasta la cocina.

—¿Qué ocurre? —pregunté de nuevo. ¿Le habían robado? ¿Había tenido un accidente?

—Es Nadia. Me llamó esta noche y en mi nuevo identificador telefónico su nombre apareció como «Señor y señora Hindel». ¿Puedes creerlo? ¡Señor y señora Hindel! Está casada. ¡La muy zorra está casada!

Serví el vino más deprisa y dije:

—Podría ser un error. Puede que haya estado casada y ahora esté separada.

—Qué va, si lo ha confesado todo. —Lara se vio en el espejo y gimió—. Caray, parezco un camino de carro. —Lo cierto es que había tenido días mejores. Su hermoso bronceado tenía ahora el color del champiñón—. Fue totalmente clara. Era una turista sexual teniendo una aventura. —Tras un suspiro doloroso, añadió—: Me estaba utilizando. —Y se echó a llorar de una forma contenida que generó un nudo en mi propia garganta—. Me gustaba mucho. —Sollozó como las mujeres sollozan por los hombres—. Duele lo mismo cuando se trata de una chica.

—Lo sé, lo sé. —Bueno, ahora lo sabía, ¿no?

—Pensaba que era alguien especial.

—Conocerás a otra. —Le acaricié el pelo.

—¡No!

—Calla, por supuesto que sí. Eres muy guapa.

—Me siento fatal.

—Ahora te sientes mal, pero se te pasará. No era la persona para ti.

—Tienes razón. —Con una sonrisa, declaró—: Me daré una semana para obsesionarme por ella y luego lo

superaré.

—Así me gusta —la animé.

—Gracias.

Con nuestras frentes casi tocándose, compartimos una triste mirada de no-podemos-vivir-con-ellos-no-podemos-pegarles-un-tiro, y de repente Lara me estaba tomando la cara entre sus manos y besándome dulcemente en los labios. Pese a mi estupefacción, noté que no me resultaba desagradable.

Por supuesto, ese fue el momento que Emily eligió para llegar a casa. Vi su conmoción asomar por la ventana antes de verle la cara. Con más premura de la habitual, irrumpió en casa y nos miró de hito en hito.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó.

—No te lo vas a creer.

Lara comenzó su retahila de desgracias.

Emily y yo escuchamos atentamente, pero sin apenas cruzar nuestras miradas. De hecho, no las cruzamos ni una sola vez. Ni siquiera nos hablamos hasta que comenté:

—Me voy a acostar. Necesito mis catorce horas de sueño.

Cuando me iba, Emily dijo:

—Troy te manda un saludo.

—¿De veras? Buenas noches.

Me fui a la cama, cerré los ojos y por primera vez no pensé en Garv.

Ni siquiera pensé en Troy.

Pensé en Lara.

Capítulo 30

Al día siguiente, durante el tiempo que transcurrió entre cortar los plátanos para mi batido y echarlos a la batidora, nos informaron de la salvación de Emily. ¡Larry Savage había comprado el guión!

Como es natural, Emily casi echó la casa abajo con sus gritos.

Y nada consiguió minar su alegría, ni la noticia de que Larry proponía pagarle el mínimo permitido por el gremio de escritores ni la condición de que reescribiera el guión para incluir al perro Chip.

—¡Estoy dispuesta a convertir todos los personajes en orangutanes si me lo pide! —aseguró Emily—. Siempre y cuando me pague.

—¿Cuánto será? —pregunté, también muy animada.

—El mínimo permitido por el gremio de escritores, el muy tacaño —respondió alegremente Emily—. ¡Es casi un insulto!

Pero un insulto de casi seis cifras, más la promesa de medio millón de dólares si convertían el guión en película.

La cuestión era, ¿lo convertirían en película? Sabía por experiencia que era algo imposible de calibrar. Por muy entusiasmado que estuviera el productor, tenía que convencer a los directivos del estudio y al tipo de la luz verde de que valía la pena hacer la película. Y eso era más fácil decirlo que hacerlo. Pero hoy no íbamos a preocuparnos por eso...

Emily se enganchó al teléfono y empezó una ringatón. Esta noche habría otra fiesta, una fiesta auténtica, con algo que celebrar de verdad.

Entretanto, la noticia corrió entre sus amigos, y quienes no habían hablado ya con ella estaban telefoneándola, de modo que las llamadas en espera empezaban a hacerse eternas.

—Espera, me llaman por la otra línea —oía una y otra vez.

Y una de esas llamadas en espera fue de Shay Delaney. Lo supe enseguida. Las moléculas de aire en torno a Emily se redistribuyeron para adquirir una configuración que exudaba culpa. Qué pena que Shay no hubiera llamado la noche anterior y dejado un mensaje, pues así yo podría haberlo borrado y Emily nunca se habría enterado. Y qué pena que yo nunca hubiera tenido el valor de hacer algo así.

Agotado el frenesí telefónico, Emily entró en mí habitación. Yo estaba buscando una camiseta en mi maleta.

—He invitado a Shay Delaney —dijo como disculpándose—. Se me escapó en el calor del momento. ¿Te importa?

—Aunque me importara, ya es un poco tarde —repuse sin dejar de rebuscar en la maleta.

—Podría retirar la invitación.

Ya.

—Lo haré ahora mismo.

—No. No me importa.

Esta noche iba a celebrarse la fiesta que Emily tanto había esperado. Yo no tenía derecho a estropearla. Y Shay Delaney era agua pasada. Además, debía superarlo tarde o temprano.

Emily decidió encargar la comida para la fiesta. Yo, no obstante, tenía mis dudas al respecto. Mi única experiencia con las empresas de servicio de comidas había consistido en probar docenas de muestras, tardar seis semanas en seleccionarlas y, finalmente, decidir que me saldría más barato pagar a mi madre para que hiciera bocadillos de jamón y tartas de manzana. Sin embargo, en Los Ángeles solo tienes que descolgar el auricular y decir: «Quiero comida de picar vietnamita, pastelitos miniatura y champán

rosado para cuarenta», para que cuatro horas más tarde tres actores en paro llenen tu casa de manteles blancos, cristalería fina y comida de picar vietnamita, pastelitos miniatura y champán rosado. La misma fluidez y rapidez que los ingenieros de fórmula uno cambiando una rueda. En cuanto hubieron colocado la última copa de champán en la disposición triangular y el último ramito de cilantro en la montaña de rollitos de primavera, se marcharon.

—¿A salvar otra fiesta?—preguntó Emily.

—Usted lo ha dicho.

—Gracias por todo, supercaterers. ¿Como podría agradecérselo?

—Es nuestro trabajo, señora.

—Y la factura está en el buzón.

—Y sabemos dónde vive.

—Vendremos a recoger las cosas mañana por la mañana. ¡Diviértanse!

Una vez solas, Emily decidió que probáramos el champán.

—Solo para asegurarnos de que no es veneno.

Brindamos y Emily declaró:

—No lo habría conseguido sin ti. Por Maggie, mi excelente ayudante.

—¡Por un guión brillante! —añadí.

—¡Por Larry Savage!

—¡Por el perro Chip!

—¡Por un reparto de orangutanes!

En medio del alegre silencio posterior, me oí preguntar:

—¿Sabe que estoy alojada en tu casa?

—¿Quién?

—Shay Delaney.

—No. Bueno, no se lo he mencionado.

De pronto mi burbuja estalló y me encontré a merced de todos los sentimientos estúpidos que tienes cuando alguien fue en otros tiempos tu único resguardo y ahora estás fuera, en la fría intemperie, excluida e insignificante.

Y hablando de sentirte excluida e insignificante:

—¿Vendrá Troy?

—Sí. —Emily me miró, incómoda—. Sé que no quieres verle, pero somos viejos amigos y me ha ayudado mucho con el guión.

No podía excluirle.

Comprendía sus razones, que no obstante echaban por tierra mis esperanzas de que Troy tuviera la decencia de evitarme durante el resto de mi estancia y, así, ahorrarme mayores humillaciones. ¡Me dolía que ni siquiera mereciera ser evitada!

—Pues si Troy viene —dije, apartando mi camiseta de «Los chicos son malos»—, será mejor que me ponga otra cosa.

—¿Porqué?

—Porque tal como dice la canción: «Es tan vanidoso que seguro que esta camiseta va por él».

La gente empezó a llegar poco después de las siete. Justin y Desiree fueron los primeros. Después, con una botella de champán, llegó Lou, el compromisófobo, un hombre moreno, atractivo y muy simpático. Cuando susurré a Emily lo bien que me había caído, contestó:

—Oh, esos tipos son listos, no digo que no.

Luego vi el jeep de Troy detenerse al otro lado de la calle y, avergonzada, empecé a desear lo mejor: que Troy me llevara a un rincón y se disculpara por haber estado demasiado ocupado para telefonearme. Pero sabía que no iba a ocurrir.

¡Y qué razón tenía!

Cuando Troy bajó del coche, sentí una puñalada en el estómago al ver que iba acompañado de Kirsty. Cruzaron la calle y entraron. Sin darme tiempo a preguntarme cómo iba a comportarse, fue directo hacia mí. El corazón se me hinchó de esperanza... Entonces me plantó un beso de

hermano en la mejilla y dijo en plan colega, sin el tono insinuante al que me había acostumbrado:

—¿De modo que tú, irlandesa, fuiste la salvadora?

—¿Qué? —pregunté enojada, aunque mi intención había sido mostrarme serena e indiferente.

—Tú salvaste la situación el lunes, ¿no? Atravesaste toda la ciudad en coche para llevar a Emily al Empire y hasta aceptaste hacer la presentación. De no ser por ti, a saber qué habría ocurrido... Ah, gracias —dijo, aceptando una copa de Justin—. Eh, chicos, ¿por qué no brindamos por la irlandesa?

Justin y Lou alzaron obedientemente sus copas y gritaron:

—¡Por la irlandesa!

Curiosamente, Kirsty no movió ni un centímetro su copa de agua mineral baja en calorías y sus labios permanecieron sellados.

—Oye, no nos han presentado. Soy Troy, un amigo de Emily. —Troy tendió una mano a Lou.

—Yo soy Lou. El novio de Emily.

—¿Qué? —inquirió Troy—. Ya, claro.

Se miraron mutuamente. De haber sido leones, habrían empezado a dar vueltas calculando sus respectivas fuerzas.

—¿Dónde está? —Troy buscó a Emily con la mirada.

—¡Aquí! —anunció ella, mientras salía del dormitorio.

Lou y Troy avanzaron al mismo tiempo, pero Troy llegó primero y le abrió los brazos.

—¡La triunfadora! ¿Necesitas un director para tu historia?

—¡Si te arrastras lo bastante! —bromeó Emily.

—¿Y dónde está la trampa? —preguntó Troy.

—¿Por qué tiene que haber una trampa?

—Venga ya, Emily, ya conoces a esos tipos, siempre hay una trampa. ¿Cuáles?

—El perro Chip consigue un papel.

—¿No te importa?

—Mientras me paguen.

—¿Qué ha sido del arte? —bromeó Troy—. ¿Qué ha sido de los principios?

—Es increíble lo fácil que resulta ceder cuando estás arruinada y asustada —replicó Emily con una mueca burlona.

—Lo sé —convino Troy, sonriendo—. Felicidades, nena. Me alegro mucho por ti.

Llegados a este punto, Kirsty decidió que ya estaba bien de tanta sonrisita y tanta camaradería entre Emily y Troy y se interpuso entre los dos, para quejarse a Troy de que las burbujas de su agua mineral no eran del tamaño adecuado o algo así.

Acudió un montón de gente: Lara, David Crowe, Mike y Charmaine, Connie y su séquito, los dos amigos de Justin del parque, una pandilla de guionistas de la clase de guión de Emily y otra pandilla de la clase de girotonics. Se parecía mucho a la fiesta prematura de la semana anterior, y cuando vi a las perillas chocar entre sí en la puerta, ya no me cupo la menor duda.

Todos traían regalos. El estudio había enviado medio jardín de flores y David Crowe llegó con un centro apenas un poco más pequeño. Era una noche alegre, de celebración. Casi todos los presentes estaban relacionados de una manera u otra con el mundo del cine, y el hecho de que Emily hubiera vendido su guión les levantó el ánimo. La victoria de uno era la victoria de todos.

Yo, sin embargo, no estaba alegre ni tenía ganas de celebrar nada. Me sentía furiosa por el trato que había recibido de Troy. Que me hubiera utilizado como rollo de una noche ya me dolía, pero es que encima ni siquiera era lo bastante importante para él como para ocultarme su relación con Kirsty. Al menos a ella la respetaba lo bastante para mentirle. Y yo me convertía en cómplice de mi propia

humillación al mantener la boca cerrada y facilitarle las cosas a Troy.

Todo iba mal y no veía la forma de corregirlo. ¿Qué ganaría si le contara a Kirsty que me había acostado con Troy y luego la abofeteara como si estuviéramos en un programa de Jerry Springer, aparte de mi propio disfrute?

No solo odiaba a Troy —y a Kirsty—, sino también a mí misma. Y aunque no me gustaba reconocerlo, estaba enfadada con Emily por haber invitado a Shay Delaney. Tenía la impresión de odiar al mundo entero. Aun así, me consolaba saber que no odiaba a Kirsty simplemente porque Troy se desvivía por ella. Por suerte, había empezado a odiarla antes.

Me paseé por la casa plantando bandejas de comida en las narices de los invitados, que parecían indignarse ante la implicación de que a veces ellos también comían. De no haber sido por Justin, las bandejas habrían quedado intactas.

—Tengo que cuidar de ella —me explicó, meneando la barriga y llevándose un langostino enorme a la boca—. Tengo que pensar en mi trabajo. ¿Y tú, princesa?

—Por supuesto, tres o cuatro más no me harán ningún daño —dije mientras alcanzaba un langostino.

Pero en realidad Justin estaba hablando a Desiree, tentándola con un rollito de primavera que la perra rechazó volviendo la cara.

—¿Has visto eso? —me preguntó, angustiado—. Antes le encantaba la cocina asiática.

—Quizá está enferma. ¿Por qué no la llevas al veterinario?

—No está enferma. Es algo aún peor.

—¿A qué te refieres?

—Me temo que padece anorexia.

—¿Anorexia? ¡Si es un perro!

—Los perros pueden tener anorexia —respondió Justin con pesar—. Lo leí en un artículo del *Los Ángeles Times.*

—Por favor, dime que bromeas.

—Maggie, ojalá pudiera.

Recogí la bandeja y emprendí otro circuito desagradecido mientras me preguntaba qué clase de lugar era aquel.

—¡Te veo en los dulces dentro de cinco minutos! —exclamó Justin.

Justin y yo nos habíamos encontrado en varias ocasiones frente a la bandeja de los dulces en el jardín. Me habían tentado tantas veces que empezaba a sentir vergüenza. Con todo, al poco rato Justin y yo aparecimos de nuevo frente a ellos.

—Tenemos que dejar de vernos así —comenté, y confiando en que si no los veía la tentación sería menor, les di la espalda y me encontré frente a frente con Troy y Kirsty. Mierda.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó Troy.

—Genial. —Me volví, oteé una tartita de chocolate del tamaño de un dedo y me la llevé a la boca. Simplemente no pude evitarlo.

—Qué gran noticia para Emily, ¿verdad?

—Sí, bueno.

Como poseída por una adicción al azúcar, cogí una rosquilla del tamaño de un centavo (en Los Ángeles cuando pides «miniaturas» te dan exactamente eso). Kirsty siguió con la mirada el trayecto de la rosquilla desde la bandeja hasta mi boca y dijo con fingida simpatía:

—Llevas como mínimo siete. ¿Estás premenstrual?

El sabor del azúcar en mi boca fue sustituido por el del odio.

—¿Sabes qué deberías hacer? —exclamó—. Tomar zinc. ¡Acabará con tu ansia por el azúcar! Y olvídate de la glucosa y los caramelos. ¡Tengo algo mucho mejor! —En Los Ángeles semejante declaración tenía que atraer necesariamente la atención. Varias cabezas se volvieron y cuando Kirsty tuvo la certeza de que tenía al público

pendiente de sus palabras, añadió—: ¡Lo mejor es una uva congelada! Compra uvas en el mercado, mételas en el congelador y cada vez que el cuerpo te pida azúcar, cómete una uva congelada. Superdulce y cero, ¿me oyes?, cero calorías.

—Las uvas tienen más de cero calorías —repuse. Un triste intento, pero mejor eso que nada,

—Tiene razón —intervino Justin, mirándome maliciosamente—. Las uvas son ricas en fructosa. Estamos hablando de quince o veinte calorías por uva.

—Más —mentí. No tenía ni idea—. Todo depende del tamaño de la uva. Si es grande y tiene un contenido de azúcar especialmente elevado, estaríamos hablando de... —Hice una pausa efectista—. CINCUENTA calorías.

—Creo que te iría mejor con los pastelitos —concluyó Justin mientras cogía una tartita de crema—. ¡Son más sanos!

Dicho esto, Justin y yo nos miramos y nos marchamos, dejando a Kirsty con su reputación de gurú dietista por los suelos.

Justo cuando ya pensaba que el peligro había pasado, llegó Shay Delaney.

Había estado toda la noche tensa como una cuerda de guitarra, preguntándome si Shay iba a venir, hasta que llegué a la conclusión de que no. Pero en ese momento divisé una cabeza alta y rubia al otro lado del jardín. No podía ser...

Lo era.

Mis músculos se tensaron mientras esperaba a que me viera. Esperé. Y esperé...

Shay parecía conocer a todos los invitados. Las cabezas se volvían y las risas llenaban el aire a medida que él recorría el jardín y charlaba con David Crowe, Connie y

Dirk, el amigo de Emily. En fin, dicen que el mundo del cine es un pañuelo.

Incapaz de soportar tanto suspense, finalmente me interpuse en su camino.

Al igual que la última vez, pareció contento de verme.

—¡Maggie Garvan!

—Walsh —corregí con aire desafiante. En nuestro encuentro anterior me habría muerto si él hubiera sabido lo de mi ruptura, pero ahora estaba decidida a que lo supiera.

—¿Walsh?

—Sí, Walsh.

—Y dime, ¿qué haces aquí?

—Me estoy dando una tregua.

—¿Estás alojada en casa de Emily?

—Sí.

Y al igual que la última vez:

—Bueno, me alegro de verte. —Me tendió una mano para que se la estrechara. Luego se alejó, dejándome en un enorme estanque de decepción. Quería gritarle: «¿No quieres saber qué ocurrió? ¿No quieres saber por qué soy Walsh en lugar de Garvan?».

Mi estado de ánimo iba de mal en peor. No me hacía ninguna gracia estar en una fiesta donde había sido rechazada por dos de los hombres presentes. ¿Por qué no invitaban a Garv para completar el juego?

Aunque me había reído a costa de Kirsty, era ella quien tenía a Troy a su lado. Entretanto, Shay Delaney saludaba a todo el mundo pero se mantenía a un kilómetro de mí.

Quizá se siente culpable, pensé con un suspiro.

Y quizá deba.

En ese momento Curtis tropezó conmigo, propinó un empujón a mi copa y depositó todo su peso sobre los dedos de mis pies. Mientras el pegajoso champán descendía por mis manos, la rabiase apoderó de mí y en ese momento habría tenido fuerzas para estrangular a Curtis con mis propias manos.

Quizá Kirsty tenía razón. Quizá estaba premenstrual.

Me encontraba lamiéndome el champán de los dedos cuando, de repente, sentí ese estremecimiento que surge cuando alguien te está mirando fijamente. Miré en derredor y mis ojos se detuvieron en Lara. Me estaba observando. Cuando se dio cuenta de que había reparado en ella, su cara cambió y miró traviesamente a Curtis con los ojos en blanco. Luego me obsequió con una sonrisa radiante, más radiante de lo normal. Yo también sonreí, presa de un ligero mareo, y una extraña expectación brotó en el fondo de mi estómago.

La mayoría de la gente se marchó en torno a la medianoche. La mayoría de la gente salvo aquellas personas cuya espalda quería ver marchar. Troy, Kirsty y Shay se hallaban en la cocina con Emily, charlando y desternillándose. Yo, entretanto, hirviendo de resentimiento, iba de un lado a otro recogiendo copas, botellas y restos de comida. Lara y Ethan revoloteaban alrededor, cargando el lavavajillas en el caso de Lara y apurando las copas medio vacías en el caso de Ethan. Ambos, cada uno a su manera, estaban siendo útiles.

—Perdón —dije, mientras empujaba a Troy para llegar a la basura y le clavaba deliberadamente sin querer un tenedor en el muslo.

—¡Ay! —protestó.

—Lo siento —me disculpé, asegurándome de no parecer sincera.

Mientras estrujaba un plato de papel en el cubo de la basura, hicieron planes para el día siguiente: Troy, Shay y Emily opinaban que podían ayudarse mutuamente en sus respectivas profesiones y quedaron en salir a cenar para hablar del tema.

—Vendrás con nosotros, ¿verdad, Maggie? —preguntó Emily.

—Te aburrirías demasiado, irlandesa —repuso Troy con excesiva presteza para mi gusto.

—Seguramente. —Me incorporé y le miré con acritud.

Antes de que la situación empeorara, Lara intervino.

—Maggie, sal conmigo mañana por la noche. Esta gente hablará de trabajo, pero tú y yo podemos divertirnos. —Me guiñó coquetamente un ojo y yo, confusa, no supe qué decir. ¿Lo había imaginado?

No, no lo había imaginado, pues en ese momento deslizó su brazo por mi cintura.

—No os preocupéis, chicos, yo cuidaré de Maggie. La cuidaré de maravilla, ¿verdad, Maggie? —Me hizo cosquillas en la cintura y me volví para contemplar sus ojos verde mar.

Como solía ocurrirme con ella, me sentí abrumada y eso me gustó.

—Por supuesto —dije al tiempo que esbozaba una amplia sonrisa, y con sumo descaro me estiré para besarla.

Fue un beso casto (o sea, sin lengua) pero dulce, y cuando abrimos los ojos y nos volvimos, Troy, Kirsty, Emily y Shay eran la imagen personificada de la incredulidad y el desconcierto.

—Jo, tío —gimió Ethan, reajustándose la entrepierna.

En cuanto la gente se hubo marchado, Emily me asaltó.

—¿Qué está pasando entre tú y Lara?

—No lo sé... Nada. —Pero la sinceridad me empujó a añadir—: Todavía.

—¿Todavía? ¡Maggie! ¿Insinúas que estás planeando...?

Asentí con la cabeza.

—Puede. Probablemente sí.

—¡Pero tú eres hetero!

Tras una larga pausa, me obligué a decir:

—¿Sabes? No estoy tan segura.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Pues... —Me resultaba muy difícil expresarlo en voz alta. Muy difícil—. Verás —dije tragando saliva—, ¿sabes qué me ocurre cuando veo una película porno?

La cara de Emily era un poema. Aunque habíamos hablado de casi todo lo que nos había ocurrido en la vida, la pornografía había sido un tema desatendido.

—¡No me mires así, te lo ruego! —supliqué—. No es lo que parece. No tengo películas porno, pero si estoy en un hotel con Garv y salen por la tele, a veces...

—Ya.

—Nunca lo he reconocido, pero los hombres de las películas porno jamás me interesaron. —Miré a Emily a la espera de algún gesto de ánimo. Su rostro, sin embargo, permanecía impasible—. Eran cuerpos de plástico, demasiado desarrollados. Francamente, me resultaban repulsivos.

—Porque lo son, con esos peinados de peluquería y esos bigotes espesos.

—¿Cómo sabes que tienen esa pinta?

—Todos la tienen.

—¿De veras? En fin, nunca le he dicho esto a nadie, pero... —Me interrumpí, incapaz de continuar. Acto seguido casi me atraganté al decir—: Emily, a mí me gustaba mirar a las chicas. Las chicas me gustan.

—No te gustan —replicó Emily con desesperación—. Simplemente quieres ser ellas. A todo el mundo le pasa. Es normal.

Negué con la cabeza.

—No estoy de acuerdo. Creo que podría ser lesbiana. Como mínimo soy bi.

Agotada su exasperación, Emily me miró con desasosiego.

—Maggie, me tienes preocupada. Lo digo en serio. Piensa por un momento en todo lo que has perdido últimamente. Es normal que estés buscando amor, cariño o lo que sea. Sobre todo después del rechazo de Troy.

—Troy no me rechazó.

—Lo siento, esa no es la palabra. Cuando no... Cuando decidió que no...

—No me rechazó porque solo pueden rechazarte si te dejas rechazar. —Había oído algo parecido recientemente y me había gustado. Por desgracia, temí no haberlo entendido bien. No había duda de que Troy me había rechazado.

—Lo que quiero decir, Maggie, es que después de todo lo que has pasado es normal que no sepas qué quieres. La semana pasada era Troy...

—Aquello fue un error.

—Y ahora crees que deseas a Lara, pero no es cierto.

—Ahí te equivocas.

—¡No me equivoco! Estás hecha un lío.

—No estoy hecha un lío. Escúchame, Emily, Lara me sonrió esta noche y algo bueno ocurrió en mí, y por primera vez en mucho tiempo me sentí... —Busqué la palabra adecuada—. Me sentí bien. Lamento que te resulte tan duro oír esto, pero te comprendo. Siempre me has conocido siendo heterosexual y tienes algunos prejuicios homofóbicos...

—¡Un momento! Lara es una de mis mejores amigas. La quiero a muerte. Que no desee hacer lo que ella hace en la cama no significa que no lo apruebe. Por ejemplo, el sexo anal no me va, pero no me importa que otros lo practiquen. —Emily se llevó las manos a la cara—. Todo esto es culpa mía. Te dije que te soltaras el pelo.

—Y me alegro de que lo hicieras. He sido prudente demasiado tiempo.

—Recógetelo de nuevo —suplicó—. Antes de que te hagas más daño, vuelve a recogerte el pelo.

—No.

—Hoy es jueves —murmuró Emily para sí—. Llegan el martes. —Se mordió los nudillos y sollozó—: Me matará. Mamá Walsh me matará.

Capítulo 31

Larry Savage procedió a exigir su libra de carne de inmediato. En cuanto la resaca de la fiesta asomó, Emily fue convocada en el chalet de Larry para «comentar» algunos cambios en el guión.

—Esta mañana no me va demasiado bien —le oí decir, luego cubrió el auricular con la mano y pronunció con los labios ¡Alka-Seltzer, por favor! —Tras una leve pausa, añadió—: Sí, señor, lo comprendo, señor. A las once en punto. Allí estaré.

Después de colgar, me preguntó:

—Maggie, ¿cómo se te da la taquigrafía?

Le tendí un vaso efervescente.

—Fatal.

—Vaya. ¿Y la escritura rápida?

—Bastante bien.

—Vístete. Nos vamos al valle. Tenemos una reunión con el señor Savage.

No obstante, antes me tocó la desagradable tarea de ir a la casa de las perillas y despertar a uno de los chicos para que esperaran a los tipos del servicio de comidas. Me daba pánico ver a alguno de ellos desnudo, sobre todo a Curtis.

Por suerte, el único que dio muestras de estar vivo fue Ethan que, medio vestido, se puso una camiseta y anunció que estaba pensando en cambiar de profesión.

—Pero para eso ¿no necesitarías primero tener una? —sugerí amablemente.

Sin inmutarse, me contó su gran idea: iba a crear una nueva religión.

—Vamos. —Le señalé la puerta—. No pierdas tiempo.

—Mi madre dice que no le importa siempre y cuando elija algo y no lo abandone. Dice que tengo que sentar la cabeza y pienso que crear una nueva religión es una decisión profesional guay.

Yo no lo tenía tan claro. ¿No acaban crucificándote? En fin, no iba a ser yo quien le aguara la fiesta.

—¿Y en qué cosas creerás?—pregunté mientras abría la puerta y le invitaba a salir—. ¿O aún no lo has pensado?

—¡Claro que sí! —Ethan describió la piedra angular de su nueva fe, a saber, que sus discípulas tenían que practicar mucho sexo con él.

—¡Jesús! —murmuró Emily al espejó mientras se pintaba los labios.

—Muy pronto dirás «¡Ethan!» —corrigió este alegremente.

—Lo dudo—respondió Emily—. Los tipos del catering estarán aquí en menos de una hora. Luego podrás irte a casa. Y para tu información, tengo el cajón de la ropa interior ordenado de una manera especial. Si lo revuelves, lo notaré. *Capisce?*

—*Capisce.* Oye, Maggie, ¿realmente vas a salir esta noche con Lara?

—Sí.

—¡Uau! ¡El lesbianismo mola!

Emily suspiró pero no dijo nada.

En los estudios Empire nos recibió afectuosamente Michelle, la ayudante de Larry.

—Felicidades —dijo, abrazando primero a Emily y luego a mí—. Es un gran guión. Estamos entusiasmados con él.

La puerta del despacho de Larry se hallaba cerrada, pero le oíamos gritar con la claridad de una campana:

—¡Demándame, venga, demándame!

—Está hablando con su madre —explicó Michelle con una sonrisa—. No tardará.

Efectivamente, después de un último bramido, la puerta del despacho se abrió y Larry salió rebosante de vitalidad.

—¿Tenemos un trato o no tenemos un trato? —Sonrió a Emily—. Felicidades, muchacha.

—Gracias por comprar mi guión. —Emily sonrió a su vez—. Y gracias por las flores.

Larry restó importancia al detalle.

—No hay de qué. Es norma de la casa.

Con los brazos en nuestros hombros, nos condujo hasta su chalet.

—Esta mañana tenemos una reunión con dos directivos del estudio. Hemos de poner a esos tipos de nuestro lado si queremos que se haga la película. ¿Entendido?

Asentimos enérgicamente con la cabeza. Desde luego que lo entendíamos.

Una vez en la sala de reuniones, los dos directivos —una rubia flaca como un fideo llamada Maxine y un hombre pulcro, de mandíbula cuadrada, llamado Chandler— aseguraron efusivamente a Emily que *Dinero plástico* les había encantado e iban a convertirlo en una gran película. Durante una milésima de segundo me ilusioné y, acto seguido, recuperé la sensatez.

Una vez sentados en torno a la mesa, Larry extrajo una copia del guión y, cuando algunas páginas cayeron abiertas, divisé unas líneas gruesas de color rojo que atravesaban algunos párrafos y, en algunos casos, páginas enteras. Es difícil describir la sensación que tuve: no había escrito el guión y, por tanto, no estaba tan unida a él como Emily, pero así y todo sentí náuseas. Por alguna razón, me sentía como si hubiera visitado a alguien en la cárcel y le hubiera visto las marcas de una paliza.

Michelle nos repartió fotocopias de *Dinero plástico* y Larry puso orden en la sala.

—Muy bien, intentemos dar sentido a todo esto. En primer lugar, la historia de la cirugía plástica fuera. Demasiado rara, demasiado incisiva.

—Pero esa es la intención —explicó serenamente Emily —. Esta historia examina la obsesión de la sociedad por el culto al cuerpo y ofrece una visión importante sobre nuestro sistema de valores...

—Pues no me gusta. Sácalo. ¡Sácalo todo!

Mi mandíbula, como un letrero al viento, temblaba de estupefacción. Había oído historias sobre estudios que compraban guiones para luego destriparlos, pero siempre pensé que se exageraban para provocar compasión o risas.

Emily tragó saliva y preguntó:

—Entonces, ¿qué razón tienen para atracar el banco?

Larry se inclinó sobre la mesa.

—No lo sé. ¡Yo no soy el escritor!

Emily palideció.

—¿Qué os parece una chica ciega que necesita que la operen para recuperar la vista? —sugirió Chandler.

Larry chasqueó los dedos.

—¡Me gusta!

—¿O un grupo de niños desvalidos que tienen un campo de juego pero una gran empresa quiere convertirlo en pisos y, por tanto, necesitan el dinero para comprar el campo? —propuso Maxine.

—Sí —dijo pensativamente Larry—. Podría funcionar.

—Si no hay cirugía plástica, habrá que cambiar el título —dijo Emily con tono algo estridente—. Titularla *Dinero plástico* carece de sentido.

—Tienes razón. La titularemos *Chip el perro.*

Emily palideció aún más. Yo estaba espantada. Creía que Larry deseaba dar a Chip un papel pequeño, no el de protagonista.

—Si se llama *Chip,* ¿no crees que la gente pensará que la película va de una patata frita? —preguntó Maxine.

—¿Tú crees?

—Puede... Después de *Chocolat.*

—En ese caso, la titularemos *Chip el perro* —dijo Larry.

—¡Es genial! —exclamó Chandler—. Es sencillamente genial. Pero ¿qué hacemos con esos tipos que defienden los derechos de los animales? Si ven una película titulada *Chip el perro,* nos dirán que la gente puede interpretarlo como una orden.

—A menos que cambiemos el nombre del perro —sugirió Michelle.

—A mí me gusta Chip.

—A mí también.

—¿Y Chuck?

—*¿Chuck el perro?* Tan malo como *Chip el perro.*

—¿Y Charlie?[3]

—¡Ahora resulta que la película va de drogas!

Emily mantenía un silencio pétreo. Yo tenía prohibido hablar, pero aunque hubiera podido no habría querido hacerlo, tal era la mezcla de depresión y tedio que me invadía.

Larry anunció que trabajaríamos durante el almuerzo, de modo que a las doce y media trajeron al chalet comida suficiente para alimentar a un regimiento, y la colocaron con elegancia y presteza sobre una mesa situada en un rincón.

Yo estaba hambrienta, pero todos se servían raciones diminutas. Un tallarín, medio tomate cherry, cuatro granos de arroz y una hoja de endibia. De modo que su enfoque era servirse poco pero muchas veces. Bueno, podía hacerlo.

Nos sentamos con nuestros platos y Larry siguió exigiéndonos sugerencias. Tardé en percatarme de que era la única que había limpiado su plato y que nadie parecía tener intención de darse otra vuelta por el bufete. Me obligué a ser paciente. Quizá les gustaba comer despacio... pero observé que todos iban apartando los platos mientras anotaban nuevas ideas en los márgenes de nuestro guión. El almuerzo había terminado.

Había terminado antes de que comenzara, y yo seguía muerta de hambre.

Me pregunté si podría levantarme y servirme de nuevo, pero todos estaban demasiado inmersos en el trabajo. ¿Qué pensarían de mí si me levantaba, caminaba hasta la mesa, ponía más comida en mi plato y me la metía en la boca?

Contemplé ansiosa el bufete. Las patas de la mesa casi se doblaban por el peso de tanta comida. Una quiche intacta, una pizza honda con su circularidad íntegra.

Fue la pizza la que me armó de valor. Sin más, arrastré la silla hacia atrás y me levanté. Larry Savage me miró sorprendido:

—¿Adonde vas?

Mi determinación se esfumó en un pispas.

—A ninguna parte —contesté, mientras bajaba hasta mi asiento y estudiaba el guión.

Mi pesar era inmenso. De haber sabido que solo tendría una oportunidad, la habría aprovechado al máximo.

Qué profundo, me dije.

Trabajamos hasta las dos y media y después Larry recogió sus cosas.

—Se acabó el tiempo, chicos. Acaba de llegar mi acupuntor.

Emily ordenó sus papeles con la cabeza gacha.

—Me pondré a escribir enseguida.

—Hazlo, necesitamos los cambios ya.

—¿Para cuándo?

—Digamos que para el viernes.

—¿El próximo viernes o el viernes de aquí a seis semanas?

—Ja, ja. El próximo viernes.

—El próximo viernes no me va bien.

—Entonces el jueves. ¿O prefieres el miércoles?

—Oh, no, no, el viernes es estupendo.

Exhaustas, subimos al coche. Emily seguía pálida.

—¿Te sientes bien? —susurré.

Tenía muy mala cara.

—¿Por qué lo ha comprado si lo único que quiere es destrozarlo?

—Lo ignoro.

—¿Qué fue lo que dijo el idiota del vecino?

—¿Sígueme y no te arrepentirás?

—No, el otro vecino idiota, Mike. «Cuidado con lo que deseas», dijo. Pues tenía razón. Deseé que alguien comprara mi guión y ahora desearía que no lo hubiera hecho.

—Tal vez lo conviertan en una gran película. Nunca se sabe.

—Será un bodrio —aseguró Emily, y empezaron a rodarle lágrimas por las mejillas—. Mi hermoso guión, en el que tanto trabajé hasta dejarlo perfecto... Estaba orgullosa de él y ahora sé que nunca verá la luz del día. Me maté durante siete meses para que fuera maravilloso, y de pronto ese tipo quiere que lo reescriba en una semana. ¡Es imposible! Ha suprimido todas mis frases ingeniosas, le ha quitado toda la gracia. ¡Y ahora todos los momentos conmovedores los protagoniza un jodido PERRO!

Busqué un pañuelo de papel mientras Emily aullaba como un niño.

—Será una vergüenza para mí, Maggie, será una vergüenza ver mi nombre en una película cursi y moralizadora sobre un perro. —Trató de respirar—. Sobre un perro llamado Chip.

—¿No puedes echarte atrás? —sugerí—. Dile que se quede con su dinero y que buscarás a otro que haga la película.

—No puedo hacerlo porque nadie más quiere comprar mi guión. Lo sé y necesito el dinero para vivir. No hay duda de que todo tiene un precio.

—Pues niégate a hacer los cambios —insistí—. Dile que es la película que ha comprado y la película que debe hacer.

—Entonces me despedirá y me pagará una miseria, pero seguirá teniendo mi guión. Se limitarán a contratar a otro escritor para que haga los cambios.

—¡No pueden hacer eso! —Pero sabía que sí podían. Había tenido en mis manos suficientes contratos para conocer el enorme poder de que gozaban los grandes estudios, si bien nunca lo había visto aplicado en la práctica.

—No solo te compran el guión, sino también el alma. Troy hace bien al intentar producir su trabajo de forma independiente. —Emily dejó de llorar y sonrió con pesar—. Si haces un trato con el diablo, de nada sirve quejarte cuando te clava el tridente en el culo.

Se echó a llorar de nuevo.

—Ese guión era como un hijo. Lo amaba y quería lo mejor para él. Me rompe el corazón verlo destrozado de ese modo, mi pobre niño. —De pronto calló—. Oh, Maggie, he vuelto a meter la pata. Lo siento.

Capítulo 32

Cuando sufres un aborto recibes un montón de información, pero en realidad descubres muy pocas cosas. La gente me bombardeaba con consejos bienintencionados que variaban en exceso para proporcionarme consuelo. Algunos decían que teníamos que volver a intentarlo de inmediato. Otros aseguraban que era fundamental llorar primero la perdida.

Nadie, sin embargo, era capaz de decirme lo único que deseaba saber: ¿por qué había ocurrido? Lo mejor que el doctor Collins, mi ginecólogo, pudo decirme fue que en torno al quince o el veinte por ciento de los embarazos terminaban en aborto.

—Pero ¿por qué? —insistí.

—Así funciona la naturaleza —respondió—. El feto debía de tener algún problema que le habría impedido sobrevivir por sí solo.

Estoy segura de que su intención era consolarme, pero solo consiguió enfurecerme. En mi opinión, mi hijo, estuviera donde estuviera, era perfecto.

—¿Podría ocurrir otra vez? —preguntó Garv.

—Podría. Probablemente no ocurrirá, pero os mentiría si dijera que no es posible.

—Pero ya nos ha ocurrido. —Habíamos cubierto nuestro cupo.

—Que haya sucedido una vez no significa que no pueda suceder otra.

—Muchas gracias —repliqué con amargura.

—Otra cosa —añadió el ginecólogo con cautela.

—¿Qué? —le espeté.

—Eso, ¿qué? —me secundó Garv.

—Cambios de humor.

—¿Qué pasa con los cambios de humor?

—Esperadlos.

Repasé las últimas nueve semanas con un peine fino, buscando qué había hecho mal. ¿Había levantado objetos pesados? ¿Había subido accidentalmente a la montaña rusa? ¿Había ingresado en un hospital para pacientes de rubéola? ¿O se debía tan solo al hecho —ahora inimaginable para mí— de que sencillamente no quería ese bebé y él lo había intuido?

Una consejera me dijo que era imposible que el bebé hubiera intuido que no lo deseaba.

—Son criaturas insensibles —dijo—. Pero es natural que te eches la culpa. El sentimiento de culpa es una de las emociones que todo el mundo experimenta en estos casos.

—¿Y qué más?

—Rabia, dolor, frustración, miedo, alivio.

—¿Alivio? —La miré enfurecida.

—No todo el mundo. ¿He mencionado la ira irracional?

Como habíamos contado a muy poca gente que estaba embarazada, pocos sabían que había sufrido un aborto. Así pues, prácticamente nadie se mostraba indulgente con nosotros mientras intentábamos llenar el agujero que había quedado en nuestras vidas.

Porque era un agujero. Ya habíamos pensado en los nombres:

Patrick si era niño y Aoife si era niña.

Habría salido de cuentas el 29 de abril, pero ya habíamos empezado a mirar ropa de bebé y planificado la decoración de su cuarto. Entonces, de la noche a la mañana, ya no necesitábamos un papel de pared pintado con ositos ni buscar lámparas que proyectaran estrellas en las paredes. Era difícil acostumbrarse a eso.

Mayor dolor me provocó ver rota la ilusión que me había hecho conocer a mi hijo. Había esperado con impaciencia compartir mi vida con esta nueva persona que formaba parte de mí y de Garv, y de repente ya no estaba.

Ya sabes qué ocurre cuando el novio te deja. De repente el mundo se llena de parejas tiernas que se dan la mano, se besan, brindan con champán e introducen ostras en la boca del otro. Asimismo, en cuanto perdí a mi bebé empecé a ver montones de mujeres en avanzado estado de gestación, radiantes, portando sus hinchadas barrigas con orgullo. Peor aún, veía bebés por todas partes: en el supermercado, en la calle, en el mar, en el oculista. Criaturitas perfectas con sus bocas de delfín sonriente y su piel rebosante de frescura, agitando sus brazos rollizos, aplaudiendo con sus manos pegajosas, sacudiéndose los calcetines y dando gritos como mini Björks sin pelo.

Unas veces me resultaba demasiado doloroso contemplarlos y otras demasiado doloroso no hacerlo. Garv y yo solíamos mirarlos con anhelo mientras pensábamos: «Estuvimos a punto de tener uno como ese».

Entonces Garv susurraba:

—Será mejor que dejemos de mirar o la madre llamará a la policía.

El instinto me pedía quedarme embarazada de inmediato para fingir que la primera pérdida no había ocurrido y Garv dijo que quería hacer lo que a mí me hiciera feliz. Fui a comprar un medidor de temperatura porque no quería dejar nada al azar. Mi vida se había reducido a una única necesidad avasalladora y el miedo me atormentaba. ¿Y si esta vez tardábamos un año? ¿Y sí, por impensable que pareciera, no volvía a quedar embarazada?

Pero tuvimos suerte. Había abortado a principios de octubre y volvía a estar encinta a mediados de noviembre. Es difícil describir la mezcla de alivio y felicidad que sentí cuando la línea azul apareció en la varilla. Nos habían dado una segunda oportunidad. Jadeantes, nos abrazamos y lloramos, tanto por la pérdida del otro niño como por la llegada del nuevo.

Mas casi al instante la angustia venció a la alegría. De hecho, un pavor cegador. ¿Y si sufría otro aborto?

—El rayo nunca golpea dos veces —dijo Garv, pero sí lo hace, y en cualquier caso esto no era un rayo.

Me volví muy prudente. Dejé de ir a los pubs porque temía respirar el humo de los cigarrillos; conducía a veinte kilómetros por hora (en realidad, bastante rápido para Dublín) a fin de evitar los frenazos bruscos; y nunca me permitía el lujo de eructar, lo cual no era de extrañar si tienes en cuenta que hasta temía espirar hondo por si expulsaba el bebé.

Tenía pesadillas horribles: Una noche soñé que el bebé había muerto y seguía dentro de mí. Otra noche soñé que daba a luz un pollo. En esta ocasión no hubo escapadas del trabajo ni bolsos de JP Tod. Habíamos recibido tan horrible castigo la última vez por ser felices que temíamos celebrarlo. Con todo, en esta segunda ocasión apenas sufrí náuseas, salvo cuando encontraba algo muy divertido (casi nunca) y la risa me provocaba arcadas. (Era una invitada modélica.)

Con cautela, interpretamos la ausencia de náuseas como una buena señal. Aunque no existía una base médica, expliqué a Garv que las terribles náuseas del primer embarazo quizá habían sido una señal de que algo iba mal. Luego él lo repetía, y así intentábamos tranquilizarnos mutuamente.

Sin embargo, cada punzada podía constituir el comienzo del desastre. Una noche sentí un fuerte dolor en la axila y me convencí de que todo había acabado. Garv trató de devolverme la calma haciéndome ver lo lejos que estaba mi axila de la matriz, pero yo repliqué:

—Cuando la gente sufre un infarto, le duele el brazo. —Y comprendí que acababa de contagiarle el miedo.

Superamos esa noche y a la séptima semana acudimos a la primera exploración, y allí la angustia dominó por encima de la alegría que habíamos sentido con el primer bebé. Preguntaba sin cesar si todo iba bien y la enfermera respondía afirmativamente una y otra vez.

A medida que nos acercábamos a la novena semana la tensión aumentó. Durante dicha semana el tiempo transcurrió con una lentitud insoportable. Respirábamos como si el aire estuviera racionado. La superamos sin incidentes y entramos en las aguas tranquilas de la décima semana. La nube aclaró y empezamos a respirar como si el aire oliera a chocolate. El cambio en nosotros era visible. Recuerdo que sonreí a Garv, él me sonrió a su vez y ambos nos sorprendimos.

La décima semana pasó. A la semana siguiente fuimos a la segunda exploración, mostrándonos mucho más relajados. Entonces ocurrió algo que aumentó las apuestas más de lo que jamás habría imaginado: mientras estaba tumbada en la mesa, la enfermera nos ordenó que calláramos, encendió un interruptor y el sonido de los latidos del corazón de nuestro bebé inundó la habitación. Era un tamborileo ligero que iba a una velocidad de vértigo.

Me resulta imposible transmitir la intensidad de mi asombro y mi regocijo. Estaba extasiada. Como ya habrás imaginado, Garv y yo lloramos a lágrima viva, luego reímos un poco y rompimos de nuevo a llorar. La impresión nos había descolocado. Y el alivio fue glorioso: el corazón del bebé latía y, por tanto, la cosa iba bien.

En cuanto superáramos la duodécima semana estaríamos fuera de peligro.

—Dos días más —dije esa noche, mientras nos apretábamos las manos antes de dormirnos.

El dolor me despertó. La última vez no había sentido dolor, así que tardé en reaccionar. Cuando finalmente comprendí qué estaba sucediendo, traté de huir diciéndome: No puedo creer que nos esté ocurriendo esto.

Cuando me suceden cosas malas siempre me sorprendo. Sé que hay gente que reacciona a los desastres gritando: «¡Lo sabía, maldita sea, sabía que ocurriría!». Yo no. Se supone que las cosas malas les ocurren a «otras

personas» y siempre me sorprendo cuando descubro que yo soy una de esas «otras personas».

Mientras corríamos hacia el coche, contemplé el cielo nocturno y en silencio rogué a Dios que no dejara que esto ocurriera, pero reparé en algo que interpreté como un mal presagio.

—No hay estrellas —comenté—. Es una señal.

—No, cariño, no lo es. —Garv me rodeó con los brazos —. Las estrellas siempre están ahí, incluso de día, pero a veces simplemente no podemos verlas.

La sensación, camino del hospital, de haber pasado ya por eso convirtió la realidad en una pesadilla. Volvimos a sentarnos en las sillas naranjas, luego alguien nos estaba diciendo que todo iría bien y una vez más no fue cierto.

Todavía era demasiado pronto para conocer el sexo, aunque tampoco me importaba. Lo único que importaba era que había perdido un hijo por segunda vez. Toda una familia desaparecida antes de llegar.

Esta vez fue mucho peor. Con una pérdida era capaz de vivir, pero con dos no, pues en esta ocasión habíamos perdido la esperanza. Me odié y odié mi cuerpo defectuoso por fallarnos de una manera tan espantosa.

La gente nos contaba historias que pretendían ser tranquilizadoras. Mi madre conocía a una mujer que había sufrido cinco abortos y ahora tenía cuatro hijos, dos niños y dos niñas. La madre de Garv tenía una aún mejor:

—Conozco a una mujer que sufrió ocho abortos y luego tuvo gemelos. Unos niños monísimos. Aunque uno de ellos terminó en prisión. Desfalco. Algo relacionado con un fondo de pensiones y una casa en España…

Todo el mundo intentaba inyectarnos optimismo, pero era inútil. No me quedaba un ápice de esperanza y estaba más convencida que nunca de que todo era culpa mía. No soy dada a creer en maleficios ni males de ojo (estás pensando en Anna), pero no podía librarme de la certeza de que yo lo había provocado todo.

Capítulo 33

Abrí la puerta de casa. Emily estaba en el diván, inclinada sobre su ordenador, trabajando con ahínco.

—Hola —dije con cautela.

—Hola —respondió ella con igual cautela—. ¿Lo has pasado bien?

—Sí. ¿Y tú?

—También.

—¿Qué tal con Troy y Shay?

—Bien. Útiles. Los dos te envían un saludo.

Asentí al ordenador.

—¿Y cómo va *Chip el perro?*

—Una pesadilla. Me están dando calambres en el estómago de escribir esta porquería. ¿Saliste con ella?

Una pausa.

—Sí, lo siento.

—No tienes por qué. Estás en tu derecho. ¿Y cómo fue?

—Fue... diferente.

—¿Os...?

—Era la primera cita —dije—. ¿Por quién me has tomado?

—Dios —susurró débilmente—. ¿Y qué hicisteis? —Emily se golpeó la frente—. ¡Joder, no me refería a eso!

—Fuimos al cine. Voy a ducharme y a descansar un poco.

—Claro, debes de estar agotada. Perdona, no pretendía... Oh, Dios. Hasta luego.

Entré en mi habitación, cerré la puerta, me senté frente al escritorio de Emily y hojeé sus guiones no vendidos en busca de distracción.

No estaba agotada, sino aterrorizada. No entendía absolutamente nada. La historia con Lara... ¿En qué estaba pensando?

Yo no era lesbiana. Sospechaba que ni siquiera era bisexual.

La noche había sido un desastre, empezando con que Lara apareció radiante, con el pelo impecable y un vestido de punto ajustado. Ningún problema, hasta que me di cuenta de que se había acicalado para mí. Se había acicalado para mí. Por un momento me sentí halagada, luego aluciné.

Fuimos a ver una película a Santa Mónica cuya trama ninguna de las dos comprendió, y al salir confesamos que ambas habíamos confiado en que la otra pudiera explicarla. Lo interpreté como un mal presagio y tuve el impulso de preguntar a Lara qué sabía acerca de los cambios de moneda, pero temí descubrir que ella estuviera tan pez como yo.

—¿Que hacemos ahora? —pregunté—. ¿Vamos a tomar una copa?

Estábamos rodeadas de cientos de bares y restaurantes agradables, pero Lara meneó firmemente la cabeza y dijo con una sonrisa llena de significado:

—Ah, ah. Mi casa.

Sentí un violento cosquilleo en el estómago. Nervios, me dije. Pavor no, nervios. Debido a mi timidez e inexperiencia, claro. Pero Lara llevaría las riendas y me facilitaría las cosas.

Así que fuimos a su casa, donde abrió una botella de vino, puso música de jazz suave y encendió velas aromáticas. Fueron las velas aromáticas las que me hicieron comprender el alcance de mi error. Eran demasiado románticas. Estaba claro que Lara iba a por todas.

Una pelota de plomo echó a un lado el cosquilleo y ya no tuve dudas acerca de cómo me sentía. Quería irme a casa, quería huir, pero en lugar de eso tuve que acurrucarme en el sofá, beber chardonnay e intercambiar miradas picaras a la luz de las velas.

Haciendo acopio de valor, lo intenté. Conseguí esbozar una sonrisa forzada cada vez que Lara me miraba con ternura, aunque cuanto más se arrimaba a mí, mayor era mi pánico.

Traté desesperadamente de seguir hablando, pero estaba tan tensa que parecía que estuviera entrevistándola para un trabajo.

—¿En cuántas pantallas se estrenará *Doves*? ¿Te divierte organizar la fiesta del estreno? ¿Es una pesadilla? Vaya por Dios.

Ansiaba marcharme pero no sabía cómo. Las palabras que podían liberarme pugnaban por salir, pero permanecían atascadas en mi garganta. Lo que me frenaba era que me había metido en esto voluntariamente. La primera vez que Lara se me insinuó podría haberla enviado al cuerno, pero en cambio le di la impresión de que me gustaba porque en aquel momento así era. Ahora, no obstante, había cambiado de parecer, aunque creía que no tenía derecho a decírselo.

Una copa y media de chardonnay y Lara se inclinó de repente sobre mí. Ya estamos... Me encogí instintivamente y sentí un gran alivio cuando me di cuenta de que solo quería volver a llenarme la copa. Con mano temblorosa, la levanté y casi la apuré de un trago.

—Oye, no te emborraches demasiado a costa mía —me regañó dulcemente.

—¿Eh? No, no. —Y la ansiedad volvió a dominarme.

Recé y le propuse a Dios un trato: si me sacaba de allí, nunca volvería a correr riesgos. No obstante, Dios debía de estar hablando por la otra línea, porque Lara se había acercado un poco más y me estaba apartando el pelo de la cara. Luego me besó, lo cual no estuvo demasiado mal, introdujo las manos por debajo de mi camiseta y me acarició el pecho, lo cual tampoco estuvo demasiado mal. Llegado este punto pensé que me tocaba a mí actuar y le bajé el tirante del hombro para mostrar mi buena

disposición, pero lo que no esperaba era que Lara se bajara el vestido hasta la cintura, se quitara el sujetador y se recogiera los senos con las manos. Nada más tocarse, los pezones se le endurecieron, algo que en otras circunstancias me habría parecido erótico, pero que ahora me paralizaba.

—No seas gallina —dijo.

Respiré hondo y empecé a acariciarle los senos con recato, en parte para devolverle el favor, pero también porque tenía curiosidad por palpar unos implantes. Sin embargo, dado que nunca había tocado otros senos que los míos, tampoco podía hacer comparaciones.

Seguimos acariciándonos y quitándonos la ropa. Lara era hermosa, de eso no había duda. Su piel era suave y desprendía un olor dulce. Con todo, cuando nuestras entrepiernas se juntaron, sentí que algo fallaba. Las dos éramos demasiado planas. Me di cuenta de lo mucho que me gustaban los cuerpos de los hombres.

Lo que había propulsado mi primera respuesta a Lara, ya fuera el alarde, la curiosidad o la necesidad, había desaparecido. Comprendí que había abarcado más de la cuenta.

Dicen que solo una mujer puede saber realmente lo que otra mujer quiere, y no hay duda de que Lara se esmeró. Yo, sin embargo, era incapaz de separar mi cuerpo de mi mente, dejarme ir y entregarme a los placeres que esta experiencia me ofrecía. Me sentía una impostora y, peor aún, me sentía ridícula.

Por suerte, Lara pareció disfrutar y restó importancia a mis inhibiciones diciendo:

—Oye, es tu primera vez.

—Gracias —contesté humildemente.

—Muy pronto —dijo— te tendremos atada a un consolador de treinta centímetros.

¡Dios mío!

Apenas pegué ojo en toda la noche y Lara me dejó en casa por la mañana, camino de su clase de yoguilates. Los Tambores del Ritmo de la Vida llegaban en ese momento y algunos me saludaron, acostumbrados ya a verme llegar a casa los sábados por la mañana con la ropa de la noche anterior.

—Te llamaré mañana —dijo Lara antes de marcharse—. Saldremos por ahí. Saluda a Emily de mi parte.

Y aquí estaba ahora, hojeando viejos guiones de Emily, incapaz de concentrarme en nada. ¿Qué debía hacer? No podía romper con Lara. No solo parecía gustarle mucho, sino que tendría que confesarle que era una simple turista sexual. Después de lo mucho que Nadia la había defraudado, no podía hacerlo.

En cualquier caso, había pasado tanto tiempo desde la última vez que había roto con alguien que ya no recordaba cómo se hacía. ¿Qué dice la gente? ¿«Lo nuestro no funciona»? ¿«Necesito mi propio espacio»? ¿«Podemos ser amigos»?

Pero si no rompía con ella...

El futuro se desplegó ante mis ojos. Iba a tener que quedarme en Los Ángeles para siempre y ser lesbiana. No veía otra salida.

Tendría que hacer toda clase de cosas propias de bolleras que resultaban atractivas en la imaginación pero no tanto en la vida real. Y el régimen de acicalamiento personal que Lara esperaría de mí sería agotador: mi cabello y mis cejas necesitarían mantenimiento dos veces por semana y volvería a sacar el tema de mis descuidadas uñas. Me obligaría a hacerme la cera brasileña y Dios sabe qué más.

¿Cómo me había metido en este lío? ¿Acostarme con una chica? Esta no era yo, esta no era la forma en que yo me comportaba. Alguien había tenido que llevarme por mal

camino. Pero por mucho que lo intentaba, no podía culpar a nadie salvo a mí.

Me obligué a afrontar una de las razones por las que había flirteado —sí, flirteado— con Lara tan descaradamente: quería alardear delante de Troy y Shay. Deseaba sorprenderles, herirles o lo que fuera, porque los dos, aunque de maneras muy diferentes, me habían herido a mí.

¿En qué me había convertido? Antes de Lara vino Troy, y aunque el sexo fue fantástico, la experiencia había hecho que me sintiera mal conmigo misma.

Al menos una cosa era evidente, pensé con ironía: estaba como pez fuera del agua. Antes solía pensar que era una pena que me hubiera casado a los veinticuatro, que me había perjudicado al renunciar al sexo anónimo con desconocidos misteriosos. En el fondo de mi corazón había creído que si se me presentara la oportunidad de sacar la chica salvaje que había en mí, sería capaz de hacer muchas locuras.

Pero me equivocaba. No estaba hecha para los rollos de una noche. A diferencia de las mujeres como Emily y Donna, en lugar de excitarme el sexo ocasional me deprimía. Dios, qué decepción descubrir que era como siempre me había comportado: una monógama de los pies a la cabeza.

Emily tenía razón, estaba fuera de control. Hacía bien al preocuparse por mí. Y eso no era todo. Dentro de tres días llegaría mí madre. ¿Cómo iba a ocultarle mi aventura lesbiana? Sin duda me mataría.

Desesperada, permanecí frente al escritorio durante un tiempo indefinido. Luego empecé a pensar en Emily y sus esfuerzos por meter a la fuerza siete meses de trabajo en una semana. Me levanté y salí a verla. Todavía estaba delante del portátil, tecleando furiosamente.

—Emily, ¿hay algo que pueda hacer para ayudarte?

Dejó de teclear. Tenía la cabeza hundida en los hombros y las ojeras le conferían el aspecto de un mapache.

—Podría prepararte algo de comer o frotarte el cuello. Pero no en plan bollera —añadí para que no hubiera malentendidos.

Lentamente, Emily bajó los hombros.

—Hay algo que podrías hacer. Necesito salir unas horas esta noche. Me trae sin cuidado lo que hagamos siempre que hagamos algo. Decídelo tú.

—Vale. —Medité y enseguida supe qué quería hacer—. Me gustaría salir con una pandilla de chicas, emborracharnos y bailar alrededor de nuestros bolsos el «I Will Survive».

—Estupendo —musitó Emily—. ¿Quién quieres que venga? Lara, naturalmente...

—¡No, está ocupada! Mmm, ¿qué me dices de Connie?

—¿Connie? Pensaba que no te caía bien.

—Ya ves —dije, encogiéndome de hombros.

—¿Es por los preparativos de la boda?

—Sí, pero ya no me importa tanto.

—Y has dejado de preguntarme si la gente está casada. Maggie, finalmente creo que te estás recuperando. Pero si dejaras de acostarte con la gente...

—Lo haré, te lo prometo.

Connie aceptó y también su hermana Debbie. Nos pusimos minifaldas, tacones y maquillaje brillante y fuimos al Bilderberg Room —tan hortera que se había puesto de moda—, donde los hombres eran agresivamente impertinentes y vestían como *Starsky y Hutch.* Apenas habíamos alcanzado la puerta cuando uno me dijo:

—¡Ya estoy aquí! ¿Cuáles eran tus otros dos deseos?

Lo aparté de un empujón y poco después, cuando me estaba mesando el pelo, tropecé con una mano que no era

la mía. Pertenecía a un mocoso llamado Dexter, que luego me invitó a su casa.

Sin embargo, nosotras cuatro habíamos venido a bailar, no a conocer hombres, y evitábamos a los gilipollas como Wonder Woman esquivaba las balas, lo cual nos hizo aún más populares. Nos invitaban continuamente a martinis complicados que nosotras bebíamos pero no agradecíamos. Y aunque nuestros bolsos eran lo bastante pequeños para que colgaran de nuestros hombros sin herir a los mirones, en honor a la tradición los colocamos en el suelo, debajo de la bola de espejos —la alforja Dior de Emily, el Fendi anacarado de Connie, la cartera LV de Debbie y mi especial JP Tod— y bailamos alrededor de ellos.

Cuando Connie decidió que quería retocarse los labios, las cuatro cruzamos altivamente la pista —sin hacer caso de las invitaciones a bebidas y/o sexo fabuloso— y entramos en el tocador de señoras, que era un paisaje de baldosas de corcho marrón hasta en las paredes. Los espejos ahumados recordaban a *Los últimos días del disco.* Muy elegantes, pero poco prácticos cuando quieres comprobar si tienes pintura de labios en los dientes.

Solo había otra mujer en el tocador y estaba tratando de retocarse el rímel delante del espejo. En el lavamanos, junto al bolso, descansaba algo extraño: unas asas de plástico duro que generalmente encuentras unidas a esas bolsas que dan en las tiendas caras. Pero lo raro no eran las asas, sino el hecho de que no tuvieran bolsa. La mujer guardó en su bolso el pulverizador para el aliento, se lo puso debajo del brazo y —creí que estaba alucinando— recogió las asas y las balanceó como si de ellas colgara una bolsa invisible. La bolsa nueva del emperador.

La vimos marchar en silencio y, en cuanto la puerta se cerró, Emily, Connie y Debbie se pusieron a cotorrear.

—¿Verdad que lo era?

—¡Tiene que serlo!

—¿Quién? ¿Qué? —pregunté, comprendiendo que la mujer no era, como había pensado, una pobre alma perdida.

—¡Las asas de la doctora Hawk!

A juzgar por el destello de sus miradas, deduje que debía saber de qué estaban hablando. Negué lentamente con la cabeza y Emily me lo explicó.

—Ya sabes que todos arrastramos una carga del pasado.

Tuve que admitir que sí. De hecho, estaba empezando a comprender lo mucho que yo arrastraba.

—La doctora Lydia Hawk es una psiquiatra que ha desarrollado un enfoque pionero. Traduce la carga emocional en carga física. Durante el primer mes de consulta tienes que llevar una maleta entera.

—Y no puede tener ruedas —añadió Debbie—. Y ha de estar llena. La doctora Hawk la hace personalmente para que sea muy pesada y tengas que llevarla de verdad. A-todas-par-tes. A la farmacia, al trabajo, a las citas...

—Y a medida que mejoras, las bolsas se van reduciendo, hasta que estás lo bastante bien para recibir las asas de la doctora Hawk. Tienes que llevarlas durante un año como recordatorio.

—Y cuestan mil dólares.

—Diez mil —corrigió Connie.

—¡Pero eso es demencial! —exclamé—. No son más que unas asas de plástico. Podrías arrancarlas de cualquiera de esas bolsas que regalan en las tiendas.

Tres cabezas negaron al unísono.

—Tienen que ser las asas especiales de la doctora Hawk, si no no funcionan.

—Solo hay veinte en todo el mundo —se maravilló Connie—. Son superguays.

Unas veces pensaba que empezaba a entender cómo eran las cosas en Fantasilandia. Otras, como ahora, me sentía tan pez como el día que llegué.

En cualquier caso, volvimos a la pista para seguir bailando. Estaban poniendo música disco de los setenta sin reconstruir —«Mighty Real», «Disco Inferno» y otras piezas maravillosas que recordaba de mí infancia—, y el punto culminante fue cuando Emily tuvo una palabra con el pinchadiscos y, de repente, «I Will Survive» estaba sacudiendo las paredes de espejos. Uno de los tipos más decididos intentó entrar en nuestro círculo justo cuando la canción decía «¡Vete, vete ya!». Eso mismo le gritamos hasta que retrocedió, y bailamos como si no existiera el mañana.

Capítulo 34

Me descubrí deseando que no hubiera existido cuando, al día siguiente, Emily llamó a mi puerta y anunció:

—Lara viene de camino.

—¿Para verte? —pregunté esperanzada.

Emily me miró con incredulidad.

—No, para verte a ti. —Pronunció lentamente las palabras, como si yo fuera corta de luces—. Ya sabes... Su novia.

Dios mío.

El día había tenido un comienzo muy agradable, pues Lou nos había invitado a desayunar fuera. Había venido la noche anterior, cuando Emily —relajada por los diversos martinis gratis— le llamó a las dos de la madrugada para invitarle a casa. Lou apareció veinte minutos después y aseguró que había pasado la noche viendo un partido de béisbol por televisión y rezando para que Emily telefoneara.

—¡Agrrr! —había mascullado Emily, exagerando su repulsa por la falta de sinceridad de Lou.

Por la mañana Lou nos llevó a Swingers, una cafetería muy agradable y concurrida, con un ambiente vibrante y seductor incluso a las diez —intercambio de miradas apasionadas sobre crepés de arándanos, y estoy hablando solo de los camareros—. Además, él estuvo divertido, agradable y tan amable conmigo como con Emily, sin resultar en ningún momento mezquino. Insistió en invitarnos a las dos y cuando volvíamos a casa se detuvo a comprar cigarrillos y caramelos para Emily, le dio tres buenas ideas para *Chip el perro* y le dijo que le llamara si necesitaba cualquier cosa.

—Y cuando digo cualquier cosa, quiero decir cualquier cosa —insistió.

Mientras se alejaba en el coche, no pude evitar comentar:

—Creo que es encantador.

—Solo porque llevas fuera de juego mucho tiempo —repuso Emily al tiempo que se instalaba en la mesa de la cocina con su portátil, un cenicero, una taza de café y un paquete de mentolados—. Pero en realidad es el diablo.

—¡El diablo! Qué cosas tan horribles dices.

—¿Y no es horrible tramar a sangre fría que una mujer se enamore de ti para luego desaparecer?

—¿Estás segura de que eso es lo que está haciendo?

—Por supuesto. —Emily miró la pantalla y murmuró—: ¿Dónde estaba? Ah, ya lo tengo. Chip el perro acaba de morder al constructor. —Hundió la cara en las manos y sollozó—: No puedo creer que este escribiendo esto. ¡Me detesto!

—Piensa en el dinero —contesté, tal como ella me había dicho a mí—. Piensa en todas las cosas buenas que podrás hacer, como comer, pagar el alquiler y poner gasolina al coche.

—Gracias, gracias. —Emily se puso a teclear y todo fue bien hasta que Lara telefoneó para decir que no tardaría en llegar.

Media hora después irrumpió en la sala, radiante y hermosa como siempre. No obstante, esta vez en lugar de llenarme de admiración me llenó de terror. Se detuvo junto a Emily y contempló la pantalla.

—Hola, cariño, ¿cómo va?

—He perdido la vergüenza, Lara. Soy una furcia de Hollywood.

—¿Y quién no? Emily, ¿te importa que pase un tiempo a solas con Maggie?

Emily hizo una mueca de dolor, pero se contuvo.

—Adelante.

—Sé que esto te resulta extraño —dijo Lara con voz queda.

Emily se encogió de hombros y yo, muy nerviosa, metí a Lara en mi habitación, cerré la puerta y me preparé para una sesión de sexo apasionado.

—¿Qué hiciste ayer? —preguntó mientras rodeaba la cama y se sentaba en la silla de trabajo de Emily.

—Fui al Bilderberg Room con Connie y Debbie.

—¡Magnífico!

—Sí, estuvo bien. Buena música.

—¿Como qué?

Cité algunas canciones sin dejar de preguntarme cuándo empezaría la sesión de sexo.

—Yo fui a cenar a Shakers —explicó Lara—. Está en Clearwater Canyon. Se come muy bien. Deberías ir.

—Iré.

La espera se estaba haciendo insoportable, así que me levanté —tuve que hacerlo porque Lara estaba muy lejos—, la obligué a ponerse de pie y la atraje hacia mí. Pero antes de que pudiera besarla en los labios, ella puso la palma de su mano en mi pecho y estiró el brazo.

—No.

—¿No?

—Lo siento mucho, Maggie, pero creo que no deberíamos hacerlo.

—¿Porque Emily está ahí fuera?

—No. Creo que no deberíamos hacerlo y punto.

Repetí en silencio esas palabras hasta que lo comprendí.

—¡Quieres romper conmigo!

—Mmmm… sí. La verdad es que sí.

—Pero ¿por qué? —¿Qué demonios pasaba conmigo? ¿Por qué todo el mundo me rechazaba?

Me miró fijamente y dijo:

—Estaba dolida por lo de Nadia y sentía curiosidad por ti. En aquel momento me pareció una buena idea... Lo

siento mucho.

—¿Significa eso que nunca te he gustado?

—¡Claro que sí!

—¿Desde cuándo?

—Desde... desde la noche que descubrí lo de Nadia y te portaste tan bien conmigo.

—¿No te gusté desde que llegué a Los Ángeles? —Ignoraba por qué eso era tan importante, pero lo era.

—No, no fue enseguida. El caso es que estás algo confusa con lo de tu matrimonio y lo de Troy y creo que me aproveché de ti. Lo siento de veras.

—Ya...

—Pero eres genial, eres realmente genial.

—Pero no lo bastante.

—No es eso, es solo que... no sé cómo decírtelo...

—¿No soy tu tipo?

—No te enfades, ¿vale? —suplicó Lara.

Sintiéndome muy ofendida, tragué saliva.

—¿Y cuál es tu tipo? Chicas como Nadia, supongo.

—Sí, supongo que sí.

—¿Y por qué? ¿Porque tenía un gran cuerpo?

Lara asintió, incómoda.

Eso sí que no lo esperaba. Pensaba que los hombres elegían a las mujeres basándose puramente en la atracción física, mientras que estas eran menos superficiales. ¿Acaso ya no cuenta para nada tener una buena personalidad?, me pregunté con amargura.

—Tú también tienes un gran cuerpo —aseguró Lara con una dulzura que mitigó mi humillación—, pero como ella era bailarina... y se cuidaba mucho...

—Son mis uñas, ¿verdad?

—En parte —confesó.

—Y... —Me obligué a decirlo—. ¿Tenía mi...? Bueno, ya sabes... Mi culo... no estaba bronceado, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—En realidad no lo vi. En cualquier caso, Maggie, ese no es el problema. Estoy segura de que tu inclinación natural no son las chicas...

Ya está, lo había soltado.

—Y estoy segura de que si yo no rompiera contigo, tú romperías conmigo muy pronto.

Me detuve a pensar si debía jugarme la carta de la compasión o la del orgullo. Ganó el orgullo.

—Lo cierto es que quería hacerlo hoy, pero no sabía cómo.

—¿Qué? —aulló Lara—. ¡Y yo sintiéndome como la peor persona del mundo!

—Lo sé. —De repente me di cuenta de lo absurda que era la situación y me eché a reír—. Dime, Lara, francamente, ¿tan mal estuve?

Lara me miró fijamente a los ojos y sus labios se curvaron en una sonrisa llena de hilaridad.

—No, pero las he probado mejores.

—Yo también.

De pronto estallamos en carcajadas, sintiendo una mezcla de alivio y liberación, conscientes de nuestra locura. Cuando finalmente nos tranquilizamos, dije:

—Pero seguiremos siendo amigas, ¿verdad? —Y eso bastó para que volviéramos a desternillarnos.

—Reservad la noche del miércoles para el estreno de *Doves* —dijo Lara antes de marcharse.

Cuando la puerta se cerró tras ella, abordé a Emily.

—Tengo buenas noticias. Lara y yo hemos terminado.

Emily dejó de teclear.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me ha dejado. Dice que no soy su tipo.

—¿Y ahora qué? ¿La odias como odias a Troy y le clavarás un tenedor en la pierna cada vez que venga a casa?

El corazón me dio un vuelco.

—No, somos amigas.

—Menos mal.

—Emily, lo siento.

—¿Qué sientes?

—Haberme acostado con todos tus amigos. No volveré a hacerlo.

—Puedes acostarte con quien quieras. Lo que me desagrada es el mal ambiente que se crea cuando la historia no funciona.

—No pienso acostarme con nadie más. Estaba fuera de control, pero ya ha pasado. Lo siento. Vuelvo a ser la Maggie recatada. No estoy hecha para otra cosa. Puede que hasta ingrese en un convento de clausura.

Emily meneó la cabeza.

—Preferiría un término medio. Pero menos mal que has puesto fin a tu locura bollera antes de que llegue mamá Walsh, porque nos habríamos encontrado en un buen aprieto.

Qué razón tenía.

Capítulo 35

Después del segundo aborto, lloré durante cuatro días seguidos. Sé que la gente dice cosas como «lloré durante una semana» cuando en realidad quieren decir que lloraron intermitentemente durante unos días. Yo, sin embargo, lloré sin parar cuatro días enteros. Lloraba incluso mientras dormía. Era vagamente consciente de la gente que entraba, rodeaba mí cama y susurraba a Garv: «¿Cómo está hoy?».

Para cuando dejé de llorar tenía los ojos tan hinchados que parecía que me hubieran apaleado, y mi cara estaba blanca y agrietada como esos lagos salados resecos que ves en el desierto.

En el pasado, cuando me enteraba de que una mujer había abortado, era incapaz de imaginar su tristeza porque no entendía que alguien pudiera extrañar algo que no ha tenido. Por otro lado, sí era capaz de identificarme con otras pérdidas. Por ejemplo, si a una amiga la dejaba el novio, me sentía sola, rechazada y humillada como ella. O si a un amigo se le moría un ser querido, comprendía su conmoción, su dolor y su extrañeza ante la muerte, a pesar de que mis abuelos eran los únicos seres queridos que había perdido.

Con todo, no fui capaz de imaginar el dolor que representaba perder un bebé hasta que me sucedió a mí, hasta que me sucedió dos veces.

Y lo curioso es que, en algunos aspectos, se parece al dolor de las demás pérdidas. Me sentía tan sola, rechazada y humillada como si mi pareja me hubiera dejado. Sola por la persona que nunca llegaría a conocer, rechazada porque no quería estar en mi cuerpo y humillada por mi imperfección. Sí, sentía conmoción, dolor y extrañeza, como si alguien hubiera muerto.

Mi tristeza, sin embargo, tenía una dimensión mayor, algo que alcanzaba mi esencia como ser humano. Había deseado un hijo y ese anhelo era tan visceral e inexplicable como el hambre.

De tanto que me aislé, durante ese período sentí como si un muro de cristal me separara del resto de la especie humana. Intuía que casi nadie comprendía la naturaleza exacta de mi dolor. Podían entenderme quienes habían abortado —aunque no conocía a nadie—, quienes estaban intentando en vano tener un bebé y quizá también aquellos que ya habían tenido hijos, pero el resto de la gente era incapaz de entenderlo. Lo intuía porque durante mucho tiempo yo había estado entre ellos.

La persona que realmente compartía mi dolor era justamente aquella a la que apenas podía mirar a los ojos: Garv. Tener que pasar por todo esto con él se me hacía aún más duro y no entendí por qué hasta que caí en la cuenta de que no podía dejar de pensar en algo que había ocurrido cuando yo tenía veinte años: un niño del barrio había echado a correr entre dos coches aparcados para cruzar la calle y fue atropellado y muerto por un automovilista que no pudo frenar a tiempo. Los padres del niño estaban destrozados, pero la gente también se compadeció del conductor. Algunas personas decían: «Me da mucha pena el conductor. El pobre hombre debe de estar pasándolo muy mal».

Pues bien, yo me sentía como el conductor. Yo era responsable del dolor de Garv, yo tenía la culpa, y vivir con ella se me hacía casi insoportable.

Garv, en cambio, afrontó la situación mucho mejor que yo. Durante las dos semanas que siguieron al aborto llevó la casa, controló las visitas, sustituyó las revistas de *Madre e hijo* por *Vanity Fair* y se aseguró de que yo comiera. Yo erraba por la casa, incapaz de recuperar la normalidad, y me negaba a hablar de lo ocurrido. Ni siquiera podía pronunciar la palabra «aborto». Cuando alguien la

mencionaba, le interrumpía y la sustituía por «revés». Y cuando esa persona decía «Vale, revés» y seguía con el tema, yo decía «No quiero hablar de eso». Era tal mi resistencia, que hasta los amigos más fieles tiraron la toalla.

Entonces a alguien se le ocurrió que Garv y yo necesitábamos unas vacaciones. De pronto todo el mundo coincidió en que unas vacaciones eran lo mejor para nosotros, y allí donde miraba veía una cara fantasmal salmodiando: «¡Os sentará de maravilla!». O:«Unos días tumbada junto a una piscina con una novela barata te dejarán como nueva». Era como una película de miedo. «Tú fuiste concebida durante unas vacaciones, Margaret», decía mi madre, acompañando la información con un guiño y una inquietante mirada de soslayo.

—Por lo que más quieras, mamá, no nos lo cuentes — suplicaba Helen.

Al final Garv y yo tuvimos la impresión de que no había elección. Yo carecía de energía para luchar contra la insistencia de la gente, y la idea de aplazar el regreso a la vida real una semana más parecía demasiado tentadora.

Así pues, pusimos rumbo a un hotel de Santa Lucía — atraídos por la imagen de palmeras plateadas, una arena blanca y fina, un sol caliente y amarillo y cócteles grandes como peceras— para descubrir, nada más llegar, que tres días antes había habido un huracán —pese a no ser la estación de los huracanes— y la playa se había hundido en el mar junto con la mayoría de las palmeras. No solo eso, sino que mi maleta, repleta de maravillosos artículos de playa para estrenar, no apareció en la cinta del aeropuerto. Para más inri, cada mañana a las siete los obreros se ponían a reconstruir la playa frente a nuestra ventana. Y la guinda la puso la lluvia incansable, y no, por supuesto no era la estación de las lluvias.

Sin embargo, el colmo fue la actitud del personal del hotel en lo referente a mi maleta. Por mucho que insistía en

que quería recuperarla cuanto antes, parecía traerles sin cuidado. Cada mañana y cada noche Garv y yo pedíamos información sobre su paradero, pero nadie sabía nada.

—La gente de aquí es muy tranquila —protesté.

—¿Tranquila? —farfulló Garv—. A su lado los irlandeses parecen tan trabajadores y eficientes como los japoneses.

La situación alcanzó su cénit al quinto día. Aunque cada mañana en recepción habíamos repasado con Floyd todo lo ocurrido con la maleta desaparecida, ese día Garv tuvo que explicárselo de nuevo.

De manera poco convincente, Floyd pulsó un par de teclas y miró la pantalla. Yo estiré el cuello para echarle un vistazo, ya que sospechaba que el ordenador ni siquiera estaba encendido.

—Llegará mañana—aseguró.

—Lo mismo dijo ayer —repuse con la mandíbula apretada— y anteayer.

Me imaginé a Garv teniendo que lavar una vez, más mi camiseta y mis pantalones cortos en el cuarto de baño y a mí teniendo que ponérmelos húmedos por la mañana para regocijo de las demás chicas. Luego pensé en mi maleta repleta de biquinis de vivos colores, vestidos floreados y, lo peor de todo, mis sandalias nuevas, y me puse un poco histérica.

Cuando pienso en aquellas sandalias, todavía se me encoge el estómago de dolor. No porque sea una adicta a los zapatos —mi gran amor siempre han sido los bolsos—, sino por el trabajo que se había tomado Garv para conseguirlas. Yo las había visto en una tienda del centro una semana antes de irnos de viaje y hasta me las había probado. Me disponía a comprarlas cuando en la tienda entró una mujer con un bebé. Era un recién nacido de párpados soñolientos y manitas cerradas en un puño.

Tuve que salir —no exagero—, tuve que marcharme antes de echarme a llorar, porque cuando empezaba me costaba mucho parar.

Una vez en casa, me derrumbé sobre Garv.

—No es solo por el bebé —le dije—. Sé que parece una tontería, pero también es por las sandalias. Eran perfectas, me habrían ido bien con todo, y las dejé... —Flotaba al borde de un torrente de lágrimas.

—Iré a buscarlas —dijo Garv, y un músculo tembló rítmicamente en su mandíbula—. ¿Dónde estaban?

—Déjalo, no tiene importancia. —Además, no recordaba el nombre de la zapatería, solo sabía que estaba en la calle Grafton. Garv me puso delante una libreta.

—Dibújalas —dijo—. Anota el color, el número y todo lo que se te ocurra.

Traté de disuadirle, pero insistió y eso hizo que me sintiera aún peor. Era una señal de lo mal que iban las cosas, de lo cerca que estábamos de caer por el precipicio si Garv tenía que tomar medidas tan extremas para intentar hacerme feliz.

Como un detective privado, se pateó las calles del centro de Dublín armado únicamente con mi dibujo, y fue de zapatería en zapatería con el papelito preguntando a la gente: «¿Ha visto estos zapatos?».

Probó en Zerep, que no los tenía pero pensó que Fitzpatricks quizá sí. Fitzpatricks no los había visto e intentó enviarlo a Clarks, pero Garv dijo que yo no habría entrado en Clarks, que sus zapatos eran demasiado cómodos, y le sugirieron que mirara en Jezzie, donde intentaron colarle unas sandalias que eran demasiado planas y no tenían la suela rizada. Garv probó por su cuenta en Korkys, y aunque el personal no pudo ayudarle, una clienta —adicta a los zapatos— le oyó y dijo que las sandalias estaban en Cari Scarpa. Y tenía razón.

—Espero que te entren —dijo Garv cuando llegó a casa y abrió la bolsa.

—Me entrarán. —Estaba decidida a cortarme los dedos si hacía falta. Me tenía tan perpleja el trabajo que se había

tomado Garv que no habría sido capaz de admitir fallo alguno.

Los sacó de la bolsa.

—¿Son estos?

Asentí con la cabeza.

—Pues ya tienes tus zapatillas rojas —dijo, tendiéndomelas.

Y aunque no eran rojas —sino turquesas— ni eran zapatillas, me las puse, golpeé los tacones tres veces y comenté:

—No hay nada como el hogar.

Nos abrazamos con fuerza y durante un rato pensé que lo conseguiríamos. ¿No es extraño que a veces el recuerdo de un acto amable sea más doloroso que los actos crueles?

Entretanto, a Floyd le traía sin cuidado que la maleta que contenía mis sandalias y todo lo demás apareciera o no.

—¿Dónde está? —imploré—. Lleva perdida casi una semana.

Floyd me obsequió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tranquilícese, señora.

Y puede que en otras circunstancias me hubiera tranquilizado. Quizá si durante el último mes hubiera dormido bien alguna noche, si no hubiera tenido los nervios a flor de piel, si no hubiera puesto todas mis esperanzas en estas vacaciones. Por tanto, me oí gritar:

—¡No me da la gana de tranquilizarme!

Garv me agarró por los hombros y me llevó con firmeza hasta un banco.

—Quédate aquí —ordenó. Resentida, permanecí sentada mientras él se inclinaba sobre el mostrador de Floyd—. Y ahora escúcheme bien —le amenazó—. Esa de ahí es mi mujer. No se encuentra bien y ha venido aquí para recuperarse. No hay playa y el tiempo es una mierda. Lo menos que podría hacer es encontrar la maldita maleta.

Pese a su viril intervención, la maleta no apareció hasta el último día, y nuestro buen humor no llegó con ella.

En el aeropuerto, de vuelta a casa, el manto de depresión que nos cubría casi podía fotografiarse. Habíamos pensado que las vacaciones nos curarían, pero solo habían acentuado las divisiones. Además, no solo no estaba embarazada, sino que Garv y yo estábamos más distanciados que nunca.

Mientras pensaba en todas las cosas terribles que habían ocurrido —el mal tiempo, el extravío de la bolsa y la intoxicación (ah, sí, dos barrigas revueltas, un cuarto de baño en constante uso, en fin, dejémoslo ahí)—, me pregunté si Garv y yo éramos gafes. De pronto me asaltó un inesperado pavor, pues comprendí que los desastres habían sido, de hecho, lo mejor de las vacaciones, porque gracias a ellos Garv y yo habíamos tenido algo de que hablar. Las únicas ocasiones en que habíamos estado animados o de acuerdo se habían producido cuando nos desahogábamos o planeábamos las torturas que íbamos a infligir a Floyd y al cocinero que nos había dado el pez espada en mal estado.

Que yo recordara, por primera vez en nuestra relación Garv y yo apenas teníamos nada que decirnos.

Capítulo 36

La sección de llegadas del aeropuerto estaba abarrotada de gente. Además del avión de Dublín, acababa de aterrizar un vuelo de Manila y otro de Bogotá, y miles de familiares se habían personado en salida para recibir a los pasajeros. Yo llevaba cuarenta minutos de pie, estirando el cuello y recibiendo empujones del gentío envasado al vacío. Cada vez que las cristaleras se abrían para dar paso a otra familia, en algún lugar estallaban aullidos de alegría y otro desplazamiento lateral me hacía tropezar con mis vecinos, mientras la gente intentaba llegar hasta sus visitantes.

Cuanto más tiempo transcurría sin tener noticias de mi familia, mayor era mi optimismo. Quizá habían perdido el avión. Genial. Eso significaba que podía volver a Irlanda hoy mismo. Lástima que no me hubiera traído mis cosas. Justo cuando había llegado a la conclusión de que no venían, mi alegría se desvaneció. Aunque no podía verles, supe que estaban a punto de aparecer, y no gracias a un sexto sentido, sino a que les oí discutir.

Finalmente asomaron. Mamá con la cara misteriosamente anaranjada, misterio que comprendí más tarde, cuando me percaté de que también tenía la palma de las manos del mismo color. Había vuelto a utilizar el autobronceador. Por mucho que le dijéramos que no lo usaba correctamente, por un oído le entraba y por el otro le salía.

Entonces divisé un trocito de papá, casi invisible detrás de un carro cargado de equipaje hasta arriba. Vestía unos pantalones cortos de color caqui acompañados de varices, calcetines de rombos y zapatos negros de cordones. Detrás iba Anna, y me llevé una sorpresa —de hecho un sobresalto — cuando la vi. Se había hecho un corte de pelo moderno. Le quedaba muy bien. Y finalmente apareció Helen, con su melena oscura larga y brillante, sus radiantes ojos verdes y

la boca curvada en una sonrisa de desdén mientras observaba a la multitud. Pese a la distancia que nos separaba, leí en sus labios lo que estaba diciendo: «¿Dónde coño está?». Con un suspiro, abrí los codos, como si me dispusiera a bailar la canción de los pajaritos, y avancé a empujones.

¿El motivo del retraso? Una de las maletas de Anna no había aparecido, y solo después de llenar los formularios la encontraron paseándose en la cinta de Bogotá. El carro tampoco era de gran ayuda. Caprichoso e imprevisible, había despellejado tobillos y magullado pantorrillas. Dicho de otro modo, de haber sido un perro le habrías puesto el bozal.

No obstante, me alegré de verlos más de lo que esperaba y por un momento me sentí protegida; mamá y papá estaban aquí y cuidarían de mí. Pero algo relacionado con las piernas enclenques de papá, blancas y azules, me indicó que no era justo esperar que ellos me cuidaran. Puesto que yo ya llevaba tres semanas en Los Ángeles, yo cuidaría de ellos aun cuando apenas me sentía capaz de cuidar de mí misma.

Despellejándome los nudillos, conseguí introducir el equipaje en el bloque de pisos de Emily y, bajo un cielo azul, muy azul, puse rumbo a Santa Mónica mientras mi familia discutía mi nuevo aspecto.

—Nunca habías llevado el pelo tan corto —comentó Anna.

—Tuvo que tenerlo corto cuando nació —replicó Helen.

—No, no lo tenía tan corto.

—¿Cómo lo sabes? No estabas allí. Tengo que decir, Maggie —añadió pensativamente Helen— que te queda muy bien. El pelo corto te favorece y tienes un bronceado muy bonito.

Aguardé la coletilla sarcástica, mas no era para mí, sino para mamá.

—Un bronceado muy bonito —repitió Helen—, casi tanto como el de mamá. ¿No tiene un color estupendo? —preguntó.

—Sí, estupendo.

—Estuve sentada en el jardín de casa —explicó mamá.

—Sí, entre diluvio y diluvio —presionó Helen.

—El sol irlandés a veces es muy fuerte —insistió mamá.

—Debe de serlo si puedes conseguir ese color mientras llueve a cántaros.

El forcejeo continuó hasta que llegamos al Ocean View Hotel, a solo seis manzanas de la casa de Emily. Para mi sorpresa, el nombre del hotel no mentía, podía verse el mar. Lo único que lo separaba de la vasta extensión de Pacífico era una carretera, una hilera de palmeras y un carril de bicicletas.

—Mira —dijo Anna, emocionada, cuando dos rubias de un metro ochenta con coleta y piel bronceada pasaron patinando—. Bienvenidos a California.

El hotel era agradable y luminoso y tenía la piscina y las sombrillas anunciadas en los folletos, pero mamá parecía nerviosa y distraída y se puso a deambular por la habitación, abriendo cajones y tocándolo todo. Solo se relajó cuando descubrió que no habían pasado el aspirador por debajo de la cama. Es una mala ama de casa y detesta que alguien la supere en limpieza.

—Se está bien aquí —reconoció al fin. Helen se mostró menos impresionada.

—Hemos estado a esto —alzó los dedos pulgar e índice — de alojarnos en el Chateau Marmont.

—Me dijo que era un convento—replicó mamá, indignada—. De no ser por Nuala Freeman, que me explicó qué clase de lugar era en realidad...

—Elegante —le interrumpió Helen—. Lleno de estrellas del cine y el teatro. Habría estado genial.

Una razón por la que habían venido a Los Ángeles, por lo menos papá y mamá, era porque estaban preocupados por mí. No habían ni empezado a deshacer las maletas cuando me llamaron para que les hablara del estado de mi salud emocional. Mamá me acorraló en un rincón, acercó su cara atribulada (y naranja) a la mía y preguntó con voz queda:

—¿Cómo has pasado estas últimas semanas desde...? En fin, ya sabes... —De cerca tenía el cuello veteado, pero sus ojos eran bondadosos y me pregunté por dónde debía empezar. «Descubrí que mi marido tiene efectivamente una novia, luego tuve una ligera atadura con un hombre narigudo que no me llamó, volví a ver a Shay "La Primera Ruptura Es La Más Dura" Delaney, que hizo lo posible por mostrarse indiferente aun cuando siempre existirá un vínculo entre nosotros, al menos en mi cabeza, me enrollé con una mujer que tiene los pechos de silicona y también ella me rechazó. He estado en lugares muy oscuros y me he comportado de forma tan impropia de mí que me he asustado y sigo sin saber qué será de mí, de mi vida, mi futuro y mi pasado.» ¿Por dónde debía empezar? ¿El sexo lésbico? ¿El momento en que Troy me ato a la cama?

—Estoy bien, mamá—respondí débilmente.

Siguió mirándome con cariño y observé que se había dejado un trozo sin broncear debajo de la oreja. Por alguna razón eso me llenó de ternura.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Gracias a Dios —susurró—. Temía que fueras a volverte un poco... tarumba.

—¿Y cómo están las cosas por casa? —pregunté, deseosa de cambiar de tema.

—¿Te enteraste de que entraron a robarnos?

—¡No! ¿Cómo fue?

Acercando aún más su rostro naranja al mío, mamá me relató el suceso. Al parecer, una mañana que papá bajó a la

cocina a preparar una taza de té para mamá, se encontró a un joven desconocido que subía por la escalera.

«Buenos días», le saludó papá, pues un joven desconocido subiendo por la escalera no era, en sí, algo inusual. Con cinco hijas, las probabilidades de que se produjeran esa clase de encuentros eran muchas. Papá observó entonces que el joven tenía dos de sus trofeos de golf debajo del brazo. Y que el microondas estaba junto a la puerta principal. Y también la tele. «¿Qué haces con mis trofeos de golf?», preguntó.

«Joder!», espetó malhumorado el joven, tras lo cual tiró los trofeos al suelo, corrió escaleras abajo y salió a la calle. Fue entonces cuando papá vio la llave dentro de la cerradura de la puerta —allí abandonada cuando Helen llegó a casa por la noche— y comprendió que el joven no era el cisne de ninguna de sus hijas, sino un caco oportunista y madrugador.

—Gracias a Dios que tu padre se levantó —continuó mamá—. De lo contrario nos habrían robado hasta la cama donde dormíamos. Y otra noche Anna llegó a casa achispada, puso a calentar unas judías y se durmió.

—Yo aún estaba allí cuando eso ocurrió.

—¿De veras? Podríamos haber ardido en nuestras camas. Aunque —añadió meditabunda— supongo que podemos considerarnos afortunados por tener camas que quemar, tal y como van las cosas. Y ahora dime —mamá cambió bruscamente de tema y su voz se redujo a un susurro—, ¿me he pasado con mi cara?

—No, mamá, estás muy guapa.

—El color es falso. Me puse un poco de crema y como no ocurría nada, me puse un poco más, un buen puñado, y cuando esta mañana me miré al espejo, me encontré con esto.

—Ya sabes que el color tarda en aparecer, mamá. Te hemos dicho muchas veces que tienes que esperar.

—Lo sé, pero siempre temo no haberme puesto suficiente. En cualquier caso, creo que es maravilloso tener un poco de color, aunque Helen no para de meterse conmigo.

—Puede que esté celosa.

—¡Celosa! —De pronto mamá lo entendió todo—. ¡Claro! Por eso se comporta así. Pero tú estás bien, ¿verdad? Y vendrás pronto a casa, ¿verdad?

A renglón seguido, papá llevó a cabo la misma investigación sobre mi estado de ánimo, si bien, al ser un hombre y, peor aún, irlandés, lo hizo de forma más indirecta y sin mirarme a los ojos.

—Tienes buen... aspecto —dijo.

—Estoy bien, papá.

—¿Estás comiendo... como es debido?

—Sí, papá. Estoy bien y no tienes que preocuparte por lo que me dijiste acerca de Garv.

—¿Entonces era su prima? —preguntó.

—No, no lo era, pero no te preocupes, estoy bien. Ahora me iré a casa para que podáis descansar y nos veremos mañana.

Los lamentos me indicaron que mi comentario no había gustado.

—¡En Irlanda es medianoche! —protesté—. ¿Y *el jet lag*?

—La mejor forma de superar *el jet lag* es tratar de permanecer despierto y acostarse a la hora habitual —dijo mamá. La miré extrañada. ¿Desde cuándo se había convertido en una experta en viajes?—. Me lo dijo Nuala Freeman.

—Oh, entonces si Nuala Freeman lo dijo, tiene que ser verdad —repuso Helen con acidez. Y estuve de acuerdo con ella. Nuala Freeman debía de ser una plasta.

—Y tenemos que cenar —añadió mamá—. ¿Cómo vamos a acostarnos sin haber cenado? —Son criaturas de hábitos, mis padres.

—¿Es demasiado tarde para ir a Disneylandia? —preguntó papá.

—Son casi las cuatro, atontado —contestó Helen.

—Por lo visto está abierto hasta medianoche —intervino mamá—. Me lo dijo Nuala Freeman.

Antes de que Helen pudiera reunir una multitud para linchar a Nuala Freeman, me apresuré a explicar a papá que Disneylandia estaba a dos horas de camino en coche y que sería mejor que fuéramos otro día. Les aconsejé que deshicieran el equipaje y disfrutaran de un rato en la piscina, y que luego podríamos salir a cenar.

—¿Y vosotras? —pregunté a Helen y Anna. Seguro que querrían salir por su cuenta, emborracharse y buscar dioses del surf, pero decidieron venir porque tenían que comer y pagaba papá.

—¿Y Emily? —preguntó mamá—. Le dije a la madre de Emily que pasaría por casa de su hija para asegurarme de que come bien y se cuida.

—Emily está muy ocupada —contesté, pero mamá puso esa cara que ya sabes—. De acuerdo —cedí—, pero será mejor que le devuelva el coche por si lo necesita. Le diré que iremos todos a verla más tarde.

—¿Y regresarás enseguida?

—Sí.

Llegué zumbando a casa, comuniqué a una Emily exhausta que mi familia pasaría a tomar una copa antes de ir a cenar, regresé al Ocean View y pasamos un par de horas agradables deshaciendo maletas y discutiendo.

A las seis salvamos a pie las seis manzanas que separaban el hotel de la casa de Emily. Aunque estábamos en Santa Mónica —donde de vez en cuando veías a alguien trasladarse de A a B sin ayuda rodada—, la imagen de cinco personas caminando con sus patas traseras causaba casi tanto asombro como el que debió de producir en la prehistoria que los moradores de los árboles bajaran a

tierra firme e intentaran andar. Los coches reducían la velocidad y nos miraban como si fuéramos bicéfalos.

—¿Qué les pasa? —preguntó mamá al enésimo bocinazo —. Helen, ¿qué has estado haciendo?

—¡Nada! —Su voz no sonaba inocente, así que me relajé. Era precisamente cuando sonaba inocente cuando tenías que preocuparte.

Al llegar a la calle de Emily, Helen reparó en la tienda de equipos de vigilancia y nos obligó a entrar para interrogar al hombre sobre la finalidad de cada chisme.

—Básicamente son para uso doméstico —explicó—. Tenemos cámaras ocultas y micrófonos diminutos en el caso de que sospeche que su marido tiene un lío y decida grabar sus... actividades.

El tono jocoso del hombre daba a entender que le parecía imposible que un marido de Helen tuviera alguna vez un lío y hubiera que grabarlo, pero de repente un velo cayó sobre nuestro pequeño grupo y todos evitaron mirarme.

—También facilito detectives privados.

—¡Detectives privados! —El rostro de Helen se iluminó aún más—. No me importaría ser detective privado.

—¡Hora de irse! —ordenó papá con voz temblorosa. No creo que pudiera soportar aún otro cambio de profesión por parte de Helen.

Cuando pasamos por delante de la casa de Mike y Charmaine, Mike se levantó y nos dio un repaso muy poco espiritual a través de la ventana. Y mientras Helen y Anna avanzaban por el caminito de la casa de Emily, la sábana sucia y raída que hacía de cortina en la ventana de las perillas sufrió unos tirones... Convulsivos.

Emily, la pobre, seguía trabajando en *Chip el perro* y estaba molida.

—Hola, señora Walsh. Vaya, qué buen color trae.

Mamá titubeó y acabó por alardear.

—Me pongo morena muy fácilmente.

Entramos en la sala, donde encontramos a Justin y Desiree. Habían venido para ayudar a Emily con las partes más perras del guión.

—¿Cómo va la anorexia de Desiree? —pregunté, succionando las mejillas para imitar una delgadez extrema.

—Mucho mejor desde que empezó a tomar Prozac —aseguró felizmente Justin.

Ya. Por un momento había pensado que la normalidad nos estaba haciendo una visita. Era evidente que me equivocaba.

Descorchamos vino e hicimos las presentaciones.

—¿A qué se dedica? —preguntó papá a Justin. Papá solo lograba relajarse con la gente cuando sabía en qué trabajaban. Era feliz en compañía de funcionarios locales.

—Soy actor, pero...

—¡Es cierto! —exclamó mamá—. Le he visto.

—¿De veras? —Era evidente que a Justin jamás le había ocurrido nada igual.

—Sí, en *Space Hogs,* ¿verdad? Le enviaron a ese planeta y aquella especie de planta con escamas se lo comió.

—Eh, sí. ¡Sí! —La cara de bollo de Justin se iluminó—. Ese era yo.

—Me encantó su actuación, pero, si quiere que le sea sincera, creo que fue una estupidez que les enviaran a usted y al otro cabo a ese planeta. Cualquier persona con un poco de sentido común habría comprendido que no iban a durar ni cinco minutos con esa planta.

—¡Tiene usted toda la razón! El caso es que...

Mientras Justin explicaba lo del gordo prescindible a mamá, vi entrar a Mike y Charmaine. Dijeron que venían a comprobar cómo le iban las cosas a Emily en su casa recién purgada, pero yo sospechaba que habían venido a curiosear.

Papá se alegró mucho de que Mike trabajara en una compañía de seguros médicos, algo que yo ignoraba.

Siempre le había imaginado en un empleo más excéntrico, más etéreo. Emily presentó a Mike a mamá.

—Esta —dijo con dramatismo— es mamá Walsh. Y este... —Emily se volvió hacia Mike, pero mamá la interrumpió con su sonrisa más encantadora.

—Ya sé quién es.

—¿De veras? —preguntó Mike.

—Sí. Tienes muchos amigos famosos —dijo mamá a Emily. Luego miró de nuevo a Mike—. Usted escribe libros de viajes, ¿verdad? ¿Y no tuvo su propia serie de televisión durante un tiempo? ¿Cómo se llama?

—Mike Harte —respondió cortésmente Mike.

—No, no. Empieza por W. Lo tengo en la punta de la lengua. ¿Cómo era?

—Mike Harte —repitió Mike con igual cortesía.

—¡No! Ya lo tengo. Bryson, Bill Bryson, ¿verdad?

—No, mamá Walsh.

—¿Está... está seguro?

—Muy seguro.

Se produjo un silencio incómodo y la cara de mamá adquirió un tono extrañamente morado. Solo se me ocurrió que estaba enrojeciendo debajo del bronceado.

—Lo siento, se parece mucho a él.

—No se preocupe —respondió Mike con suma amabilidad.

—¡Tengo una sorpresa! —exclamó Emily en un torpe intento de cambiar de conversación—. ¡Ha llamado Lara! —Instintivamente hice una mueca de dolor, segura de que la mera mención de su nombre transmitiría psíquicamente a mamá que me había acostado con ella—. *Doves,* la película en la que Lara está trabajando, se estrenará mañana y estáis todos invitados.

Como es natural, la noticia provocó una gran excitación y contribuyó a olvidar lo de Bill Bryson.

—¿Habrá gente famosa? —quiso saber Helen.

—Puede. Pero ¿sabes quién estará allí? —aulló Emily, todavía en su papel de superanfitriona—. ¡Shay Delaney! ¿Te acuerdas de Shay Delaney, mamá Walsh?

—Por supuesto. —Mamá recuperó rápidamente su aplomo—. Era un chico encantador. Será un placer volver a verle.

Me lo tragué hasta el fondo. Me negaba a sentirlo, fuera lo que fuese que debía sentir. Ya tenía suficientes emociones que afrontar.

Mamá volvía a dominar el cotarro, y aunque estábamos en casa de Emily, era ella la que, actuando como una auténtica matriarca irlandesa, llenaba las copas de la gente y se aseguraba de que estuvieran a gusto. Pero cuando intentó llenar por segunda vez la copa de Charmaine, esta protestó.

—Ya he tomado una.

—Tómate otra—insistió mamá como hacen las mamas irlandesas—. No hay pájaro que vuele con una sola ala.

Charmaine ladeó la cabeza y repitió lentamente:

—No hay pájaro que vuele con una sola ala. Qué bonito. Qué sabiduría.

¿Estaba siendo sarcástica?, me pregunté, pero no percibí maldad en ella.

—Perdone —se disculpó—, tengo que decírselo a Mike.

—Esa chica es todo dulzura —dijo mamá con recelo, mientras contemplaba la espalda esbelta de Charmaine y el balanceo de sus trenzas.

—Es una persona muy espiritual —expliqué.

—Oh, ¿es católica? —preguntó mamá, más animada.

—No. Ha dicho espiritual —corrigió Helen, que había seguido la conversación.

Estaba claro que mamá se había convertido de repente en objeto de gran interés para Mike y Charmaine, pues no paraban de mirarla.

Cuando Anna empezó a debilitarse por los efectos *del jet lag y* mamá la regañó diciendo «Levanta ese ánimo, eres

como un árbol sobre un pozo sagrado», Mike dio un codazo a Charmaine y ambos, maravillados, se repitieron el uno al otro: «Un árbol sobre un pozo sagrado».

Siguió una breve pero intensa conversación entre ellos. Luego Charmaine propinó un empujoncito a Mike y dijo:

—Pregúntaselo.

—No, pregúntaselo tú —contestó él.

Sus cabezas se juntaron de nuevo y, tras otra pequeña charla, Mike dio un golpecito a mamá en el hombro.

—Debemos irnos. Hoy es nuestra noche de meditación. —Parecía disgustado—. Pero ha sido un placer conocerla, mamá Walsh. Nos estábamos preguntando si, durante su estancia en Los Ángeles, le gustaría apuntarse a nuestras noches de narración de fábulas.

Por supuesto, mamá estaba encantada.

Sencillamente encantada. No obstante, tenía que fingir lo contrario, porque así se hacían las cosas en su mundo.

—Voy a estar muy ocupada. Tengo que ir a un estreno mañana por la noche y mi marido quiere que le acompañe el jueves. —Estaba haciendo muy bien lo de parecer importante e indulgente hasta que añadió—: A Disneylandia.

—Podemos buscar un día que a usted le vaya bien.

—¿Qué le parece el jueves por la noche, cuando vuelva de Disneylandia? —sugirió Charmaine.

—No puedo prometer nada —respondió solemnemente mamá—, pero haré lo posible.

—Esperaremos el jueves con impaciencia.

Capítulo 37

—¿Qué plan hay para hoy? —Emily estaba en pijama, bebiendo café y fumando el primero de los sesenta cigarrillos del día.

—Una vuelta en coche por Beverly Hills con el «plano» de las casas de las estrellas y visita al Mann's Chínese Theatre para ver las manos de las estrellas en el cemento.

Emily hizo una mueca de dolor.

—Por primera vez la idea de *Chip el perro* no me parece tan mala. Es evidente que siempre hay algún desgraciado en peor situación que tú.

Me sonrió débilmente, pero estaba tan cansada que la piel de debajo de sus ojos parecía magullada.

—Ojalá pudiera ayudarte —dije.

Emily meneó la cabeza.

—Esto me recuerda a las empolladas para los exámenes finales. Nadie puede hacerlo salvo uno mismo. Y no debería quejarme, me pagan bien. —Así y todo, parecía tan desolada que se me encogió el corazón—. Lo que no soporto es la vergüenza. Me rechinan los dientes con cada palabra que tecleo para esta porquería. Es eso lo que me tiene tan deprimida. Y las continuas llamadas solo consiguen empeorar las cosas. —Emily miró con ira el teléfono. Larry Savage no paraba de llamar para pedir informes sobre los progresos de Emily, obligándola a mantener conversaciones a tres bandas con él y Chandler mientras estos imponían cortes e ideas nuevas—. Si me dejaran a mí sola con el guión, probablemente no tendría tan mala pinta, pero cada vez que consigo rematar una escena me obligan a cambiarla. Por eso tengo la impresión de que no llego a ninguna parte.

—¿Podrás venir esta noche?

—Por supuesto. Necesito un respiro. —Emily recordó algo—. Oye, siento haber soltado lo de Shay Delaney de

aquella manera. Me entró el pánico con lo de Bill Bryson y no podía dejar de hablar.

—No te preocupes —me apresuré a decir, deseosa de no entrar en el tema—. ¿Quién más estará allí?

—¿Te refieres a si estará Troy?

Me estremecí. —Supongo que sí.

—Estará. ¿Cómo te sientes ahora con respecto a él?

—Ya sabes —respondí alegremente—, humillada, avergonzada.

—¿Todavía quieres acostarte con él?

—¿Estás loca? Ni por todo el oro del mundo y todo eso.

—Estupendo. Por suerte no te has convertido en una adicta a los rechazos.

—¿Y eso qué es, psicóloga de tres al cuarto?

—Ya sabes, cuanto más indiferente es un hombre, más le deseas.

—Sin duda, eso sería mucho peor. Ya me siento como una idiota tal como están las cosas.

—No eres la primera mujer a la que un hombre engaña ni serás la última. No te maltrates. —Luego, con una sonrisa, añadió—: Lo único que te pasa es que has perdido práctica. Muy pronto te habrán embaucado un montón de hombres y Troy será historia.

—Hablando de embaucadores, ¿cómo está Lou?

—Tengo que admitir que es un tipo listo. Sigue representando el papel de don Perfecto, pero yo le llevo ventaja. —Emily expulsó una elegante bocanada de humo.

En el Ocean View todos llevaban despiertos desde las cuatro de la madrugada. El estado de ánimo era bueno cuando, bajo un impecable cielo azul, pusimos rumbo a Beverly Hills y compramos un plano de las casas de las estrellas. Todo el mundo sabía que los planos era imprecisos y obsoletos, pero ¿quién era yo para quitarles la ilusión?

La primera parada fue la casa de Julia Roberts. Pasamos veinte minutos estacionados en una calle bien cuidada por donde no asomaba un alma, intentando ver algo a través de unas puertas de metal sólido.

—En algún momento tendrá que salir para comprar el periódico, la leche o lo que sea—razonó papá.

—No tienes ni idea —le espetó Helen—. Julia Roberts tiene gente que se encarga de esas cosas. Quizá hasta tenga gente que lea el periódico y se beba la leche por ella.

Seguimos velando en silencio.

—Esto es un rollo —protestó Helen—, aunque me sirve de entrenamiento para cuando abra mi agencia de detectives privados. Gran parte del trabajo será de vigilancia.

—Tú no vas a ser detective privado —replicó mamá—. Tienes la boda de Marie Fitesimon dentro de dos semanas, y si no la envías al altar hecha una princesa, tendrás que vértelas conmigo.

—¿No necesitas ciertos requisitos para ser detective privado? —preguntó Anna.

Helen se detuvo a reflexionar.

—Sí. En primer lugar, tengo que adquirir una adicción al alcohol. No me será difícil, teniendo en cuenta mi herencia genética. En segundo lugar, debo pertenecer a una familia de perturbados. —Helen dirigió una mirada de aprobación al grupo, a la cara parcheada de mamá, a los calcetines a rombos de papá y a la elegancia a lo me-vestí-a-oscuras de Anna—. Una vez más, damas y caballeros, parece que la suerte me acompaña.

—Sale alguien. ¡Sale alguien!

—Cálmate, papá.

Se trataba solo de un jardinero mexicano que portaba un abanico de hojas.

Papá bajó la ventanilla del coche y le gritó:

—¿Está Julia en casa?

—¿Quiéeen?

—Julia Roberts.

—Esta no es la casa de la señorita Roberts.

—¡Oh! —exclamó papá, consternado—. ¿Sabe dónde vive?

—Sí, pero si se lo digo tendré que matarle.

—Qué simpático —murmuró papá mientras subía la ventanilla—. Venga, ¿quién toca ahora?

Después de que la visita a las *casas* de Tom Cruise, Sandra Bullock, Tim Allen y Madonna solo ofrecieran vistas a verjas electrónicas y letreros de RESPUESTA ARMADA, tiramos la toalla y nos dirigimos al teatro Chinese, que hervía de turistas en busca de las huellas de sus actores favoritos para luego colocar sus manos encima y hacerse fotos.

Papá rindió homenaje a las manos de John Wayne, mamá no daba crédito a los diminutos zapatos de Doris Day y Anna se conmovió al ver las huellas de las pezuñas de Lassie. Helen, sin embargo, no parecía impresionada.

—Esto es un rollo —protestó en voz alta, y abordó a un empleado que pasaba en ese momento por su lado—. Perdone, señor, ¿dónde puedo encontrar el pompis de Brad Pitt?

—¿El pompis de Brad Pitt?

—Sí, me han dicho que está aquí.

—¿No me diga? Oye, Ricky, ¿dónde puede encontrar esta señorita el pompis de Brad Pitt?

—¿Qué es un pompis?

—Un culo —tradujo Helen—. O un trasero, si lo prefiere.

—¿Tenemos el trasero de Brad Pitt? Oye, LaWanda, ¿dónde está el trasero de Brad Pitt?

Pero LaWanda no era tan tonta como los otros dos.

—No lo tenemos —repuso.

—¿Lo han robado? —preguntó Helen.

LaWanda la miró con furia.

—Qué tipa tan rara.

—¿Porque quiero ver una copia en cemento del pompis de Brad Pitt? Lo raro sería no querer verla.

—Brad Pitt jamás vendría aquí a bajarse los pantalones y depositar el culo en cemento fresco. ¡Es una estrella! —Para entonces LaWanda estaba agitando los brazos, dispuesta a saltar. Antes de que le cayera encima, tiré de Helen.

Por la tarde los dejé en el Ocean View con la misión de prepararse para el estreno y reunirnos en casa de Emily.

—¿Tenemos que ir elegantes? —preguntó papá, confiando en que la respuesta fuera negativa.

—Es un estreno —le reprendió mamá—. Claro que debemos ir elegantes.

—¿Estás segura?—insistió papá.

—Más te vale.

Aunque *Doves* era una película independiente —lo que significaba que no habría estrellas conocidas y nadie en Irlanda quedaría impresionado porque nunca iba a oír hablar de ella—, valía la pena esmerarse.

Al llegar a casa ayudé a Emily a ocultar su sobada palidez bajo una máscara de maquillaje. Ignoro cómo lo hizo, pero cuando hubo terminado estaba radiante y no tenía nada que ver con el trapo estresado que unos minutos antes había estado trabajando a toda mecha y viviendo de cigarrillos.

Habíamos quedado con mi familia a las siete. En vista de que a las siete y veinticinco seguían sin aparecer, empecé a inquietarme.

—¡Seguro que se han perdido!

—¿Cómo quieres que se pierdan? Están a seis manzanas de aquí en línea recta.

—Ya los conoces. Probablemente hayan aterrizado en South Central y estén rodeados de bandas, cadenas de oro, Uzis y pañuelos de pirata.

—¿Te imaginas a tu padre con un pañuelo de pirata? —preguntó Emily.

—¿Te imaginas a mamá con un pañuelo de pirata? —No sé por qué, pero de repente nos estábamos desternillando de risa—. Naranja.

—Jesús —susurró Emily, contenta, mientras introducía un dedo experto por debajo del ojo y retiraba un poco de rímel—. Muy buena. Un momento —dijo, aguzando el oído —. Creo que ya están aquí.

Los cuatro irrumpieron en la sala cargados con su mal humor colectivo.

—Llegamos tarde por su culpa —explicó mamá, mirando enfurecida a Helen.

—Lo importante es que hemos llegado —intervino papá.

—Y estáis todos guapísimos —observó Emily.

Tenía razón. Estábamos todos deslumbrantes y perfumados (salvo papá), y no me sorprendió que, casi al instante, las perillas asomaran por la puerta.

—Ya nos íbamos —dijo secamente Emily, al tiempo que trataba de impedirles la entrada.

—Hola, soy Ethan. —Ethan subía y bajaba el cuerpo, intentando ver a Helen y Anna, que estaban detrás de Emily.

—Déjales entrar, aunque solo sea un minuto —dije.

—Bueno. —Emily se apartó con aire impaciente mientras los tres muchachos entraban y se detenían tímidamente delante de las chicas. Hice las presentaciones y dejé que durante unos minutos se olfatearan como perros, hasta que llegó realmente el momento de marcharse.

—¿A qué se dedican esos chicos? —preguntó papá cuando trepaba al jeep de Emily.

—A pillar infecciones venéreas —murmuró Emily entre dientes.

—Son estudiantes —aseguré.

—Sí —convino Anna—, pero Ethan, el de la cabeza afeitada, va a convertirse en el nuevo mesías.

Mamá apretó los labios.

—¿De veras?

Capítulo 38

El estreno de *Doves* iba a celebrarse en un maravilloso y antiguo cine de Doheny con asientos de terciopelo rojo y paredes cubiertas de espejos *art déco,* un salto atrás a una época más glamourosa. Me alegré de que nos hubiéramos arreglado porque todo el mundo iba muy elegante. Había incluso algunos fotógrafos.

—Es más probable que sean de *Variety* que de *People* —sugirió Emily, pero no importaba.

Emily salió a la calle —«Unas caladitas antes de la peli»— y yo conduje a mi familia hasta nuestros asientos. Me estaba instalando cómodamente cuando divisé, sentados un par de filas más adelante, a Troy y Kirsty, y noté que me encogía. Al verle —y peor aún, al verle con Kirsty— me acordé de mi estupidez, de lo ingenua que había sido. Entonces recordé lo que Emily me había dicho, que yo no era la primera mujer que se dejaba embaucar ni sería la última, y de pronto me sentí más ligera, más libre. Puede que siempre abrigara el deseo de clavarle un tenedor en la pierna, pero no era el peor sentimiento que se podía tener hacia alguien. Troy se volvió para echar un vistazo a la sala y yo bajé la mirada demasiado tarde. Me saludó con un gesto indiferente. Yo le saludé aún con más indiferencia —me gustaría pensar que mi cabeza no se movió en absoluto, que solo se movieron algunos pelos de mi flequillo— y la mirada de Troy avanzó hasta detenerse en Helen. Esta le guiñó descaradamente un ojo y él sonrió. Kirsty, alertada por algún sexto sentido, también se volvió y, al seguir la mirada de Troy, conectó su fuerte voz en un intento de distraerle. Por lo menos yo no era como ella, pensé, por lo menos ya no le deseaba.

En ese momento Emily tomó asiento, las luces se apagaron y empezó la película.

—¿Qué clase de película es? —susurró papá—. ¿Es del Oeste?

—¿Sale Harrison Ford? —preguntó mamá en mi otra oreja.

Harrison Ford posee un atractivo multigeneracional dentro de mi familia. A mamá le gusta tanto como a nosotras. De hecho, hasta mi sobrina Kate deja de llorar cuando Claire le pone la parte de *Armas de mujer* en que se quita la camisa, discutiblemente su mejor momento.

En fin, te diré que *Doves* no tenía a Harrison Ford de protagonista ni era una película del Oeste. No sé muy bien qué era. Podría haber sido una historia de amor si el héroe no se hubiera dedicado a asesinar a sus novias. Podría haber sido una comedia si hubiera sido divertida. Podría haber sido una película porno si no hubiera estado filmada mayoritariamente en blanco y negro para que supiéramos que el sexo no era gratuito, sino esencial para la trama (resulta muy violento ver escenas de sexo flanqueada por tus padres).

Doves era la clase de película que me hace sentir sumamente idiota, que me recuerda que no fui a la universidad, que no he leído a Simone de Beauvoir y que pensaba que *Rojo,* de la trilogía de los *Tres colores* de Kieslowski, era una chorrada (y si fui, fue porque se habían agotado las entradas de *Cuando un hombre ama a una mujer).*

Me pasé la mayor parte de la película a) deseando que terminaran las escenas de sexo, y b) pensando en cosas que decirle a Lara después de la proyección que no fuera «vaya mierda». Tarde los ciento veinte minutos que duraba la película en decidir que «interesante» era un calificativo neutro.

Después de dos espantosas horas —y en medio de lo que parecía una escena— aparecieron los créditos, se encendieron las luces y sonaron vítores y aplausos. Mamá se volvió hacia mí, esbozó una radiante sonrisa y declaró:

—¡Maravillosa! —Luego, entre dientes, añadió—: La cosa más rara que he visto en mi vida. Pensaba que *El paciente inglés* era una película rara, pero esta se lleva la palma.

Cuando todo el mundo se levantó para aplaudir al director, papá permaneció sentado, mirando al frente.

—No ha terminado, ¿verdad? ¿Insinúas que la gente paga para ver esto? —preguntó, implorando una respuesta negativa—. Quizá solo nos han enseñado los descartes.

—¿Dónde está el bar? —inquinó Helen.

—Tengo que ir al servicio. De camino lo buscaré.

Mientras me abría paso hasta el vestíbulo oí a alguien describir la película como «muy europea». «Valiente», opinó otro. «Desafiante», dijo alguien más. Memoricé los comentarios. Me serían muy útiles la próxima vez que necesitara un eufemismo para «una mierda».

—¡Maggie, Maggie! —Lara, despampanante en una funda hasta los pies de lentejuelas de color cobre y un peinado a lo *Barbarella,* me estaba haciendo señas—. Gracias por venir. ¿Qué te ha parecido?

—Eh... genial. Interesante, realmente interesante. Muy europea.

—¿Tú crees? ¡No te ha gustado nada! —exclamó, y se echó a reír.

—No, yo... Bueno, vale, no es mi tipo. A mí me van las películas más simples.

—No pasa nada. Será mejor que hable con los periodistas, pero vendré a verte más tarde.

Mientras se marchaba, me sentí ufana. Al menos la relación con Lara iba bien. Todavía quería mantenerla alejada de mis padres, pero no había tensión alguna entre nosotras por nuestro breve flirteo.

Al salir del lavabo de señoras localicé el salón donde se estaba celebrando la fiesta. Estaba lleno de bandejas con champán y mesas con comida. Cogí una copa y me abrí paso entre la bronceada y elegante multitud hasta Emily,

que estaba con Anna, Kirsty, Troy y —sorpresa, sorpresa— Helen.

—¿Qué me decís de los asientos de terciopelo? ¿No os parecen una guarrada? —gimió Kirsty.

—A mí me encantan. Es un gran cine —opinó Emily, y todos estuvimos de acuerdo con ella.

—¡Puaj! —exclamó Kirsty—. ¡Qué asco! ¿No has pensado en la de culos que se han sentado ahí antes que tú?

Desconecté, y no solo porque la odiaba. Estaba ocurriendo algo extraño con la comida. Desaparecía con una rapidez sorprendente —cada vez que apartaba los ojos y volvía a mirar, el contenido de las bandejas había disminuido un poco más—, pero por mucho que buscara no veía a nadie que estuviera comiendo. Salvo papá, que se hallaba inclinado sobre una de las mesas, aunque él no lo engullía todo. Me volví muy deprisa y tampoco obtuve más pistas, solo un par de miradas extrañas. Era como si la gente estuviera comiendo utilizando la fusión mental de Vulcano.

—¿Te ha gustado la película, Enana? —preguntó Troy a Helen, mirándola por debajo de unos párpados deliberadamente caídos.

¡Santo Dios, ya le había buscado un apodo! Casi sentí lástima de Kirsty.

¿Estaba celosa?, me pregunté angustiada. No quería estarlo, me estaba yendo bien en el frente de las emociones y no quería dar un paso atrás. Repase detenidamente mis sentimientos y solo encontré un ligero interés por lo que podría ocurrir. Quizá debería haber protegido a Helen, pero estaba segura de que ella podía cuidar de sí misma. En mi opinión, era Troy quien debía ir con tiento.

Mi orgullo por lo bien que me estaba tomando las cosas sufrió un pequeño revés cuando descubrí con quién estaba charlando animadamente mi madre, nada más y nada menos que con Shay Delaney. Qué prisa se había dado.

Shay tenía la cabeza inclinada hacia delante y los ojos tan concentrados en los de mamá que me dieron ganas de reír.

Como sí hubiera notado que le miraba, levantó inopinadamente la vista y me clavó una mirada que fue directa a mi estómago. Mamá estiró el cuello y, al verme, me hizo señas de que me acercara. Por supuesto, yo me acerqué. ¿Por obediencia? ¿Por cortesía? ¿Por curiosidad? Quién sabe, pero el caso es que me descubrí al lado de él. Corpulento y algo desgreñado, sonriente y encantador, estaba siendo muy Shay Delaney.

—¡Mira a quién he encontrado! —exclamó mamá con exagerado entusiasmo—. Estábamos recordando viejos tiempos. Me parece que fue ayer cuando tenía a Shay Delaney sentado en mi cocina, comiendo... ¿Cómo dijiste que se llamaban, Shay?

—¡Tartas Bakewell! —exclamaron los dos al unísono.

—Eras el único que se las comía. Mis hijas no querían ni probarlas.

—No lo entiendo —dijo Shay con un destello en los ojos —. Eran deliciosas.

Pero lo habría dicho aunque al llegar a casa hubiera muerto de una intoxicación. Siempre fue así: todo cumplidos y esfuerzos por hacer que la gente se sintiera a gusto consigo misma. Salvo conmigo. Mis ojos se detuvieron en la incipiente barba dorada de su mandíbula y ahogué un suspiro.

—Me han contado que estás casado —indagó mamá.

—Así es, desde hace seis años, con una chica llamada Donna Higgins.

—¿Los Higgins de Rockwell Park?

—No, los Higgins de York Road.

—¿Malachy Higgins o Bernard Higgins?

—Ni uno ni otro, aunque tiene un tío Bernard...

Tras una pequeña desviación para determinar exactamente a qué rama de los Higgins pertenecía la esposa de Shay, mamá volvió a las andadas.

—El matrimonio de Margaret se ha roto, pero esas cosas ocurren continuamente. Hoy día no eres nadie si no te casas más de una vez. Tenemos que avanzar con los tiempos, ¿no crees? ¿Qué sentido tiene disponer del divorcio si no lo usamos?

Con cada frase mi asombro iba en aumento, hasta que finalmente se había tornado en auténtico pasmo. Mi madre es la mujer que lloró cuando el divorcio llegó a Irlanda, y dijo que era el fin de la civilización. Y qué diplomacia la suya sacar el tema teniendo en cuenta el historial familiar de Shay Delaney.

—¿Y tu esposa? —preguntó a Shay—. ¿Está contigo o en...? Ah, en Irlanda. Comprendo. Y viajas mucho a Los Ángeles por trabajo. Debe de ser duro verse tan poco. Quién sabe, si no vas con cuidado podrías acabar como uno de esos tipos modernos que tienen más de un matrimonio.

Pensé que era demasiado mayor para dejar que mi madre me avergonzara. Todo un progreso.

—Parece que fue ayer cuando erais unos adolescentes —susurró mamá con nostalgia—. ¿Adonde van los años?

Shay y yo nos miramos en silencio y de pronto recordé una tarde en concreto. Le recordé a él bajándome hasta un parche de sol en la moqueta de su dormitorio, recordé el calor, la luz, el contacto de su piel desnuda contra la mía, el placer casi insoportable. El también debió de recordar ese día o algo muy similar, porque la atmósfera había adquirido una densidad casi visible.

Yo había tratado de ocultar a mis padres mis devaneos adolescentes. Como es lógico, sospecharon que había algo entre Garv y yo la primera vez que salí con él, a los diecisiete años, pero nunca se lo confirmé, como tampoco confirmé que habíamos roto. Tampoco supieron nunca con certeza que yo había salido con Shay. Claro que en realidad no salía con él, solo practicábamos el sexo. De aquella época recuerdo el deseo insaciable y la espera constante de que la madre de Shay se marchara de casa para que yo

pudiera entrar en ella y salir de mi ropa. Vivía en un estado de constante excitación, y hasta cuando la madre y las hermanas de Shay estaban en casa seguíamos dándole al sexo, aunque de manera subrepticia. Fingíamos ver la tele mientras yo tenía una mano en sus téjanos, la mirada pegada al pomo de la puerta y las bragas debajo de un cojín. A veces, la madre cedía a la constante importunación y nos dejaba «escuchar música» en la habitación de Shay, donde nos enrollábamos con casi toda la ropa puesta: mi falda subida, sus téjanos bajados, atentos a las pisadas en la escalera que nos harían levantar de un salto y tratar de rebajar la rojez de nuestra piel. Shay aprovechaba hasta las fiestas para encerrarme en una habitación y embestirme hasta volverme loca sobre un montón de abrigos.

—Os dejare solos para que os pongáis al día —dijo mamá con una sonrisa cálida. Giró sobre sus talones y se alejó. Jamás creí que vería el día en que mi madre me hiciera de alcahueta.

—¿Desde cuándo es tan liberal con el divorcio? —preguntó Shay.

—Desde hace diez minutos.

Odié el silencio que siguió. No se me ocurría nada que decir, había perdido mi capacidad para dar conversación, lo cual era una pena porque había mucho de lo que quería hablar con él.

—Bueno —dijo Shay, y enseguida supe qué venía a continuación.

—Se acabó el tiempo, ¿eh?

—¿Qué?

—Has hablado a solas conmigo más de cinco segundos, así que ha llegado el momento de extender la mano y decir: «Me alegro de volver a verte». ¿Me equivoco?

Eso no le gustó. Parecía perplejo. ¿Porque había descubierto que no era perfecto? Yo misma estaba perpleja. Normalmente no soy tan directa, pero habíamos estado tan

unidos en otros tiempos que todavía creía que tenía derecho a decirle lo que quisiera.

—No es eso —balbució—. Es... eh... —Parecía angustiado, como si estuviera suplicándome comprensión. Pero antes de que pudiera seguir, papá reparó en él y se acercó corriendo.

—¡Que me parta un rayo, si eres Shay Delaney! ¡Cómo me alegro de ver a un paisano!

Ahogue otro suspiro. Papá llevaba fuera de Irlanda menos de dos días. ¿Qué les pasa a los irlandeses? Rachel, mi hermana, dice que ni siquiera podemos ir a Gran Bretaña a pasar el día sin entonar canciones sensibleras sobre cómo nos obligaron a dejar la verde Erín y lo ansiosos que estamos por regresar a casa. ¿Acaso compartimos una memoria colectiva que hace que cuando salimos del país nos asalten recuerdos de cuando nos deportaban a Australia por robar ovejas?

—Nos volvemos al hotel por el *jet lag,* pero el viernes por la noche invito a cenar —dijo papá a Shay—. Y si no vienes, me lo tomaré como un insulto personal.

Capítulo 39

El jueves por la noche mamá, papá, Helen y Anna aparecieron por sorpresa en casa de Emily. Habían ido a Disneylandia y yo había supuesto que no volverían antes de medianoche. Enseguida supe que no se trataba de una visita informal porque mamá lucía su mejor chaqueta y su pintalabios de «salir», esto es, una circunferencia de pintura más ancha que sus labios. Parecía una payasa sumamente respetable.

—Entrad, entrad —dije—. ¿Cómo os ha ido en Disneylandia?

Mamá se hizo a un lado para mostrar a papá. Llevaba un collarín en el cuello.

—Oh.

—Así nos ha ido en Disneylandia —respondió mamá—. Volvió a levantarse mientras estaba montado en aquella cosa. No me hizo caso. Nunca hace caso a nadie. Él lo sabe todo.

—Valió la pena —aseguró papá, obligado a volver todo el cuerpo para asesinar a mi madre con la mirada.

—Papá, cuando fuiste a Disneylandia con tus colegas contables, ¿ibais con traje?

—¿Traje? —preguntó sorprendido—. Éramos embajadores de nuestro país. Por supuesto que íbamos con traje.

—¿Lo has pasado bien en Disneylandia? —pregunté a Helen.

—Sí, porque no fuimos. Fuimos a Malibú a la caza de dioses del surf.

—Pero si no tenéis coche —dijo Emily a Anna— ¿Cómo llegasteis tú y Helen a Malibú? ¿No me digas que fuisteis... en autobús?

Anna meneó la cabeza.

—No. Ethan y los demás chicos nos llevaron en su *Duques de Hazzardmóvil.*

—Si los conocisteis ayer.

—*Tempus fugit* —contestó Anna—. No hay mejor momento que el presente.

Se hizo el silencio, pues hasta ese momento el lema de Anna siempre había sido: «No hagas hoy lo que puedas dejar para mañana. O, preferiblemente, para el año que viene».

—A Anna le gusta Ethan —dijo Helen.

—No me gusta.

—Sí te gusta.

—No me gusta.

—Sí te gusta.

—¿De veras? —preguntó Emily con curiosidad.

—¡No!

—Sí —insistió Helen—. Tendremos que torturarla para que lo confiese. Emily, ¿tienes algo con lo que podamos darle una descarga eléctrica?

—Mira en la cocina. Y entretanto saca vino y algunas copas, ¿quieres?

—¿Por qué no confiesas, cariño? —preguntó mamá—. Las descargas eléctricas son muy dolorosas.

—¡No me gusta!

Desde la cocina llegó el ruido de cajones revueltos.

—¡Emily, solo he encontrado un cuchillo eléctrico de trinchar! —gritó Helen.

—Si me torturáis, me vuelvo a casa —amenazó Anna.

—Déjalo. Trae solo el vino.

—¿Y qué has hecho hoy? —me preguntó mamá.

Había tenido un día raro, asediado por la nostalgia, por la época en que tenía diecisiete años y empecé a enrollarme con Shay. Fueron muchas las cosas que recordé mientras me sentía presa de un dolor agridulce...

La voz de mamá atravesó mis pensamientos y me devolvió de un salto al presente en Los Ángeles.

—¿Le estoy hablando a una pared? —protestó bruscamente—. ¿Qué hiciste hoy?

—Oh, lo siento. Lavé ropa, fui al supermercado.

Donde por cierto volvió a gritarme el hombre harapiento, esta vez con respecto a una persecución de coches y una bala en el muslo de «Lala». En esta ocasión no me lo tomé como algo personal. Compré un montón de comida y luego me pregunté por qué, tanto en los supermercados de Irlanda como en los de Los Ángeles, a nueve mil kilómetros de distancia, siempre acababa haciendo cola detrás de la Persona Que Se Lleva Una Gran Sorpresa Cuando Se Da Cuenta De Que Tiene Que Pagar. Después de guardar todas las cosas en las bolsas y colocarlas en el carro, les comunican la cantidad, se sorprenden y solo entonces empiezan a palparse los bolsillos o a abrir el bolso en busca de la cartera. Al final pagan con una tarjeta de crédito que no va bien o calculan la cantidad exacta en calderilla.

Luego fui a la farmacia, compré un limpiador lingual y esperé a que me cambiara la vida.

—Y al llegar a casa ayudé a Emily. —Bueno, le preparé un batido de arándanos, le sugerí un sinónimo de «gruñir.» y expliqué por teléfono a Larry Savage que Emily estaba en su sesión de irrigación de colón cuando en realidad estaba tumbada en el sofá, fumando y llorando.

—Ayer fue una noche maravillosa —comentó mamá—, dejando a un lado la película, claro. Shay Delaney no ha cambiado nada. Me alegré muchísimo de verle. Y mañana vendrá a cenar con nosotros, de acuerdo con papá.

—No vendrá —repuse—. Solo quería ser educado.

—Sí vendrá —insistió mamá—. Dijo que vendría.

Papá le había puesto prácticamente un cuchillo en la garganta. Claro que dijo que vendría.

—Ese tío me da dentera —intervino Helen—. Te estaba mirando, Maggie.

—Nos estaba mirando a todos —replicó secamente mamá.

—No, quiero decir que la estaba mirando. Mirando... con sus ojos.

—¿Con qué otra cosa iba a mirarla? —le espetó mamá —. ¿Con los pies?

Antes de que pudiera clasificar y poner nombre al aluvión de sentimientos que el comentario de Helen me había generado, Anna dijo algo sorprendente:

—Quiere caer bien a todo el mundo.

—¿Qué tiene eso de malo? —preguntó mamá—. Además, lo cierto es que cae bien a todo el mundo.

—A mí no —repuso Helen.

—Porque te gusta llevar la contraria.

—Vete a casa, vieja, estoy cansada y me molestas.

—Me voy, pero solo porque quiero. ¡Vamos! —Mamá llamó a papá como si fuera un perro faldero—. Acabemos con esto.

—¿Adonde vais?

—A la casa de al lado, a contar fábulas.

Cuando nuestras risas amainaron, pregunté:

—¿Por qué vas si no te apetece?

—¿Qué podía decir? —respondió mamá, indignada—. Ese Mike me puso entre la espada y la pared.

—No vayas —sugirió Helen—. Que se joda.

—No. —De repente mamá era todo altivez—. Si digo que voy a hacer algo, lo hago. No soy de esas mujeres que se echan atrás. Nos quedaremos una hora por educación y luego diremos que tenemos otro compromiso.

—Di que vais al Viper Room —aconsejó Helen—. Es la noche de los carrozas.

—El Viper Room —repitió mamá—. Muy bien. Y si no hemos salido dentro de hora y media, venid a rescatarnos.

En cuanto se hubieron marchado, Helen dijo muy seria:

—El tipo de la narizota, ¿Troy?, me parece extrañamente atractivo.

—Coge número y ponte en la cola —repuso Emily exactamente como me había dicho a mí—. No te enamores de él, nena, porque te romperá el corazón.

—¿Enamorarme? —se mofó Helen—. Qué aguda. Pero dime, ¿quién se ha acostado con él? —Observó ávidamente a Emily—. Seguro que tú.

—Pregúntaselo a Maggíe.

Me encogí de hombros y Helen me clavó una mirada penetrante.

—¿Tú? ¿Túuu?

—Sí, yo.

—Pero... tú eres una buena chica.

—No me digas

Me miró con desconfianza.

—En cualquier caso, tú y ese Troy no salís juntos, ¿verdad?

—No.

—Entonces, ¿te importa que lo cate?

—En absoluto.

—¿No crees que deberías preguntárselo a su novia? —replicó Emily con inesperada brusquedad.

—¿Quién? ¿La cursi aquella? —Helen sonrió—. Dudo que me dé problemas. Y ahora háblame de Lara. Los chicos dicen que es tortillera. Me pregunto cómo es el sexo con una chica —dijo, como si estuviera soñando—. Me pregunto qué hacen en la cama.

—Pregúntaselo a Maggie —dijo Emily.

—¡Ja, ja, ja! —rió Helen. Luego calló como si hubiera chocado con una pared de granito. Su cara perdió color—. No te creo.

Volví a encogerme de hombros.

—Allá tú. —Me estaba divirtiendo.

—¿Cuándo?

—La semana pasada.

—No te creo. Se lo preguntaré a Lara.

—Pregúntaselo —la desafié.

Helen pasó la siguiente hora mirándome fijamente, como si no me hubiera visto antes, negando con la cabeza y murmurando «Jesús, Jesús...», y solo calló cuando Emily consultó la hora y exclamó:

—¿Qué hacemos con tu padre y tu madre? Ha pasado casi una hora y media. ¿Vamos a rescatarlos?

—Sí, vamos.

Salimos a la calle y miramos por la ventana del salón de Mike y Charmaine. Mamá estaba majestuosamente sentada en una butaca, con el resto de los presentes apiñados a sus pies. Hablaba y sonreía. Papá estaba instalado en el sofá, con la cabeza muy quieta sobre el collarín. También él sonreía.

Di unos golpecitos en el cristal de la puerta y un tipo delgado y con barba se acercó de puntillas y se llevó un dedo a los labios.

—Es la historia del Famoso Casposo y de cómo se ganó el amor de la hija del médico.

Emily, Helen, Anna y yo nos miramos boquiabiertas, le seguimos hasta la sala y nos sentamos en el suelo. Enseguida me inquiete. El acento de mamá era más irlandés que nunca, y el número de «diantre» y «ojo» por frase era alarmantemente alto.

—... ojo, que el muchacho Casposo sabía hacer de todo. Conducir tractores marcha atrás, fumigar y en cuanto a bailar... Diantre, era el mejor bailarín del mundo, podía bailar sobre un plato...

Yo estaba muerta de vergüenza por el espantoso ridículo que estaba haciendo mi madre, pero cuando observé las caras de los oyentes, vi que estaban literalmente hechizados. Todos la miraban fijamente, sin moverse, como si fuera un imán. El silencio era absoluto.

—Bailaba el swing, el country, podía dar ocho vueltas seguidas, pero también tenía cerebro, ¡diantre si tenía

cerebro! Genial era en el aprendizaje de libros...

—¿Aprendizaje de libros? —susurró Emily—. ¿De qué demonios habla?

—Chis —susurró ferozmente una chica de anuncio de tintes naturales.

—... había roto el corazón de cada mujer de Irlanda. Todas las madres del pueblo le tenían puesto el ojo. —Una pausa calculada—. ¡Y no solo por sus hijas!

Estallaron las risas y aproveché para indicarle con gestos que terminara. Mamá me vio y confieso que parecía decepcionada.

—Damas y caballeros—anunció, interrumpiendo las risas—. Damas y caballeros, como pueden ver mis hijas han llegado y quieren llevarme al Viper Room.

Varias cabezas se volvieron con miradas furibundas.

—De modo que, aunque me cueste, debo dejarles.

—¿No podéis esperar cinco minutos? —nos preguntó con agresividad un hombre que llevaba coleta—. Queremos oír el final de la historia.

—Eso —clamó otro—. ¡Que espere Johnny Depp!

¿Cómo era posible que nos echaran la culpa?

—De acuerdo —dije—. A nosotras tanto nos da.

—Diantre, no tenía idea de que el relato les estuviera gustando tanto —dijo mamá con fingida timidez—. En fin, si insisten...

—¡INSISTIMOS! —estalló la sala.

Uno de los acólitos de la primera fila la acarició suavemente y dijo:

—Siga, mamá Walsh.

Mamá Walsh siguió durante un buen rato y para cuando la dejaron marchar, parecía flotar en una nube, y también papá. Por desgracia, la cosa se puso un poco fea en la calle, cuando mamá descubrió que no íbamos al Viper Room, que solo había sido una excusa —aceptada por ella, tuvimos que recordarle— para salir de allí.

—Yo quiero ir al Viper Room —insistió como una niña mimada.

—No puedes. ¡Eres demasiado vieja! —replicó Helen.

—Dijiste que era la noche de los carrozas.

—Bromeaba. Y estamos cansadas por *el jet lag*. Nos vamos a dormir.

Mamá nos clavó a Emily y a mí una mirada a lo *«Et tu, Brute?»*.

—Tengo un guión que escribir —respondió nerviosamente Emily—. Necesito mis zetas.

—Y yo tengo que ayudarla. Buenas noches a todos, hasta mañana.

Emily y yo entramos en casa y cerramos rápidamente la puerta, pero todavía oíamos las protestas de mi madre en la calle.

—¡Estoy de vacaciones! Sois todos unos aburridos.

Capítulo 40

Las vacaciones que tanto bien debían hacernos a Garv y a mí tuvieron el efecto contrario. Regresamos a casa desgastados y prisioneros de la terrible sospecha de que todo lo que hacíamos juntos salía mal, que viajábamos directos a Desastrelandia sin billete de vuelta y, como en una trampa para conejos, cuanto más luchábamos por liberarnos más atrapados estábamos.

El ambiente fue tenso durante la vuelta y en más de una ocasión pillé a Garv mirándome con expresión de culpa en los ojos. A los diez días de nuestro regreso fuimos a ver al doctor Collins, mi ginecólogo, para buscar una vez más la razón por la que había sufrido un segundo aborto. Fue en esa habitación donde el último puntal se desmoronó para Garv y para mí. Puedo señalar casi el segundo exacto en que mi matrimonio zozobró y murió.

Muchas veces, cuando te están sucediendo cosas fatídicas, en ese momento no sabes que lo son. Sospechas que no son buenas, que no han ayudado, pero solo el paso del tiempo te revela lo malas que son.

Yo culpo de ello a la rutina. La rutina enmascara los problemas. Piensas que si te levantas cada mañana, te pones ropa limpia, vas a trabajar, comes de vez en cuando y ves un poco la tele, todo está bajo control. Y Garv y yo estábamos haciendo todo eso, pero arrastrando con nosotros el peso de nuestra moribunda relación.

Después del primer aborto habíamos estado impacientes por intentarlo de nuevo. Teníamos la certeza de que un nuevo embarazo borraría nuestra pena. Esta segunda vez fue diferente. Creo que me daba miedo quedarme embarazada por si volvía a abortar. Pese a todo, comprobaba mi temperatura a diario y, si los resultados eran favorables, Garv y yo hacíamos el amor. Así fue hasta que un día algo que nunca había ocurrido ocurrió.

Estábamos en la cama y Garv se disponía a penetrarme cuando noté que tenía problemas. Su erección había perdido fuerza.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Está un poco... —dijo mientras volvía a intentarlo.

Pero no pudo, y su erección fue debilitándose más y más ante mis ojos, pasando en cuestión de segundos de una porra dura a un plátano marchito.

—Lo siento —dijo, rodando sobre su espalda y mirando al vacío—. Será el alcohol.

—Solo bebiste dos cervezas. No, es por mí. Ya no te gusto.

—No es por ti. Claro que me gustas.

Se acercó y permanecimos abrazados, atrapados en nuestras respectivas desgracias.

La siguiente ocasión en que volvimos a intentarlo sucedió lo mismo y Garv se deprimió. Yo sabía, por el *Cosmopolitan* y las conversaciones con mis amigas, que lo peor que podía ocurrirle a un hombre era sentir que su virilidad le estaba fallando. Pero por otro lado no tenía lo que hacía falta para darle consuelo. Estaba demasiado concentrada en mí misma, demasiado dolida por su rechazo y demasiado enfadada por su incompetencia. ¿Cómo íbamos a tener un bebé en estas circunstancias?

Hicimos otra prueba desastrosa antes de tomar la decisión conjunta y tácita de no volver a intentarlo. A partir de ese momento, apenas nos tocamos.

Un domingo por la noche nos pusimos a ver un vídeo —creo que era *Hombres de negro*—, una película en la que el mundo está a punto de acabarse a menos que alguien haga un acto heroico muy pronto. El tiempo corría, sonaba una música apremiante, la tensión iba en aumento... y de repente Garv dijo:

—A quién le importa.

—¿Qué dices?

—A quién le importa. Dejemos que el mundo se acabe. Estaremos todos mucho mejor.

Era tan impropio de él decir algo así que le miré fijamente para ver si estaba bromeando. Pero, por supuesto, no bromeaba. Contemplé a esa persona hundida en el sofá, con el pelo caído sobre una cara sediciosa y sombría, y me pregunté quién era.

Al día siguiente me levanté, me duché, bebí mi café, me vestí y él seguía en la cama.

—Levántate o llegarás tarde.

—No pienso levantarme. Voy a quedarme en la cama.

Garv jamás había hecho nada parecido.

—¿Porqué?

No contestó e insistí.

—¿Porqué?

—Por motivos fiscales —farfulló, y volvió la cara hacia la pared.

Me quedé un rato contemplando su montón de carne inerte bajo el edredón, salí de la habitación y me fui a trabajar. Garv se negaba a hablarme y yo apenas me frustraba. Los enfados ya no me llenaban de desesperación, tan solo se instalaban cómodamente unos encima de otros. Probablemente porque ya no me quedaba espacio para hundirme. Es decir, había tocado fondo.

Exceptuando los días ocasionales que faltábamos al trabajo —y en los que nunca coincidíamos—, la rutina nos mantenía en movimiento como ratas en una rueda. Pensábamos que avanzábamos, pero en realidad estábamos haciendo tiempo, yendo a ninguna parte. Fue en torno a esa época cuando empecé a beberme las lentillas.

Clic, clic, clic, los días pasaban. Pagábamos la hipoteca, nos asombrábamos de lo mucho que subía nuestra factura de teléfono y hablábamos de la vida amorosa de Donna, todo dentro de lo familiar, dentro de la normalidad. Íbamos a trabajar, salíamos de vez en cuando con los amigos y manteníamos la farsa, luego nos acostábamos sin tocarnos

y dormíamos unas horas antes de despertarnos a las cuatro de la madrugada para angustiarnos. Y sí, me preguntaba cuándo mejorarían las cosas. Todavía estaba convencida de que aquel horrible bache era temporal. Hasta el día que, poco antes de que todo se fuera al garete, tuve una visión. Como en una radiografía, traspasé la rutina diaria, el lenguaje íntimo y el pasado compartido, y pude penetrar en mí y en Garv, en todo lo que había ocurrido. Todo se me apareció sin tapujos y me asaltó un pensamiento claro y espantoso: «Tenemos un grave problema».

Habían transcurrido tres meses desde nuestras vacaciones en Santa Lucía.

El día que teníamos que salir a cenar con Liam y Elaine había amanecido como los demás. Nadie podía imaginar que iba a ser el día en que todo iba a venirse abajo. Los acontecimientos se sucedieron de forma inexorable: el televisor extraplano desplomado sobre el dedo de Liam, mi llamada telefónica a Garv para decirle que yo compraría la cena, la caja de trufas en la nevera del supermercado y, por último, la horrible imagen de Garv sacándolas de la bolsa y exclamando: «¡Eh, mira, otra vez esas trufas! ¡Parece que nos sigan!».

Le miré, luego miré la caja y volví a mirarle a él. Sin comprender.

—Ya sabes —insistió alegremente—. Las mismas que tomamos cuando...

Entonces comprendí. Estaba hablando de otra persona, de otra mujer.

Sentí que caía, que seguiría cayendo el resto de mi vida. Me obligué a detenerme. Había llegado el fin y no podía soportarlo. No podía soportar ver cómo la espiral descendente de mi matrimonio arrastraba a otras personas hacia su vórtice.

Capítulo 41

El viernes papá visitó al quiropráctico y mamá, Helen y Anna fueron a Rodeo Drive. Mamá se había empeñado en ir aun cuando le habíamos advertido que era muy caro. Pero si no lo pasaba bien, como mínimo a su regreso disfrutaría comentando escandalizada lo exorbitantes que eran los precios.

Yo no podía acompañarlas porque, como dijo Emily, tenía que ayudarla a apretar los últimos clavos del féretro de su guión. Larry Savage lo quería para el mediodía y no había tiempo que perder. Trabajamos toda la mañana leyendo en voz alta, buscando incongruencias y comprobando la continuidad. A mediodía lo imprimimos, llegó el mensajero y Emily se despidió de la pila de folios con un beso: «Buena suerte, pobre bastardo».

Molida, se fue directa a la cama. Con Lou. De pronto me encontré sin nada que hacer. Hacía demasiado calor para tomar el sol, no había nada en la tele y no quería ir de compras porque temía comprar algo.

Mis pensamientos se perdieron en la cena de esa noche. Estaba casi segura de que Shay Delaney no aparecería. Deberías haberle visto la cara cuando papá le intimidó con su invitación. Si Shay había aceptado había sido para no ofender a papá, y era de esperar que nos llegara el mensaje de que estaba atrapado en una reunión o algo parecido.

Pero ¿y si venía? ¿Entonces qué?

En ese instante decidí que mi pelo necesitaba un lavado y marcado. Mi única opción era Reza.

Llamé para pedir hora y, cuando llegué al salón, no me sorprendió que Reza me tratara con poca amabilidad, aunque se mostró más sumisa que la otra vez. De hecho, parecía deprimida. Mientras me enjabonaba el pelo, espiró varias veces sobre mi cuero cabelludo y cuando empezó a

tirar de mi cabeza con el cepillo del secador soltó un enorme, denso y desesperado suspiro.

Al cabo de unos segundos se produjo otro suspiro que partió de los dedos de los pies y estalló como un huracán sobre mi cuerpo. Y otro. Al final tuve que preguntar:

—¿Estás bien?

—No.

—¿Que te pasa?

Se avecinaba otro suspiro. Noté cómo arrancaba, trepaba por su cuerpo, le dilataba el pecho y salía. Tardó tanto que pensé que Reza no iba a contestarme. Finalmente encontró las palabras.

—Mi marido me engaña.

Dios, cómo lamentaba haber mordido el anzuelo.

—¿Te engaña? ¿Con el dinero? —pregunté esperanzada.

—¡No!

Lo imaginaba, pero no deseaba hablar de maridos infieles.

—Ha encontrado otro amor.

Horrorizada, vi que una lágrima le rodaba por la mejilla y luego otra, y otra.

—Lo siento mucho,

—Pero sigue durmiendo en mi casa, comiéndose mi comida y llamando a esa zorra con mi teléfono.

—Qué horror.

—Lo sé. Mi dolor es profundo, ¡pero soy fuerte!

—Me alegro.

En ese momento pareció reparar por primera vez en mi pelo.

—Tienes el flequillo demasiado largo —comentó.

—¡Oh, no, mi flequillo está bien!

Demasiado tarde. Reza ya había cogido las tijeras y estaba cortando, y mientras lo hacía las lágrimas le cubrían los ojos, cegándola. Cegándola.

Solo tardó tres segundos en llevar a cabo el terrible destrozo. Un segundo antes mi pelo era normal y un

segundo después mi flequillo formaba una auténtica diagonal, como si yo fuera una nueva romántica. En su punto más corto medía menos de dos centímetros y medio. Incrédula, me miré al espejo. Casi habría preferido que Reza hubiera llegado hasta el final y me hubiera hecho un mohicano.

¿Qué podía decir? No podía regañarla en su estado. (Aunque tampoco lo habría hecho. ¿Acaso no sabemos todas que es más difícil ser sinceras con los peluqueros que encontrar una aguja en un pajar?)

Medio mareada, pagué y con la mano sobre la frente corrí hasta casa, pero cuando pasaba por delante de la vivienda de las perillas, Ethan abrió la ventana y gritó:

—Eh, Maggie, ¿qué le pasa a tu flequillo?

De repente, como una repetición de mi última visita a Reza, los tres muchachos estaban en la calle examinándome.

—A mí me parece guay —dijo Luís.

—A mí no. Soy demasiado mayor para cortes vanguardistas. ¿Se os ocurre cómo puedo arreglarlo?

Luis me observó con aire pensativo.

—Sí.

—Estupendo. ¿Cómo?

—Dejándolo crecer.

Al menos los jadeos en la habitación de Emily habían cesado. Ella y Lou debían de estar durmiendo. El cielo se había cubierto de nubes y hacía un calor sofocante, de modo que puse el aire acondicionado al máximo, me senté delante de la tele y recé para que el pelo me creciera. Estaba claro que nunca impresionaría a Shay Delaney. Simplemente no iba a ocurrir.

Hacia las cinco Emily salió en bata del cuarto y deambuló por la casa bostezando y fumando hasta que me vio y tropezó del susto.

—¿Qué le ha pasado a tu PELO?

—Reza.

—¿Por qué has vuelto a ella después de lo que pasó la última vez?

—Porque soy una jodida idiota —respondí, desconsolada —. ¿Crees que podrás arreglarlo?

Emily intentó asir la parte más corta del flequillo.

—Mmm —murmuró especulativamente—. Traeré algunas cosas.

Salió del cuarto de baño cargada con una tonelada de productos para domar cabellos rebeldes —geles, ceras y espumas— y se puso a rebuscar.

—Creo que necesitamos factor diez, clase A. Lo más fuerte. —Me mostró una lata de cera—. Se la ponen a los caballos, ¿sabes?

Mientras engatusaba mi flequillo con una cera para caballos que más bien parecía manteca de cerdo, el teléfono sonó.

—No contestes —dijo Emily—. Deja que salte el contestador. Si es Larry Savage pidiéndome que reescriba más cosas del puto guión, me volveré loca.

Escuchamos, pero la persona que llamaba colgó.

—Otra vez —dijo Emily, arrugando **la** frente—. Ha ocurrido varias veces desde ayer. No me digas que, además de todos mis problemas, tengo un espía. Bueno, ¿qué te parece?

Me miré al espejo— Con suma habilidad, Emily había barrido mi flequillo hacia un lado para hacer que pareciera casi normal.

—Genial. Gracias.

—Necesitarás mucha cera y espuma para mantenerlo en su sitio, pero funcionará. Y nunca más recurras a esa mujer.

La cena de esa noche se celebraba en un restaurante al aire libre de Laurel Canyon y los protagonistas éramos yo, Emily, Helen, Anna, mamá y papá, que lucía con orgullo su cuello recién encajado. («¡Creí que había oído un disparo, pero era mi cuello!»)

Nos hacinamos en el jeep de Emily y, cuando llegamos, el restaurante nos encantó. De los árboles colgaban farolillos, un sonido de agua indicaba que cerca había un riachuelo y, afortunadamente, la temperatura era mucho más fresca que en la llanura.

Ni rastro de Shay. Nos condujeron al bar para esperarle allí y yo visité nerviosa el lavabo a fin de retocarme el flequillo, algo que no debí hacer porque cuando salí, Emily y papá estaban uno frente al otro y el ambiente era tenso.

—Señor Walsh —dijo Emily—, no me gustaría que acabáramos mal por esta tontería.

Se me encogió el corazón. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Mi dignidad está en juego —contestó papá.

—Le hablaré claro —prosiguió Emily—. La primera ronda la pago yo porque vivo aquí y ustedes son mis invitados. No puede ser de otra manera.

Enfurruñado, papá preguntó:

—¿Y la segunda?

—Pueden pagarla uno de ustedes.

—¿Quién?

—No lo se. Discútanlo.

Pero al final la primera ronda la pagó Shay, que entró en el bar, rubio y seductor, tendió delicadamente una tarjeta oro al camarero y, sonriendo, nos saludó uno a uno.

—Hola, Maggie, estás preciosa. Tú también, Emily. Caray, Claire. Oh, disculpe, señora Walsh, por un momento pensé que era Claire.

Luego se volvió hacia Helen, que estaba más guapa que todas nosotras juntas, pero ella le mostró los dientes en un gruñido mudo y Shay prefirió callar. Nunca llegó a Anna, pues en ese momento papá se puso a relatarle lo

estruendosa que había sido la reparación de su cuello. («Pensé que se había disparado un revólver.»)

Después de la copa nos condujeron a una mesa bajo las estrellas rodeada de árboles fragantes. Nuestro camarero no nos defraudó, incluida su representación sobre las sugerencias del día. Que si esto muy sano, libre de lactosa lo otro, cero por ciento de grasa lo de más allá. Se dirigía principalmente a Shay, que estuvo emitiendo murmullos de aprobación hasta que el camarero se marchó. Entonces dijo:

—Vaya, es agotador. ¿Por qué siempre tienen que complicarlo tanto? Supongo que así es Los Ángeles.

—¿Te gusta? —preguntó mamá.

—Sí —respondió pensativamente Shay—, siempre y cuando no olvide que esta ciudad es cine y solo cine. ¿Os acordáis del lanzamiento del transbordador *Discovery*?

Todos asintieron, aunque estoy segura de que no se acordaban.

—Ese día yo estaba en el Grill Room comiendo con dos agentes y uno de ellos dijo: «¿Sabéis que han lanzado el *Discovery*?». Y el otro tipo contestó: «Pero si ni siquiera sabía que la estaban rodando». Así es Los Ángeles. Oiga, señor Walsh, cuente la historia de la final de snooker.

—¿Queréis? —preguntó tímidamente papá.

—Venga —imploramos todos, así que papá contó la historia del único día en toda mi vida que me animó a ser mala, o sea, a hacer novillos, alegando que estaba enferma porque tenía entradas para la final de snooker y nadie con quien ir. El acontecimiento acabó por aparecer en las noticias. No bromeo. Cuando el campeón lanzó el tiro ganador, justo detrás de él, tan clara como el día, aplaudiendo como una foca idiota, aparecía yo. Estoy incluso mejor enfocada que él, y el vídeo se emitió en las noticias de las seis, luego en el resumen deportivo, luego en las noticias de las nueve y, aunque yo no lo vi, me contaron que también en las de la noche. Al día siguiente

apareció en las noticias del mediodía y luego en las del fin de semana durante el resumen semanal. La gente también pudo verme al finalizar el año, cuando mostraron los momentos deportivos más destacados. De hecho, hace apenas un año, cuando el jugador anunció que se retiraba, volvieron a pasar el vídeo y allí estaba yo, con quince años, con el pelo espantoso propio de la edad, sonriendo y aplaudiendo.

Todo el país me vio al menos dos veces, entre ellos mis profesores. Algunos se mostraron sarcásticos: «¿Ya te encuentras mejor, Maggie?», pero los demás parecían desconcertados. «Estoy muy sorprendido —dijeron algunos —. Normalmente eres muy buena chica.»

Papá contó la historia con tanta gracia que estábamos llorando de risa.

—Se me da muy mal ser mala —convine mientras me enjugaba las lágrimas—. Cada vez que hago algo peligroso, me pillan.

No pude evitarlo. Miré a Shay. Él me estaba mirando y nuestras sonrisas se apagaron. Desvié la mirada y en ese momento se produjo un alboroto. Un cordón de tipos fornidos que rodeaba a otra persona avanzaba entre las mesas como una máquina bien lubricada.

—Celebridad a la vista —anunció Emily.

El restaurante al completo estaba intentando ver sin parecer que era eso lo que estaba haciendo y una palabra empezó a correr casi como si la portara el viento, débil y sibilante al principio, «... hurll... hurley... lishurley... Hshurley... Líz Hurley».

—Es Liz Hurley —susurró Emily, y eso nos sirvió de entrada para dislocarnos el cuello. Era difícil ver algo a través del muro de guardaespaldas. Finalmente uno de ellos se movió un poco, la luz de un farolillo iluminó la cara de la mujer y, efectivamente, ¡era Liz Hurley!

—¿Quién apuesta conmigo a que me acerco y le pido un autógrafo? —preguntó Helen.

—¿Quién apuesta conmigo a que me acerco y le digo que se tape un poco? —preguntó mamá.

Shay meneó la cabeza con admiración.

—No me apuesto nada, señora Walsh, porque sé que lo haría. Es usted una mujer salvaje.

—Qué descarado. Soy una católica casada y respetable.

—Es usted una mujer salvaje.

Mientras Shay y mamá se sonreían con la mirada, les observé con un regocijo agridulce. Mamá y papá adoraban a Shay. ¿Cómo habría sido mi vida si me hubiese casado con él en lugar de con Garv? Mucho más fácil por lo que a mi familia se refiere, de eso no hay duda. Aunque a Helen, Shay no parecía gustarle mucho más que Garv.

—Muy bien, chicos. —El camarero estaba de vuelta, haciendo su interpretación de la lista de postres—. Helado bajo en calorías. ¿Alguien?

—¿Helado? —me preguntó Shay en un susurro.

Negué con la cabeza.

—En otra ocasión —me dijo, y sonó como una promesa.

Fue una noche agradable, exceptuando la pelea por la cuenta. Shay intentó pagarla y papá casi sufrió un ataque, luego Emily metió baza y dijo que invitaba ella. Finalmente llegaron a un acuerdo y fuimos a pedir nuestros coches.

Primero llegó el de Shay y mamá no se hizo esperar.

—En el jeep de Emily íbamos muy apretados. ¿Podrías acompañar a uno de nosotros a casa?

—Por supuesto. —Shay le ofreció un brazo—. ¿Vamos?

Pero la intención de mamá era otra.

—Será mejor que vaya con él —repuso, señalando a papá—. ¿Por qué no te llevas a Margaret?

—No, yo... —comencé.

—Venga, venga.

Me sentía avergonzada, y más aún cuando Helen comentó en voz alta:

—He leído un artículo en el periódico sobre un país donde las madres venden a sus hijas. ¿Qué país era?

Empezaba por I.

—¿India? —dijo Anna.

—¡Sí! ¿O era Irlanda?

Estaba sudando a mares. Deseé que el suelo se abriera y me tragara entera, hasta que Shay me obsequió con una sonrisa solidaría, comprensiva e incluso divertida.

—De acuerdo —cedí.

Una vez en camino, le dije:

—Disculpa a mi madre.

—No tiene importancia.

Permaneció en silencio y al final decidí preguntar:

—¿Hasta cuándo estarás en Los Ángeles?

—Hasta el martes.

—Es mucho tiempo. ¿Echas de menos a tu esposa?

—Bueno, terminas por acostumbrarte —contestó tras encogerse de hombros.

No supe qué decir y volvimos a guardar silencio —un tanto incómodo—, hasta que, en un margen de tiempo increíblemente corto, Shay paró el coche frente a la casa de Emily con el motor en marcha.

—Gracias por traerme. —Alcancé el picaporte.

—De nada.

Ya había abierto la portezuela cuando Shay me preguntó:

—¿Me odias?

Fue tal mí asombro que solté una carcajada.

—No —repuse, tratando de calmarme—. No te odio. —No hubiera sabido describirte qué sentía, pero no era odio.

Sin embargo, puesto que estábamos haciendo preguntas profundas, yo tenía una cuya respuesta llevaba años deseando conocer.

—¿Piensas alguna vez en él?

Shay hizo una pausa tan larga que pensé que no iba a contestar.

—A veces.

—Ahora tendría catorce años.

—Sí.

—Casi la misma edad que teníamos nosotros cuando nos conocimos.

—Sí. Oye, Maggíe —dijo Shay con una sonrisa fugaz—, tengo que marcharme. Mañana me toca madrugar.

—¿También en sábado? Trabajas mucho.

Me estaba tendiendo una tarjeta.

—Me alojo en el Mondrian. Puedes encontrarme en este número fuera de las horas de trabajo —explicó mientras lo anotaba—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Bajé y permanecí de pie en medio de la noche húmeda y aromática, escuchando a Shay alejarse con un chirrido de neumáticos.

Capítulo 42

Le llamé al día siguiente, en cuanto me pareció una hora razonable. Llevaba despierta desde las seis y el brazo me escocía muchísimo, pero me obligué a esperar hasta las nueve y cinco. Contestó Shay. Su voz sonaba adormilada.

—Soy Maggie.

Silencio.

—Garv... Walsh —expliqué.

—Ah, hola. —Rió—. Lo siento, todavía no me he tomado el café y tengo el cerebro desconectado. Yo... sí, ayer lo pasé muy bien.

—Yo también. Oye, Shay —dije al tiempo que él decía «Oye, Maggie».

Nos echamos a reír.

—Tú primero —dijo.

—De acuerdo. —Los oídos me palpitaban y me concentré en lo que tenía que decir—. Me preguntaba... si podría verte hoy.

Solo una hora.

—Hoy no me va bien. Y esta noche tampoco.

—¿Mañana? ¿Mañana por la noche?

—Vale, mañana por la noche. Ven alrededor de las siete.

—Hasta mañana, y gracias. Por cierto, ¿qué ibas a decirme?

—Nada, no tiene importancia.

Me quedé más tranquila. Le vería mañana por la noche.

Cuando Emily se levantó, fuimos al supermercado en busca de provisiones. El hombre harapiento estaba, como de costumbre, en el aparcamiento.

—¡Plano interior! —bramó—. Es de noche. Jill saca una caja de debajo de la cama y la abre. La cámara se detiene en la pistola que hay dentro...

—Dios mío, Maggie. —Emily me asió del hombro—. ¿Lo estás oyendo?

—¿Qué?

—¿No te has dado cuenta?

—¿De qué?

—Está haciendo una presentación. Está presentando un guión. —Emily había echado a andar hacia él y yo la seguía.

—Emily O'Keeffe —dijo, y le tendió una mano.

—Raymond Jansson. —El hombre alargó una mano mugrienta de uñas largas y negras y dio a Emily un firme apretón. Podía olerle a un metro de distancia.

—¿Estás presentando tu guión?

—Sí. *Starry, Starry Night.* —Sus ojos brillaron en su cara roñosa.

—¿Te lo ha comprado alguien?

—Sí, Paramount, pero despidieron al productor. Luego se lo quedó Universal, pero cerraron ese departamento y entonces se interesó Working Title, que no consiguió financiación. —De pronto parecía totalmente cuerdo, hasta que añadió—: Pero tengo algunas reuniones a la vista y creo que pronto llegaremos a un acuerdo.

—Buena suerte —le deseó Emily, mientras me cogía del brazo y echábamos a andar—Jesús —musitó con lágrimas en los ojos y las mejillas—, qué espanto de ciudad. ¿Es eso lo que me espera? ¿Volverme loca y presentar mis guiones al aire? Pobre hombre, pobre hombre, pobre hombre. —Lloró a lo largo de los lácteos, los cereales, la bollería y la pasta, y no paró hasta que llegamos a las patatas fritas.

Una vez en casa, estábamos guardando las cosas (en su mayoría vino) cuando sonó el teléfono. Eché a andar dispuesta a contestar, pero lo que sucedió a continuación fue como esas escenas en las películas en que un niño está a punto de ser arrollado por un coche y el héroe se lanza hacia la carretera, en angustiosa cámara lenta, mientras grita «¡Nooo!». Pues bien, Emily se lanzó hacia la sala y gritó:

—¡Nooo! ¡No contestes! Seguro que es Larry Savage y necesito el fin de semana libre.

Pero quienquiera que llamaba volvió a colgar.

—Decididamente tengo un espía. Ya soy una mujer de Los Ángeles con todas las de la ley. —Emily parecía contenta.

—Este calor nos está matando —protestó mamá, derrumbándose en el sofá de Emily y agitando una mano delante de la cara.

Anna, Helen y papá entraron después con el rostro encendido por el paseo de cinco minutos que les separaba del hotel.

—Es sofocante —convino Emily—. Creo que se avecina una tormenta.

—¿Lluvia? —preguntó mamá, alarmada—. Oh, no.

—A veces, en Los Ángeles, puedes tener tormentas sin lluvia —informó Helen.

—¿Es eso cierto? —inquirió mamá.

—No.

Ir de compras al Beverly Center estaba en el programa de esa tarde.

—En marcha. —Emily agitó las llaves de su coche.

—He estado ensayando mi firma. —Helen flexionó los dedos—. Por todos los papelitos de la tarjeta de crédito que voy a tener que firmar.

—¡Cuida mucho ese bolsillo! —bramó papá—. Ya estás de deudas hasta el cuello.

—No sé por qué te empeñas en acompañarnos —le dijo mamá—. Lo pasarás fatal.

—No.

—Sí—aseguró Helen—. ¿Sabéis en qué estoy pensando? —inquirió con la mirada perdida—. Estoy pensando en ropa interior, mucha ropa interior transparente, con mucho encaje. Sujetadores de media copa, tangas y...

—Papá no sabe qué es un tanga —la interrumpió mamá —. Y la verdad es que yo tampoco.

—Te lo explicaré —dijo Helen, y se embarcó en una entusiasta descripción—. Todo el mundo dice que son la seda dental del trasero…

—Ah, eso —repuso mamá, irritada—. He lavado muchos. ¿Cuándo dejaron de llamarse taparrabos?

Al final el ascensor del Beverly Center nos vomitó, pero no en una tienda de ropa interior, sino en algo casi mejor: una tienda de baño. Entramos en fila con Helen en cabeza y papá en la reacia cola.

La tienda tenía de todo, no solo bañadores, sino también pañuelos a juego, pareos, camisas, sombreros, bolsas, sandalias, gafas de sol… Bastante cara, todo hay que decirlo. Los biquinis costaban más que la semana de sol para la que la gente los compraba, los probadores eran más espaciosos que mi dormitorio y las dependientes eran de esas tan decididas y serviciales, imposibles de ahuyentar con un «Solo estoy mirando». Ya sabes, de esas que contestarían: «¿Y qué mira exactamente? ¿Un conjunto completo? Tenemos algunos modelos de Lisa Bruce ideales para su figura». Y antes de que te des cuenta, te están conduciendo a los probadores con dieciséis perchas de madera en los brazos. De esas que se apiñan en la puerta del probador para mirarte como idiotas. De esas que te dirían que un biquini no te queda bien —a fin de que creas que son sinceras—, para luego decirte que el siguiente (más caro, naturalmente) te queda de maravilla. Y si ven que no acabas de decidirte, llaman a cinco o seis compañeras para presionarte.

Lo sabía por experiencia. Había una tienda en Dublín con igual tendencia donde terminé comprándome una falda de gasa muy cara —que no he estrenado—, para poder salir de allí. No me habría importado en exceso si no hubiera entrado exclusivamente porque había empezado a llover y no tenía paraguas/capucha/sombrero/pelo que quedara mejor empapado de lluvia.

Pese a saber todo eso, nada más entrar en la tienda sentí una subida de adrenalina. Todo era precioso. Helen, Anna, Emily, mamá y yo nos separamos de inmediato, dirigiéndonos cada una a nuestros colores favoritos como las abejas a las flores. Papá se quedó junto a la puerta, mirándose los pies.

Me estaba convenciendo de que necesitaba un conjunto de bañador, pareo y visera cuando me llamó la atención una conversación que tenía lugar en un probador con forma de choza. Por el número de biquinis descartados y de dependientas pelota reunidas, deduje que dentro había una clienta exigente.

—María —dijo una dependienta por encima de la puerta de bambú—, ese DKNY te queda sencillamente genial.

—Sencillamente genial —convino la voz incorpórea de María—, pero mi pecho sigue estando demasiado alto.

¿Demasiado alto? Nosotras, las forasteras, dejamos de buscar y nos volvemos al mismo tiempo para intercambiar miradas de pasmo. ¿Qué quería decir con eso de demasiado alto? ¿Demasiado grande?

Nos reagrupamos en el centro de la tienda —papá incluido— y Helen se acercó a la choza para echar un vistazo.

—Demasiado alto —confirmó a su regreso—. Tan alto que tiene los pezones casi a la altura de los hombros. Los tirantes cogidos al cuello son su única solución.

—Escuchad —murmuró papá, levantando la vista de los pies—, creo que me voy al pub a tomar una cerveza y leer el periódico.

—Aquí no hay pubs —dijo Emily—, solo barras americanas.

—No dejes que las chicas se sienten contigo —le aconsejó Anna— o te cobrarán por ello.

—Ni hablar —se impuso mamá—. Busca una cafetería. No necesitas nada más.

—Es sábado por la noche, chicas. Me encantaría un poco de glamour—susurró mamá—. ¿Adonde podríamos ir?

—Al Bilderberg Room —propuso Emily sin demasiada convicción, pero yo hice un gesto de negación con la cabeza. Sabía adonde llevar a mamá. Había intuido que ese lugar le gustaría la primera y única vez que lo visité: el Four Seasons, en Beverly Hills.

Papá rechazó el plan.

—Estoy harto de tanto postín. Quiero ver los deportes y comer cacahuetes.

—Muy bien. Quédate en casa si quieres, no nos importa.

Necesitaba la cera de caballo para arreglarme el pelo, de modo que me abrí paso por el caótico dormitorio de Emily.

—Está sobre la mesa del tocador —dijo.

Pero la mesa del tocador estaba hasta los topes y al levantar el frasco de la cera derribé un montón de fotos.

—Lo siento.

Mientras las recogía del suelo reparé en que eran las fotografías de una fiesta celebrada dos años antes, cuando Emily estuvo de visita en Irlanda. Intrigada —me encanta mirar fotos—, empecé a pasar retratos de Emily con sus amigos en diferentes grados de deterioro. Una de Emily guiñando un ojo, otra de Emily y yo lanzando besos a la cámara.

—Vaya pinta —dije mientras le tendía la foto—. Y pensar que nos creíamos preciosas.

Emily con Donna, Emily con Sinead. Yo agitando una botella de Smirnoff con la cara brillante y sonrosada y los ojos rojos, feliz y despreocupada. Otra vez yo, algo más recatada, y luego Emily con un hombre guapísimo. Poseía unos pómulos preciosos, un pelo oscuro y brillante que le caía sobre la frente, y sonreía traviesamente a la cámara.

—¡Uau! ¿Quién es? —pregunté admirada—. ¡Está buenísimo!

—Ja, ja, ja—dijo Emily, impasible.

Antes de que hubiera terminado, yo ya lo había reconocido —cómo no iba a reconocerlo— y empecé a temblar. Emily me estaba mirando fijamente.

—¿De verdad no sabías quién era o estabas bromeando?

—Bromeaba —respondí—. Claro que sabía quién era.

Era Garv.

Casi temí pasar a la siguiente fotografía porque sospechaba quién salía, y no me equivocaba: Garv y yo con las cabezas pegadas, juntos y felices. Por un momento reviví ese sentimiento.

—Venga —dije cuando mi ritmo cardíaco se hubo normalizado—. Arréglame el pelo.

A mamá le encantó el Four Seasons, le encantó tocar los cortinajes y comentar maravillada:

—Seguro que han costado lo suyo. —Después le tocó admirar el sofá—. ¿No os parece un color fabuloso? —Y con sumo respeto, preguntó—: ¿Creéis que esas estatuas son antiguas?

—Son bastante viejas —contestó Helen—, aunque no tanto como tú.

Cuando el camarero se acercó, Emily, Helen, Anna y yo pedimos martinis complicados (cómo no) e instamos a mamá a probar uno.

—¿Sí? —Los ojos le brillaban de atrevimiento—. De acuerdo. ¡Virgen santísima! —Su atención se había desviado hacia un par de enormes senos que en ese momento pasaban por delante de nosotras pegados a un cuerpo de niña—. Está muy desarrollada.

Quizá se debiera a que era sábado por la noche, pero en el local abundaban los implantes de pechos.

—Esto parece un cabaré —comentó mamá, después de que un par particularmente gigantesco pasara por nuestro lado—. Me alegro de que vuestro padre no haya venido, probablemente habría vuelto a dislocarse el cuello.

—Mirad a esa —susurró Emily, señalando a una mujer con unas gafas de sol enormes.

¿Quién era? ¿Alguien famoso?

—No, esa moda Jackie O. está muy pasada. Lo que ocurre es que le han hecho los ojos. Cada vez que veáis a alguien con unas gafas como esas en un lugar cerrado significa que acaban de estirarle los ojos. ¿Pedimos otro?

Acabábamos de iniciar nuestra segunda ronda de martinis complicados cuando reparé en una cara conocida.

—Dios mío.

—¿Qué? ¿Quién? —preguntó Emily.

—Mira. —Le di un codazo. En un sofá situado a no más de cuatro metros de nosotras se hallaba Mort Russell. Estaba solo, leyendo ostentosamente un guión para que todo el mundo supiera que estaba muy metido en el negocio. No nos había visto.

—¿Quién es? —clamaron mamá, Anna y Helen.

Quizá deberíamos haber callado, pero el efecto de un martini complicado y medio nos había vuelto locuaces y Emily y yo lo soltamos todo: la historia de la presentación del guión, el entusiasmo de Mort y sus acólitos, el comentario sobre Cameron Díaz y Julia Roberts, la posibilidad de estrenar en tres mil pantallas de Estados Unidos... y cómo todo había quedado en nada.

—Pero ¿por qué?

—Lo ignoro. Puede que en aquel momento Mort Russell hablara en serio.

—O puede que solo quisiera ser cruel —opinó Helen con la mirada afilada.

—Esa no es manera de comportarse —protestó mamá—. Y mira que permitir que tu pobre madre se comprara aquel

vestido azul de lentejuelas. Le costó un ojo de la cara, aunque es cierto que estaba...

—Rebajado un cuarenta por ciento —terminamos por ella. Nuestros esfuerzos por explicarle que Mort Russell no tenía nada que ver con el vestido azul de lentejuelas de la señora O'Kecffe, que eso fue culpa de otro directivo, resultaron inútiles. A mamá solo le importaba que la señora O'Keeffe había tenido que comprarse un vestido azul de lentejuelas para lucir en el estreno de una película que nunca llegó a rodarse.

—Tuvo que ponérselo en la barbacoa benéfica de Lion para sacarle partido, y estuvo a cargo de las salchichas. —Los labios apretados, mamá meneó la cabeza ante tanta injusticia y ultraje—. Y le tiraron encima salsa de miel. Me dan ganas de acercarme a ese mocoso y decirle cuatro cosas.

—A nosotras también.

Las cinco miramos a Mort Russell con tal acritud que me sorprendió que no lo percibiera. Tal vez estaba acostumbrado. Tal vez creía que nuestras miradas eran de admiración.

—¿Sabéis qué? j Voy a acercarme!

Tratamos de disuadirla.

—No lo hagas, mamá. Solo conseguirás empeorar las cosas para Emily.

—¿Cómo podría empeorar las cosas para Emily? —preguntó mamá con una lógica aplastante—. ¿Acaso ese hombre no le hizo perder el tiempo, no la llenó de falsas promesas para luego darle la espalda? ¿Y no tiene Emily un contrato con otro tipo?

Estaba en lo cierto.

—Escúcheme —susurró Emily—. Solo asegúrese de no humillarlo delante de otras personas.

Me volví rápidamente hacia Emily. ¡Le estaba dando luz verde!

—Esos hombres pueden soportar la humillación siempre y cuando no llegue a oídos de las personas a las que quieren impresionar —explicó a mamá—. Intente averiguar por qué rechazó mi guión. Y si consigue hacerle llorar, se lo compensaré con creces.

—¡Eso está hecho!

Sin más, mamá se levantó y partió. La vimos alejarse estupefactas y, al mismo tiempo, emocionadas.

—Son los martinis —murmuró Emily—. Demasiado para una constitución acostumbrada a dos tintos con sifón al mes.

Mi madre no es una mujer menuda, por lo que casi sentí pena por Mort Russell cuando el hacha de la justicia irlandesa cayó sobre él.

—¿Señor Russell? —la vimos pronunciar.

Mort asintió con semblante serio. Después mamá debió de explicarle quién era porque Mort se volvió para mirarnos. Al reparar en Emily, su bronceado pareció esfumarse. Emily agitó los dedos con burlona simpatía y la diatriba comenzó: dedo índice en alto y voz indignada.

—Dios mío —musité.

Seguimos la acción de cerca, nuestra inquietud templada por el regocijo. La expresión de Mort era hosca. Estoy segura de que esos tipos de Hollywood nunca tienen que enfrentarse a las consecuencias de sus falsas promesas. Oíamos casi todo lo que mamá estaba diciendo.

—La gente como usted tiene un nombre —le regañó. Luego titubeó un momento—. Aunque generalmente es solo para chicas. ¡Pero no importa! —Reanudó el rapapolvo—. Un engañabobos, eso es usted. Debería darle vergüenza crear falsas esperanzas a la pobre chiquilla. —Y le contó lo del vestido azul de lentejuelas de la señora O'Keeffe sin mencionar que estaba rebajado un cuarenta por ciento.

Mort Russell farfulló algo y mamá respondió:

—Me alegro. —Y regresó a nuestra mesa.

—¿Qué ha dicho? —preguntamos al unísono—. ¿Por qué hizo todas esas promesas y no las cumplió?

—Según el, porque es su estilo. Pero dijo que lo sentía mucho y que no volvería a hacerlo.

—¿Lloró?

—Tenía los ojos vidriosos. No la creí, pero poco importaba.

—Creo que esto merece otra ronda de martinis complicados —propuso Emily con satisfacción.

Capítulo 43

Pasé todo el domingo muy inquieta y cuando las perillas invitaron a todo el mundo a una barbacoa en su casa, tuve que llevarme a Emily a un lado.

—No puedo ir a esa barbacoa —dije, temerosa de que chafara mis planes.

—¿Por qué? ¿Qué tienes que hacer? —preguntó alarmada.

—He quedado con Shay.

—¿A solas?

Asentí con la cabeza.

—¡Maggie, está casado! ¿Qué pretendes?

—Solo quiero hablar con él. Quiero —recogí una expresión que había oído en Oprah— cerrar capítulo.

—Todas tenemos ex novios. Se llama vida —repuso con exasperación—. No podemos seguirles la pista y cerrar capítulo con cada uno de ellos. Si hubieras tenido más novios cuando te tocaba, sabrías de qué hablo.

—Es algo más que un ex novio —aseguré—. Lo sabes muy bien.

Emily asintió. Sabía que tenía razón.

—Así y todo, creo que no deberías verle. No te ayudará.

—Eso ya lo veremos —repliqué, y me fui a mi habitación a probarme varias veces todo lo que tenía.

El Mondrian es otro de esos hoteles cegadores. Cualquier color valía siempre que fuera blanco. El vestíbulo rebosaba de hombres de tez bronceada y trajes de Armani, y eso solo el personal. Llegué hasta el recepcionista y le pedí que llamara a la habitación de Shay.

—¿Su nombre, por favor?

—Maggie... Walsh.

—Tengo un recado para usted. —Me entregó un sobre.

Lo abrí. Dentro había un trozo de papel con un mensaje escrito a máquina. «He tenido que salir. Lo siento. Shay.»

No estaba. El muy cabrón. Me llevé tal decepción que quise golpear algo. Me había vestido con tanto esmero, había dedicado tanto tiempo a domar mi pelo, había estado tan ilusionada. Y todo para nada.

En fin, ¿qué esperabas?, me pregunté con amargura. ¿Qué podías esperar después de la última vez?

Yo soy muy mala siendo mala. Un desastre, para ser exactos. La única vez que hurte, me pillaron. La única vez que metí a Shay Delaney en la casa donde hacía de niñera de Damien, me pillaron. El día que hice novillos para ir a la final de snooker con papá, me pillaron. El día que arrojé el caracol al Nissan Miera, las monjas se bajaron del coche y me echaron la bronca. Pensarás que eso debería haberme convencido de que no podía salirme con la mía cuando me desviaba del buen camino, mas no fue así, porque la única vez que practiqué el sexo con Shay Delaney sin protección, me quedé embarazada. Quizá no fue la única vez que lo hicimos sin protección. Lo cierto es que solíamos enrollarnos de forma tan precipitada y apasionada que probablemente se produjo más de un desliz. Con todo, hubo una ocasión muy concreta en que no teníamos preservativos y no pudimos resistirnos. Shay prometió que se retiraría justo a tiempo, pero no lo hizo y yo, no sé cómo, acabé convenciéndole de que no iba a pasar nada, como si mi amor por él fuera tan poderoso que me hacía capaz de domar mi cuerpo.

Cuando el día en que debía venirme la regla esta no llegó, me dije que era un retraso debido al estrés de los estudios, pues faltaban menos de tres meses para los exámenes finales. Luego me engañé pensando que no me vendría hasta que dejara de preocuparme de que no me viniera. Así y todo, no podía evitar inquietarme, y cada

veinte minutos corría al cuarto de baño para comprobar si me había venido, y analizaba todo lo que deseaba comer para ver si encajaba en la categoría de «antojo». No obstante, la idea de estar embarazada me parecía literalmente inimaginable.

No podía soportar no saberlo, tenía que confirmar que no estaba embarazada, de modo que a las tres semanas de retraso fui al centro de la ciudad y compré —anónimamente, esperaba— una prueba del embarazo. Aprovechando que la madre de Shay estaba ausente, la hicimos en el cuarto de baño de los Delaney.

Nos dimos las manos sudorosas y contemplamos fijamente la varilla mientras rezábamos para que permaneciera blanca. Cuando la punta se tornó rosa, me quedé atónita. Sufrí esa clase de conmoción que hace que la gente acabe en el hospital sedada. Era incapaz de hablar, apenas podía respirar y cuando miré a Shay, advertí que él estaba casi peor que yo. Eramos dos niños aterrorizados. El sudor brotaba de mi frente y se me empezó a nublar la vista.

—Haremos lo que tú quieras —dijo torpemente él, y enseguida supe que estaba actuando. Quedó horrorizado mientras veía cómo la brillante estrella de su futuro sufría una implosión. ¿Padre a los dieciocho?—. Te apoyaré siempre —añadió como si estuviera leyendo un guión barato.

—Creo que no puedo tenerlo —me oí decir.

—¿Qué quieres decir? —Shay trató de ocultar su alivio, pero la expresión ya le había cambiado.

—Quiero decir que... no creo que pueda tenerlo.

Solo era capaz de pensar que estas cosas no les pasaban a las chicas como yo. Sé que son muchas las mujeres que se quedan embarazadas sin querer, ya entonces lo sabía. Y estoy segura de que la mayoría desearía que no hubiera ocurrido. Con todo, yo creía —

quizá todas las mujeres lo crean— que mi caso era aún peor.

Pensaba que si una muchacha insensata y despreocupada como Claire se hubiera quedado embarazada a los diecisiete, la gente se habría limitado a suspirar, menear la cabeza y comentar: «Oh, Claire...».

Pero yo era la niña buena, el consuelo de mis padres, la única hija a la que podían mirar sin tener que preguntarse: «¿En qué nos equivocamos?». La idea de dar esta noticia a mi madre me resultaba inimaginable. Luego pensé en tener que decírselo a papá y me puse a temblar. Creía que la noticia lo mataría.

Me devoraba el pánico. Estar embarazada me parecía una de las cosas más horribles que podían sucederle a una persona. Dentro de los confines de mi mundo de clase media, me parecía lo peor que podía ocurrirme a mí. Iba de un lado a otro, como un animal atrapado, destrozada y cada vez más consciente de que hiciera lo que hiciera tendría terribles consecuencias con las que debería vivir el resto de mi vida. No había escapatoria, todas las opciones eran espantosas. ¿Cómo iba a tener un hijo y darlo en adopción? Me rompería el corazón preguntándome cómo estaba, si era feliz, si sus nuevos padres le cuidaban y si mi rechazo le había marcado.

Pero también me aterraba la idea de tener un hijo y conservarlo. ¿Cómo iba a cuidar de él? Yo era una colegiala y me sentía joven e incapaz, apenas lo bastante madura para cuidar de mí misma, y no digamos de un trocito de vida indefenso. Al igual que Shay, yo también pensaba que para mí sería el fin.

Además, todo el mundo me juzgaría: los vecinos, los compañeros de clase, los parientes. Hablarían de mí, se reirían de mi estupidez y dirían que lo tenía merecido.

Ahora, transcurridos quince años, me doy cuenta de que no habría sido tan trágico. Todo era superable. Habría sido capaz de tener el bebé, cuidar de él y, con el tiempo,

abrirme camino en una profesión. Y aunque lógicamente mis padres no habrían dado saltos de alegría, habrían vencido el disgusto. Más aún, habrían querido mucho al pequeño, su primer nieto.

A medida que pasaban los años, vi a otros padres vivir situaciones mucho más difíciles que tener una hija con un bebé ilegítimo. Kieron Boylan, un muchacho de nuestra calle algo menor que yo, murió en un accidente de moto a los dieciocho años. Fui a su entierro y los padres estaban irreconocibles. El padre se había vuelto loco de dolor.

Pero entonces yo tenía diecisiete años y no sabía nada de todo eso. No tenía experiencia en la vida, en defenderme ante la gente, en ir contra lo que se esperaba de mí. No tenía capacidad para razonar y estaba dominada por un miedo que me despertaba cada hora y convertía mis días en pesadillas.

Soñaba con bebés. En una ocasión soñé que intentaba llevar en brazos un bebé, pero era de plomo y demasiado pesado, aunque yo seguía intentándolo. En otro sueño había dado a luz a un niño que tenía cabeza de adulto y no paraba de hablarme, de desafiarme y de agotarme con la fuerza de su personalidad. Sufría náuseas continuamente, aunque nunca sabré si eran consecuencia del embarazo o el pánico.

Shay seguía repitiendo como un loro que me apoyaría decidiera lo que decidiera, pero yo sabía lo que en realidad deseaba que hiciera. Lo cierto es que nunca lo dijo abiertamente, y aunque yo tampoco era capaz de expresarlo en palabras, detestaba la sensación de ser la única responsable de tomar tan espantosa decisión. Habría preferido que Shay me hubiera gritado que me fuera a Inglaterra y terminara de una vez con aquel asunto en lugar de ser todo ternura y «madurez». A pesar de que tenía aspecto de hombre y era el cabeza de familia de los Delaney, empecé a sospechar que no era tan maduro como

parecía, que solo estaba actuando. Y aunque siempre estábamos juntos, me sentí extrañamente abandonada.

Tres días después de hacerme la prueba, comuniqué la noticia a Emily y Sinead.

—Sabía que te ocurría algo —dijo Emily con la cara pálida—, pero creía que eran los exámenes.

Ambas negaban con la cabeza y exclamaban «¡Joder!» y «¡No puedo creerlo!», hasta que al final tuve que pedirles que callaran y me aconsejaran qué hacer. Ninguna de las dos intentó convencerme de que tuviera el bebé; opinaban que no tenerlo era la mejor opción o la menos mala. Sus ojos estaban tan llenos de lástima y alivio por no estar en mi situación que volví a desear que todo fuera un terrible sueño, un sueño del que despertar temblando de alegría por haberlo imaginado todo.

Emily y Sinead decidieron que lo mejor que podía hacer era acudir a Claire, que estaba en su último año de *college* y hablaba mucho de los derechos de las mujeres y de lo cerdos que eran los curas. En realidad, hablaba tanto del derecho al aborto que mamá solía decir: «Esta es capaz de quedarse embarazada y tener un aborto con tal de demostrar su apoyo».

Así pues, expliqué a Claire mi situación y se quedó perpleja. En otras circunstancias nos habría parecido gracioso, pero no en aquel momento. De hecho, Claire se echó a llorar y curiosamente fui yo quien acabó consolándola a ella.

—Qué pena —sollozó—, eres tan joven.

Nos consiguió información a Shay y a mí y lo organizamos todo con inesperada facilidad. Sentí que me liberaba de un peso —no tendría que tener el bebé y enfrentarme a las consecuencias—, pero entonces salieron a la superficie un montón de preocupaciones nuevas y espantosas. Aunque había recibido una educación católica, había conseguido evitar gran parte del miedo y la culpa que la acompañan. Siempre había pensado que Dios era un

buen tipo y sufrí poco por mis relaciones sexuales con Shay, pues creía que Él no nos habría dado semejante apetito de no haber querido que lo utilizáramos. Hacía mucho que no creía en el infierno, pero de repente empecé a tener dudas y reacciones que no reconocía como mías.

—¿Estoy haciendo algo horrible? —pregunté a Claire, temerosa de la respuesta—. ¿Soy una... asesina?

—No —me tranquilizó—. Todavía no es un bebé, solo es un puñado de células.

Me aferré a esa idea mientras Shay y yo conseguíamos el dinero. A mí no me resultó difícil porque era ahorradora y a él tampoco porque era encantador. Y un viernes de abril por la noche —creyendo mis padres que estaba pasando un fin de semana de estudios con Emíly— Shay y yo partimos hacia Londres.

Las tarifas en avión quedaban fuera de nuestras posibilidades, así que viajamos en transbordador. Fue un viaje largo —cuatro horas de barco y seis de autobús—, y la mayor parte del trayecto lo hice despierta, convencida de que nunca volvería a dormir. A las afueras de Birmingham recosté la cabeza en el hombro de Shay y recuerdo que desperté cuando el autobús pasaba frente a unos edificios de ladrillo rojo de un barrio de Londres. Era primavera, los árboles estaban sorprendentemente verdes y los tulipanes habían salido. Todavía hoy día huyo de Londres. Cuando tengo que visitarlo, revivo esos sentimientos. Esos edificios de ladrillo rojo son ubicuos y siempre me pregunto sí serán los mismos que vi aquel día.

Recuperé el conocimiento como si subiera nadando hacia la superficie y me oí llorar. Un ruido que nunca había hecho se abrió paso en mis entrañas. Aturdida y todavía parcialmente anestesiada, me escuché. Pronto cesaría.

Y dolor. ¿Había dolor? Lo busqué y sí, allí estaba, abajo, un fuerte retortijón que tiraba de mí.

Cuando dejara de gritar, me ocuparía del dolor. O quizá vendría alguien. En aquel hospital que no era un hospital, seguro que una enfermera que no era enfermera me oiría y vendría.

Pero no vino nadie. Y medio en sueños, como si fuera otra persona la que emitía esos gritos, permanecí tumbada y escuché. Debí de dormirme, porque cuando desperté estaba callada. Curiosamente, casi me sentía bien.

El sábado por la noche, Shay me recogió para ir al *bed & breakfast* donde íbamos a pasar la noche y estuvo muy tierno. Yo me sentía aliviada, pero aun así lloré. Ahora que todo había terminado me permití ponerme sentimental con el bebé. Por alguna razón había decidido que el bebé había sido niño y mientras me preguntaba en voz alta si se habría parecido a mí o a Shay, él se mostró claramente incómodo.

Salimos el domingo por la mañana y llegamos a Irlanda esa misma noche. Por increíble que me pareciera, menos de dos días después de mi marcha volvía a encontrarme en mi habitación, donde todo resultaba engañosamente —casi desconcertantemente— normal. Mi pequeño escritorio hasta arriba de libros de texto que exigían mi atención; ese era mi futuro, siempre había estado allí, todo lo que tenía que hacer ahora era retomarlo. De inmediato, en realidad esa misma noche, puse manos a la obra. Apenas faltaban seis semanas para los exámenes. No obstante, durante los días que siguieron ocurrieron cosas extrañas. Por todas partes oía bebés llorar, en la ducha, en el autobús, pero si cerraba el agua o el autobús se detenía, el llanto cesaba.

Intenté explicárselo a Shay, pero no quiso escucharme.

—Olvídalo —insistió—. Te sientes culpable, pero no dejes que la culpa te venza. Piensa en los exámenes y en las pocas semanas que faltan.

Me tragué la necesidad de hablar del tema, de convencerme de que había hecho lo debido, y me obligué a anotar cuántas horas de estudio había conseguido. Cuando el impulso de hablar del bebé se intensificaba, preguntaba

a Shay algo sobre *Hamlet* o los primeros poemas de Yeats, y él me respondía aplicadamente, la mayoría de las *veces* repitiendo los textos como un loro.

Atravesé la animación interrumpida del período de exámenes y el final llegó. Había acabado el colegio, era una adulta, mi vida estaba a punto de empezar. Mientras esperábamos los resultados, Shay y yo apenas nos separábamos. Veíamos mucha tele juntos. Hasta los días despejados en que la luz del sol daba un aspecto ridículo al sofá de pana y la moqueta marrón, nosotros permanecíamos dentro mirando la caja.

Nunca volvimos a tener relaciones sexuales.

A mediados de verano nos dieron los resultados de los exámenes. A Shay le fue muy bien y a mí bastante mal. No fue un desastre completo, pero había sido tan buena estudiante que todo el mundo esperaba mucho más de mí. Mis padres, desconcertados, enseguida decidieron restar importancia a mis pobres notas. ¿Cómo podían saber ellos que había pasado las seis semanas previas a los exámenes sentada en mi cuarto, creyendo oír el llanto de bebés imaginarios?

Las secuelas duraron mucho tiempo. Casi desde el momento en que dejé de estar embarazada me asaltaron el sentimiento de culpa y el arrepentimiento, y empecé a pensar que tener el bebé no habría estado tan mal (aunque me hallaba lo bastante serena para comprender que, de estar todavía embarazada, habría deseado no estarlo).

Las contradicciones me llevaban de un lado a otro. Creía que tenía derecho a abortar, pero seguía sintiendo un tremendo desasosiego. Por muy intachable que fuera el resto de mi vida, esto me acompañaría hasta el día de mi muerte. No alcanzaba a encontrar la descripción adecuada. «Pecado» no era la palabra, porque eso tenía que ver con quebrantar las leyes de otro. Una parte de mí, sin embargo, permanecería para siempre quebrantada, siempre sería una persona que había tenido una terminación voluntaria.

Me sentía tan atrapada que pensé en quitarme la vida. Solo duró unos segundos, pero durante ese tiempo lo deseé con fuerza. Creía que estaría atada a algo vergonzoso y doloroso para siempre. No era lo mismo que recibir puntos en el carnet de conducir o en un expediente delictivo que caduca a los cinco o diez años. Lo mío no tenía arreglo. Era para siempre, irreparable.

Y a pesar de todo… me alegraba de no tener un hijo que criar. En realidad deseaba que nunca hubiera tenido que tomar la decisión. Por supuesto que era culpa mía, debí mantener las piernas cerradas, pero la vida no funciona así —ya entonces lo sabía— y es fácil ser sabia después de consumado el hecho.

De vez en cuando los antiabortistas desfilaban por las calles de Dublín, haciendo campaña para que el aborto fuera más ilegal en Irlanda de lo que ya era, portando rosarios y agitando carteles con fotografías de fetos no nacidos. Me veía obligada a desviar la mirada, pero al oírles condenar el aborto con tanta vehemencia me daban ganas de preguntarles si alguno de ellos se había encontrado alguna vez en mi situación. Habría apostado lo que fuera a que no. Y estaba segura de que si alguna vez se encontraban en mi situación, su adhesión a tan noble principio se tambalearía.

Lo que más me molestaba eran los hombres. ¡Hombres protestando contra el aborto! ¡Hombres! ¿Qué sabían ellos? ¿Qué podían saber ellos del pánico que yo había sentido? Ellos no podían quedarse encinta.

Con todo, jamás expresé nada de eso en casa porque no quería dirigir la atención hacia ese tema. Y, al menos estando yo presente, Claire tampoco hizo nunca comentario alguno.

A finales de septiembre Shay se fue a Londres a estudiar medios de comunicación. Siempre lo había

deseado porque la universidad irlandesa no ofrecía carreras tan imaginativas.

—Esto no cambia las cosas —me prometió, mientras nos despedíamos en el puerto del transbordador—. Te escribiré y nos veremos en Navidad.

Nunca me escribió. Había presentido que algo así ocurriría —ya había empezado a tener sueños en los que intentaba atrapar a Shay incluso antes de que se hubiera marchado—, pero cuando ocurrió de verdad me negué a creerlo. Miraba cada día el correo y, tras siete angustiosas semanas, me tragué el orgullo, fui a ver a su madre y le entregué una carta para él.

—Tal vez he estado enviándolas a una dirección equivocada —dije, pero la mujer comprobó la dirección y era correcta—. ¿Sabe algo de él? —pregunté, y me estremecí cuando, extrañada, contestó que por supuesto que sí, que a Shay le iban las cosas de maravilla.

Reuní todas mis esperanzas y las deposité en su llegada para las vacaciones de Navidad. Del 20 de diciembre en adelante me convertí en una pelota de adrenalina, a la espera de que sonara el teléfono o el timbre de la puerta. No sonó ni una cosa ni la otra, así que empecé a pasearme por delante de su casa, calle arriba, calle abajo, temblando de frío y nervios, desesperada por verle. Cuando vi salir de casa a Fee, una de sus hermanas, la abordé y, fingiendo indiferencia, pregunté:

—¿Qué día llega Shay?

Sorprendida, me dio la noticia. Shay no iba a venir, había conseguido un trabajo para las vacaciones.

—Pensaba que lo sabías.

—Lo sabía, pero creía que aún existía una pequeña posibilidad de que viniera un par de días. —La humillación me había hecho tartamudear.

Semana Santa, pensé, vendrá en Semana Santa. Pero no vino. O en verano. En fin, le esperé mucho más tiempo del que la mayoría de la gente habría esperado.

Entretanto, conseguí un trabajo donde hice una nueva amiga. Donna. Al igual que Sinead y Emily, salía mucho a la caza de hombres y diversión. Yo las seguía y, empujada por ellas, si algún tipo decente me invitaba a salir, aceptaba. No hubo nada serio con ninguno. Uno llamado Colm me regaló un mechero grabado por mi cumpleaños, aunque yo no fumaba. Durante unas seis semanas salí con un hombre que me dejó cuando me negué a acostarme con él. Después vino uno bastante mono llamado Antón, aunque no era extranjero. Le pasaba siete centímetros e insistía en que paseáramos. Acabé acostándome con él, probablemente, sospeché más tarde, porque me resultaba demasiado violento su compañía en posición vertical.

Pero por mucho que lo intentara, no lograba entusiasmarme con ninguno de ellos.

La corriente de la vida intentaba llevarme hacia delante, pero yo me resistía. Prefería el pasado, todavía dudosa de que fuera eso, el pasado. Jamás habría imaginado, cuando me despedí de Shay en el puerto, que iba a tardar quince años en volver a verle.

Capítulo 44

Abandoné el Mondrian y volví a casa de Emily. Del jardín de las perillas llegaban sonoras carcajadas y un olor a chamusquina. Entré en la casa, afortunadamente vacía, y me fui directa al sofá. Ni siquiera encendí las luces. Simplemente permanecí tumbada en la oscuridad, sintiéndome hundida, apagada y confusa.

Transcurrido un tiempo tras la marcha de Shay a Londres, me fueron llegando noticias de él: pasaría el verano trabajando en Cape Cod; se había licenciado; había conseguido un trabajo en Seattle. Finalmente comprendí que todo había terminado, que Shay no volvería a mí.

Me esforcé con los hombres que iba conociendo, pero no conseguía levantar el ánimo. Entonces una noche, cuando tenía veintiún años, me encontré a Garv en un pub de la ciudad. Hacía más de tres años que no lo veía. Había ido al *college,* como Shay, pero en su caso a Edimburgo. Ahora estaba de nuevo instalado en Dublín y trabajaba, y mientras intercambiábamos detalles autobiográficos, me sentí tan culpable por la forma en que le había tratado que apenas podía mirarle a los ojos. En medio de la conversación farfullé una disculpa tímida y, para mi alivio, Garv se echó a reír.

—No te preocupes, Maggie, aquello ocurrió hace mucho tiempo —dijo, y fue tan encantador que por primera vez en mucho tiempo, sentí algo.

Fue una gran sorpresa descubrirme saliendo otra vez con él, el novio que había tenido a los diecisiete años, mi primer novio. Me resultaba muy divertido, como al resto de la gente. No obstante, la situación dejó de ser graciosa el día que quité un caracol de su parabrisas y lo arrojé a un

coche de monjas que pasaba por delante, porque me di cuenta de que me había enamorado.

Era un gran hombre y le quería mucho. Aunque no poseía el encanto arrebatador de Shay, a mí me hechizaba. Y me parecía exquisito. Tampoco tenía el atractivo sexual de Shay, pero poseía un atractivo más sutil que se me había metido en la piel, de modo que cada vez que le miraba me excitaba. Sus ojos, su pelo sedoso, su altura, sus manos grandes, su olor a algodón planchado… estaba loca por él.

Ante todo, éramos amigos. Podía contárselo todo. Se tragó con pelos y señales mi historia con Shay y solo recibí de él comprensión. En ningún momento me juzgó.

—No soy una asesina ni arderé en el infierno, ¿verdad? —le pregunté.

—Claro que no, pero nadie dice que fuera una decisión fácil.

Me sentí sumamente aliviada por haber conocido a un hombre tan benévolo como él.

Algunas personas, sin embargo, reaccionaron de forma extraña cuando nos prometimos, sobre todo Emily.

—Me temo que al casarte con él estás yendo a lo seguro —dijo.

—Creía que te gustaba —repliqué, ofendida.

—Y me encanta, pero Delaney te hizo mucho daño y Garv está tan loco por ti que… Oye, solo quiero que estés segura. Piénsatelo.

Le prometí que me lo pensaría, pero no lo hice porque sabía lo que quería.

Así que nos casamos, nos mudamos a Chicago, regresamos a Dublín, llegaron los conejos, fuimos por el niño, lo perdí, perdí un segundo niño y vi cómo mi pasado volvía para atormentarnos.

Durante mucho tiempo fui la única persona que yo conocía que hubiera tenido un aborto voluntario. Más adelante Donna tuvo uno a los veinticinco años y la hermana de Sinead a los treinta y uno. En ambas ocasiones

me llamaron para que les explicara cómo lo había vivido y les dije exactamente lo que pensaba: era su cuerpo y tenían derecho a elegir. No debían escuchar a esos matones provida. Pero —si se parecían en algo a mí— tampoco debían esperar salir ilesas de la experiencia, sino que debían prepararse para un aluvión de emociones, desde la culpa hasta la curiosidad, desde la conmoción hasta el arrepentimiento, desde el odio personal hasta el alivio.

Aunque me alegraba dejar de ser la única, ambos abortos despertaron recuerdos que me hicieron revivir la experiencia. Con todo, la sensación pasó y acepte que yo era una mujer que había tenido un aborto voluntario. Con el paso de los años, cada vez pensaba menos en ello. Salvo en los aniversarios, momento en que me ponía fatal, a veces sin saber de inmediato por qué. Luego recordaba la fecha y me preguntaba cómo sería ahora el bebé, a los tres años, a los seis, ocho, once...

Pero creía que la experiencia había quedado enterrada en el pasado, hasta la última visita con el doctor Collins, el día que tuve que desvelar la duda que me estaba carcomiendo.

—¿Es posible que siga perdiendo los bebés porque... porque... tenga alguna lesión?

—¿A qué se refiere con lo de lesión?

—¿Por una operación?

—¿Qué clase de operación? ¿Una terminación voluntaria?

Me estremecí ante su franqueza.

—Sí —murmuré.

—Lo dudo. Lo dudo mucho. Podemos comprobarlo, pero lo dudo mucho.

No le creí, y sabía que Garv tampoco, y aunque nunca lo hablamos, ese fue el momento en que nuestro matrimonio zozobró y murió.

Poco después —ignoro cuánto tiempo después—, el teléfono sonó en medio de la oscuridad. No tenía intención de contestar. Dejé que sonara a la espera de que saltara el contestador, pero alguien lo había desconectado y, blasfemando, me arrastré hasta el aparato.

En cuanto descolgué el auricular, recordé la prohibición de Emily y recé en silencio para que no fuera Larry Savage. Era Shay.

—Oh, hola. —Parecía sorprendido—. Creía que saldría el contestador.

—Pues soy yo.

—Siento mucho lo de esta noche. —Sonaba tan contrito que mi resentimiento empezó a diluirse—. Me surgió repentinamente un asumo de trabajo.

—Pudiste llamar.

—Era demasiado tarde —repuso él con indiferencia—. Seguro que ya habías salido.

—¿Te marchas el martes?

—Sí, así que ya no nos queda tiempo.

—Todavía queda mañana. O mañana por la noche.

—Pero...

—Solo una hora.

Shay guardó silencio y contuve la respiración.

—De acuerdo —dijo al fin—. Mañana por la noche. Igual que hoy.

Colgué sintiéndome un poco mejor y decidí ir a casa de los vecinos para ver cómo iba la barbacoa. Me alegré de que me recibieran como a una heroína, como si hiciera años que no me veían. Luego me percaté, de que todos estaban arrebolados y eufóricos, exhibiendo síntomas de esa curda agresiva que produce el beber tequila con el estómago vacío. Habían abandonado la barbacoa, y con ella una docena de bultos negros y encogidos que en otros tiempos debieron de ser hamburguesas. Cuando papá se me acercó furtivamente y me preguntó si tenía chocolate en el bolso, comprendí que nadie había comido.

Troy y Helen estaban sentados en el sofá floreado en una postura muy íntima. No se veía a Kirsty por ningún lado. O Troy no la había traído o ella se había negado a entrar en la casa de las perillas alegando que era peligrosa para la salud. Anna, Lara, Luis, Curtis y Emily estaban enfrascados en una discusión difícil de seguir sobre los méritos del desayuno de los domingos frente a los de la tele. Me habría gustado sumarme, pero me hallaba en una onda tan diferente del resto —es decir, sin borrachera psicopática—, que desistí.

—Con el desayuno del domingo te dan zumo de naranja recién exprimido —dijo acaloradamente Lara—. ¿Cuándo ha hecho tu tele eso por ti?

—Pero en la tele puedes ver *Los Simpson,* lo cual es mucho mejor que unas tostadas —replicó Curtis.

Me acerqué a mamá y Ethan, que estaban enfrascados en una trifulca.

—¿Quién murió por nuestros pecados? —preguntó mamá.

—Pero...

—¿Quién murió por nuestros pecados?

—Bueno...

—¡Dilo, venga, dilo! ¿Quién murió por nuestros pecados? Solo tienes que decir su nombre. —Parecía un interrogatorio policial—. ¡Su nombre, por favor!

Ethan agachó la cabeza y murmuró:

—Jesús.

—¿Quién? Más alto, no te oigo.

—Jesús —repitió enojado Ethan.

—Exacto, Jesús. —Mamá casi chasqueó los labios de satisfacción—. ¿Has muerto tú por los pecados de alguien? Dime, ¿lo has hecho?

—No, pero...

—En ese caso no puedes ir por ahí siendo el nuevo mesías, ¿no te parece?

Después de una pausa, Ethan admitió:

—Supongo que no.

—Supones bien. Sigue con tus estudios de informática como un buen chico y déjate de blasfemias. —Mamá dirigió la fuerza de su personalidad hacia mí—. ¿Dónde está Shay?

—Trabajando.

—Diantre —dijo malhumorada, y se alejó.

Fui a sentarme con los demás y en ese momento nos percatamos de que Troy y Helen habían desaparecido.

—¿Dónde están? —preguntó Emily, agarrándose a mí.

—No lo sé, creo que se han ido. —Estaba atónita. ¿Desde cuándo le importaba a Emily quien se llevaba Troy a casa?

—¡Se han ido! —aulló con una mano en la boca—. ¡Se han ido! Va a enamorarse de ella.

Su cara se inundó de lágrimas etílicas y empezó a toser. En vista de que a los cinco minutos seguía llorando, dije:

—Vamos, te llevaré a casa. —Y me la llevé, casi doblada en dos por el llanto desesperado.

—Estoy muy cansada —decía una y otra vez—. He estado trabajando mucho y estoy muy cansada.

La acosté, pero antes de apagar la lux dijo:

—Espera, Maggie, quiero hablar contigo.

—¿De qué? —pregunté evasivamente. Iba a decirme otra vez que me olvidara de Shay y no estaba de humor para eso.

—Voy a pedirle a Lou que se case conmigo y tengamos hijos.

—Oh. ¿Porqué?

—Porque no quiero volver a verle. Seguro que así sale corriendo.

Capítulo 45

Conchita tenía que venir el lunes por la mañana, así que me puse a limpiar nada más levantarme. Luego llamó para decir que no podía venir porque estaba enferma y abandoné de inmediato la limpieza, solo para reanudarla una hora más tarde por puro aburrimiento. Emily seguía durmiendo y yo no había recibido visitas ni llamadas de ningún miembro de mi familia. Por eso cuando llamaron a la puerta a las doce menos diez, casi la arranqué de las bisagras, tan contenta estaba de tener compañía. Era Anna.

—Entra, entra —dije—. Y cuéntame, ¿regresó Helen al hotel?

—Sí, hace media hora.

—Dios mío, seguro que se ha acostado con Troy.

—Así es. ¿Te importa?

—No, en absoluto. —Aunque era evidente que a Emily le había importado. ¿Que estaba pasando aquí?

—Siéntate —Invite a Anna—. ¿Qué te ha contado?

—Que la ató y estuvo genial. Oye, he de hablar contigo de algo importante.

—Ah. —Tuve un mal presentimiento.

—Prométeme que no me matarás.

—Lo prometo. —No era cierto, solo lo dije para que me contara lo que tenía que contarme.

—He conseguido un trabajo.

—¿Y?

—En Dublín.

—Me alegro por ti.

—En la empresa de Garv.

Ah.

—En fin, Dublín es una ciudad pequeña y las coincidencias ocurren.

—No fue una coincidencia —aclaró Anna voz queda—. Fue Garv quien me consiguió el trabajo.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Después de pegármela con tu coche. ¡Perdón, perdón, perdón! No encontré ningún papel del seguro en tu habitación, así que al final telefoneé a Garv y me dijo que fuera a su casa a buscarlos. —Me miró casi interrogativamente—. Me preguntó cómo me iban las cosas sin Shane y le conté lo mal que estaba y lo abandonada que me sentía por todo el mundo. Se mostró muy amable conmigo.

—¿De veras? —pregunté con los labios apretados. De modo que Garv había dejado de tirarse a la mujer trufa el tiempo suficiente para mostrarse amable con Anna.

—Muy amable. Me dijo que si quería conseguir un buen trabajo él podía echarme una mano. Te prometo que no estaba siendo manipulador ni nada de eso. Le conoces y sabes que él no es así. Solo estaba siendo amable. Así que me corté el pelo y me consiguió una entrevista.

—Qué bueno es —murmuré entre dientes, invadida de pronto por el resentimiento.

—Sí, lo es —convino Anna—. Me ofrecieron un trabajo en la sección de correspondencia.

El hecho de que Garv fuera tan bueno con un miembro de mi familia mientras me la pegaba me llenó de rabia. Tuve que esperar a que se me pasara antes de hablar.

—Felicidades.

—Gracias —contestó Anna con dignidad—. Y lo siento.

—No te preocupes —dije, mientras la rabia seguía envenenándome—. Y si realmente lo sientes tanto, podrías hacer algo por mí.

—¿Qué?

—Dime si te gusta Ethan.

Anna se detuvo a reflexionar.

—Un poco, pero no pienso acecharlo. Es demasiado joven y excéntrico. No tendríamos futuro.

—Eso nunca te detuvo.

—Lo sé. El caso es que… he cambiado.

—Dios mío.

—La gente puede cambiar —replicó Anna con un tono desafiante que no le reconocía.

—¿He oído bien? —Emily salió de su habitación con el rímel desprendiéndose de las pestañas y la cabeza como una pelota de pelo—. ¿Le gusta Ethan? Dios, esto es demasiado.

Dándose trompazos por la cocina mientras preparaba café, farfulló algo que sonaba como: «Vienen AQUÍ». ¡Pum! «Nos quitan el TRABAJO». ¡Pum! «Nos roban los HOMBRES». ¡Pum! Luego sufrió un violento acceso de tos y dio una larga calada a su cigarrillo.

—Gracias a Dios, no me queda mucho en este mundo.

Antes de poder explorar su mal humor —que estaba segura tenía que ver con Troy—, llegaron mamá y Helen. Estaba deseando preguntar a Helen por Troy, pero no podía con mamá delante. Así pues, me vi obligada a hacer comentarios compasivos mientras las demás comparaban los síntomas de sus respectivas resacas.

El ambiente era tenso. Emily estaba fumando mucho y diciendo muy poco. De vez en cuando lanzaba una mirada afilada a Helen.

—En fin —dijo, levantándose del sofá con un suspiro—, voy a llamar a Lou.

—¿Realmente piensas decirle que quieres casarte y tener hijos con él?

—Sí —respondió lacónicamente—. Si eso no lo espanta, no sé qué lo hará.

Entró en su habitación y, a modo de consuelo, cerró la puerta con exagerado ímpetu.

—¿Qué le pasa? —preguntó Helen—. ¡Ostras! —De repente había recordado algo—. Jamás adivinarías quién te llamó ayer noche.

—¿Quién?

—El baboso, el cerdo, el desgraciado del año. —Al ver mi cara de desconcierto, aulló—: ¡Garv! ¿Tengo que

deletreando?

—¿Garv llamó aquí? —Sabía que sonaba como una idiota, pero no pude evitarlo.

—Sí. Le dije que habías salido con el sexy Shay Delaney, aunque yo no lo encuentro sexy, pero no hace falta que Garv lo sepa. Parecía cabreado —añadió con placer—. Eran las tres de la madrugada en Irlanda cuando llamó. Está claro que tiene problemas para dormir. ¡Se lo tiene merecido!

—¿Por qué contestaste al teléfono? ¿No dijo Emily que no lo hiciéramos?

—No hay mayor tentación que la prohibición —respondió con cara de arrepentimiento. Emily salió de su habitación.

—¿Y bien?

—Ha aceptado—gimió—. Dios mío, ¿qué voy a hacer ahora?

—En mis tiempos —dijo mamá—, si rompías un compromiso te denunciaban por incumplimiento de contrato.

—Muchas gracias.

Diferentes hostilidades tácitas impregnaban el aire, y cuando mamá decidió ir al lavabo desembocaron en una pelea. De repente, Helen y Emily estaban frente a frente, intercambiando dardos... acerca de Troy.

—Si tanto te gusta, ¿por qué no haces algo? —le regañó Helen—. Si no te arriesgas y lo reclamas, no puedes culpar a otras mujeres de que lo hagan.

—Es demasiado tarde —murmuró Emily—. Ya te ha conocido.

—No seas tonta. Me marcho dentro de una semana.

—Apuesto a que decides quedarte por él.

Helen soltó una carcajada.

—¿Bromeas? Yo me vuelvo a Irlanda a abrir mi agencia de detectives. ¿Por qué iba a querer quedarme?

—Por Troy.

—No es tan especial.

—Emily —tuve que intervenir—, ¿qué más te da Troy? Solo sois amigos, ¿no es cierto?

Emily se encogió de hombros y entonces lo supe: estaba enamorada de él. Lo había sospechado la noche anterior y ahora ya no me cabía duda.

Me avergoncé de mí misma. Había estado tan absorta en mis propios problemas que no había visto lo que tenía delante de mis narices. Qué torpe había sido. Peor aún, qué egoísta.

—¿Por qué no lo has dicho hasta ahora? —imploré—. Puede que entonces no nos hubiéramos acostado todas con él.

—Yo no me he acostado con él —aclaró Anna.

—Pues no sé a qué esperas —dijo Helen.

Mamá había vuelto del cuarto de baño, pero la discusión estaba demasiado avanzada para sofocarla. Enseguida se percató.

—¿Qué me he perdido?

Permanecimos calladas con los labios apretados.

—¿Margaret? —preguntó—. ¿Que ocurre?

—Eh, verás...

—Es Troy —explicó rielen—. Emily está loca por él.

—Y él está loco por ella —aseguró mamá—. ¿Dónde está el problema?

—No entiendes nada, vieja estúpida —espetó Helen—. Troy está loco por mí.

—¿Troy? ¿El de la nariz? —preguntó mamá—. ¿Ese? Ese está loco por Emily.

—No —repitió Helen—. Que los chiflados de la casa de al lado crean que eres un especie de gurú sabelotodo no significa que lo seas.

—Helen, tú solo fuiste un entretenimiento para el muchacho. Y supongo que pensó que de paso podía dar celos a Emily.

—Pero...

—¿Tengo razón, Emily? —preguntó mamá—. ¿Tiene los ojos puestos en ti?

—Así fue en otros tiempos —confesó Emily. Luego, tímidamente, prosiguió—. Dijo que estaba enamorado de mí.

—¿Cuándo? —Hace un año.

—¿Y en aquel entonces tú lo estabas de él?

—Sí, creo que sí.

—En ese caso —dijo mamá con exasperación—, ¿qué demonios os impidió seguir?

—Troy estaba demasiado entregado a su trabajo —masculló Emily—. Yo siempre estaría en segundo plano. Pensé que no funcionaría.

—¿Y ahora?

—He cambiado de opinión —susurró de mala gana.

—Pero entretanto él empezó a «montárselo», ¿se dice así?, con todas tus amigas, ¿verdad?

—Sí, excepto con Lara.

—¿Y tenías celos de esas otras chicas?

—Claro.

Cerré los ojos al recordar el momento en que Emily supo que me había acostado con Troy, sus convulsiones cuando le pregunté si alguna vez había habido algo entre ellos. Dios, debió de ser espantoso para ella.

—Pero no me importaba demasiado porque sabía que yo le gustaba más que todas ellas y que su trabajo seguía siendo su primer amor. Pero... pero... con Helen empecé a preocuparme.

—No tienes por qué —dijo Helen con tono no demasiado agradable—. Puedes quedártelo.

—Quizá ya no me quiere.

—Solo hay una forma de saberlo —dijo mamá.

—¿Insinúa que le llame y se lo pregunte?

—¡En absoluto! Yo jamás he llamado a un hombre y le he dicho que me gusta. No, coquetea con él, ponte perfume, prepárale su plato favorito...

—¡Llámale y pregúntaselo! —dijimos al unísono Helen, Anna y yo.

—De acuerdo —respondió pensativamente Emily mientras encendía otro cigarrillo—. Lo haré. —Se llevó el teléfono y el cenicero al cuarto y cerró la puerta. Diez minutos más tarde salió vestida, maquillada y con una cara más alegre—. He quedado con él —dijo.

—Coquetea —le aconsejó mamá.

—Sé sincera —le aconsejé yo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó mamá cuando el bloque de pisos rodante de Emily se alejó chirriando—. Que alguien cuente un chiste.

Nos sentíamos demasiado frágiles para querer hacer mucho más. Helen contó un chiste, Anna contó otro pero se equivocó al final, y yo estaba provocando risas haciendo que mi flequillo se mantuviera tieso sobre mi cabeza cuando alguien llamó a la puerta.

—Supongo que son las perillas que vienen a disculparse por no haberos dado de cenar anoche —dije.

Abrí la puerta y allí, de pie, había alguien a quien reconocí pero que no pertenecía a este lugar. Garv.

Me quedé sin habla.

—Hola —dijo.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Dijiste que si al mes no habías vuelto viniera a buscarte. Ha pasado un mes.

En realidad habían pasado cuatro semanas, no un mes entero, y comprendí que la verdadera razón por la que Garv había venido era porque Helen le había contado que estaba con Shay Delaney. Que desfachatez, después de liarse con la mujer trufa.

Tenía el aspecto que tiene la gente cuando lleva un tiempo atrapada en una isla desierta. Llevaba el pelo más largo que nunca, una barba de tres días le oscurecía el

mentón y la mandíbula y, bajo la intensa luz del sol, sus ojos eran de un azul brillante en aquellas partes que no estaban rojas. También parecía que hubiera dormido con los tejanos y la camisa puestos, y si acababa de volar desde Irlanda, probablemente así había sido.

—¿Quién es? —preguntó Helen.

—El adúltero —oí decir a mamá.

—Antes de que me apedreen —dijo Garv—, ¿te importa que hablemos?

—Vamos —contesté con tono cansino—. Daremos un paseo por la playa.

Capítulo 46

Este encuentro con Garv me hacía tanta ilusión como el día que, con dieciséis años, me arrancaron cientos de astillas de vidrio de la rodilla. Con todo, conseguimos mantener una conversación cordial hasta llegar a la playa.

—Te has cortado el pelo —dijo—. Me gusta.

—Ja, en realidad lo detestas, reconócelo.

—No, me gusta. Es muy... moderno. Sobre todo el flequillo.

—Venga ya. ¿Tienes dónde alojarle?

—Sí, está aquí cerca. Llamé a la madre de Emily y me recomendó el hotel donde ella había estado...

—El Ocean View. Mi familia también se aloja allí.

—Vaya, vaya. Será mejor que desayune en la habitación si no quiero que me arrojen huevos podridos.

—Será lo mejor. Y dime, ¿por qué no me llamaste en lugar de venir hasta aquí?

—Llamé un montón de veces, pero siempre salía el contestador y no quería dejar un mensaje...

—De modo que tú eres el espía de Emily.

—¿De veras? Caray, tengo una doble vida y yo sin saberlo. En cualquier caso, pensaba que hay cosas que es mejor decirlas cara a cara.

Hasta ese momento había dado por sentado que el aspecto de Garv se debía a que Helen le había dicho que yo estaba con Shay Delaney, pero ahora me preguntaba qué tenía que decir Garv que mereciera un encuentro «cara a cara». ¿Era posible que hubiera más cosas malas que descubrir? Sí. Tal vez, su novia estaba embarazada. La idea me produjo tal trastorno que, al bajar a la playa, di un traspiés.

—¿Todavía sales con esa chica? —pregunté.

Debo decir, en honor a Garv, que no me vino con miradas de pasmo en plan «¿Qué chica?». Hizo una pausa,

evidentemente para meditar la respuesta, y suspiró.

—No, ya no.

Lo primero que sentí fue alivio, pero inmediatamente después me abofetearon los celos. De modo que era real. Muy real. Olvidé los dos rollos que había tenido ese mes y me sentí vacía y traicionada. Me envolvió una sensación de irrealidad.

—¿Quién era?

—Alguien del trabajo.

—¿Cómo se llamaba?

—Karen.

—¿Karen qué?

—Parsons.

Llevada por una comezón autodestrutiva, quise saberlo todo. ¿Qué aspecto tenía? ¿Era más joven que yo? ¿Dónde lo habían hecho? ¿Cuántas veces? ¿Qué clase de ropa interior llevaba?

—¿Fue algo serio?

—No, en absoluto. Duró muy poco. —Cada palabra me golpeó como un dardo.

—¿Te acostaste con ella? —Deseaba desesperadamente que respondiera que no, que solo se habían cogido las manos y coqueteado.

Tras una tensa pausa, durante la que contuve el aliento, dijo:

—Sí, dos veces. Lo siento, lo siento mucho. Ojalá no lo hubiera hecho, pero estaba desesperado.

—¿Por qué? —pregunté con dureza, mientras la bilis de los celos me abrasaba el estómago.

—Estaba muy deprimido. También eran mis bebés, pero a nadie le interesaba saber qué sentía yo. Sé que para ti era más duro, pero a mí también me estaba matando. Luego tú y yo dejamos de hablar y la soledad se me hizo insoportable. Entonces —su voz se hizo tan queda que apenas podía oírla—, cuando no pude levantarla contigo sentí que había fracasado.

—Supongo que con ella no tuviste problemas. Quiero decir con tu querida. ¡Y mira en qué me has convertido! —grité—. ¡En alguien que dice cosas como «querida»!

—Lo siento —susurró.

—¿Cuándo empezó?

—Después de que te fueras a Los Ángeles.

Solté un bufido.

—Teníais algo entre manos desde mucho antes.

—No, solo éramos… amigos, lo juro.

—Solo amigos, como si lo estuviera viendo, coqueteando y compartiendo las putas trufas. No tienes que acostarte con alguien para ser infiel, ¿sabes? Puedes ser infiel con las emociones.

Bajó la cabeza.

—¿Era la primera vez que me hacías eso?

—Por supuesto —respondió Garv, perplejo.

—¿Ha sido tu única querida?

—Ha sido mi única querida.

—Una es demasiado.

—Lo sé, lo sé. Ojalá no hubiera ocurrido. Daría mi brazo izquierdo por poder retroceder en el tiempo y cambiar las cosas —murmuró febrilmente.

—Me culpabas por la perdida de los bebés, ¿no es cierto?

—¿Qué? No era culpa tuya.

—Sí lo era. Cabía la posibilidad de que me hubiera… lesionado cuando tuve el aborto voluntario. Aquel día, en la consulta del doctor Collins, supe que me culpabas. Y no te lo recriminé porque, de hecho, yo también me culpaba.

—No te culpaba. Eras tú quien estaba enfadada conmigo.

—No es cierto.

—Creías que te había obligado a ir por el bebé y que si nunca lo hubiéramos intentado, no habrías tenido los abortos y no habríamos sufrido tanto.

Apreté los labios, negándome a admitir nada de todo aquello, pero el sentimiento era demasiado intenso.

—De acuerdo, estaba enfadada. —Y todavía lo estaba. Furiosa, en realidad, acababa de descubrir. Nos había ido bien juntos hasta que él abrió aquella lata de gusanos—. Pero no fui yo la que tuvo un lío —le recordé, devorada por el rencor.

—No, tú simplemente viniste a Los Ángeles por Shay Delaney.

—¿Qué...? Eso no es cierto —mascullé indignada.

—Sí lo es. Pudiste ir a Londres con Claire o a Nueva York con Rachel, o incluso quedarte en Dublín, pero viniste aquí.

—Por Emily.

—Por Emily no. O no solo por ella. El periódico hablaba del trabajo que Dark Star Productions estaba haciendo en Hollywood. Supusiste que él estaría aquí. Yo he sido sincero contigo, ¿por qué no lo eres tú conmigo?

Caminamos sumidos en un tenso silencio. ¿Cómo se atrevía a intentar responsabilizarme de su lío? En algún lugar de mi mente brotó una idea que pugnaba por salir a la superficie. Antes de que lo hiciera, pregunté a Garv:

—¿Por qué sigues odiando tanto a Shay Delaney?

Se detuvo, tomó asiento en una roca, se llevó la cabeza a las manos, respiró hondo un par de veces y levantó la vista.

—Es evidente.

—Dímelo.

—Muy bien, he aquí el porqué. Tú eres lo que más quiero en este mundo y Shay Delaney te trató como un trapo. Cuando me contaste lo del aborto, tuve ganas de matarlo. Luego nos casamos y todo fue bien mientras estuvimos en Chicago, pero cuando volvimos a casa... cada vez que se mencionaba el nombre de Delaney palidecías.

¿En serio? No me había dado cuenta de que su efecto en mí fuera tan evidente.

—En serio —-dijo Garv, respondiendo a mi pregunta muda—. Y cada vez que pasábamos en coche por delante de la casa de su madre, te volvías a mirar.

¿En serio? Tampoco me había dado cuenta de eso. Bueno, ahora que lo mencionaba, puede que lo hiciera algunas veces. Solo algunas.

—Yo solía tomar el camino más largo para no tener que pasar por delante de esa casa. Pensaba que nunca lograríamos librarnos de ese cabrón. Por favor, intenta imaginarte la situación a la inversa. Si cada vez que alguien mencionara a una antigua novia mía, una por la que te hubiera dejado, yo actuara de forma rara, ¿te gustaría?

—Deja de intentar echarme la culpa.

—Luego saltó la noticia en el periódico sobre Dark Star Productions, cuatro días después me dejaste y lo siguiente que sé de ti es que te vas a Los Ángeles.

—No te dejé porque leyera algo sobre Dark Star Productions —dije enfurecida—. ¡Te dejé porque tenías un puto lío! Y ni siquiera intentaste detenerme...

—Lo estoy haciendo ahora —respondió severamente.

—Lo único que hiciste fue decir que pagarías la hipoteca y luego hasta me ayudaste a recoger mis cosas, maldita sea.

—Traté de detenerte, me pasé días intentando hablar contigo, pero no me hacías caso o llegabas a casa demasiado borracha para hablar. El día que te marchaste ya no me quedaban fuerzas para luchar y creía que de todos modos ibas a dejarme.

—¿Cómo llegaste a esa conclusión?

—Porque las cosas nos iban muy mal desde hacía mucho tiempo. Y te negabas a hablarme.

—¡Eras tú quien se negaba a hablar! Fue culpa tuya.

—Confiaba en que pudiéramos tratar de superar todo aquello. ¿Por qué no decimos simplemente que ninguno de los dos es perfecto...?

—Habla por ti. Yo no hice nada malo. —Estaba temblando de cólera—. Veamos, déjame que te resuma lo que me has dicho: tuviste un lío pero no importa porque todo era culpa mía.

En ese momento Garv hizo algo que raras veces hacía: perdió los estribos. Se enfureció. Sus músculos se tensaron y el azul de sus ojos palideció mientras acercaba su cara a la mía.

—¡Yo no he dicho eso! —bramó—. Sabes muy bien qué he dicho, lo que pasa es que no quieres oírlo.

Miré mi reloj y dije fríamente:

—Tengo que marcharme.

—¿Por qué?

Pausa.

—He quedado con alguien.

—¿Con quién? ¿Con Shay Delaney?

—Sí.

Garv quedó abatido y mi rabia fue sustituida por el entumecimiento que recordaba de las primeras semanas de separación.

—Garv, ¿por qué has venido?

—Para convencerte de que vuelvas a casa e intentemos arreglar las cosas. —Esbozó un amago de sonrisa—. Pero está visto que he perdido el tiempo.

—Me fuiste infiel. ¿Cómo podría perdonarte o volver a confiar en ti?

—Por Dios —dijo, frotándose los ojos con una mano. Por un momento pensé que iba a llorar.

—Dime una cosa —susurré—. ¿Esa Karen era guapa?

—Maggie, no tenía nada que ver con eso, tenía que ver con... —Su dolor era intenso.

—Responde sí o no —le interrumpí—. ¿Era guapa?

—Supongo que era atractiva —confesó.

—¿De veras? —Sonreí y él me observó con cautela—. Apuesto a que no tanto como la chica con la que me lo monté.

Tardó un rato en reaccionar. Casi podía ver cómo digería las palabras hasta asimilarlas. Entonces soltó una carcajada.

—¿En serio?

Garv era la única persona —junto con Emily— que sabía lo mucho que me afectaban las chicas de las películas porno.

—Bien por ti. —Luego añadió con tono más triste—: Bien por ti.

Con un gesto que pertenecía a otra vida, me acarició la cabeza y me remetió el pelo detrás de las orejas, primero una, luego otra, y entonces reparó en mi brazo enrojecido.

—Jesús, tu pobre brazo —gimió.

Curiosamente, pareció natural que nos abrazáramos, y cuando hundí mi cara en su hombro olí algo que no logré identificar. Una inmensa tristeza creció en mi interior hasta impedirme respirar.

—Lo hemos estropeado todo —dije ahogadamente sobre su camiseta.

—No —replicó él—. Solo hemos tenido mala suerte.

Capítulo 47

Esta vez Shay me estaba esperando y esbozó una sonrisa lenta, lacia, cuando me vio cruzar el vestíbulo. Al verle una idea intentó abrirse paso en mi mente, pero enseguida la aparté y también sonreí.

—Tomemos una copa en el bar —dijo.

Pero el bar del Mondrian no era un bar de hotel ordinario, carente de originalidad y ambiente. Era el Skybar, local frecuentado por celebridades y gente guapa. Abierto a la noche cálida y distribuido alrededor de una piscina turquesa, los enormes cojines de seda y los divanes bajos le daban un aire seductor y decadente. La luz provenía de antorchas que proyectaban un brillo misterioso y hacían que todo el mundo pareciera joven y atractivo.

Tipos del FBI con gafas oscuras y walkie-talkies vigilaban la recepción —probablemente Fort Knox gozaba de menos seguridad—, y solo cuando Shay extrajo la llave de su habitación se abrieron las puertas nacaradas.

Caminamos entre plantas de dos metros de altura en busca de un lugar donde sentarnos, pero solo quedaba un enorme colchón de raso blanco. Nos subimos a él con cautela y una de las chicas más guapas que había visto en mí vida nos tomó nota.

Entonces Shay y yo nos quedamos solos, sentados sobre el colchón, mirándonos.

—Temía que esta noche volvieras a cancelar la cita —solté por la necesidad de decir algo.

—Ya te dije que ayer tenía trabajo y no pude evitarlo —replicó él con tono tan defensivo que por primera vez me pregunté si mentía. Había tratado de no verme esta noche. Y cuando anoche telefoneó, confió en que saliera el contestador...

—Te incomodo —dije con tristeza.

—Ni mucho menos. —Acompañado de una sonrisa encantadora.

—Sí te incomodo —bromeé—. Tantos apretones de manos para luego salir corriendo.

Rió y luego sugirió:

—Quizá me siento culpable.

—¿De qué?

—Ya sabes, de lo que sucedió cuando éramos adolescentes. Pero eso es el pasado y no me odias, ¿verdad?

—No, no te odio.

Sonrió aliviado.

—Pero cuando te marchaste y no me escribiste —me sorprendí diciendo—, casi perdí la cabeza.

Me miró como si le hubiera abofeteado.

—Lo siento, creí que sería mejor así, que sería menos doloroso dejar pasar el tiempo.

—Pues no lo fue, al menos para mí. Te esperé durante años.

—Lo siento, Maggie, apenas tenía dieciocho años, era joven y estúpido. No tenía ni idea. Si hay algo que pueda hacer para compensarte... —Se estiró, apoyó la cabeza en un codo y cubrió mi mano con la suya. Guardamos silencio durante un rato.

—Shay, ¿estás felizmente casado? ¿Amas a tu mujer?

—Sí y sí.

—¿Le eres fiel?

—Sí. —Una pausa y agregó—: Casi siempre.

—¿Casi siempre? ¿Qué significa eso?

—Cuando estoy en Irlanda —respondió incómodo—. Pero... cuando estoy trabajando aquí...

—Yaaa... —dije, dejándolo flotar en el aíre.

—Maggie, hay algo que quiero decirte.

Su tono me puso en guardia.

Tenía la mirada clavada en mí.

—Maggie, quiero que sepas...

¿Que siempre me había amado? ¿Que cada día, desde que me dijo adiós en el puerto, había suspirado por mí?

—Maggie, nunca dejaré a mi esposa.

—Mmm...

—Mi padre nos dejó y he visto lo que eso hizo a mi familia.

—Ah...

—Pero tú y yo... Vengo muy a menudo a Los Ángeles, muy a menudo. Si sigues aquí, quizá podríamos...

Comprendí qué estaba ocurriendo: me estaban ofreciendo compartir a Shay Delaney a tiempo parcial. Un premio de consolación: «Lamentamos que su vida se viera perjudicada por la retirada repentina de Shay Delaney, pero le rogamos que acepte este vale para canjearlo por Shay Delaney cuando guste».

Me eché a reír.

—Tú eres de los buenos, ¿no es eso, Shay?

—Lo intento. Es importante.

—Tu esposa es muy afortunada de tener un marido que nunca la dejará.

Shay asintió.

—Aunque se enrolle con otras mujeres en sus viajes de trabajo.

Shay se incorporó con el semblante ensombrecido.

—Oye, no tienes por qué ponerte así. Solo estoy intentando...

—¿Qué? ¿Complacer a todo el mundo? —Eso me hizo reír de nuevo.

—Ser justo.

—Justo. Como si fueras un premio.

Me miró fijamente. Parecía sorprendido y me di cuenta de lo mucho que me alegraba no ser su esposa, no tener que esperar en casa, a nueve mil kilómetros de distancia, cuidando de tres hijos y preguntándome qué estaría haciendo mi atractivo y encantador marido. Y comprendí algo más: que no le sacaría un caracol del parabrisas.

—Intentas serlo todo para todos, no puedes decir no. ¿Nunca te hartas?

No estaba contento. Nada contento.

—Creía que eso era lo que querías —dijo, confuso—. No dejabas de llamarme y de insistir en que nos viéramos, aunque sabías que estaba casado...

Bueno, visto así tenía razón: durante los dos últimos días lo había perseguido.

—¿Por qué has venido? —preguntó—. ¿Qué querías de mí?

Buena pregunta, muy buena. Estar en su presencia era como mirar al sol demasiado tiempo: me cegaba temporalmente. Había ido hacia él como una mariposa nocturna va hacia la luz, pero con una idea muy vaga de lo que esperaba obtener.

—Quería saber por qué nunca me escribiste. —Pero ya lo sabía, no era muy difícil comprenderlo: dejó de quererme y no tuvo el valor de decírmelo. Nada del otro mundo, ocurre continuamente, sobre todo a esa edad.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Ya —repuso con cierto desdén—. Querías mucho más que eso de mí.

No. No había sabido qué quería, pero ahora estaba segura de lo que no quería. No quería una relación con él, ni a tiempo parcial ni a tiempo completo.

—Te lo juro, solo quería cerrar capítulo.

—Pues ya lo has hecho —me espetó.

—Así es —sonreí.

—Te has puesto muy contenta de pronto.

—Es cierto.

Me sentía ligera y libre. Shay Delaney era un tipo más, de otra vida, el depósito de unas esperanzas que llevaban mucho tiempo caducadas.

De repente me descubrí pensando en esa gente que entra furtivamente en las pirámides en busca de un tesoro,

pero cuando llega a la tumba está vacía porque alguien ha llegado mucho antes que ellos.

—¿Has visto alguna vez *En busca del arca perdida*? —murmuré distraídamente.

Shay me miró como si me hubiera trastornado del todo.

—Claro.

Y el pensamiento que había luchado por emerger finalmente cruzó la superficie: Garv tenía razón cuando dijo que Shay era una de las razones por las que había venido a Los Ángeles. No había sido una decisión consciente, lo había decidido la parte más furtiva de mi cerebro. Pero mi primera noche en Los Ángeles, cuando Emily me dijo que Shay pasaba mucho tiempo aquí, en cierto modo ya lo sabía y ya entonces me pregunté si por eso había aceptado tan rápidamente la invitación de Emily.

«No tienes que acostarte con alguien para ser infiel, ¿sabes? Puedes ser infiel con tus emociones.» Era yo quien lo había dicho.

Pobre Garv. ¿Y los sueños que había tenido con Shay? Garv no lo sabía… o sí. Parecía ir unos pasos por delante de mí.

Pobre Garv, volví a pensar. ¿Cómo debió de sentirse al saber que su esposa todavía guardaba un poco de amor para otro hombre? Qué solo debió de sentirse durante los abortos, soportando en silencio su dolor y tomando parte en todo el alboroto creado alrededor de mí. Qué humillado cuando se volvió impotente. Qué frustrado cuando dejé de hablarle, porque él tenía razón, yo había dejado de hablarle.

Entonces pensé en Garv y la mujer trufa, y la rabia me rozó. Había decidido que nunca le perdonaría, pero ¿qué era más importante? ¿Mi fariseísmo o la verdad? Debía admitir que yo tampoco había sido perfecta.

Eso es lo que ocurre con las relaciones, me dije: no significa que no podamos hacer daño al otro, a veces es inevitable, somos humanos. Pero si amas a alguien, sientes

dolor y consigues perdonar. Y ser perdonado. Garv me había perdonado y yo le había dado una patada en el trasero.

Rodé sobre mi espalda y contemplé el cielo. Entonces caí en la cuenta del olor que había percibido en Garv cuando le abracé en la playa. Olía a nuestra casa.

—Esta noche no hay estrellas —dije.

Pero las estrellas siempre están ahí, incluso durante el día. A veces simplemente no podemos verlas.

Me levanté de un salto.

—Tengo que irme.

Capítulo 48

Conduje a toda pastilla, pero los semáforos estaban contra mí y tardé casi una hora en llegar al Ocean View. Hice uno de mis peores estacionamientos sobre la acera y corrí hasta el vestíbulo. ¿Y a quién encontré? Oh, solo a mamá, papá, Helen y Anna. Luego me enteré de que habían ido al cine.

—Creía que habías salido con Shay Delaney —dijo sorprendida mamá.

—Así es.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Estoy buscando a Garv.

—¿Para qué? —Su cara se tornó rebelde. No contesté y añadió acaloradamente—: Si pudo ser infiel una vez, volverá a serlo.

El recepcionista seguía la conversación con sumo interés.

—Hola —dije—. ¿Puede llamar a la habitación de Paul Garvan, por favor?

—Se ha marchado.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Cuándo?

—Hace una hora.

—¿Adonde?

—Ha regresado a Iowa.

—Gracias. Le atraparé en el aeropuerto.

Pero cuando me volví, mamá me estaba bloqueando el paso con todo el poder de su cuerpo.

—¡No irás detrás de él!

—No lo hagas, cariño —suplicó papá.

—¡Margaret, no te moverás de aquí!

Confusa, los miré fijamente durante unos segundos. Luego comente:

—Me llamo Maggie, y mirad cómo me voy.

Mientras corría hacia el coche, oí el martilleo de unos pies que me seguían. Era Anna.

—¡Te acompaño! —resopló.

Saltó a mi lado, cerró la portezuela y se puso el cinturón.

—¡Adelante!

El trayecto se me estaba haciendo eterno. Había mucho tráfico para esa hora de la noche y, pese a los sortilegios de Anna, Los semáforos seguían contra mí.

—¿Con qué compañía aérea crees que voló? —pregunté a Anna con la esperanza de que utilizara un sexto sentido.

—¿American Airlines?

—Puede, a menos que volara vía Londres, como yo.

—Maggie, ¿y la otra chica?

—Se terminó.

—Pero ¿serás capaz de perdonarle?

—Sí, creo que sí, o eso espero. El caso es que yo tampoco fui una santa.

—¿Y eso hace que sea más fácil?

—Sí. Le amo, lo superaremos. —Entonces añadí—: Aunque si vuelve a hacerlo, es hombre muerto.

—Me alegro por ti. Siempre he pensado que estabais hechos el uno para el otro.

—¿En serio?

—¿Tú no?

—Confieso que hubo momentos en que tuve mis dudas. A veces me preguntaba si era una chica salvaje que había optado por la seguridad del matrimonio.

Anna rió por lo bajo y la miré un tanto sorprendida.

—Lo siento —dijo—. Es por lo de salvaje… Lo siento.

—No importa, porque mientras he estado aquí he intentado ser un poco salvaje, y lo cierto es que no me va nada.

—¿De verdad te lo montaste con Lara o le estabas tomando el pelo a Helen?

—Me lo monté.

—¡Joder!

—Pero lo que intento decir es que cuando me casé con Garv, no estaba buscando el camino más seguro. ¡Así es como realmente soy!

—¿Yogur desnatado a temperatura ambiente?

—Mmm…

—¿Yogur desnatado a temperatura ambiente y orgullosa de serlo?

Reflexioné.

—¿Qué tal yogur desnatado con mermelada de fresa en el fondo?

—¿Más interesante de lo que parece a primera vista?

—Exacto.

—Con un fondo oculto.

—¡Sí! Puede que hasta me haga grabar una camiseta con el lema.

—Dos. Una para Garv.

—Si lo encontramos —dije mientras el miedo tensaba mi estómago—. Y sí no me manda al diablo.

Finalmente llegamos al aeropuerto y, tras otro aparcamiento atroz, alcanzamos la terminal de salidas. Cuando pregunté a la chica de facturación de American Airlines si Garv estaba en el vuelo, contestó:

—No puedo darle esa información.

—Soy su esposa —supliqué.

—Aunque fuera el Dalai Lama.

—Es urgente.

—También lo es mi necesidad de ir al lavabo, pero no hay nada que pueda hacer al respecto.

—Vamos —dijo Anna, tirando de mí—. Intentaremos pillarlo en la puerta.

El aeropuerto de Los Ángeles es enorme y esta repleto de gente a cualquier hora del día y de la noche. Anna y yo corríamos rebotando contra la gente como bolas de millón. Durante unos minutos frustrantes quedamos atrapadas en medio de un grupo de Haré Krishnas y tuvimos que

caminar a su paso mientras daban saltitos y cantaban. Uno de ellos hasta intentó darme una pandereta antes de que consiguiéramos liberarnos y echar de nuevo a correr.

—¿Qué lleva puesto? —jadeó Anna.

—Tejanos y camiseta. —Por lo menos eso llevaba cuando lo vi, pero podría haberse cambiado.

—¿Es ese? —preguntó Anna, y el corazón casi me estalló. Pero el hombre que estaba señalando era afroamericano.

—Lo siento —dijo—. Vi unos tejanos y una camiseta y me precipité.

Entramos y salimos de todas las tiendas y los bares de la terminal de salidas, pero Garv no aparecía. El único lugar que quedaba por comprobar era la puerta, pero sin tarjeta de embarque no podíamos cruzar la barrera y la oficial que la custodiaba no tenía el más mínimo interés en nuestra historia.

—Es por seguridad. Podrían ser terroristas.

—¿Tenemos pinta de terroristas? —pregunté con la esperanza de que razonara.

Mordisqueo su chicle varias veces y contestó:

—Sí, la tienen.

La mire fijamente con intención de hipnotizarla para que cediera. Ella me miró a su vez, afable e impasible, y con cada segundo vacío mi esperanza se desvanecía un poco más. No obstante, no me rendí.

—Miremos de nuevo en las tiendas y bares.

Pero Garv no aparecía por ninguna parte. Sudando, con el corazón a tope, corrí de un lado a otro como una gallina sin cabeza mientras Anna intentaba darme alcance, y solo me detuve cuando me venció el agotamiento. Aun así, me resistía a abandonar.

—Esperemos un rato para ver si viene.

—Vale —dijo Anna, estirándose y explorando como una mangosta en guardia.

El tiempo pasó y finalmente perdí la esperanza.

—No lo encontraremos. Será mejor que nos vayamos.

Regresé a casa, sintiéndome como un molde de cera de mí misma. Las calles y las casas de Los Ángeles desaparecieron y yo conducía por una tierra yerma.

—Puedes llamarle en cuanto llegue a Irlanda—me animó Anna.

—Sí —farfullé, pero un pánico helado se había asentado en mi estómago.

Sabía que era demasiado tarde. Garv había venido, yo había elegido a Shay y Garv se había marchado. Eso era todo. Había tenido mi oportunidad y la había desperdiciado. Me di cuenta de ello como cuando en un avión te estallan los oídos y de pronto todo recupera la claridad.

—Fui una tonta al creer que lo alcanzaría en el aeropuerto —dije apesadumbrada—. Esas cosas solo ocurren en las películas.

—Con Meg Ryan de protagonista —añadió Anna, también con pesar.

—Él habría saltado la barrera.

—Y todo el mundo habría aplaudido.

Suspiramos y continuamos el trayecto en silencio.

Durante mucho tiempo había pensado en mi matrimonio como en un lugar oscuro y horrible adonde no quería ir. No había sido capaz de recordar nada bueno de él, pero de repente me acordé de un montón de cosas. Como cuando nos preparábamos para salir a cenar y Garv aparecía con sus Calvin y una botas viejas de vaquero y decía: «¡Estoy listo!». Yo arrugaba la frente y contestaba: «No puedes salir así. Hace frío. Necesitas una chaqueta». Luego yo me salpicaba la cara de maquillaje pero no lo esparcía. Entonces Garv decía: «Exquisita, querida, eres como una flor. Pero no te iría mal una pizca de pintalabios». Entonces me pintaba una línea en el mentón o la frente y el

declaraba: «¡Perfecto!». Y me tendía una bola de algodón para que me limpiara.

Y los viernes por la noche eran fantásticos. Alquilábamos una película de vídeo, comprábamos comida preparada (en eso no había diferencia), nos tumbábamos en el sofá y nos relajábamos.

Y antes del segundo aborto, el viernes por la noche también había sido noche de sexo. Eso no quiere decir que no lo hiciéramos otras veces (los domingos por la mañana también eran un buen momento), pero el viernes por la noche había sexo seguro. Y aunque, como ya he dicho, hacía mucho que no lo practicábamos en la mesa de la cocina, no tenía queja. Era maravilloso estar con alguien que conocía mi cuerpo casi tan bien como yo.

Luego me acordé de cuando preparábamos el cepillo de dientes del otro. Y cuando íbamos al restaurante mexicano del barrio y compartíamos una cesta de alas de pollo de primero, una cesta de alas de pollo de segundo y una cesta de alas de pollo de postre.

Y cuando...

Los recuerdos, a cuál más feliz, se agolpaban en mi cabeza para ser inspeccionados. Tuve que meterme el puño en la boca para no aullar de pena.

Lo había oído muchas veces, pero nunca pensé que llegaría a aplicármelo: no sabes lo que tienes hasta que lo has perdido.

Cuando llegamos a Santa Mónica, no estaba segura de cómo lo había conseguido.

—¿Quieres que te deje en el Ocean View? —pregunté a Anna.

—No, te acompaño a casa de Emily.

Al llegar introduje la llave en la puerta y casi me desplomé en el salón, donde había tanta gente sentada en silencio que lo primero que pensé fue: ¿Quien se ha muerto? Entonces reparé en Emily, Troy, Mike, Charmaine, Luis, Curtis, Ethan...

—Tienes un invitado, tía —dijo fríamente Ethan mientras señalaba a la persona que tenía a su lado. Que resultó ser Garv.

—Creía que habías vuelto a Iowa. —El pasmo me hizo parecer estúpida.

—No pude subir al avión. Solo tenía un billete de lista de espera. ¿Qué tal tu cita?

—Breve. Grotesca. Fui a buscarte al aeropuerto.

Mi cara ardía de emoción y todo el mundo me miraba fijamente, abriéndome agujeros con sus ojos. ¿Era mi imaginación o estaban todos apiñados alrededor de Garv con aire protector, mientras me lanzaban vibraciones hostiles?

Emily se levantó.

—Será mejor que los dejemos solos.

Tras una pausa reacia, todos la siguieron mansamente hasta la puerta. Cuando Curtis pasó junto a mí, señaló a Garv y comentó enfadado:

—Este tío es mucho mejor que el hortera del cochazo que te trajo a casa el viernes por la noche.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Emily.

—Tiene un telescopio —explicó Luis.

—Grrr —gruñó Emily.

—Este encanto no es como un corte de pelo —dijo Luis, inclinándose hacia mí cuando se marchaba—. Si la jodes, no vuelve a crecer. ¿Entiendes?

—Eh, entiendo.

—Si no vuelve, nunca fue tuyo —fue la aportación de Ethan—. Si vuelve, es tuyo para siempre.

—Ten cuidado con lo que deseas —me recordó Mike. En eso tenía razón. Había deseado a Shay.

—Piensa en el caracol —dijo Charmaine.

—¿Qué? —preguntaron varios.

—¿El caracol? —oí inquirir a Emily—. ¿Qué es eso del caracol?

Entonces Garv y yo nos quedamos solos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con cautela.

—Tenías razón. Lo siento.

—¿Razón sobre qué?

—Sobre Shay Delaney. Todavía estaba un poco colgada de él, pero no me daba cuenta. Te lo juro.

Garv se frotó los ojos. Parecía agotado.

—He aquí una ocasión en que me habría gustado estar equivocado.

—Lo siento, lo siento mucho.

—Yo también lo siento.

La forma en que lo dijo disparó la alarma dentro de mí. Era la clase de disculpa equivocada. Sonaba a final y derrota.

—¿Por qué? —pregunté demasiado deprisa.

—Por todo. Por Karen, por los terribles meses en que dejamos de hablarnos, por mantener la boca cerrada en lo referente a Delaney y confiar en que se te pasaría.

—Se me ha pasado. —Me faltaba el aliento—. Lo juro.

—¿Por qué fuiste al aeropuerto?

—Porque... —¿Cómo podía describirlo? ¿Cómo podía expresar el momento en que la imagen adquirió claridad y Garv estaba en el centro?—. Creía que todo había terminado entre nosotros, realmente lo creía. Pero cuando hoy te vi, me di cuenta de que mis sentimientos seguían vivos y supe que siempre te quitaría el caracol del parabrisas. A ti y a nadie más.

Termine con un ahogo y, como Garv no decía nada, los nervios estuvieron a punto de destrozarme. Me sentía como una presa esperando a oír el veredicto del jurado.

—Deja que te lo diga de otro modo —probé de nuevo—. Te quiero.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Si no te quisiera, ¿habría ido al aeropuerto e intentado ser Meg Ryan?

Y él me sorprendió diciendo:

—En realidad el avión no iba lleno. Lo dije únicamente para agarrarme al último jirón de amor propio que me quedaba. Llegué al aeropuerto y pensé que era una estupidez haber venido hasta aquí para rendirme tan pronto. —Se encogió de hombros—. Volví para intentarlo una última vez.

—Ah... ¡Genial! ¿Porqué?

Desvió la mirada mientras meditaba algo. Luego se echó a reír.

—Porque eres mi favorita.

—Y tú eres mi favorito.

—No me copies.

—Lo siento. Te quiero.

—Te quiero.

—Ahora eres tú quien me copia.

—Porque tengo muy poca imaginación.

—Ya somos dos. Tenemos mucho en común.

—Sí.

—¿Qué habrías hecho si no hubiera vuelto a casa? —pregunté con precaución— ¿Si me hubiera... quedado con Shay?

—No lo sé. Volverme loco, supongo. Habría empezado a comer bombillas.

—En ese caso, las bombillas están a salvo.

—Sí.

—Sí. —Tragué saliva y de repente la forma en que Garv me estaba mirando me puso nerviosa—. Bueno... ¿y qué ocurre ahora?

—Estamos en Hollywood —dijo, dando un paso hacia mí —. Así que... podríamos arrojarnos en coche por un acantilado.

—O bajar corriendo por una colina en cámara lenta. —Me aproximé hasta que estuve lo bastante cerca para recibir el delicioso olor a Garv.

—O podría rodearte con mis brazos y besarte hasta que la habitación empezara a dar vueltas.

—Me gusta lo del beso —susurré.
—A mí también.
Y eso hicimos.

Epílogo

Una semana más tarde, Larry Savage fue despedido de los estudios Empire. Llegó una mañana y, sin explicación alguna, le dijeron que despejara su mesa y lo acompañaron hasta la puerta. El pan de cada día si eres directivo cinematográfico, dicen. El guión de Emily languidece en una estantería de Empire y parece que la historia de *Chip el perro* jamás será contada. Lo cual habría sido una bendición, dijo Emily, si eso no hubiera significado que solo iban a pagarle la mitad de lo acordado.

Tanto miedo le daba convertirse en el hombre harapiento del supermercado que decidió abandonar por completo la profesión de guionista. Troy, no obstante, puso fin a esa decisión al obtener dinero para una producción independiente del guión más reciente de Emily. Al parecer es brillante y muy tenebroso. Emily dice que se debe al hecho de que estuviera tan deprimida y asustada mientras lo escribía. Un productor de otro estudio pequeño está interesado en resucitar *¡Rehén!* Así pues, de una forma u otra, la hambruna todavía no ha entrado en su casa, a pesar de que la madre de Emily aún no ha tenido la oportunidad de lucir su vestido azul de lentejuelas en ningún estreno. No obstante, quizá pueda ponérselo en el futuro. No para un estreno, sino para una boda, la de Emily y Troy. Debo admitir que tenía mis dudas sobre la fidelidad de Troy, pero desde que está con Emily es un modelo de buena conducta.

Lou persiguió a Emily durante un par de semanas y luego se rindió, pero cuando Kirsty se enteró de que Troy y Emily estaban juntos, le dio por comer. Al parecer engordó ocho kilos en igual número de días. Me reiría, pero sería una crueldad.

Lara sigue siendo una enorme pelota radiante de vida y todavía no ha encontrado a la chica adecuada, pero se lo

pasa bomba buscándola. Justin todavía lleva una vida dedicada a Desiree, pero últimamente las cosas le van mejor porque el otro gordo prescindible contrajo una mononucleosis infecciosa y adelgazó un montón de kilos.

Reza echó a su marido de casa y le dijo que se fuera a vivir con su «fulana». El hombre volvió en menos de una semana, doblegado de arrepentimiento.

El pobre guionista chiflado sigue en la puerta del supermercado, gritando órdenes de plató a la gente que entra a comprar.

El problemilla de Luis desapareció con una segunda ronda de antibióticos. Él, Ethan y Curtis terminaron el *college,* se afeitaron las perillas, se dejaron crecer el pelo (quienes tenían la costumbre de afeitarse la cabeza) y se volvieron respetables. El *Duques de Hazzardmóvil* acabó en el desguace.

Charmaine y Mike siguen siendo Charmaine y Mike. Antes de irme, Charmaine me dijo que mi aura estaba menos tóxica. De tanto en tanto, el grupo de las fábulas telefonea a mamá y le pide que vuelva. Ella les ha enviado un ejemplar de *Los cuentos de Finn McCool,* con la esperanza de que la dejen en paz.

Connie se casó y no la secuestraron durante su luna de miel.

Helen, para asombro de todos, creó una agencia de detectives privados tras su regreso a Irlanda. Se ha especializado en casos «domésticos» —a saber, pillar a esposas infieles— y tiene mucho trabajo. A Anna le fue tan bien en su nuevo trabajo que la ascendieron de las entrañas del departamento de correspondencia a la claridad de recepción. Ya no menciona a Shane y, por lo visto, de vez en cuando recibe e-mails de Ethan. A veces, para angustiar a mamá, dice que vendrá a verla en cuanto tenga tiempo.

El cuello de papá está mejor. Y también mi relación con él. Hizo falta tiempo, y más aún con mamá.

Dark Star Productions se fue a pique, pero Shay ya tiene un nuevo trabajo de altos vuelos en otra compañía cinematográfica. Como dijo Claire casi con admiración cuando se enteró: «Una vez más, Shay cae en un pozo de mierda y sale oliendo a Paloma Picasso».

El otro día estaba viendo la tele cuando anunciaron una nueva serie norteamericana y vi a alguien cuya cara me era familiar. Tardé un momento en reaccionar. Estaba mucho más guapo y radiante que la última vez que lo vi.

—¡Es Rudy! —exclamé—. El vendedor de helados de la playa de Santa Mónica. Yo le compraba polos y cucuruchos. —Naturalmente, nadie me creyó.

¿Me he dejado a alguien? Ah, a mí. Me encuentro en la cama y no puedo moverme porque estoy embarazada de ocho meses y enorme. Hace semanas que no me veo los dedos de los pies y una vez que me recuesto, no puedo volverme ni levantarme sin que Garv deslice un palo por debajo de mi cuerpo en el que apoyarme. He prometido a Helen que le contaré lo doloroso que es el parto y que no trataré de engañarla hablándole de milagros.

Garv y yo estamos muy unidos. No siempre ha sido fácil. Hemos tenido algunas broncas mientras superábamos las dificultades pasadas, pero a estas alturas sabemos que nuestro vínculo es lo bastante fuerte para vencer los baches. Hasta cuando estuvimos separados y enfadados seguíamos unidos.

Como él dice, las estrellas siempre están ahí, incluso de día. A veces simplemente no podemos verlas.

* * *

up

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

MARIAN KEYES


keyes_marian.jpg

Escritora irlandesa nacida en 1963.

Después de licenciarse en derecho, se instaló en Londres, donde trabajó como camarera y luego en un despacho de contables. Nunca imaginó la gran aceptación que tendrían sus novelas. Todas ellas han sido éxitos internacionales. Se considera una persona muy autocrítica y confiesa ser ex alcohólica, adicta a los zapatos y una nulidad en la cocina. Actualmente vive con su marido en Dublín.

En sus libros nos habla de mujeres jóvenes, con problemas de trabajo, de amistades, de físico, de amor...

MAGGIE VE LA LUZ

Hay muchas formas de reaccionar cuando te despiden del trabajo y encima descubres que tu marido te ha sido infiel, pero abandonarse a las fantasías y las neurosis de Hollywood tal vez no sea la más corriente... ni la más sensata. Sin embargo, es justamente lo que ha decidido hacer Maggie. Maggie Walsh es irlandesa, tiene 33 años y lleva nueve casada con Garv. Siempre ha sido la buena de la familia, la juiciosa, la equilibrada. No es como sus otras cuatro hermanas, cuyas vidas siempre bordean el drama: Claire, abandonada por su marido, Rachel, ex yonqui, Anna una neohippy completamente fuera del mundo real, y Helen que es, algo inestable.

Hasta que, de la noche a la mañana, por culpa de unas trufas de chocolate, decide terminar con su "perfecto" matrimonio y, poco después, aceptar la invitación de su mejor amiga. Y sin pensarlo dos veces, hace las maletas y cambia Dublín por Los Ángeles. En su aventura americana, Maggie empieza a llevar un tipo de vida despreocupada en el que puede tomar el sol cada día mientras bebe un martini tras otro. Conoce a los tipos más extraños e incluso tiene una experiencia lesbiana. La cosa se complica cuando la familia Walsh al completo decide acudir a rescatarla de lo que consideran el mal camino.

* * *

© 2002, Marian Keyes

Título Original: *Angels*

Traducido por Matuca Fernández de Villavicencio

© Nuevas Ediciones de Bolsillo
10/2004, Barcelona.
ISBN (13): 978-84-9793-483-1
ISBN (10):84-9793-483-0

---

[1] «Pulga.» *(N. de la T.)*

[2] *Flea* y *fli* (no *fly,* «mosca») tienen la misma pronunciación en ingles. *(N. de la T.)*

[3] Juego de palabras en inglés. *Chip:* significa «patata frita» y también el verbo «cortar». *Chuck* nombre de persona y verbo «tirar». *Charlie:* nombre de persona y, en lenguaje coloquial, «cocaína». *(N. de la T.)*